

Rosa María Cajal

Un paso más



*En la encrucijada
de la gran ciudad, una
mujer se enfrenta con su
conciencia.*

FINALISTA PREMIO "ELISENDA DE MONTCADA 1953"

Lectulandia

En «UN PASO MAS» Rosa María Cajal, finalista del Premio Elisenda de Montcada 1953, sigue sujeta a «su sentido humano de la realidad», como ha dicho D. Melchor Fernández Almagro en una de sus críticas sobre esta autora. Rosa María Cajal perfila sus personajes con «sutiles matizaciones» extraídas de lo más hondo de cada uno de ellos y los engrana a través de un relato que apasiona por su sinceridad de escritora encariñada con los defectos y virtudes de los seres que palpitan en sus páginas.

Arrancados de la vida misma, de los ambientes más opuestos, el lector llega a tener la sensación de que cuanto sucede a lo largo del libro está ocurriendo ante los propios ojos.

En «UN PASO MAS» las pasiones son el impulso que hace de algunos personajes seres fuertes y cobardes a otros. Alejandra y Oscar abrumados por sus dudas entre el deber y sus sentimientos más potentes, son el eje alrededor del cual giran otros firmemente trazados que luchan, vapuleados por sus miserias y virtudes, cada cual a su manera, en el clima expectante y recio de una novela que mira la vida cara a cara.

Lectulandia

Rosa María Cajal

Un paso más

ePub r1.0

Titivillus 01.01.2019

Título original: *Un paso más*
Rosa María Cajal, 1956
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A Luis Molins Correa.

CAPÍTULO I

Resonaban sus pasos con golpes secos en la solitaria carretera. El amanecer iba barriendo las sombras, y en el extenso panorama, árido y triste, los contornos de alguna humilde vivienda rompían la desoladora llanura amarilla. Paralelamente al camino, unos árboles contrahechos se alzaban sedientos. Muy distantes, y como a través de la neblina, se distinguían las crestas de los montes pegadas al cielo.

Alejandra depositó la maleta junto a la cuneta y desperdigó la mirada por el paisaje, con el pensamiento ausente. Anudó bajo la barbilla el pañuelo que le cubría la cabeza, arreboladas las mejillas por el frescor matinal, gustosa de notar el suelo bajo sus pies y el cuerpo abrazado por la limpia atmósfera.

En aquella absoluta soledad le acometió con más fuerza la inquietud que le asaltara en el momento de decidir su marcha del pueblo. Sus labios resecos se contrajeron desechando posibles fracasos. Tenía el cutis ligeramente salpicado de pecas, las cejas gruesas, nariz de alillas nerviosas e impaciencia incontenida en su mirada. El abrigo negro acentuaba su delgadez y los tobillos parecían más delicados bajo las medias oscuras. Mientras observaba el polvo acumulado en sus zapatos estiraba confusa las puntas de sus guantes de lana.

No quería meditar y la soledad le impulsaba a ello.

Había caminado durante media hora, obligada por una fuerza interior; una fuerza que parecía emanar del destino ante el que se inclinaba con un fatalismo instintivo. Debido a esta idea, no lamentaba haber dejado la estabilidad de su antigua vida por un porvenir incierto. Sabía que el trabajo sería duro, agobiante; que infinidad de veces quedaría magullada por la crudeza de la realidad, pero su juventud y carácter le arrastraban.

Bajo aquel cielo diáfano experimentó honda sensación de libertad y tuvo la intuición de que nunca más en su vida volvería a sentir tan rotunda independencia. Podía elegir un rumbo cualquiera, retroceder, avanzar o quedarse junto a los pedruscos rojizos y grises, que salpicaban a grandes trechos los campos. Pero era preciso, para obedecer escondidos deseos, continuar encadenando los años y dejar atrás los transcurridos en el pueblo; inviernos y veranos menguando su existencia entre enviones hacia ideas y proyectos difíciles de asimilar con rapidez. Al fin se había decidido, y con un brochazo de valentía iba a borrar cuanto constituyó su corto pasado.

Su última y prolongada conversación con don Gabriel la resolvió. Él se hallaba, como siempre, tras la vidriera del mirador. Abajo, el jardín, en declive, moría en un prado seco. Unos metros hacia la derecha se levantaban ya las casas del pueblo.

Don Gabriel apenas si salía de la suya, sólida y protectora, quemada por el sol del verano y azotada por el viento helado del invierno. Las ventanas, de amplio alféizar, se hallaban incrustadas en los muros, como miradas muertas, cuencas vacías, frente a la amplitud de la llanura.

Al llegar, Alejandra ocupó su puesto: una anticuada butaca junto a la mesa camilla.

Don Gabriel se restregó las canosas cejas. Su mirada surgía afilada de los ojos grises y hundidos. Tenía la cara larga, finas la nariz y la línea de los labios. Hablaba con cierta brusquedad y solía enrollar hasta lo inverosímil cualquier papel que hallara al alcance de sus manos.

—Qué, ¿te marchas, por fin? —preguntó.

—No sé.

—Tardas en decidirte. ¿Tienes miedo?

Ella se encogió de hombros.

Don Gabriel miró la caja de tabaco vacía y Alejandra se apresuró a llenarla de un paquete guardado en el armario. La pipa empezó a humear.

—Te conozco bien —dijo él, siempre en su tono brusco—. En el pueblo te ahogas; este no es tu ambiente y tienes aptitudes y conocimientos de sobra para desenvolverte allí. No te atará la costumbre, ¿verdad? El hábito no puede obligarte a la inacción. Llevas las cartas en que te recomiendo y, en último caso, mi hija podrá ayudarte. Te empujo y yo me recluyo; es lógico, y también lo es mi empeño en vencer tus últimas dudas, siendo el causante de tu formación, tan opuesta a la de cuantos te rodean. —Sonrió irónico—. Afortunadamente, eres la única discípula que ha asimilado mis enseñanzas. Estabas predispuesta, claro, pero... ¿Qué dice tu familia?

—Por ellos no hay inconveniente; los gastos aquí son muchos.

—Entonces, ¿qué te detiene?

—Es que, en realidad, no he padecido todavía materialmente y no sé si sabré reaccionar cuando llegue el caso.

—¿No tienes confianza en ti?

—Sí, desde luego.

—Entonces...

Don Gabriel hizo una mueca de incompreensión entre bocanadas de humo.

—Si yo supiera que aquel modo de vivir no habría de compensarte más que este, jamás hubiese alimentado tus ideas de independizarte. Tu espíritu es luchador. ¿Has leído ya *Pobre gente*?

—Sí; son pobres realmente. Deprimen.

Estuvieron hablando mucho tiempo. La claridad minoraba y el desvaído color de la alfombra y de los muebles adquiría un tono uniforme. Las sillas de alto respaldo estaban arrinconadas y sobre la repisa de la chimenea dormía un gato. Era grande la estancia, de techo alto cruzado por vigas de madera oscura.

Alejandra se sabía de memoria las grietas de la pared, y las rayas negras que junto a la puerta, dibujaban un grotesco perfil. A lo largo de muchos días había repetido sus lecciones con los ojos fijos en la copia del «Laurens» y de modo inconsciente terminaba siempre por adentrarse sigilosa en la espesa arboleda del paisaje inmóvil.

Los primeros tiempos le fue necesario erguirse para poder escribir sobre la mesa redonda; años más tarde inclinaba el busto, sujetando la rebeldía de su pelo rojizo. Había contado miles de veces los cuadros del viejo tapete. Un día, de pronto, se dio cuenta de la total blancura del cabello de su maestro.

En varias ocasiones, una explicación alargada con exceso la había aletargado. En el atardecer oía la voz como un murmullo tranquilo y veía los campos fuertes y duros huyendo hacia lejanas montañas semiocultas por una tenue neblina. Crujía el sillón de don Gabriel. Ella recogía sus libros y se marchaba al poco rato con pereza de internarse de nuevo en su ritmo habitual.

—Debes decidirte. Tienes edad para ello.

Las grietas de la pared estaban rellenas de sombras.

—Sí, he de hacerlo. ¿Y usted? ¿No piensa volver?

—¿Para qué? Lo dejé porque no me gustaba y además mi caso es distinto. No aspiro ya a nada, voy hacia abajo y en cambio tú empiezas a vivir.

Ya en su casa, Alejandra meditó durante la mayor parte de la noche. Al día siguiente empezó a preparar la marcha y escribió a una parienta de sus tíos que residía en Madrid.

La vieron salir del pueblo sin ninguna pena. La dejaron partir con un rutinario ofrecimiento «por si las cosas no iban bien».

Lloró un poco, más por el miedo a lo desconocido que por dejar lo ya sabido. En el fondo le brincaba el corazón de gozo.

Salió de la casa terrosa y de suelo desigual, cuando todavía el cielo era un manchón infinito con algunos puntos brillantes y lejanos.

Surgió el sol, un sol tímido de invierno y se sintió aliviada.

Decidida a reanudar la marcha se puso en pie, cuando oyó el rumor de una carreta que se acercaba. El boyero era del pueblo y se detuvo junto a ella. Su voz parecía un estallido en la calma del paisaje.

—¿Te vas, Alejandra?

—Sí.

—¿Para siempre?

—¡Quién puede saber!

—Sube, y te llevo.

Siguieron carretera adelante; el mozo, con ganas de charla, preguntó con insistencia empalagosa. Ella respondía con monosílabos, enfrascada en un monólogo aturdidor.

La estación se divisaba no muy lejos.

—Tendrás que ir a pie desde aquí. Ahora me desvío.

Echó a andar lo más rápidamente posible, dolorido el brazo por el peso de la maleta.

En la modesta estación se reavivaron su inquietud y alegría. Compró un billete y aguardó con ansiedad la llegada del tren. Creía que todos la miraban con la pretensión de juzgar lo que jamás había confesado a nadie por miedo a que, al adquirir forma, se desvirtuara ante sus propios ojos.

Subió a un vagón de tercera. Algunos viajeros tenían la expresión adormilada; otros comían embutidos sobre blancas rebanadas de pan.

Silbó la locomotora. Una sacudida. Alejandra apretaba los dientes. Creía reír, llorar... No sabía. Se sentía sola; no tanto como en su casa del pueblo, sin embargo.

Ya estaba. Era inútil pensar en retroceder. Por los intersticios de las ventanillas se inmiscuía un aire cortante. En el departamento flotaban nubes de humo. Los montes quedaban atrás y después de muchos kilómetros de tierras solitarias volvían a agruparse algunas casas. A su espalda iba dejando diversos pueblos.

Horas más tarde el convoy avanzó por una especie de callejón flanqueado de edificios sucios. La gente se apercibía para apearse.

Continuó sentada, inmóvil, observando el andén gris donde bullía una actividad mareante. A sus pies se esparcían colillas y periódicos rotos. Unos silbidos potentes la sobresaltaron. Le hubiera gustado entonces echar a correr sin rumbo a través de los campos, en busca de un refugio ignorado; pero cargó con la maleta y siguiendo a la gente bajo la luz polvorienta de la estación, se encontró de súbito en una plaza avasallada por el tráfico.

CAPÍTULO II

Buscó Alejandra una rendija por donde se filtrase la luz. La habitación se hallaba completamente a oscuras. Escuchó por si oía algún ruido: nada. Debía de ser temprano todavía. Abelarda, la parienta de sus tíos, le había dicho que allí se levantaban tarde.

—Ya te llamaremos. Filo entrará a despertarte.

Pensó en Abelarda y su hija. Le habían producido una rara impresión. No fueron a la estación a esperarla y al llegar a la puerta del piso, pulsó el timbre y tardaron mucho en abrir.

Salió Filo con cara de sueño, enrollada en una bata larga hasta los pies y las zapatillas en chancletas. Llevaba el pelo anudado en pequeños moñetes, de los que sobresalía un papel retorcido. En su rostro chupado, de labios pálidos, resaltaban escandalosos los ojos; unos ojos grandes, negros, un poco abombados, tristes y humildes. Tenía la voz ronca; los hombros muy altos y hundido el pecho.

—¿Vive aquí doña Abelarda? —preguntó con la esperanza de haberse equivocado.

—Sí. ¿Eres la Alejandra?

—Sí. Usted...

—Déjate de usted, mujer. Soy la Filo, tu parienta, casi.

Hablaba con despego. Se restregó la cara con las manos mientras Alejandra entraba, y dio un golpe en la puerta para cerrar. En el vestíbulo la claridad era escasa y Filo hizo girar el conmutador. Su bata granate estaba salpicada de lamparones.

—Dejaremos la maleta en tu cuarto. Ahora casi estamos de vacaciones; solo tenemos tres.

—¿Tres qué? —preguntó Alejandra cargando con el equipaje.

—Tres hombres.

Aunque no la comprendió bien, no se atrevió a insistir. La siguió a lo largo de un estrecho corredor, donde apenas si se veía. Daba la impresión de ser medianoche. Un olor acre se desparramaba a lo largo de él.

Filo avanzaba sin tropezar y a Alejandra se le antojó interminable la pequeña trayectoria; no le gustaba caminar a ciegas, en ningún sentido. En todos los momentos de su vida le agradaba divisar, al menos, un signo de resplandor.

Al fondo, el corredor se ensanchaba, finalizando en dos puertas ennegrecidas. Por el ventanuco practicado en lo alto de la pared penetraba una pálida claridad. Las paredes estaban empapeladas en un tono horrible; una de las puertas daba acceso a la cocina y por la otra Filo la hizo pasar.

—No es una gran cosa —dijo entre bostezos—, pero te apañarás.

Desde el umbral, Alejandra hizo un esfuerzo para atenuar su primera decepción palpable. Sobre la cabecera de la cama pendía una bombilla salpicada de motas negras. En la pared, la humedad había formado manchas grandes y una única silla se apoyaba contra esta. Sobre una mesa había una palangana de loza y frente a la cama, cercano al techo, un ventanuco igual al del pasillo. Triste la estancia, y sobre todo, sucia. Más que una habitación parecía el cuarto trastero.

Filo se limpiaba las uñas con la punta de un alfiler.

A través de aquel prisma, su cambio de residencia solo podía defraudarla y una vez más le asaltó el miedo.

Como si Filo hubiese podido adivinar sus pensamientos, rompió el silencio.

—Yo que tú no hubiese venido. Cuando mi madre me dio a leer tu carta, pensé: «Pobre chica, no sabe lo que cansa Madrid». Yo no tengo nunca ganas de moverme y con solo asomarme al balcón, me mareo. Me gustaría coger lo que tú has dejado. ¿Qué hacías allá? Cuántas horas para no hacer nada, ¿verdad?

—Te equivocas; no paraba.

—¿Trabajabas? —inquirió con asombro.

—Mucho.

Vaciaba la maleta, depositando la ropa sobre la cama. La voz afónica de Filo se convirtió en un zumbido de abejorro.

—Aquí no disponemos ni de un momento de tranquilidad, y menos mal que solo tenemos tres huéspedes. Ya les conocerás.

Recostada sobre el lecho observaba indiferente los movimientos de Alejandra. De súbito preguntó:

—Oye, ¿qué opinas del amor libre?

Se revolvió incrédula, para contemplar la insignificante figura recostada. Pensó que lo más acertado sería no contestar. Filo era para ella, en tales momentos, un contorno anguloso, duro; una forma granate de la que surgía un zumbido ronco.

—No sé a qué te refieres —contestó al fin.

—Claro, allí en el pueblo no deben tener ni idea de estas cosas. Aquí se habla y se practica. Yo leo mucho; me empapo de todos los libros que traen ellos.

«Ellos», en boca de Filo, destilaba un marcado desprecio por unos seres especiales.

Alejandra miró la estrecha abertura de la pared. No veía el cielo, no distinguía sino un pedazo del muro fronterizo y el pico de prendas blancas prendidas de una cuerda. El desolado aspecto de la habitación la entristecía. Lentamente ordenó su ropa en una estantería de madera, oculta por ridícula cortinilla.

—Mi madre no me deja —continuó Filo como si hablara para sí misma.

—No te deja...

—Leer. Dice que me vuelvo histérica, pero yo lo hago a escondidas, donde puedo. De vez en cuando tenemos a algún huésped de esos que compran libros pesados y me

fastidia. Ahora hay uno que compra unas novelas...

—¿Bonitas?

—¡Asquerosas!

Río con fuerza, echando la cabeza hacia atrás y le acometió una tos seca. Con el semblante enrojecido por el ahogo, sus ojos parecían ir a rodar.

Alejandra se impresionó.

—¿Quieres agua?

Filo negó, moviendo la mano.

—Cochina tos —protestó al fin—. Unas novelas divertidas, pero sucísimas, y me río como una loca, porque el muy hipócrita se las da de santo. Las descubrí un día rebuscando en su armario. Las tiene escondidas bajo las camisas. ¡El muy cochino!

Aun volvió a toser antes de añadir rápidamente:

—Trabaja en un ministerio y su novia es muy guapa. Seguro que no tiene ni idea de lo muy sinvergüenza que él es.

—¿Cómo se llama?

—¿El de las novelas? Ramiro.

Alguien andaba por el pasillo.

Quedó sola Alejandra, con un ramillete de romero entre los dedos, y con su olor le pareció como si la trasplantasen de golpe al jardín de don Gabriel.

—«Bueno, ¿qué?» —se preguntó abiertamente.

No quiso responderse de igual modo y rechazó el calibrar las primeras decepciones sufridas, la opresión que le causaba el ambiente donde se había metido.

Llevaba las manos y la cara tiznadas de carbonilla y le fue casi imposible asearse en la palangana, habituada a la amplitud de la pila de su antigua casa. Con la toalla pegada a la cara oyó una voz de hombre.

—¿Vienes a desayunar? —le preguntó Filo.

En la cocina se encontró con uno de los huéspedes, que era ferroviario. Representaba mediana edad, pequeño de estatura, de cara redonda. Sus ojos, congestionados, se inmovilizaban a veces y le daban una expresión de estupor. Tenía el pelo muy negro y los labios carnosos y agrietados. Daba la sensación de ocultar misterios y amenazas bajo sus ademanes lentos, y de tener la cabeza pegada al tronco por la excesiva cortedad de su cuello.

—¿La parienta? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué tal por allá?

Hablaba sin entonación alguna, sin mirar a nadie, maquinalmente.

Alejandra se dio cuenta de que no esperaba ya su respuesta y calló. Rodeaban una mesa de madera sobre la que esparcían tazones y pedazos de pan cortados por la madre de Filo, que había entrado hacía pocos momentos con ojos somnolientos.

Filo picoteaba sin decidirse a coger nada.

—¿Tampoco comes hoy? —dijo su madre.

—No tengo ganas.

—Así estás.

—Hecha un Cristo, ya lo sé.

El ferroviario terminó apresuradamente su desayuno y se marchó. Alejandra le siguió con la mirada.

—Te parece simpático ¿eh? —preguntó Filo con risa burlona.

—No es mala persona —opinó la madre.

—Claro que no, pero no hay quien le aguante cuando bebe o se enfada. Chilla, llora, golpea... Tiene un lío de familia a causa de la mujer. Lo plantó sin más explicaciones y él sabe dónde y con quién vive. Dice que no le importa, que cada cual es libre de hacer lo que le plazca, porque como está afiliado al partido comunista... Pero cuando se ablanda, es un bendito, un pobre hombre.

Retrepada en la silla, Filo estiraba perezosamente las piernas. Siempre aparecía cansada. El color de su piel era de un pálido lechoso, con ribetes amarillentos en los párpados.

—No sé qué me pasa, no tengo fuerza ni para estar de pie, y aun sentada me pesan las piernas. ¿Te gusta dormir? —preguntó a Alejandra.

—Cuando tengo sueño...

—A mí, aun sin tenerlo. Me esfuerzo, cierro los ojos, me tapo los oídos y es como si huyera de este mundo. Es estupendo apartar todo malestar y olvidarse del cansancio.

Su madre, al oírla, comentó con aspereza que aquello era simplemente vagancia. Tía Abelarda era una mujer gruesa, con andares pesados y ojos suspicaces, tan grandes como los de su hija. Tenía la nariz ancha y chillona la voz. En un principio parecía una mujer amable y simpática, pero inmediatamente se percibía que su amabilidad resultaba excesiva, empalagosa, nada auténtica. Siempre lamentaba haberse casado por «romanticismo» con un estúpido, y Filo protestaba. Había querido tanto a su padre como despreciaba a su madre. Ella conocía sobradamente su hipócrita amabilidad, y le irritaba verla tratando de embaucar a los demás.

Por su parte, Abelarda hubiera querido lucir ante sus conocidos una hija atrevida y vivaracha, de formas y ademanes provocativos, derrochadora de vida y salud, que hubiese acaparado las miradas ávidas de los hombres. Filo no poseía nada de esto; su única y máxima ambición consistía en llegar a ser la dueña de una tiendecita y comadrear con las clientes. Su madre, despechada ante la esmirriez de aquel cuerpo y aquella mortecina mirada, aprovechaba cualquier ocasión para injuriarla, echándole en cara su fealdad. Era la mirada de Filo tan resignada y vencida, que daba frío.

El almuerzo transcurrió violento para Alejandra. Apenas despegó los labios. Ramiro le había desagradado desde el primer momento. Tenía una expresión falsa, respaldada por una voz melosa, y de ordinario nada decían sus ojos; pero en sus contenidos ademanes se adivinaban instintos atropellados. Miró insistentemente a Alejandra, pocas veces de frente, y se mostró más animado que de costumbre.

El único huésped que le gustó fue don Juan. Su aspecto anticuado y pulcro, su retraimiento, la conmovió. Llevaba el cuello y los puños de la camisa almidonados y muy limpios, aunque la tela estuviera zurcida. Tenía muchos años. Ni él mismo recordaba cuántos. «Sé que he nacido, decía en tono tembloroso y aflautado, porque a veces siento deseos de morir».

Estaba empleado en una empresa particular desde hacía años, e iba tan solo a la oficina por las mañanas. En casa de Abelarda no se le conocía, desde hacía tiempo, nada más que un traje; uno marrón claro, cuya chaqueta conservaba también en la percha la forma adquirida por el largo uso; muy estrecha de hombros, se ampliaba en los bolsillos repletos de papeles y pequeños objetos. Don Juan cepillaba su traje meticulosamente y él mismo cosía los botones desprendidos y zurcía las quemaduras del tabaco. Su habitación estaba abarrotada de cachivaches. Tenía un gramófono antiquísimo; algunas veces se oía como un gemido, que al fin descubrieron provenía de dos discos rayados y muy antiguos que conservaba. Montones de periódicos apiñados en riguroso orden, ocupaban algunos rincones de la estancia, e infinidad de frasquitos y copas inservibles atestaban algunas estanterías. Casi todos sus libros los había adquirido de segunda mano y prefería aquellos en cuyas páginas hubiera anotaciones al margen.

Había tantos muebles, que apenas si se podía dar un paso por la estancia. Por las noches, el humo empalidecía el color de los objetos y don Juan, con un extraño pulverizador, esparcía en torno un líquido de olor fuerte. De los doce pares de botines enfilados en uno de los estantes de la librería solo usaba uno, los otros los cepillaba todos los sábados antes de volverlos a cubrir con papel de seda. Su trato era correcto y a veces caía en un silencio profundo; entonces sus labios finos y hundidos, su nariz aguileña, quedaban tan perfilados que el resto de su cuerpo se desvaía casi por completo.

Saludó a Alejandra y ella le sonrió.

—¿Para mucho tiempo? —preguntó a media voz.

—No sé. Depende. Si encuentro colocación...

Movió don Juan la cabeza llevándose la servilleta a los labios.

—Difícil está eso.

—Traigo recomendaciones.

—En ese caso...

El ferroviario estaba taciturno.

—Hágame el paquete de la cena, Abelarda. Salgo esta noche de servicio —dijo sin alzar la vista del plato.

—¿De servicio?

—Sí.

Fruncía las cejas y los labios. Clavaba las puntas del tenedor en el mantel y resoplaba.

—Vamos, algo le pasa a usted.

—¿A mí? Nada.

—¿Se ha reunido el comité? —preguntó Ramiro burlón.

—Sí, sí se ha reunido, y puede que dentro de poco no tenga usted deseos de sonreír.

—Vaya, no metan la política en casa —chilló Abelarda.

—No se trata de política —contestó alzando la voz el ferroviario—. Se trata de algo mucho más importante. Menos hablar y más hacer.

—¿Alguna revolución?

Filo apartaba melindrosa un nervio inserto en la carne de su plato.

—Está haciendo falta, ¿verdad, don Juan? Ahí tienen ustedes a un hombre —añadió el ferroviario, señalando al anciano— que dentro de poco quedará cesante y no tendrán en consideración sus treinta años de trabajo.

—No me mezcle en esto —protestó débilmente don Juan moviendo la mano—. No me ha gustado nunca servir de ejemplo en ningún sentido.

—Bueno, pero... ¿Cree usted que su revolución solucionaría el caso de don Juan? —inquirió Ramiro sin rectificar su mofa.

—El de muchos don Juanes —contestó su contrincante amenazador—. Y de varias clases.

—No tiene usted idea de lo que se trae entre manos. Cuando se enfurece por... sus asuntos particulares, se desahoga pergeñando una revolución monstruo.

El ferroviario le miró con desprecio y perdió por completo toda su pasión anterior.

En el silencio que siguió a la discusión se oyó de improviso una tela que se rasgaba. Don Juan estaba suspenso, con cara compungida y levemente alzado de su asiento.

—¿Se le ha roto algo? —preguntó Abelarda.

—El pantalón.

Parecía que acababa de ocurrirle una tragedia. Con la mano atrás y pasos torpes, inició el camino hacia su habitación.

Ramiro rompió a reír y Abelarda le imitó. Alejandra les miró duramente. Jamás en su vida había contemplado una expresión tan atribulada como la del viejo.

Se levantó y fue tras él. Llamó con los nudillos en su puerta. Don Juan la entreabrió y asomó la cabeza con timidez.

—¿Quiere que se los cosa?

—No, no pase. Me... me los he quitado ya.

—Démelos.

—No. Es igual.

—Deme, deme.

Se los entregó por entre la abertura, con mano vacilante. Al trasluz la tela se transparentaba.

«Pobre hombre», pensó.

A la media hora ya estaba don Juan en el Retiro, releendo con absoluta atención un periódico publicado hacía años.

Alejandra fue a la oficina que le había recomendado don Gabriel. Era un negocio de simientes y abonos; no estaba el dueño, pero el encargado la sometió a un pequeño examen y apenas si pudo fijarse en él, nerviosa por el temor a equivocarse. Era sábado; el lunes siguiente debería presentarse al trabajo a título provisional.

Le aturdí el barullo callejero. Instintivamente buscaba en las placas azules el nombre de las calles por donde pasaba. Alcalá... Sevilla... Echegaray... La empujaban sin prestarle la más mínima atención y anduvo desorientada durante largo rato. Hubo de preguntar infinidad de veces el camino de su casa; a pesar del tráfico y del ambiente, aun creía hallarse en el pueblo. Sí; aun estaba allí. Era precisamente ahora el momento de la lección de don Gabriel; especialmente de aquellas últimas lecciones ajenas a los libros de texto, arrancadas de los recuerdos del anciano, con el sello de una sincera expansión poco prodigada hasta entonces.

Sí, una de las últimas lecciones.

«... Mucho de cuanto te he dicho te parecerá demasiado duro, pero te aseguro que es preciso tener conciencia del deber cumplido para ayudarse a vencer y vencerse. Debes, además, razonar para ahogar tus impulsos, yendo como van en contra de tu íntimo criterio. Me has preguntado en qué consiste la felicidad, y yo me he encogido de hombros. Si la felicidad fuese algo determinado, creo que existirían todavía menos personas felices. La vida es un compendio de penas y alegrías. Para un católico representa tan solo el medio de alcanzar su verdadero fin; para el que duda puede significar algo importante sin llegar a ser el todo y hay quien, creyendo únicamente en esta existencia, su máxima ambición consiste en vivirla con el mayor placer. Lo que la vida representa para ti, solo tú podrás definirlo y juzgarlo. Cuando vivas, cuando pasen los años...».

No; aun no había salido del pueblo, a pesar de no tener ante los ojos la llanura acariciada por la claridad que desaparecía lenta, y la visión de un infinito ensanchándole el alma. Los edificios acortaban la amplitud del cielo y en los escaparates se entremezclaban luces diversas con brillantez artificial.

Se dio cuenta de que ya no debía pensar en hacer, sino que lo hacía y, no obstante, su sensación de descentramiento era idéntica a la experimentada en el pueblo.

Más tarde contemplaba, con serena tranquilidad, los vestidos de un escaparate. Al levantar los ojos, vio reflejada en el cristal la cara redonda y fofa de Ramiro.

CAPÍTULO III

Sin prestarle ninguna atención, cruzó Alejandra a la acera opuesta, evitando así el encuentro.

Al llegar a su casa estaba rendida. Vio a un hombre de espaldas, que conversaba con su tía apostado en la puerta de una de las habitaciones desalquiladas y se escabulló hacia su cuarto. Cayó sobre la cama y al quitarse los zapatos le pareció que llevaba hincados en los pies infinidad de pinchos.

—¿Has visto qué tipo más raro? —preguntó Filo tumbándose a su lado.

—No me he dado cuenta.

—Mi madre estaba fuera cuando él llegó y ha esperado más de media hora sin decir palabra. Lio un cigarrillo y se entretuvo en cambiárselo de mano sin decidirse a encenderlo. Es largo y desgarrado, con la melena revuelta. Creo que se quedará, porque le ha gustado la habitación.

Oyeron un portazo y Abelarda apareció sonriente a los pocos momentos.

—Vaya, hoy parece que estamos de suerte. Se queda y me pagará una peseta diaria más que los otros. Parece buen chico. ¿Has preparado la cena? —interrogó a su hija.

Ella asintió con desgana, sin moverse.

—Cuidado que eres vaga.

—Me duele la cabeza. Estoy rendida.

—De no hacer nada, será.

—De no hacer nada, tal vez.

—Pues anda; ve a poner la mesa.

—Déjala, yo iré —se ofreció Alejandra.

—¿Y de tu colocación?

—Voy de prueba el lunes. Creo que me aceptarán.

Los ojos de Abelarda brillaron mientras su sobrina se alejaba.

Siempre que Alejandra entraba en la cocina las oía hablar de dinero.

El comedor y las dos habitaciones que daban a la calle eran las únicas bien iluminadas. En las restantes, las bombillas, de escasas bujías, esparcían una luz amortiguada que restaba firmeza a los muebles.

Alejandra apenas si podía leer durante la noche y Filo se había estropeado la vista a fuerza de fijarla en las páginas de aquellos interminables folletines, por cuyo alquiler abonaba veinticinco céntimos semanales.

Antes y después de la cena solían hacer tertulia en el comedor. Si el ferroviario y Ramiro tenían dinero fresco salían por las noches, pero a mediados de mes

comenzaban a quedarse en casa y estallaban las discusiones, hasta que las protestas de Abelarda por el dispendio de luz las ponía fin.

Ramiro fisgoneaba en todas las habitaciones y aunque Abelarda fingiera desagrado, en el fondo, su huésped le atraía. Sus frases burlonas y soeces le hacían gracia; la desfachatez con que se mofaba de todo le producía excitación; a su lado rejuvenecía. Filo, por el contrario, le detestaba, aparte de que la preferencia de su madre era ya suficiente motivo para hacerle sentir hacia Ramiro una franca animosidad.

Aquella noche llegó momentos después que Alejandra, cargado con una botella de vino y unos pasteles amazotados y baratos. Se sentó en la cocina con los pies cruzados bajo el asiento, y su tono resultó más meloso que de ordinario.

—¡Hombre! ¿Es fiesta? —exclamó Abelarda atareada en dar los últimos toques a la cena.

Ramiro miró de refilón a Alejandra.

—Es para celebrar la llegada de su sobrina.

Filo carraspeó, enroscando su dedo en un mechón de pelo.

—Mala táctica, amigo.

Ramiro tragó saliva y la miró despectivo.

—Envidia. —Silbó con suavidad.

—Envidia ¿de qué? El vino me produce ardor de estómago y los pasteles me empalagan.

—Calamidad —masculló su madre.

—Mala suerte —respondió ella con indiferencia.

Salió Filo y Alejandra la siguió.

—¿No das las gracias a Ramiro? —chilló su tía.

Sin retroceder, desde el pasillo, Alejandra se las dio de mala gana.

—Son grullas estas chicas de pueblo. —La atacó Abelarda.

—¿Ella es de allí?

—No, pero la llevaron siendo muy pequeña. Los padres murieron jóvenes. La madre era como ella, mujer de muchos remilgos, delicada, triste... Poca cosa. Tenía dinero y se casó con mi primo, no sé por qué. Eran muy distintos el uno del otro. Ella era orgullosa, despótica con la familia de su marido y, sin embargo, lo que son las cosas, fue precisamente esa familia quien recogió a Alejandra al quedarse sin ellos.

Ramiro mordisqueaba un cigarro. Aparentaba indiferencia, y no obstante, escuchaba con interés.

—Claro que la culpa de que mi sobrina sea tan... rara, no es toda de ella, sino de don Gabriel, un viejo loco que se encerró en aquel pueblo después de haberse peleado con medio Madrid. Él ha sido quien la ha criado, se puede decir; se entretenía en dar clase a los chicos del pueblo y por último se quedó tan solo con ella. Alejandra se aficionó a los libros en casa del viejo. Yo sé todo esto porque, de tarde en tarde, viene alguno de allá y me lo cuenta y ahora que la he conocido comprendo que tenían razón

al decirme que nada de provecho sacaría de las lecciones de aquel maniático. Alejandra no se trataba con nadie, no tenía amigas...

—¿Y novio?

Abelarda rio desagradablemente.

—Ya le he dicho que se parece a su madre; demasiados remilgos y pretensiones.

La pobre es bien poca cosa...

—¿A qué llama usted poca cosa?

Ella sonrió. Su sonrisa rayaba en la obscenidad.

—Hombre, usted lo sabe mejor que yo.

Los ojos de Ramiro se encandilaron.

—Seguramente no tenemos el mismo criterio en esa cuestión.

Sonó el timbre de la puerta y Alejandra fue a abrir. Esperaba encontrarse con don Juan y se dio de cara con el nuevo huésped.

Él miró perplejo a su alrededor, temiendo haberse equivocado.

—Es aquí, es aquí —le dijo Alejandra.

La vacilación del recién llegado la hizo sonreír, comprensiva. Era alto, como había dicho Filo, con la espalda ligeramente encorvada y un abrigo deformado que le caía por delante. Llevaba el sombrero echado hacia atrás y sus rasgos resultaban agradables. Sus ojos eran azules, pequeños e inquietos. Cuando se desprendió del sombrero, Alejandra siguió instintivamente el movimiento de sus dedos afilados, que apartaban el cabello de la frente.

—¿Es por aquí? —preguntó indicando el pasillo.

—No, todo lo contrario.

Un pesado maletón y tres o cuatro paquetes rodeaban sus pies.

Descorrió ella una cortina adornada de estrambóticos dibujos, y le indicó la puerta del fondo. Hubo de agacharse para traspasar el umbral. Sus pasos torpes y largos hacían sonreír a Alejandra.

—Vamos a cenar ahora mismo, si quiere usted...

La interrumpió con un gesto rápido.

—Preferiría... es decir... si no le molesta, quisiera comer en mi cuarto, al menos por esta noche.

—Se lo diré a mi tía.

—Si les causa trastorno...

—No creo.

Filo se incomodó al conocer el deseo del nuevo huésped.

—Me reviento dando paseos de un lado a otro.

Alejandra había sorprendido la iracunda mirada de Abelarda y se apresuró a simplificar el inconveniente.

—Le serviré yo, no te preocupes.

—¿Cómo se llama ese? —preguntó Ramiro.

—Eugenio Viluña o Vizuña, no sé.

—¿No será pezuña?

Filo escupió. Alejandra no supo si por necesidad o para demostrar su repugnancia hacia Ramiro. Preparó la cena en una bandeja y llamó a la puerta.

Al entrar, él se estaba poniendo la chaqueta. En el centro de la habitación se hallaba la pesada maleta, y sobre la cama un desbarajuste de ropa. La mayor parte de su equipaje se componía de papeles y librotas. Ella recorrió la estancia en una mirada, mientras depositaba sobre una mesita los platos y cubiertos.

—Cuidado, no tropiece, señorita. Soy terriblemente desordenado —se disculpó.

—Siéntese a cenar y yo le arreglaré todo —contestó dirigiéndose hacia la cama.

—¡No!

Se arrojó de bruces sobre el lecho y alzó levemente la cabeza. Su expresión de sobresalto dio paso a una turbación infantil.

Alejandra quedó asombrada, con la boca entreabierta. Luego rompió a reír.

—Como quiera. Solo pretendía ayudarle.

—Oh, lo sé, naturalmente, pero es que... que... bueno, prefiero hacerlo yo, si no la molesta.

—En absoluto.

—¿Usted es hija...?

—No, no. Pariente, nada más. Filo, la muchacha que le recibió a usted, es la hija de la dueña. Yo soy Alejandra.

—Ah, entonces... Bueno, me llamo Eugenio Viluña, y le agradezco... Bueno, gracias por todo.

Le fue simpático, tal vez por su timidez, aquella espantosa timidez que también ella sufría y que tantos esfuerzos le costaba vencer.

La cena, en el comedor, resultó un martirio. Filo y su madre regañaron y en tales momentos se les desataba la lengua de un modo atroz, en frases bochornosas que llenaban a Alejandra de malestar. Don Juan contemplaba el reloj, ajeno a la escena que se desarrollaba junto a él y, de cuando en cuando, emitía un suspiro.

Filo no quiso aquella noche dormir en la habitación de su madre.

—Si tiene miedo, que se fastidie —exclamó arrebuñándose pegada a Alejandra.

Estaba esquelética. A su lado, Alejandra consideraba casi exuberantes la forma de sus pechos y la suave curva de sus caderas.

CAPÍTULO IV

El frío cesó casi de golpe. La gente no transitaba ya tan rápidamente por las calles y de los cristales desapareció por completo la escarcha.

Alejandra apenas si tenía tiempo de pensar en sí misma. La mayor parte del día lo pasaba encerrada en las oficinas de «Xaleia, S. L.», despachando correspondencia insulsa e inexpresiva para ella. Le resultaba difícil entablar amistades y tan solo mantenía alguna conversación con un viejo rechoncho, de nariz casi escondida entre sus mofletudas mejillas y que estaba situado junto a su mesa. El resto de los empleados le parecían todos el mismo hombre desdoblado en diferentes mesas. Por mucho que lo intentó al principio, le fue imposible hallar interés en sus conversaciones, que variaban bien poco de las oídas en casa de Abelarda. Pronto, aquel trabajo se le hizo rutinario y aburrido, pero como era preciso pagar su manutención, ahogaba con facilidad el impulso de dejarlo. Si pensaba fríamente en las ventajas de su cambio de vida, las juzgaba muy pobres, tan pobres que apenas si valían la pena, pero su ambición y juventud le hacían imaginar que todo podía variar muy pronto y alcanzar aquel, no sabía qué, ansiado.

El viejo se llamaba Gumersindo y cada vez que se encontraban sus ojos, sonreía. Un día llegó a reír, al sorprender a Alejandra bostezando aburrida.

—Ya se acostumbrará, ya... —susurró casi—. A mí me ocurría lo propio, y pronto serán veinticinco los años que estoy en la casa.

La sociedad se componía de padre e hijo. Alejandra les veía poco, pero prefirió enseguida el trato impetuoso del hijo, amable en ocasiones, al gesto siempre autoritario y grosero del padre. Los empleados desahogaban su mal humor, despotricando a sus espaldas. En realidad, los sueldos eran muy bajos y tres o cuatro de los empleados tenían ya mujer e hijos. El cajero solía anticiparles algún dinero a escondidas de «Xaleia» padre, y con este motivo se atrevía a ejercer sobre ellos cierta autoridad. Alejandra se percató de que también allí existían rencillas, envidias solapadas y un compañerismo que no alcanzaba más allá del ofrecerse un cigarrillo de tarde en tarde. Por Gumersindo supo, más o menos, la vida que llevaba cada uno y entonces se aburrió más.

La oficina tenía dos balcones que daban a la calle, pero para ellos era como si no existieran, puesto que apenas ocupar sus sillas junto al escritorio todo desaparecía a su alrededor, excepto los números, notas de pedido y muestras de simientes empolvando las mesas.

A los pocos días de estar trabajando, «Xaleia» padre la llamó a su despacho y la preguntó de sopetón cuánto quería ganar. Ella vaciló turbada.

—Lo que usted diga —contestó al fin.

—No, no, dímelo tú.

Entonces ella se atrevió a señalar una cantidad que juzgaba prudencial.

«Xaleia» le dio la mitad. El hijo se enteró y también la llamó.

—Ya sé el sueldo que le ha asignado mi padre, y como él tiene su parte en el negocio y yo la mía, le añadiré diez duros todos los meses sin que figuren en nómina.

No dijo más y ni siquiera le dio tiempo a demostrar su alegría.

Alejandra procuraba desempeñar bien su trabajo, recordando la importancia que don Gabriel daba al deber cumplido.

Fueron transcurriendo los días. Escribía a don Gabriel muy a menudo y retardaba la visita a su hija por no saber cómo afrontar la desavenencia familiar, que sabía latente en ellos.

Los sábados por la tarde, como hacía semana inglesa, los empleaba en recorrer los lugares indicados por don Gabriel en sus cartas, o comprando algún libro en las librerías de viejo. Le gustaba mucho recorrer calles, completamente sola, mientras divagaba o reflexionaba sobre lo que veía.

Aquel sábado, al terminar la jornada del mediodía, salió a la calle ansiosa de libertad y de apartar de sus narices el peculiar olor de la oficina. Olor a simientes, a papeles y tabaco; sobre todo, tabaco.

Se había familiarizado ya con el bullicio de las aceras, los empellones, las vías atestadas de vehículos, y conseguía avanzar por entre todo ello completamente ensimismada. Los sábados eran los únicos días en que se permitía tal lujo, pero si su introversión la empujaba hacia caminos tristes, se asía afanosamente a cualquier observación exterior que la distrajera de sus pensamientos.

En ocasiones echaba de menos la vasta extensión de los campos impregnados de aire limpio, y se figuraba corretear por ellos, cuando ya el sol se había escondido; pero al bajar los ojos al asfalto polvoriento, observaba de refilón la diversidad de pies que cruzaban por su lado, y comprendía entonces lo lejos que estaba de allí, sujeta, además, a una vida que no era precisamente cristalización de cuanto había imaginado.

Avanzaba firme, un poco entornados los ojos por la excesiva claridad, y oyó que la llamaban.

—¡Alejandra!

Se detuvo y descubrió a Eugenio Viluña, pretendiendo abrirse paso por entre la gente. Agitaba la mano en alto, con angustia casi, como si no viera posible el momento de acercarse a ella.

Se acercó, al fin, un poco jadeante.

—¡Hola! —exclamó satisfecho.

—Hola, Eugenio.

No supo Alejandra qué añadir, sorprendida ante aquel torrente de energía y decisión en él cuando, a pesar de verse todos los días en casa, apenas si se había atrevido a cruzar una palabra con ella.

En realidad él había perdido ya su inesperada audacia y se mostraba como siempre, muy vacilante.

Se habían estacionado en el centro de la acera y los transeúntes les empujaban. Alejandra advirtió la conveniencia de retirarse un poco.

—Iba para casa —dijo ella.

—Entonces puedo acompañarla porque también yo... Bueno, si no la incomodo.

—En absoluto.

Rompieron a andar en silencio. Alejandra tenía que levantar mucho la cabeza para no perder las escasas palabras que él pronunciaba. Se sentía tan desenvuelta comparándose a Eugenio, que imaginó haber desterrado toda su timidez. A veces creía adivinar que hacía esfuerzos por decir algo y le alentaba con la mirada, pero él sonreía, y nada más.

—Ya tengo trabajo —confesó inopinadamente—. No es muy lucrativo, pero ahora intentaré encontrar otro para las horas del día.

Ella arqueó las cejas.

—¿Acaso se ha convertido usted en sereno?

—Oh, no, no. Bueno... Es que yo toco un poco el piano, un poco nada más y en Cuatro Caminos hay un local donde se baila por las noches... Ya ve que no es muy buena colocación.

—No sabía que estuviera usted cesante.

—Sí; no lo estaba hace medio año, pero donde viven mis padres la vida es... ¿cómo le diría yo?, aburrída. Resulta que cuando hice el servicio militar me gustó aquello de salir de donde siempre había estado, y luego me resultó insufrible vivir como... como un perrillo faldero.

Alejandra estaba admirada de que hablase tanto y de sí mismo. También a él le sorprendía su atrevimiento, pero comprendía que si no procuraba entablar amistad en aquel momento, jamás aprovecharía otra ocasión.

—Bueno, lo de perro faldero ha sido una exageración...

No les resultaba muy cómodo mantener la conversación a lo largo de las aceras concurridísimas y, al llegar cerca de su casa, Eugenio la propuso entrar en un bar modesto para tomar un vermut.

—¿Ha cobrado ya? —preguntó sonriente Alejandra.

—¡Oh, no!, pero aún tengo... de allí, ¿sabe? Mi madre me lo dio a escondidas.

El vermut resultó tan modesto como el establecimiento. Solo había tres mesas de madera, y las tres vacías. Sentados ante una de ellas, Eugenio sorbió de un golpe el contenido del vaso.

—Se va usted a emborrachar.

Sonrió con aquella mueca infantil que divertía a Alejandra.

—No sé beber. En realidad, no me gusta.

—Entonces, ¿por qué lo ha pedido?

—Para poder hablar.

—Hemos tenido muchas ocasiones.

—Sí, lo sé, pero... Oh, no sabe cómo me abofetearía cuando me suceden estas cosas. Siento deseos enormes por algo, veo que lo tengo al alcance de la mano y, sin embargo, hay dentro de mí una fuerza que me obliga a mantenerme quieto, estúpido. Me ha sucedido en infinidad de ocasiones y a veces, cuando logro vencerme, es quizá demasiado tarde. No me hubiese perdonado el que usted, por ejemplo, se hubiera marchado de casa de su tía y...

—¿Yo marcharme? ¿A dónde?

—Yo qué sé. Nunca puede asegurarse... Si hace años hubiera llegado alguien a decirme que no iba a poder soportar el ambiente de mi casa, de los amigos, de aquellas tertulias que significaban todo mi trato con los demás mortales, me hubiese pegado con el que fuere. Entonces no vislumbraba ningún otro horizonte.

—¿Y ahora?

—Pues..., verá. No, tampoco veo ninguno, pero se agitan en mí sensaciones nuevas.

Ella sonrió levemente. Comprendía muy bien a Eugenio y le animó a seguir. Todavía el asombro de aquella inesperada conversación la mantenía admirada.

—En casa de su tía... Bueno, no me gusta pensar que es parienta suya. ¡Son ustedes tan diferentes! Allí me encuentro descentrado, pero me complace pensar que no tengo que dar a nadie cuenta de mis actos. A pesar de mis años siempre me trataron como a un niño y eso me ha perjudicado, ¿no cree usted? Palabra, que su presencia me lo hace más llevadero todo. Es usted tan decidida...

—¿Yo?

—Al menos lo parece.

—No se fíe, Eugenio. También yo tengo que vencer muchas vacilaciones.

Callaron y de pronto él preguntó:

—¿Qué le ocurre a Filo?

—Nada, que se sepa.

—Parece siempre enferma.

—Ya he propuesto llevarla al médico, pero su madre dijo que eran tonterías.

—Es inconsciente, esa mujer.

—Yo creo que tiene miedo a enfrentarse con alguna realidad desagradable.

Eugenio bajó la cabeza y ya no volvió a despegar los labios. Alejandra le observaba curiosa, hasta que las campanadas de un reloj la sobresaltaron.

—Es muy tarde, vámonos.

Filo les abrió la puerta. Arrastraba los pies, y su pecho parecía hundirse cada vez más. Alejandra decidió salir con ella aquella misma tarde.

—Oye, quisiera ir a casa de la hija de don Gabriel y me gustaría que me acompañases.

Filo hizo una mueca de fastidio.

—¡Tendré que vestirme!

—Mujer, vas a pudrirte en casa.

Salieron juntas después de comer. Alejandra había buscado la dirección de un dispensario en la lista de teléfonos. Arrastró casi a su parienta hasta allí y entraron en la sala de espera, donde había unos bancos de madera a lo largo de las paredes, todos ocupados. Les dieron una ficha con un número y aguardaron. Tres niños jugueteaban en el centro y a intervalos alguna tos seca rasgaba el murmullo de las charlas. Los hombres guardaban silencio; las mujeres cuchicheaban e inconscientemente iban alzando la voz.

—Yo apenas tengo fiebre ya. Unas décimas al atardecer.

—Jamás he tenido décimas —decía otra, enormemente gruesa—. Desde que me pusieron el «neumo» hago mi vida normal. Ni expectoro siquiera.

Alejandra obligó a Filo a que la acompañase al vestíbulo, temiendo que pudiera impresionarse.

Gritaron su número. Casi eran las últimas. La luz del día desaparecía tras los cristales y Filo quedó en el centro de la clínica, con las ropas colgando de la cintura.

El médico y su ayudante se miraron. Filo era un amasijo de huesos; los omoplatos sobresalían hundiendo la espina dorsal y de las clavículas parecían colgar dos bolsas fofas y puntiagudas.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Tos?

—Sí.

—¿Expectoras?

Filo miró a Alejandra sin comprender lo que la preguntaban.

—Si escupes, mujer.

—Ah, sí.

—¿Te fatigas?

—Sí.

La auscultaron y luego la miraron por los rayos X. En la oscuridad y a través de la pantalla, Alejandra no descubrió más que el esqueleto y unas formas blancas salpicadas de manchas oscuras. Algo se movía acompasadamente, más velado que el resto.

Cuando Filo salía ya de la estancia el médico retuvo a Alejandra.

—¿Es usted de la familia?

—Sí, señor.

—Hay que hacerle unos análisis de sangre. Que venga el lunes a las nueve de la mañana, en ayunas.

—¿Puede decirme algo, ya?

—Tiene dos lesiones..., bueno, hay que cuidarla mucho. Que repose continuamente, y mucho alimento. Procuren que su cuarto esté siempre bien ventilado. Cuando tengamos el resultado de los análisis, le recetaremos inyecciones.

Le cerró la puerta antes de que hubiera tenido tiempo de sobreponerse. Filo la aguardaba en la acera, picoteando unos cacahuetes que había comprado.

—¿Cuándo revientó? —preguntó.

—No digas burradas. Tienes que cuidarte, eso es todo.

—¿Se lo vas a decir a mi madre?

—Sí.

—Se pondrá hecha una fiera por haber venido sin su consentimiento. Además, te llamará embustera. Le has dicho que íbamos a casa de Elvira.

—Eres más importante tú. No encontré otra excusa para traerte.

Medio camino de regreso a la casa lo recorrieron sin incidentes, pero de súbito Filo se detuvo ahogada por la fatiga.

—No puedo más.

—Vamos a entrar a un café.

—No, no. Yo me siento aquí mismo.

Se dejó caer en el borde de la acera. Era una calle de escaso tránsito, estrecha, y que desembocaba a una vía céntrica. Alejandra observó con terror la palidez de Filo, sus ojos saltones y velados. Miró en todas direcciones y vio acercarse un auto negro y largo que apenas si levantaba ruido. Se puso en el centro de la calle y lo hizo parar.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conductor.

—Hay que llevarla a casa. Está enferma.

Le había costado un gran esfuerzo decidirse a parar el coche.

El chófer dijo algo a un hombre que iba en la parte posterior. Bajó después y abrió la portezuela, ayudando a Filo a subir.

Corrió el automóvil. Filo se restablecía poco a poco y Alejandra saboreó, de súbito, el ir sentada en un mullido asiento, junto a un desconocido que apenas si había hablado para preguntar lo estrictamente preciso. Por primera vez cruzaba las calles sin sufrir pisotones ni ser atropellada por el gentío, sin mover las piernas.

Un perfume penetrante le dio en cara. Observó curiosa todos los rincones del interior del auto. El hombre miraba hacia la calle, ensombrecido su perfil por el ala del sombrero. Las sienes aparecían blancas; las cejas espesas y negras.

—Muchas gracias —balbuceó Alejandra cuando las ayudó a descender—. Muchas gracias.

Se alejó el auto y ella arrugó la nariz. Todavía respiraba el perfume aquel y tuvo por vez primera una ligera visión de lo que significaría la vida en un ambiente agradable y cómodo.

—¿De dónde venís? —preguntó Abelarda al verlas.

—Del médico. Filo está enferma.

—¿Enferma? —repitió incrédula.

Y Alejandra, cogiendo a su tía de un brazo, se encerró con ella en su habitación.

CAPÍTULO V

«... Me gustaría que Elvira se interesara por ti —decía entre otras cosas, la carta de don Gabriel—. Aunque la influencia de mi yerno la ha estropeado bastante, espero que todavía tendrá algún que otro rasgo humanitario, pocos, desde luego, pues siempre fue bastante egoísta. Ve a verla en cuanto puedas y quizá te consiga otro empleo más ameno y lucrativo que el de ahora».

Era día de fiesta. Abelarda se levantó de mal humor y salió de su alcoba con la cabeza muy erguida y los labios apretados, pero preparó a su hija un buen desayuno.

Habían instalado a Filo en un dormitorio, sola, y la ventana permanecía siempre abierta, como si intentaran acaparar todo el oxígeno del patio.

Abelarda estaba furiosa porque la enfermedad de su hija no eran «melindrerías», como había dicho, y calmaba su rebeldía despotricando continuamente.

No solo era Filo completamente opuesta a como ella hubiese deseado, sino que, además, se hallaba atacada de un mal que precisaba muchos gastos y cuidados y cargaba sobre su espalda todo el quehacer de la casa.

Alejandra hubiese querido salir muy temprano, pero decidió ayudar a su tía un poco, aparte de que Filo se esforzaba en comer cuando ella se lo pedía y estuvo pacientemente a su lado mientras duró su desayuno.

—Debo estar muy mal —decía Filo en sus largos descansos entre bocado y bocado—, si ella consiente en tenerme todo el día en la cama.

—Mujer, no. Es para evitar que lo estés.

—Ramiro y mi madre hablan de vosotros.

—¿De Eugenio y de mí?

—Sí. ¿Sales hoy con él?

—No; voy a ir a casa de Elvira.

—Quisiera que me compraseis una novela de esas que acaban bien. Sé que nada termina así, pero me gusta imaginarlo.

—No seas pesimista. Hay muchas cosas que terminan felizmente.

—No seré yo, desde luego. ¿Tienes ganas de casarte?

Alejandra parpadeó perpleja.

—Francamente, no lo había pensado.

—Yo sí. En un tiempo, claro.

Ya en la calle y a pesar de haber caminado despacio Alejandra juzgó que todavía era demasiado temprano para visitar a nadie, y aguardó la hora sentada en un banco de la Castellana, próxima a donde vivía Elvira.

El lugar estaba bastante concurrido. Siempre le había gustado pasar el tiempo observando a unos y otros, captar la expresión de aquellas personas que discurrían ante ella indiferentes a su presencia. Distintos semblantes, diferentes miradas... Todos movían las piernas, los brazos y respiraban del mismo aire; todos iguales y, sin embargo, tan ajenos, tan lejos los unos de los otros, a pesar de formar parte de la misma maquinaria. Huesos recubiertos de carne, vísceras, risas y lágrimas brotando de este conjunto, y de súbito la vida se marchaba y ya nada podía moverse en ellos. Nada, desde el instante mismo en que el corazón dejaba de latir, y no obstante... todo continuaba aún; su forma, sus brazos, las piernas...

Alejandra miró hacia los árboles, cuajados y verdosos en la primavera. Sus hojas frescas formaban un sutil encaje, a través del cual un azul limpio y sereno impulsaba a adentrarse en lo alto, con ansia casi angustiada. Quedó sobrecogida por la profunda sensación de infinito, admirada de ser también ella una microscópica partícula del gigantesco engranaje que escapaba a todo entendimiento humano.

El *claxon* de un coche la asustó. Se puso en pie, de un brinco, y se alejó de allí.

En el portal se detuvo. La intimidaba el aspecto de la casa, el portero mirándola interrogador, enfundado en una llamativa librea.

Estaba segura de que Elvira no la reconocería. Habían transcurrido ya algunos años desde que visitara a su padre, para protestar una vez más de aquello que tachaba de «absurda reclusión». Entonces Alejandra era casi una chiquilla y no logró retener más recuerdo de la hija de don Gabriel, que el de una mujer desenvuelta expresándose con decisión y seguridad. En el pueblo su presencia produjo revuelo. Los chiquillos la seguían por la calle y ella pasaba displicente por su lado, sin importarle nada, fuera del caserón donde residía su padre.

Esperó poco tiempo en una salita. La doncella no tardó en conducirla por un pasillo amplio, y al detenerse ante una puerta oyó la voz de Elvira.

—Pasa, pasa, Alejandra.

En la semipenumbra distinguió unas cortinas entreabiertas y parte de los muebles de una alcoba. Avanzó, temerosa de fijar mucho los pies y ocasionar cualquier ruido que sonase estridente en el cálido e íntimo ambiente. De las butacas caían con descuido prendas de vestir, y en el suelo, a los pies de la cama, había unas zapatillas de hombre.

Se notaba como comprimida entre aquellas paredes, con una falta absoluta de libertad de movimientos, y le alivió ver entrar el sol impetuoso, cuando la criada descorrió las cortinas.

Elvira se puso una mano ante los ojos y sonrió.

—Nos acostamos ayer muy tarde.

Después intentó mirarla mientras ella permanecía de pie, al lado del lecho, sin saber qué decir.

—¡Cómo has cambiado! No te hubiera reconocido, si llego a cruzarme contigo en la calle.

Alejandra besó la mejilla que le ofrecía y se sentó cohibida al borde de la cama.

Siempre le costaba mucho vencer la timidez, que cerraba herméticamente sus labios en los primeros momentos de entrevistarse con alguna persona de poca confianza. Temía que la sensación de desplazamiento se reflejara en su cara. Entonces parpadeaba a menudo, y sus primeras frases resultaban deshilvanadas e insípidas.

Elvira no había cambiado, sin embargo. Sus ojos azules continuaban esparciendo aquella mirada pasiva, y sus labios, sin maquillar, eran pálidos y desdibujados. Llevaba el pelo revuelto y el escote del camisón dejaba al descubierto sus hombros rellenos y suaves. Alejandra se fijó en sus manos blancas y cuidadas y en la alianza de oro que oprimía demasiado su dedo anular. Hablaba en tono claro, sin apresurarse, y su sonrisa parecía maquinal, como impuesta por la costumbre.

—Mi padre me escribió hace tiempo hablándome de tu traslado. ¿Cómo no viniste antes?

Alejandra se excusó torpemente.

—El trabajo; Abelarda.

—¿Y estás satisfecha?

Dijo que sí, porque existía algo en Elvira que la impedía explayarse. Los días en que las dos habían paseado por los campos del pueblo en busca de un árbol donde cobijarse del sol, estaban lejos, y la iniciación de su amistad había sido borrada por el transcurso de varios años.

—¿Entonces te amoldas a esta vida?

—Me parece que sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro, ya.

Elvira rio divertida.

—¡Ya! ¡Lo dices con un desconsuelo!

—No, no es eso...

—Ya sabes que siempre que necesites algo, debes venir; mi padre no me perdonaría que te abandonara —sonrió—. Y él, ¿cómo está? Supongo que más gruñón que nunca.

—No, no gruñe. Está muy bien, como siempre.

—Exacto: como siempre. Desde hace años parece que ya no pasan más por él. Podría vivir con nosotros, o... no sé, por lo menos en Madrid.

—Si es feliz allá...

—Yo creo que mi padre no lo ha sido en ninguna parte.

Alejandra no compartía su opinión, y si se hubiera tratado de otra persona o encontrado fuera de aquel lugar que tanto la intimidaba, quizá se habría atrevido a exponer algo más. Deseaba cambiar de tema, y no sabía cómo hacerlo; por eso miró aliviada al hombre que entró inopinadamente, dando una excusa al verla.

Cuando supo que se trataba de Oscar, el yerno por quien don Gabriel sentía tanta antipatía, le miró interesada.

A primera vista no resultaba un hombre agradable. Su expresión era severa, algo altiva, y únicamente al sonreír, el brillo de sus ojos oscuros daba a su cara una suavidad que desconcertaba. Tendió la mano a Alejandra y ella tuvo miedo de que, bajo aquella mirada penetrante, quedaran al descubierto todas sus impresiones.

Él escuchó paciente, sin interés ninguno, cuanto su mujer le refería de la muchacha y asintió al oírla decir:

—Es la discípula preferida de mi padre, la que tanto nos ha recomendado por carta. Ya te hablé de ella la última vez que estuve allí.

Tuvo que quedarse a almorzar con ellos. No encontró argumento ni palabras con qué negarse y la amabilidad del matrimonio, su trato simplemente cortés, la produjeron desasosiego.

Sin embargo, durante los momentos que permaneció a solas con Oscar experimentó cierta paz. Un descanso que la sorprendía. Él la hizo preguntas, al darse cuenta de que estaba demasiado turbada para llevar la conversación. La seguridad que adivinaba en él, la sencillez con que la trató, lograron disipar en parte su incomodidad.

—¿Te aburre el trabajo?

—El de ahora, sí —contestó instintivamente, tal como momentos antes se había callado en presencia de Elvira.

—Te pagarán una miseria, desde luego.

—Muy poco, sí.

—Además... por lo poco que has hablado, me parece que no debe existir mucha diferencia entre tus parientes del pueblo y los de aquí.

—Creo que estos son peores —confesó con naturalidad.

Oscar sonrió, bailándole en los ojos aquellas chispas alegres que tanto transformaban su expresión.

—Habría que pensar en buscarte algo mejor. Será un tanto a mi favor a los ojos de mi suegro. Es una buena persona, después de todo.

Aquella última frase borró por entero el recelo que restaba en Alejandra, y se sintió inclinada a admitir que don Gabriel pudiera equivocarse también, alguna vez. Al menos, con respecto a Oscar. El hijo auténtico parecía él, no Elvira. A pesar de los prejuicios con que le afrontó, le atraía; le inspiraba mayor confianza que su mujer, tal vez porque su trato a solas no parecía impuesto sino cordial casi.

Al atardecer, de regreso a su casa, pensaba en ello con el convencimiento de que todo cuanto Oscar le había ofrecido no sería olvidado.

—«Te buscaremos una colocación mejor... No espacies mucho tus visitas... Si te ocurriera algo...».

La alegría y desazón se entremezclaban en ella. No lograba encasillar sus emociones y se disgustó. De súbito recordó que no había comprado la novela para

Filo y buscó un puesto de periódicos. Durante unos minutos ojeó maquinalmente el montón que la designaron, hasta elegir la que le pareció más sugestiva para la muchacha.

Las calles estaban abarrotadas. En las terrazas de los cafés no había una silla libre. Le daba pereza encerrarse en casa, reanudar una vez más la convivencia con Abelarda y Ramiro. El portal se le antojó más sucio y oscuro que otras veces, la escalera más desgastada.

Con un suspiro contenido y malestar casi físico, puso al fin un pie sobre el primer peldaño.

CAPÍTULO VI

En la habitación de don Juan, Alejandra había visto una muñeca envuelta en papel de seda, y no comentó nada, pero Ramiro descubrió también el juguete y se lo dijo inmediatamente a Abelarda.

—El viejo ha comprado una muñeca.

—¿Una muñeca? ¡Si no tiene nietos!

—Tendrá algún lío por ahí.

—Calle usted. ¡A su edad!

—¿Por qué no?

—Si lo tiene, el crío no será de él, seguro.

Alejandra frunció las cejas ante los comentarios y acudió una vez más al requerimiento del ferroviario, que se hallaba en cama, con un fuerte catarro.

—¿Han traído algún recado para mí?

—No —contestó paciente—. Lo ha preguntado usted más de veinte veces.

—Si viene alguien páselo enseguida.

Estaba incorporado, y por la abertura de la camisa mostraba el pecho ennegrecido de vello.

En el comedor encontró a Eugenio leyendo el periódico. Aquella noche no tenía que marcharse después de cenar, como hacía siempre. Se habían acostumbrado a charlar durante un rato, cada día, y aquel cambio de palabras llegó a hacerseles imprescindible. Hallaban en él un descanso, una leve compensación al final de la jornada. No hablaban mucho, en realidad. Era la tácita complicidad de saberse desplazados en la casa lo que les hacía buscarse, y escuchar con miradas de inteligencia las voces que llegaban de la cocina.

—¿Y Filo? —preguntó Eugenio.

—Mal.

—He pensado... ¿Por qué no te marchas de aquí? Eres joven y puedes contagiarte.

Consideraba un deber hablarle de tal modo, y en el fondo le aterraba pensar que podía hacerle caso.

—¿A dónde voy a ir?

—A casa de Elvira.

Ella se llevó las manos a la cabeza, como si hubiera oído una locura.

—¡Qué ocurrencia!

—¿Por qué? No es tan gran disparate.

—Sí, sí lo es. Siempre que voy a verlos estoy deseando marcharme. En realidad desconozco las causas, tal vez sea que aquel ambiente es... demasiado imponente para mí. Yo necesitaría uno intermedio entre este y aquel. El caso es que Elvira no puede estar más amable, más atenta. Me trata con gran confianza y soy yo la que no la admite, quizá porque no encuentro motivo para que exista. A veces tengo la impresión de que les represento una «cosa», algo más de lo que deben cuidarse por obligación, y entre ellos estoy en vilo. Sin embargo...

Se interrumpió, arrepentida de ir a hablar de Oscar, y desvió la mirada, miedosa de afrontarla con la de Eugenio.

—En fin, tonterías mías —acabó diciendo.

A Eugenio le era suficiente oír su voz y tenerla al lado para sentirse tranquilo. Junto a ella perdía todo vestigio de bamboleo; su compañía le inculcaba estabilidad. Por eso, instintivamente, la buscaba, aun cuando del mismo modo también se reprimía, por temor a parecerle agobiante.

—No sé qué tramará el ferroviario. Espera desde por la mañana una visita y escucha, como un obseso, los rumores de la calle. ¿No te interesa a ti la política, Eugenio?

—¡Pchis! Con la política me ocurre como con todo; no es mucho lo que entiendo. Un poco de música, otro de pintura, algo de contabilidad... Nada. Y lo que observo con inquietud es que la realidad me está demostrando que me será difícil salir adelante como no me dedique especialmente a una cosa. Teniendo dinero todo sería muy distinto, e incluso ahora mismo, si supiera arreglar zapatos simplemente, me desenvolvería mejor. Si yo pudiera ser como quisiera...

—Si realmente quieres, lo serás.

—Eso se dice, pero no es cierto. No se puede cambiar el básico modo de ser, aunque se desee fervientemente. En el fondo persiste, por mucho que se disimule.

Quedaron los dos pensativos y se miraron al fin, sonriendo.

—¡Qué par! —exclamó, divertida, Alejandra.

Y se encaminó a la habitación de Filo. En el pasillo, Ramiro le salió al encuentro. Con suavidad resbaladiza y rebuscada la rozó al pasar. Ella le miró con asco.

—¿Ya ha acabado la sesión con Eugenio?

—A usted no le importa.

—Se equivoca. Me importa mucho.

Iba tras ella con pasos torpes.

—¿Por qué me sigue?

Se paró decidida, mirándole a la cara. Le repugnaba Ramiro; detestaba su solapada persecución, siempre que estaba en casa.

Con violencia inesperada le dio un empujón contra la pared, plantando sus manos temblorosas en las caderas de la muchacha.

—¡Suélteme, idiota!

Del cuarto de Filo surgió un ronquido extraño. El golpe de tos volvió a repetirse, más desgarrado esta vez, y Ramiro, dando un brinco, aguzó el oído.

Alejandra empujó la puerta entornada. Quedó en el umbral con la boca entreabierta, lívida de horror.

«Debo hacer algo, llamar en seguida», pensó atropelladamente.

Su voz, sacudida por un zarpazo de miedo, difundió por la casa una atmósfera angustiosa.

Ramiro había asomado también la cabeza con afán de husmear y corrió después a la cocina, seco el paladar, con una visión roja frente a sus ojos.

Pocos momentos después paseaba nervioso por el comedor, sin prestar atención a don Juan, que se lamentaba. Al fin se volvió hacia él al oír que le pedía un cigarrillo.

—Estos finales de mes son malos —decía el viejo.

En la habitación de Filo estallaba la voz de Abelarda con gritos histéricos.

—¿Oye, usted? —preguntó el muchacho a media voz.

—Mal asunto, mal asunto.

—Eso se contagia, ¿verdad?

Don Juan se volvió, ya en la puerta, para mirarle fijamente.

—Y mucho más a los jóvenes —contestó con voz aguda.

Ramiro se encerró en su habitación. Durante unos segundos permaneció suspenso. Notaba un extraño picor en la garganta y se miró al espejo. Sus mejillas fofas estaban amarillas. Era aquel su tono peculiar, aunque hasta entonces no se había percatado y pensó en su juventud, en su porvenir... en lo amable que resultaba la vida. Aguzó el oído para captar los rumores de la casa, vislumbrando una terrible amenaza en torno. Bajó de golpe las maletas que había sobre el armario y empezó a arrojar dentro la ropa, atacado de un vértigo indomable. Se imaginaba al microbio del mal esparcido por todas partes; la aprensión le hacía sentirse realmente enfermo, y no se atrevía ni a rozar los muebles. Era un admirador de Margarita Gautier, pero en la vida real cualquier enfermedad le producía pavor, más por el miedo a morir que por el sufrimiento que representaba. Entreabrió la puerta y escuchó. No tenía dinero y debía a Abelarda su pensión del mes. Quería huir sin que nadie lo advirtiera, mas ya con el equipaje dispuesto, recapacitó que no tenía lugar alguno donde dirigirse ni medio de solucionarlo. Los gritos de la patrona rasgaban brutalmente un silencio impresionante.

—¡Mi hija, mi hija se muere! ¡Se me va!

—¡Calle usted! —ordenó Alejandra con energía—. ¡No grite de ese modo! ¿No comprende que la asusta?

Eugenio había salido en busca del médico y, mientras, Abelarda recorría la habitación sin acercarse a la cama. Alejandra limpiaba los labios de Filo, pendiente de aquella tos rasgante.

La hemoptisis fue cediendo. De la cocina llegaba el olor a comida quemada, y el chirrido de los tranvías se asemejaba a los gritos estentóreos de Abelarda.

—¡Cállese! —volvió a repetir Alejandra—. Empeora usted la situación con tanto lamento inútil.

Miró a su sobrina con rabia y se sentó en un rincón, muy echada hacia atrás en la silla. Descargaba toda la culpa de lo ocurrido en Alejandra. Estaba segura de que si no hubiese llevado su hija al médico nada de aquello hubiera sucedido.

—Vamos, cálmate —dijo Alejandra a la enferma—. Esto no significa nada —añadió sin convicción alguna.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó tímidamente don Juan desde el umbral.

—No; gracias.

Cuando Eugenio llegó acompañado del médico, Ramiro se había decidido al fin, y salía de la casa cargado con las maletas.

Alejandra no se acostó en toda la noche. Junto a la ventana abierta pretendía inútilmente ver el cielo. Eugenio la acompañaba a ratos, manteniendo entre sus dientes la pipa vacía.

No había más luz en el aposento que la lámpara de la mesilla, recubierta con un pañuelo. Las inyecciones cortaron radicalmente el vómito, y Abelarda, tras guardar unos momentos de silencio, había sufrido un ataque de nervios. En sus momentos de furia insultaba a Ramiro.

—¡El muy cerdo me ha dejado colgada a final de mes! Y esa chica enferma, enferma de verdad, con los gastos que esto supone... Tenía que acabar así. Nunca sirvió para nada. Es igual que su padre.

Alejandra sintió náuseas al oírla.

—No le hagas caso —dijo Eugenio al quedarse solos—. Es una histérica.

Filo tenía la mirada prendida en el techo. En medio de la cama un grueso libro hundía el colchón. De su pecho no brotaba ya ningún estertor y, aunque su respiración no era del todo rítmica, el sueño desterró la alteración de su semblante.

—Alejandra —susurró Eugenio—. Tú debes salir de esta casa.

—Chiss... calla, no puedo. Me da pena.

—Lo comprendo, pero... ¿Y si enfermaras también?

Ella se encogió de hombros e intentó bromear débilmente.

—No puedo reaccionar como Ramiro.

De tarde en tarde, el motor de un auto hacía trepidar los cristales y el silencio que procedía a su alejamiento era más hondo e impenetrable que antes.

En el ambiente angustioso de la habitación, junto a la figura inmóvil de Filo, la conversación se tornó casi misteriosa.

—¿Has pensado alguna vez en el horror de ver morir a una persona querida? —preguntó ella.

—Francamente, no. ¿Por qué se te ha ocurrido preguntarlo?

—No sé. Tal vez porque yo sentiría morirme... ahora.

La miró inquisitivamente, intentando profundizar en el significado de sus palabras, porque a veces no se conformaba tan solo con tenerla al lado. A veces;

cuando dentro de él despertaban inconcretas ansias barriendo toda conformidad. Y esto le sucedía especialmente si Alejandra encerraba en su voz ternura o añoranza. Entonces sufría por la convicción de que nunca estaba a su lado, realmente.

El tiempo se sucedía con lentitud pasmosa. Eugenio notó cierta picazón en la lengua que le impulsaba a hablar, pero no se atrevía a romper aquel silencio hondo que amasaba sus pensamientos. Sin embargo, se vio sentado de pronto junto a la muchacha, hablando en voz baja.

—Sí, el ferroviario tenía miedo. ¿Miedo de qué? —No era precisamente aquello lo que hubiese querido decir, pero continuó—: El miedo es una sensación espantosa. Yo la conozco bien. De niño padecía mucho y no me atrevía a confesarlo. No me atrevía a decir que mi habitación se plagaba de sombras durante la noche; sombras que se iban acercando a mi cama, una tras otra, hasta rodearla por completo. De mayor, ya no fue miedo a las sombras, pero sí a mis semejantes, a mi inseguridad también, la inseguridad que me arrastra, sin embargo, a adentrarme temerariamente en el peligro aunque no lo desee.

—Vete a dormir, Eugenio. Estás cansado.

—No, no podría dormir. No sé qué me pasa.

—Te has impresionado, como todos.

—Oye, ¿por qué dijiste antes que no querías morirte... ahora?

Ella bajó los ojos, turbada.

—Por nada concreto. Tal vez por el terror que me ha causado ver la muerte tan de cerca.

—¿Aunque no te compense la vida?

—Es que, en realidad, creo que me compensa, a pesar de todo. Quizá si no estuviera viendo el sufrimiento de la pobre Filo, no lo diría. Lo cierto es que empiezo a dar la razón a don Gabriel, cuando aseguraba que la vida merece la pena.

—Será un optimista ese señor.

—En ese caso, también lo soy yo.

—Son tan raros los momentos felices...

—Depende de cuáles sean tales momentos para ti. Yo recuerdo una escapatoria mía un día de lluvia. La lluvia me gusta. Entonces no había nadie a mi lado para prohibirme caminar bajo ella, entre árboles que olían intensamente, rodeada de charcos, del rumor de ramas que crujían bajo el peso del agua... Es tonto, ¿verdad? Sin embargo, te aseguro que fui feliz. Lo malo es que entonces no supe que lo era. Fue después cuando lo comprendí.

Cuando Eugenio se marchó, Alejandra salió al pasillo para desentumecerse las piernas. Al pasar junto a la puerta de don Juan, le oyó gemir. Pegó el oído a la madera y escuchó una risita infantil e imprevista.

Del cuarto de Filo se escurría una claridad tenue. La noche se arrastraba lenta y triste. Alejandra estaba cansada y no tenía idea de cómo podría sobrellevar el trabajo

de la oficina, al día siguiente. La fatiga le impedía coordinar sus pensamientos, y tan solo, con descarnado relieve, se recrudecía en su memoria la hemoptisis de Filo.

Penetró rápida en la habitación, como si se notara empujada por las sombras del pasillo. Todo continuaba en silencio, inmóvil. Parecía haberse detenido la vida, paralizado para siempre; pero, al levantar la cabeza por el hueco de la ventana, divisó las primeras luces del día iluminando una vez más la inclinada superficie de los tejados.

CAPÍTULO VII

Ya no sabía Alejandra si prefería la época invernal al calor que, envolviendo la ciudad, caldeaba agobiantemente todos los rincones. Le era más penoso así digerir el abandono congénito de casa de Abelarda, puesto de relieve por la luminosidad de los días. Con las ventanas y la puerta del piso abiertas para establecer corriente de aire, daba la impresión de que la casa se hallaba invadida por personas ajenas que gritaban. Resultaba difícil localizar si era en el piso superior donde reclamaban unos calcetines, o si la voz pertenecía a cualquiera de los huéspedes. En el patio se entremezclaban las canciones de diferentes aparatos de radio, y muy avanzada la noche proseguían su complejo concierto, interrumpido por alguna que otra discusión. Por las ventanas, los vecinos se lanzaban miradas curiosas; Abelarda deambulaba medio desnuda, gruñendo por todo, y el ferroviario, más taciturno que nunca, tenía siempre la cara empapada en sudor.

Filo, sin fuerzas para abanicarse, pasaba los días rodeada de novelas, tumbada en la cama; incluso don Juan osaba desprenderse de la chaqueta marrón y desabrocharse el cuello almidonado.

En la oficina ocurría otro tanto. Todos los empleados iban en mangas de camisa y la actividad cesaba por completo apenas los «Xaleia» se ausentaban del despacho. Las mesas estaban polvorientas, las manos húmedas dejaban sus huellas en los papeles, y el muchacho de los recados dejaba a su paso un insoportable olor a sudor. Todos estaban pendientes del almanaque en que habían señalado la fecha de las vacaciones de cada uno con unas rayas encarnadas.

Pasados los primeros días de julio, Alejandra advirtió que los cuchicheos normales aumentaron, desterrando, como por magia, la abulia que parecía contagiárseles a todos durante las horas de trabajo.

Jaime Lara, un empleado siempre descontento y murmurador, lanzaba de cuando en cuando una frase suelta que obligaba a los demás a levantar la cabeza y mirarle curiosos.

—Ya verán, ya verán la que se va a armar...

Al cabo de un rato añadía, siempre en el mismo tono:

—Si se han creído que van a explotarnos toda la vida...

Don Gumersindo hacía señas a Alejandra para que no le hiciera caso.

—Siempre ha sido igual —aclaraba en voz baja el viejo—. Se divierte de ese modo.

—Pero... ¿Qué le ocurre?

—Lo que a todos. Falta de dinero; pero él no se resigna y despotrica. Eso es todo.

Con desgana, Alejandra volvía a su trabajo y el papel reflejaba su estado de ánimo; muy a menudo se veía obligada a rehacer las cartas o rectificar cálculos. Estaba aturdida, no solo por los acontecimientos sucedidos en casa de Abelarda, sino por cierto desasosiego que se acrecentaba cada vez que visitaba a Elvira.

Había ido a verles más de lo que se propusiera, y siempre salió de allí arrepentida, con la convicción de que su presencia era inoportuna y que no debería volver. Sin embargo, reincidía, empujada por un extraño deseo.

No se atrevía a encararse abiertamente consigo misma. Rehuía los monólogos sinceros, parapetándose tras deshilvanados argumentos que apenas si rozaban la verdad.

Cuando Lara le entregó el auricular, quedó suspensa sin querer imaginar quién podía llamarle.

—Es para usted —le dijo únicamente él.

La voz de Elvira llegó un poco desfigurada hasta su oído.

—Oye, vente a almorzar. Queremos hablar contigo.

—Bueno —contestó tan solo.

Empezó a trazar conjeturas sobre el motivo de la llamada. No reprimía su excitación y se enfurecía contra sus nervios que, alterándola de cabeza a pies, le hacían perder todo equilibrio físico. Temía que, como le sucedía con su timidez, todos pudieran advertirlo. Su empeño en dominarse la mantenía en tensión, y la fingida indiferencia de su cara quedaba desmentida por un parpadeo continuo y el brillo casi febril de sus pupilas.

Trató de imaginar cuál hubiera sido el consejo de don Gabriel en parecidas circunstancias, pero rechazó la idea porque iba convenciéndose de que los consejos solo se valoraban certeramente cuando ya no eran necesarios.

Anduvo hacia la Castellana sin darse cuenta del trayecto emprendido. Todo a su alrededor perdía forma concreta, convirtiéndose a su paso en un conglomerado de colores.

Don Gabriel le había reprochado muchas veces sus desbordados impulsos, y ella trató de corregirse; pero, en cuanto alguien no le ayudaba a dominarlos, brotaban rebeldes e impetuosos.

Había caminado muy de prisa. El vestido se le pegaba a la carne y el pelo a la frente.

Antes de pulsar el timbre, aguardó unos instantes, sobrecogida ante su propia emoción. Era un «algo» desconocido lo que la arrastraba hacia aquella casa, cuyo umbral siempre le daba la sensación de ir a absorberla.

—Hola, ¿qué ocurre?

Su entrada, rápida, le resultó falsa, como todo cuanto decía o hacía entre aquellas paredes. La misma impresión que le causaba la amabilidad de Elvira.

Le alegró sorprenderles juntos, porque estando Oscar se sentía como protegida. «Protegida ¿de qué?», se había preguntado confusa, en más de una ocasión.

La impresión de desagrado sufrida al verle por primera vez, había desaparecido totalmente; sabía ya que tras aquella aparente severidad existía una comprensión mucho mayor que la de Elvira, y que la sobriedad de sus ademanes pausados y un poco ausentes encerraba una vitalidad nada aturdidora, pero capaz de infundirle ánimo y confianza. Mientras que ante Elvira no conseguía disipar sus reservas ni recelos, frente a Oscar se desenmascaraba sin ningún temor, instintivamente más bien, completamente vencida por una superioridad que reconocía admirada. El mero hecho de haberle tendido las manos y empujado suavemente a un sillón, apenas verla, tuvo el poder de calmarla. Sin embargo, por la rara actitud de Elvira comprendió que sucedía algo anormal, y de nuevo volvió a intranquilizarse. Necesitó pronunciar unas palabras, hablar sobre cualquier tema para sobreponerse, y se quejó del calor, del aburrimiento de las horas de oficina, en comentarios atropellados, que no interrumpió a pesar de darse cuenta de la indiferencia con que la escuchaban.

—Mira —dijo de pronto Oscar—. No estoy muy convencido de que vaya a suceder nada, como me ha advertido un íntimo mío, pero como Elvira y yo teníamos el proyecto de marcharnos fuera una temporada, hemos decidido adelantar la fecha.

—¿Ocurrir? ¿Qué puede ocurrir?

—Yo creo que nada; pero como vamos a estar fuera bastante tiempo y en casa de Abelarda vives muy mal, pensamos que tal vez te gustaría trasladarte aquí.

—¿Quedarme yo en esta casa? —preguntó incrédula.

—¿Por qué no? Mientras estemos fuera, por lo menos. Después de todo, mejor estarás trabajando para mí que para los «Xaleia», ¿no crees?

—¿Trabajar para ti?

—Sí, en la librería.

La proposición la desconcertó. Unida a la satisfacción de poder mejorar su plan de vida, sentía la tristeza de su anunciada marcha.

—Elvira se irá dentro de dos días. Tú te quedas en la casa como si siempre hubieras vivido con nosotros, todo seguirá igual. Yo me reuniré con mi mujer, y al cabo de un par de meses estaremos de vuelta.

—¿Y cuál será mi trabajo?

—Te será muy fácil ponerte al corriente. No sé si alguna vez te hemos hablado de la librería. Es un negocio que, en realidad, no me ha interesado nunca, pero tuve que aceptar la mitad del capital, forzosamente, y ahora me molestaría muchísimo que Blay, el otro socio, se quedara con todo. Está empeñado en que se lo ceda, y no quiero. Es casi una cuestión personal.

—Entonces tendré que dejar a Filo... —murmuró apenas.

—Podrás ir a verla. Además, te conviene marcharte de allí —dijo Elvira, animada—. Luego, cuando regresemos, ya veremos si te buscamos otro sitio mejor o te quedas con nosotros.

Alejandra enmudeció, sin palabras ya con que disimular su confusión.

—Ten en cuenta que es un favor que te pedimos —añadió Oscar—. A Elvira nunca le ha gustado dejar la casa sola, y hoy día no tenemos otra persona de confianza a quien confiarla. Al mismo tiempo mejoraría tu situación. Tengo la esperanza de que no ocurrirá nada anormal durante nuestra ausencia y puedas vivir tranquila.

Ella le miró al fin, abiertamente, y comprendió asustada que a su lado flaqueaba su voluntad. Elvira y cuantos objetos la rodeaban fueron desapareciendo poco a poco de su vista. Solo distinguía a Oscar, sintiéndose absurdamente unida a él; y la plenitud momentánea que la invadió tuvo el poder de deslumbrarla. Pero luego se replegó, avergonzada de sus sensaciones, sin querer sucumbir al sentimiento que llenaba su vida, como nunca imaginara.

—Como tú quieras, como queráis —rectificó presurosa al definir de nuevo la silueta de Elvira.

Y entonces volvió a hablar atropelladamente, indagando sobre el negocio, sobre Blay, sobre las insinuaciones de aquella posible revuelta...

—Te dejaré todo escrito, todo bien claro; no te preocupes. Sé que eres muy valerosa, ¿verdad, Elvira?

—Mi padre asegura que sí.

—Tu padre y yo.

Aquella noche Alejandra no pudo dormir. La excitación la mantenía despabilada, pretendiendo ordenar sus ideas, encauzar sus sentimientos por un camino recto y firme.

No se había atrevido a decir nada todavía, juzgando que estaba demasiado aturullada para hablar. Las horas nocturnas despertaron, sin embargo, sus deseos de comunicárselo a alguien, de comentar sobre el inesperado cambio.

No corría el menor soplo de aire. Tenía la piel pegajosa, la boca seca. El silencio era total en la casa. Al cabo de un rato oyó que alguien andaba por la cocina, y con la bata sobre los hombros salió del cuarto.

Eugenio, al verla, se asustó. Llevaba un vaso de agua en la mano y también se acababa de levantar.

—Eugenio —siseó ella—. Me voy.

—¿Te vas? ¿A dónde?

Había palidecido y dejó el vaso sobre la mesa. La luz de la cocina resultaba amarilla casi.

—A casa de Elvira.

—¡Dios!

—¿No me lo habías aconsejado? Pero te aseguro que no me voy... por eso. Ya te contaré mañana.

—Me alegro y... no me alegro.

—Chiss... no levantes la voz. No puedo dormir, estoy nerviosa. Y hace tanto calor, además...

—Nerviosa, ¿porque te vas... *precisamente* allí?

Alejandra hizo una mueca de perplejidad.

—Porque me voy, solo por eso.

Él se pasó las manos por la cabeza. Alejandra le miró con simpatía y él la sonrió.

—Yo... bueno, lo siento; sí, lo siento.

—¿En qué quedamos?

—En que... ya ves, yo mismo te lo aconsejaba y ahora parece que se me hunde el mundo. Y es que, en el fondo, me parecía imposible dejar de verte.

—Nadie dice que no nos vayamos a ver.

—Aquello no es para mí.

—Ellos se marchan.

—¡Ah!, ¿ellos no vivirán contigo?

—Mañana, Eugenio, mañana te lo contaré.

Eugenio, que cuando la observaba serena o preocupada, se refugiaba en ella, la vio de pronto en su alegría, demasiado débil e indefensa para avanzar sola por la vida. Con el pelo revuelto, las mejillas encendidas y los pies desnudos, se le antojó una criatura. Por primera vez se sentía capaz de ampararla; al no ahondar verdaderamente en los motivos de su nerviosismo, juzgábala infantil y endeble, pronta a desaparecer con dolorosa violencia. Le hubiera gustado cogerla del brazo y llevársela a su habitación y hablarle mucho mucho de todo, asombrarla un poco también y hacerla reír. La contemplaba ensimismado, y de golpe, sin audacia para poner en práctica cuanto deseaba, salió de la cocina.

—Buenas noches —dijo al fin, volviéndose.

Ella no se percató de nada, demasiado prendida en sus propias preocupaciones, pero más sosegada tras haberlo comunicado a alguien se durmió.

A la mañana siguiente su aturdimiento cedió algo ante la obligación de hablar con tía Abelarda y de ordenar sus ropas. Abelarda la sorprendió preparando la maleta y quedó estupefacta al conocer las causas.

... «Cuando ya habías conseguido un empleo... cuando tanto significa tu ayuda para mí... Y te marchas por lo de Filo; todos sois iguales, cobardes...».

—Por Dios, no se ponga usted así. No es ese el motivo. Es que...

Se interrumpió porque Abelarda corría al cuarto de Filo gritando desahogada.

—Escuche, escuche...

Fue tras ella y la interceptó el paso.

—No mienta, no diga a Filo lo que no es verdad. Usted inventa infundios que destrozan a su hija.

—¿Invento? Me limito a las pruebas. ¿Qué hubieras hecho si no llego a recibirte cuando llegaste del pueblo? Y ahora te largas por miedo a contagiarte.

—¡No le permito que mienta!

Entraron las dos a un tiempo en el cuarto de la enferma. Filo, al principio, imaginó que se trataba de una bronca más y miró incrédula a Alejandra, al oír las

palabras de su madre.

—¡Se marcha, se marcha porque tiene miedo de ti!

—¡Cállese! —gritó descompuesta Alejandra—. ¡Cállese o no respondo de lo que haga!

El jaleo había despertado al ferroviario y a Eugenio, que irrumpieron en la alcoba a medio vestir.

—Se marcha, la mojigata, la pueblerina...

—¿Y a usted qué le importa? —gritó Eugenio con voz ronca—. Lo que no acierto a comprender es cómo somos capaces de convivir con usted ni un segundo.

—Claro, la defiende, es natural. Están ustedes demasiado liados para no hacerlo.

—No le hagas caso, Eugenio —aconsejó Alejandra—. Es una fiera.

—¡Dímelo otra vez y te rompo la cara, asquerosa!

—Vamos, vamos, señoras, que hay que dormir... —protestó el ferroviario—. Creí que ocurría algo importante.

Alejandra sufría por Filo. Estaba a su lado, sentada en la cama, con sus manos entre las de ella, mientras Eugenio, el ferroviario y Abelarda, discutían. Le prometía llevarle muchas novelas.

—Vendré aunque tu madre no quiera. Debo irme. ¿Comprendes, Filo? Es un favor que me piden, y se trata de la hija de don Gabriel.

Filo lloraba. Alejandra la besó y salió de la estancia con un nudo en la garganta.

Eugenio se vistió a toda prisa para bajarle la maleta y buscar un «taxi». Ya en el auto, Alejandra le tendió la mano.

—Despídeme de don Juan. Nos veremos pronto, Eugenio, y si necesitas de mí...

Él se humedeció los labios y, con medio cuerpo dentro del vehículo, suplicó mientras se alisaba el cabello:

—No me olvides, Alejandra, por lo que más quieras, no me olvides.

«Por lo que más quieras»... «Está bien. Entonces no podré olvidarte ya nunca».

—No me olvides...

Arrancó el auto. Antes de doblar la esquina, miró ella hacia atrás. Eugenio continuaba en la acera con la cabeza inclinada y las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta.

CAPÍTULO VIII

El asfalto ardía y quemaba las suelas de los zapatos. Alejandra había salido a comprar unos encargos de Elvira, pocos momentos después de llegar a la casa. Todos allí se movían con prisas, y era ella la única en no compartirlas, como si la sorpresa del repentino cambio de vida hubiese paralizado sus miembros. Aún no había logrado sobreponerse a la impresión que le produjo el contraste de la habitación dejada con la que iba a ocupar, contigua a la del matrimonio.

Elvira debía partir aquella misma tarde, acompañada de la doncella, para preparar la casa que tenían en San Sebastián, y la evidencia de este hecho confirmaba que muy pronto también se alejaría su marido.

Le alegraba haber cambiado su modo de vida y quería ir cuanto antes a «Xaleia» para despedirse, como si la oficina fuera el último eslabón que la unía a su antigua casa. En su subconsciente flotaba el temor a que cualquier acontecimiento imprevisto la obligase a volver con Abelarda, sin haber disfrutado del cambio.

En casa de Elvira todo era movimiento y actividad. Las criadas iban de un lado a otro cargadas con utensilios y ropas; las habitaciones, en desorden, presentaban un ambiente de confusión. Elvira daba continuas órdenes y ella pretendió ayudarla, pero la desorientación la hacía torpe y lenta.

—Siéntate —le dijo Elvira—; Oscar está preparando todos los papeles que necesitarás.

Las maletas quedaron cerradas, al fin. Elvira le hizo varios encargos... «Pon las fundas a los muebles... En el armario empotrado del pasillo están las sábanas... Si viene Isabel, la hermana de Oscar, no le hagas mucho caso, está chiflada... Procura comer y di cuanto se te apetezca a la otra chica que se queda contigo. Es muy trabajadora, pero un poco descarada. No le permitas que abuse».

Alejandra asentía y procuraba grabar los consejos en su memoria.

Al almuerzo siguió un rato de calma, mientras llegaba la hora de ir a la estación. Para Alejandra, perdida la noción del tiempo, transcurrió como un vuelo. De súbito se encontró sola en el despacho de Oscar, con el encargo de hojear las indicaciones escritas. Elvira le había dado las gracias al besarla, un poco ajena a lo que hacía, acaparada la atención por el equipaje que bajaban al coche.

—Te escribiremos a menudo. Cuídate.

Cesaron las últimas carreras por el pasillo, las últimas advertencias, y el piso quedó en silencio, aplastado por el pegajoso calor de las horas de siesta.

Estaba sentada frente a la amplia mesa repleta de papeles y durante un rato tuvo la sensación de estar soñando. Todo a su alrededor poseía un extraño matiz de irrealidad

y le fue preciso acariciar la mesa y notar la blandura del asiento, para resurgir a la superficie. Al principio le costó gran trabajo descifrar la escritura de Oscar, y al terminar de leer los pliegos reconoció con desaliento que no había comprendido nada de cuanto leyera. Las emociones propias le impedían adentrarse en asuntos ajenos, e hizo un esfuerzo desesperado por rechazarlas. A pesar de ello, se vio incapaz de encargarse de todo cuanto se le señalaba y le invadió el miedo. Había supuesto que se trataría simplemente de un trabajo rutinario, semejante al de casa «Xaleia», pero después de releerlo comprobó su importancia. «... Te encargarás de confrontar las cuentas, de llevar las notas de pedidos, del orden interior de la tienda y del buen cumplimiento, tanto de los dependientes como de los obreros que trabajan en la imprenta». Y muchas otras más que no quiso meditar por temor a salir corriendo de allí, acobardada.

En aquella estancia tan poco familiar, sus cavilaciones adquirirían un cariz angustioso, mientras miraba impaciente hacia la puerta en espera de algún rumor, algún ruido que anunciase la ruptura de su soledad.

Pero nada se oía; absolutamente nada, y el calor, el cansancio originado por la tensión de nervios y la mala noche pasada fueron cerrando sus ojos involuntariamente hasta quedar con la cabeza apoyada sobre los pliegos escritos.

Como entre sueños, oyó el timbre de la puerta; más tarde, unos pasos que se silenciaron aun cuando percibía que se aproximaban.

—¿Te has dormido?

Levantó brusca la cabeza. Oscar estaba ante ella.

—¿Se fue ya Elvira? —preguntó adormilada.

—Sí, se marchó. Siempre le cuesta marchar la primera. Es ella quien lo propone, y luego se arrepiente. Ahí fuera está Blay, mi socio. Vamos a verle.

—¿También yo? —preguntó turbada.

—¡Naturalmente! ¿No has leído las cuartillas?

Ella recordó con terror la escritura.

—No, Oscar, no; yo no puedo encargarme de todo, yo no sabré, hasta ahora...

—No seas criatura; por Dios, ¿cómo no vas a saber? Mañana te acompañaré a la tienda y allí mismo ampliaré mis explicaciones. Ha sido demasiado repentino el cambio, y estás atolondrada, eso es todo.

—Blay se dará cuenta, yo no podré...

Oscar sonrió e hizo un ademán para que bajara la voz.

—Escucha, si Blay advierte lo acobardada que estás en estos momentos, va a pensar que dejó una representación muy poco firme y se restregará las manos al imaginar los enjuagues que podrá hacer mientras esté yo fuera. Supongo que cuando razones rectificarás, ¿verdad?

Ella estaba mucho más tranquila, pero sabía que dejaría de estarlo apenas él se ausentara. Con su ayuda todo le parecía muy sencillo, sin complicaciones, pero no se atrevía a confesárselo.

—Tienes razón. Vamos cuando quieras.

Germán Blay era un hombre delgado y pequeño de estatura. Vestía de negro, y su piel, blanca, lechosa casi, resaltaba extraordinariamente contra el luto de su traje. Llevaba muy peinado el escaso pelo que le quedaba y sus ojos hundidos poseían un fulgor reconcentrado en las diminutas pupilas negras. Dos surcos profundos, nacidos junto a la nariz, morían en la comisura de sus labios finos.

A Alejandra le produjo la impresión de un cuerpo resbaladizo, inmutable a las miradas e incluso a la existencia de los demás. La saludó con exagerada cortesía, inclinándose y sonriendo apenas.

—Me parece muy joven para tanto trabajo —dijo refiriéndose a la muchacha, mientras se dirigía a Oscar.

—Alejandra tiene ya experiencia.

Ella se agitó en su asiento y miró ávidamente a Oscar para infundirse el valor que de nuevo se tambaleaba.

Blay volvió a sonreír, más abiertamente esta vez. Tenía unos dientes grandes, demasiado grandes para el conjunto de su figura menuda, casi raquíica.

—¿Y cuánto va a durar su viaje?

Oscar dudó.

—Dos meses, en principio. Tengo que estudiar de paso ciertas proposiciones que me han hecho. Un asunto sobre materias plásticas.

—Este hombre... —exclamó Blay encogiéndose mucho en el sillón—. ¡Qué empeño en continuar con la librería, teniendo tantas preocupaciones por todos lados! ¿De verdad no sería mejor que me vendiera su parte?

Alejandra vio las chispas divertidas que brincaban en los ojos de Oscar.

—En absoluto. Además, si Alejandra se compenetra bien con el negocio, ¿qué preocupaciones puede darme? Ella obrará como crea conveniente, una vez se haya puesto al corriente de todo.

—Poderes absolutos, entonces —replicó Blay con cierta vivacidad.

Ella tembló.

—No, no. En lo que se refiere a organización, desarrollo... sí; en cuanto a traspaso, venta o transacciones de esta índole, ninguno.

Blay contempló sus manos menudas. Luego levantó la cabeza y miró indistintamente a Oscar y a Alejandra.

—Si al menos me cediera usted lo necesario para que el negocio nos perteneciera por partes iguales...

—¿Qué puede importarle un cinco por ciento más?

—Ya he dicho que así poseeríamos ambos lo mismo.

—Lo siento, Blay; no puedo acceder.

Una contracción fugaz en el rostro de Blay fue lo único en demostrar su irritación. Escondía los pies bajo el asiento y sobre los pantalones se delimitaban perfectamente los huesos de sus rodillas.

—Me gustaría saber por qué se empeña en mantener esta posición de intolerancia. El que fuera usted íntimo amigo del difunto dueño no puede inducirle a ser irrazonable.

—Prefiero no hablar de este tema. No le cedo ni le cederé un ápice de mis acciones.

Blay se puso en pie. Ahora su cabeza parecía más grande que el resto de su cuerpo. Le brillaba la calva, poco disimulada escasas hebras peinadas escrupulosamente.

—Entonces ha terminado la conversación. La señorita puede venir cuando guste.

Le tendió la mano. Alejandra se la restregó después, instintivamente, contra su falda. Su angustia aumentó al conocer al hombre con quien debería tratar todos los días.

—No podré, Oscar; no podré. Es un hombre raro.

—Si no te dejas amilantar lo vencerás enseguida.

—¿Y si, a pesar de todo, fracaso?

La miró durante largo rato.

—¿Qué te hubiera dicho don Gabriel, si estuviera en mi puesto?

Ella quedó confusa al pronto; luego, sonrió:

—«Alejandra, hay que seguir. En el fondo sabes que saldrás adelante. No te quedes parada, no te acobardes. Hay que avanzar, no lo olvides. Hay que dar siempre, un paso más». Esto es lo que me diría.

Oscar fue en busca de su sombrero, y mientras se alejaba replicó:

—Ya lo sabes, entonces. Un paso más.

Al quedarse de nuevo a solas volvió a releer con toda atención las indicaciones de Oscar, aunque subconscientemente todo su ser se alejaba de allí.

CAPÍTULO IX

A media tarde ya, Alejandra no acertaba a coordinar sus ideas ni retener las explicaciones de Oscar. Habían pasado el día encerrados en la tienda, vigilados por los agudos ojos de Blay, que sonreía meloso cuando la mirada de la muchacha se cruzaba con la suya.

Según Oscar, todo era muy sencillo. Ella no se atrevía a decir que, a veces, no entendía sus aclaraciones, por miedo a parecerle torpe. En su fatiga paladeaba el descanso de estar a su lado y cuando recordaba que al día siguiente debería partir, sufría un sobresalto y sin pretenderlo le observaba de refilón, como si su subconsciente le exigiera grabar en su cerebro hasta sus menores gestos. Oscar representaba para ella el compendio de una vida mejor, un ambiente diferente al de casa de Abelarda; quizá, el intuido en el hombre que las había conducido a casa la tarde que Filo se sintió repentinamente enferma. Luego fue en la mirada de Oscar donde halló una comprensión bienhechora y apoyo en su trato.

Le había espiado curiosa durante horas y horas, y por su actuación con los demás dedujo que sería sugestivo haberle podido tratar con mayor intimidad. Cuando se quiso dar cuenta, comprobó que Oscar se había convertido en una persona muy importante en su vida, y ahora que lo sabía y podía estrechar su amistad iban a separarse.

Contuvo un suspiro y trató de absorberse en sus explicaciones.

—¿Verdad que ahora ya no tienes miedo? —preguntó él.

Contestó negativamente, porque, en efecto, ya no lo sentía en tales instantes.

Era ya muy tarde, y Blay insinuó la conveniencia de retirarse. Los empleados habían mirado curiosos a Alejandra entre cuchicheos. Ella se azoraba apenas Oscar se retiraba un poco, y hubiese querido colgarse de su brazo para notar también su apoyo físico.

—Cenaremos fuera, si quieres. Debes estar cansada.

Asintió y, antes de la comida, entraron en un café para tomar un aperitivo.

Era la primera vez que Alejandra bebía aquel líquido obscuro y amargo que, caldeando agradablemente el estómago, disipaba la fatiga del cerebro. Sin pretenderlo, empezó a hablar muy animada, saltando involuntariamente de un tema a otro, como si el alcohol acelerara sus ideas y se atropellaran las unas a las otras ansiosas de adquirir forma.

—Lo pienso y me parece increíble haber vivido tanto tiempo fuera de aquí. No comprendo cómo me fue posible permanecer lejos tantos años.

—¿Lejos de dónde?

—De este ambiente. En la oficina me aburro, sin embargo.

—¿Notas la falta de mi suegro?

—En muchas ocasiones, sí. Cuanto sé, a él se lo debo. Derrochó mucha paciencia conmigo e hizo que entre los demás y yo se estableciera una gran diferencia.

—Desde que te trato, he afianzado mi juicio sobre él.

—¿Malo?

—Todo lo contrario. Siempre lo juzgué persona poco común, excepto en un aspecto: es muy apasionado.

Alejandra creía que las bombillas se dilataban, creando con su luz una aureola en torno a Oscar.

—¿No te gustan las personas apasionadas? —preguntó bajando mucho la voz.

Oscar sonrió.

—Hasta ahora me parecieron muy incómodas.

Luego rompió a reír y se inclinó ligeramente hacia ella.

—Estás desconocida. Jamás hubiese sospechado que te atrevieras a hablar tanto.

Ella movió la cabeza cómicamente.

—Te aseguro que no soy yo, sino eso —replicó señalando el vaso vacío—. Me impide tener quieta la lengua.

Cenaron en un restaurante tranquilo. Ella apenas si tenía tiempo de llevarse el alimento a los labios, pendiente de las palabras de Oscar, de su proximidad y de la conciencia de ir a separarse al cabo de unas horas. A su lado hallaba fuerzas para desterrar su timidez y hablarle, hablarle de no sabía concretamente el qué, ambiciosa de detener la marcha de las horas y paralizar durante mucho tiempo aquellos instantes. ¿Por qué no tendría poder para desviar los acontecimientos? No creía vivir una cena auténtica. Su mismo estado de ánimo le resultaba falso, de tan nuevo, y aunque sabía que sus palabras eran sinceras, surgidas de lo más profundo de su ser, al mismo tiempo suponía no ser ella quien rompía de un golpe la distancia involuntaria que había existido entre los dos.

—Siempre deseé que me sucediera algo por el estilo —decía ella, procurando expresarse con claridad—. Don Gabriel lo sabía, porque me veía languidecer en mi encierro. Pasé años deseando huir y vivir de un modo completamente diferente, sintiendo algo más importante que el descontento de estar allí, y ahora que lo tengo... No, no es que esté disgustada, pero, a veces, es curioso, quisiera disfrutar del mismo sosiego que cuando sabía positivamente que al día siguiente, y al otro y al otro, nada nuevo iba a sucederme. No, no era sosiego, no sé cómo decirte...

—Te entiendo, Alejandra.

Oscar se había dado cuenta del atractivo que encerraba para ella estar cenando fuera de casa, en un ambiente distinto al que acababa de dejar y se esforzó para que no decayera su entusiasmo. Le complacía proporcionar felicidad a los demás y especialmente a quien, como ella, no había tenido nunca nada de lo que anhelaba.

—Cuando vine, tuve miedo, miedo que se convirtió en desilusión al instalarme en casa de Abelarda. Solo Juan y Eugenio me fueron simpáticos. Filo, la pobre, no cuenta. Ni simpática ni nada; enferma. Bueno, «Xaleia» no fue tampoco muy desagradable; y más tarde, vosotros, el cambiazoo... porque esto ha sido un cambio tremendo... No solo por el ambiente, la clase de vida, sino...

Se calló, asustada de lo que iba a añadir.

—Me parece que me he mareado, Oscar. ¿No crees?

—Te encuentro simpatiquísima. Continúa.

—Es suficiente síntoma el que hable, ¿verdad? —preguntó preocupada.

—¿Tan reservada eres?

—Pues, mira, hasta ahora lo fui.

—No quiero imaginar que te inspire más confianza que los demás. Diremos que ha sido la bebida.

—¡Te aseguro que no!

La cogió de las manos, sonriendo. Ella, dichosa y turbada, se las abandonó sin dejar de mirarle, olvidando por un instante que al día siguiente ya no estarían juntos. Aquellos momentos contenían un valor incalculable para ella, los únicos que realmente lo habían tenido en su vida.

—Durante todo el tiempo que estéis fuera —continuó como si volviese a la realidad— sentiré la enorme responsabilidad de ocupar tu puesto. A veces —añadió al recordar de pronto un comentario de don Gabriel— se pasa por la vida sin poseer la suficiente sensibilidad para captar sus más refinados y hondos matices. A la mayoría de las personas nos falta percepción y profundidad para darnos cuenta. Si te paras a pensar, nuestra existencia podría ser una intensa y continua armonía, compuesta de felicidad y amargura, pero se exige tanto...

—¿Opinión de don Gabriel? —sonrió él.

Ella enrojeció.

—¿Cómo lo has adivinado? Quería parecerme inteligente.

—Y lo eres.

—Ahora es cuando me doy perfecta cuenta de que no me conoces. Si, él piensa así y yo también. Pienso que vale la pena vivir.

—En estos momentos estoy de acuerdo contigo.

—Ya es bastante. Tendrás otros, sin embargo, que te parecerán una carga insoportable, pegajosa y molesta. Una carga que no es fácil arrojar por la borda, ni en los momentos de mayor desesperación, porque precisamente en tales instantes es cuando se siente uno más hincado que nunca en la tierra.

—¿Sabes que pareces tú la vieja, en vez de ser yo? —bromeó Oscar.

—No me hagas caso. Además, tú no eres viejo. ¡Qué disparate! —se escandalizó—. Lo que ocurre es que yo... yo he tenido por maestro a don Gabriel y hasta ahora había silenciado todo... todo cuanto sentía...

En su mirada, más intensa en aquellas horas, se revelaba el conglomerado de sensaciones acumuladas durante las horas solitarias sobre la llanura del pueblo. No era preciso que las desmenuzara en palabras para hacerlas ver.

—¿No juzgas odioso el que la gente se empeñe en vivir mal y hacer insoportable la vida a los demás? Cuando Dios nos ha puesto en el mundo... ¿No te gusta esta vida?

—Sí. Mucho, muchísimo, sobre todo cuando tengo a mi lado a una persona como tú, con esos deseos grandes de vivir, y con la consoladora visión de que todo puede encerrar un atractivo para ella, al menos, durante unas horas.

La miraba sonriente, animado, satisfecho de poder pasar los últimos momentos del día asistiendo a la felicidad de otra persona.

Regresaron a casa dando un paseo. Por aquella parte de la Castellana apenas si había nadie. En la calzada, junto a la acera, destacaban las manchas deformes de los autos de alquiler. Las hojas de los árboles siseaban, y la claridad de la luna, entrometiéndose por entre el ramaje, formaba claros grotescos en el suelo.

—Me gustaría detener el tiempo —dijo ella tras escuchar durante unos momentos sus pasos lentos—. Es triste que de esta noche tan agradable se pierda todo, todo, incluso el recuerdo.

—¿Por qué también el recuerdo?

Ella levantó ligeramente la cabeza.

—Me duele pensar que solo el presente pueda tener fuerza e intensidad. Los recuerdos se debilitan, se esfuman. Dime tú, por qué no podría existir un detalle, un rumor, un «algo» de esta noche que durase siempre. Sé que es absurdo desearlo cuando tan poco representa, mejor dicho, nada representa para los demás, pero... Para mi supondría un gran consuelo saber que un «algo», aunque fuera impalpable, no iba a desaparecer tan rotundamente al finalizar estas horas.

Oscar la miraba de soslayo, sonriendo. De pronto se dio una palmada en la frente y la obligó a caminar en silencio, golpeando fuertemente el suelo, hasta que, de súbito, la hizo detenerse.

—Si tanto te gusta, puedes tener la certeza de que así será. ¿Has arrojado alguna vez una piedrecilla a un estanque? ¿Y has visto las ondas que se forman en el agua?

Ella asintió en silencio, muy seria, sin comprender.

—Pues, mira: todo pasa; todo muere. Pero hay algo que repercute eternamente en el espacio a través de los siglos. El sonido. Nuestros pasos, nuestras palabras, como las aguas de un estanque agitadas por la intromisión de la piedrecilla, se alejarán sin dejar jamás de formar ondas.

Ella no sabía si Oscar hablaba en serio. Notó que le golpeaba ligeramente la mejilla y se sintió feliz, procurando desde aquel mismo instante que sus pasos resonaran firmes y concisos en el silencio de la noche solitaria.

La acompañó a su habitación y le gastó una broma antes de cerrar la puerta:

—Echa el pestillo. No sé si voy a resignarme a pasar solo y triste el resto de la noche estando tú tan cerca.

Alejandra no lograba dormir. Sin la compañía de Oscar volvió a sentirse completamente incapaz de realizar el trabajo que se le había encomendado; y no era únicamente este su miedo, sino aquel otro que trataba de reprimir al pensar en su inminente partida.

Los minutos transcurrían lentos. Asomada al balcón contempló la calle solitaria, las sombras confusas de los árboles enfilando hacia Cibeles. La oscuridad ennegrecía sus pensamientos, sintiéndose incapaz de afrontar sola la responsabilidad que pretendían abandonar en sus manos. Una dificultad asomaba tras otra. Ya no tenía tiempo de aclararlas, de pedir consejo. Oscar partiría a hora muy temprana. Sus nervios perdían su control. Juzgaba a Blay como a un ser poderoso dispuesto a abalanzarse sobre ella.

Chasqueó la lengua. No estaba habituada al alcohol y la cabeza le daba vueltas. Se encontraba mal. ¿Qué era lo primero que tendría que hacer al llegar a la librería? Ni idea. Su cerebro, alocado, entonaba estúpidas cancioncillas, repetía nombres, entremezclaba recuerdos... Se llevó las manos a las sienes. Le martilleaban sin piedad. Oscar la ayudaría, podría ayudarla.

Empezó a golpear el tabique que les separaba. No quería hacerlo y, sin embargo, sus puños insistían. Golpeó incansable. De súbito se retiró de la pared, asustada. ¿Qué hacía? ¿Estaba loca?

Los golpes le llegaban ahora de fuera, de la puerta de la habitación. Abrió, temblorosa.

—Me encuentro mal —confesó a Oscar, recortado en el umbral.

—Tomarás café, espera.

—No, no. Es... miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

Quería dominarse, silenciar sus impresiones, pero fue vencida por el impulso.

—Miedo a quedarme sola.

Sus lágrimas se desbordaron. Escondió la cara entre las manos y se dejó caer sobre el borde del lecho.

Oscar disimulaba una sonrisa comprensiva. Le acarició la cabeza intentando calmarla.

—Vamos, estoy seguro de que tu primera carta me llegará desbordante de optimismo.

—No sabré desenvolverme. Me he dado cuenta de ello. Es muy distinto cuando tú me ayudas.

—Te seguiré ayudando desde lejos.

—No es igual.

La obligó a acostarse, a cesar en sus llantos. Alejandra miraba hacia la pared. La inestabilidad de su cabeza se acentuaba. Nunca se había encontrado como entonces.

Los hechos poseían un relieve como de fantasía.

—Vamos, ya pasó. Te traeré café. Verás cómo te sienta bien.

—¡No te vayas! —suplicó Alejandra—. La soledad me asusta.

Oscar le palmeó las mejillas, divertido. Se sentó a su lado, contemplando su palidez. Un impulso de protección le impulsó a besarla, pero al contacto de sus labios húmedos su intención se trastocó insensiblemente y alargó la caricia envuelta en un matiz impensado.

Alejandra cesó de llorar acurrucada en sus brazos.

CAPÍTULO X

La carretera perdió por completo su tono gris y Oscar aceleró la marcha. De tarde en tarde recordaba a Alejandra. Cuanto había ocurrido lo encasillaba entre los accidentes enojosos de unas circunstancias anormales, y confiaba que también ella lo calificase así. Si analizaba la débil sensación que ello le había dejado, era más bien de descontento. Nada encerraba su vida lo suficientemente importante para cegarle de felicidad o desesperación.

Hacía muchos años que se había convertido casi en un mero espectador del prójimo y si alguna vez tomaba parte en cualquier acontecimiento, lo hacía impelido por el deber.

Los primeros tiempos de su matrimonio había lamentado no tener hijos, pero luego, para consolarse, pensó que si ello le restaba satisfacciones le evitaba, en cambio, grandes responsabilidades.

Por Alejandra, al verla tan sola y quizá por el afecto de que la rodeó su suegro a quien estimaba pese a su notoria antipatía hacia él, sintió cierta ternura que se había transformado, involuntariamente, durante unos momentos; pero solo fue durante breves instantes. Tenía la esperanza de que también a ella le hubiera sucedido lo propio y consiguiera limpiarse de la inquietud moral que le hubiese asaltado. Él procuraría regresar pronto para ayudarla en su trabajo y borrar de su pensamiento hasta el recuerdo de su inesperada intimidad.

Zanjó la cuestión y recordó a Elvira. Su mujer representaba para él mucho más que el resto de los mortales. Sabía que caminaba por la vida colgada exclusivamente de él. Había aceptado la carga cuando todavía tenía la convicción de que los años le reservaban grandes satisfacciones.

Miró su reloj. Eran las diez y media.

«Dentro de tres horas habré llegado», se dijo, fijando todo su interés en la carretera solitaria.

En el despacho de Oscar, Alejandra encontró un ramo de rosas y un sobre cerrado a los pies del jarrón.

«No he querido interrumpir su sueño. Mucha suerte y perdona. Oscar».

Quedó inmóvil con la breve misiva entre los dedos, desgarrando con trabajo la neblina que difuminaba los hechos acaecidos la víspera, y al recordarlos con exactitud una oleada de vergüenza le subió a la cara, sintiéndose al mismo tiempo irremisiblemente atada a Oscar, por muy lejos que ya estuviera. Le angustiaba reconocer la imposibilidad de rectificar lo ocurrido y mucho más no poder recordarle a él con desagrado. Creía ser una mujer distinta a siempre y se le antojaba increíble

que nada en su físico lo delatara. Sus movimientos carecían de precisión, su mirada de fijeza, y sin embargo, su cerebro, como aislado de toda otra preocupación, insistía en adentrarle en la misión que se le había encomendado.

Durante horas trató de convencerse de que debería hundir arrepentida, en el olvido, aquel paso inesperado que había dado, acosada por la soledad y por un sentimiento que sigilosamente, se le había adentrado potente, desvirtuando la meta hacia donde la conducía. Era una mancha en su vida que forzosamente habría de limpiar, aunque representara un esfuerzo agotador.

Instintivamente guardó la misiva que acompañaba al ramo de rosas y salió a la calle. El calor se intensificaba. Se despidió de los «Xaleia» sin la satisfacción que había imaginado y fue después a la librería reuniendo ánimos, siempre pensando en Oscar, en sus palabras y en los detalles que pudieran haber salpicado las horas pasadas junto a él.

La tienda se hallaba situada en una bocacalle de la Gran Vía. Su aspecto no resultaba demasiado brillante. Los escaparates estaban descuidados y cubiertos de polvo. Oteó por la puerta abierta, antes de decidirse a entrar, y vio a dos o tres dependientes tras el mostrador y la silueta oscura y pequeña de Blay, al fondo.

Hubo de hacer un esfuerzo para resolverse, y fue el propio Blay quien salió a su encuentro.

—¿Se marchó ya don Oscar?

Involuntariamente respondió con un sí apesadumbrado. Blay apenas si marcó algo más su habitual sonrisa y le cedió el paso. Se afianzó más en Alejandra la impresión de que se deslizaba silencioso por el suelo, como si resbalara. Tenía el pensamiento demasiado enmarañado para compenetrarse con lo que él decía, sentados en el pequeño espacio de la oficina. Blay hablaba despacio, en tono amortiguado y ella hubo de aguzar el oído y sobreponerse para no huir realmente de allí.

Al salir, dos horas después, decidió meditar detenidamente en las indicaciones de Oscar y compenetrarse así con su trabajo. Había dicho a Blay que no volvería hasta el día siguiente y pasó la tarde encerrada en el despacho, releyendo cuanto Oscar había dejado escrito. Muy a menudo las letras desaparecían de su vista y caía en un semiletargo que hacía desfilar por su cabeza escenas pasadas. Entonces, sobreponiéndose, se enjugaba las lágrimas y fijaba de nuevo los ojos en las cuartillas.

La doncella entró para advertirle que en la salita la esperaba doña Isabel.

—¿Doña Isabel? —preguntó sin recordar.

—La hermana del señor.

—¡Ah!

Se encontró con una mujer espigada y nerviosa que apenas se parecía a su hermano. Su pelo, encanecido, aureolaba un semblante desencajado y amarillento y la barbilla, puntiaguda, hundía más la línea de sus labios finos. Vestía de un modo anticuado y de su brazo colgaba un bolso de buena calidad, pero muy viejo.

—Usted es Alejandra, ¿verdad? —dijo al encararse con la muchacha, sin dejar de mirarla de arriba abajo—. Mi cuñada me había hablado de usted.

Parecía despechada, como si le molestara encontrar en la casa una persona ajena a la familia.

—Oscar vino un momento ayer a despedirse de nosotros y me dijo lo que había dispuesto. Yo pensé que mi marido podría haber ocupado muy bien ese puesto, pero mi hermano no es nada considerado.

Alejandra sabía, por Elvira, que toda la familia vivía a costa de Oscar, y calló confusa, sin atreverse a mirar a Isabel que se había sentado con el busto muy erguido.

—Claro que Dios es justo y siempre castiga al que se lo merece.

—¿Y ha sido un castigo el que no diera el puesto a su marido?

Enrojeció ella y sonrió después torciendo la boca.

—He querido decir todo lo contrario.

—Entonces no creo que merezca castigo alguno la decisión de su hermano —se atrevió a añadir.

—¡Usted qué va a decir! Claro que esto no es obra de él, sino de ella que le obliga a desatender a su familia.

—Si se refiere usted a Elvira...

—Sí, a mi cuñada. Es egoísta, fría...

—Elvira es muy buena —aseguró Alejandra, incómoda ante la visita.

—¡Buena! ¿A qué llama usted ser buena? Apenas va a misa, no se confiesa nunca, se viste de un modo escandaloso, coquetea con cualquier hombre...

—¿Lo ha visto usted?

—¡Lo dice todo el mundo!

—Todo el mundo, que, como en estos casos, serán una o dos personas...

Isabel rio desagradablemente.

—Es muy natural que usted la defienda. Después de todo, a usted se le ha abierto el mundo con una ganga de estas.

—Si llama ganga a mi empleo, está muy equivocada —replicó dándose cuenta que la indignación enterraba su timidez.

—En fin, no pretendo enemistarme con usted. Después de todo hace usted bien; no tiene culpa de nada. —Bajó la voz y añadió—: ¿Han hablado mucho de mí?

—¿De usted? Ni una palabra.

—Claro, soy poca cosa para ellos —agregó herida—. No tengo una casa como esta, ni dinero ni amistades. Llevo tras de mí el lastre de cuatro hijos y un marido gandul. Un abúlico. Mi hermano también lo es, no crea. En realidad es ella la que mangonea siempre.

Alejandra procuró no perder por completo la paciencia. Juzgaba absurda aquella visita, aquella conversación y, sobre todo, la actitud de Isabel, una actitud que la desconcertaba. La hermana de Oscar tenía un tic que la obligaba continuamente a

doblar el cuello hacia un lado, y entonces las venas se le abultaban dando la sensación de ir a reventarse.

—Sí, sí, ellos no comprenden, no quieren comprender... Cuatro hijos que no comen: ¡tragan! Jamás se sacian, y yo... Yo debo cargar con todas las responsabilidades.

—Bueno ¿y qué puedo hacer yo? ¿Qué me cuenta a mí? —explotó Alejandra, incapaz de contenerse por más tiempo.

Isabel se restregó los ojos con ademanes rápidos.

—Debemos tres meses de casa y nos van a echar. ¿Podríamos meternos aquí hasta tanto encontrásemos otro piso? Si ellos van a estar fuera dos meses, en ese tiempo...

—No, no.

—¿Por qué no? ¿Quién es usted para negarse?

Alejandra se levantó impetuosa.

—Su hermano estuvo ayer a verla. ¿Por qué no se lo dijo a él?

—Lo hice, pero no quise.

—Entonces, ¿cómo imagina que puedo contradecir sus órdenes?

—No haría falta que se enterasen. Un mes... mes y medio todo lo más...

—Lo siento, señora. Si usted quiere, puedo escribirles y...

—Gracias —la interrumpió con sorna—. Sé la contestación de antemano, pero supuse que usted, al fin y al cabo una muchacha tan humilde, se haría cargo.

—Y me lo hago, pero esta no es mi casa.

Isabel se puso en pie y dio varias vueltas por la habitación. De pronto se acercó a ella y casi al oído suplicó:

—¿Quiere prestarme veinte duros? Tengo que comprar unas cosas y salí de casa sin dinero. Se los devolveré por medio de uno de mis hijos. De mi marido no me fío. Es peor que los chicos. Un crío más.

Suspiró.

—Toda mi vida he luchado como una leona. ¿No se lo ha contado Oscar? Yo también tenía dinero en un tiempo, tanto como él, pero fui demasiado buena, demasiado compasiva... Una incauta, en realidad.

Cuando se hubo guardado el dinero que le entregó la muchacha, ordenó maquinalmente su cabello y salió precipitadamente de la habitación.

Una vez en el descansillo de la escalera se volvió hacia Alejandra.

—No veo muy claro todo esto.

—¿El qué?

—La causa de que se hayan marchado tan rápidamente. Siempre tomaron con calma la cuestión de los viajes.

Descendió unos cuantos peldaños más mientras decía:

—Ya se los devolveré. Hasta otro día.

Alejandra permaneció inmóvil ante la puerta cerrada. La visita de Isabel le había dejado un sabor ácido. Se encerró de nuevo en el despacho y contempló las rosas del

jarrón ya desmayadas en su cárcel de cristal.

Al día siguiente despertó sobresaltada por el estruendo de unos cañonazos que hacían tintinear estrepitosamente todos los cristales. Encontró a las dos criadas, muertas de miedo, junto a la puerta del piso.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Dicen que están destrozando el Cuartel de la Montaña.

Estuvo indecisa con temor a salir, pero se encaminó al fin hacia la librería, después de haber observado desde el balcón que en la calle no parecía ocurrir nada anormal. Por el camino vio autos y camiones atestados de hombres cargados con rifles y fusiles, cuyos cañones asomaban amenazadores por las ventanillas. En algunas esquinas paisanos armados cacheaban a los transeúntes, y ella aceleró el paso. No tenía la menor idea de lo que sucedía.

En la tienda los cierres metálicos estaban a medio echar, y los dependientes y Blay guardaban silencio, agrupados, atentos al estruendo de las explosiones.

—Es usted valiente —dijo Blay al verla—. Creía que no se atrevería a venir.

Su sonrisa, inmutable a pesar de la anormalidad de aquel día, tuvo el poder de exasperarla. Se notaba muy descentrada en medio de la tienda, que olía a polvo y a impresos recién salidos de las máquinas.

«Pero debo seguir», se dijo, de espaldas a todos.

Próxima la hora de salida vio a Eugenio en la acera de enfrente, inquieto y desorientado.

—¡Eugenio!

El muchacho se acercó rápido. Parecía tener la espalda más curvada que de costumbre.

—Necesitaba verte, Alejandra. Tengo miedo por ti.

—¿Qué es lo que ocurre en realidad?

—No sé, estoy confuso. El ferroviario salió de casa armado hasta los dientes. ¿Estás ya sola?

—Sí —respondió a media voz.

Él la oprimió suavemente un brazo.

—Te acompañaré hasta casa, si no te importa.

Blay les observaba desde la puerta, muy brillantes los ojos. Era difícil adivinar su estado de ánimo bajo la máscara imperturbable de su rostro, únicamente cortada por la sonrisa perenne de sus labios.

—¿Abriremos esta tarde? —preguntó uno de los empleados con gestos miedosos.

—¿Por qué no? —respondió él—. Los cañonazos han cesado y la gente puede necesitar libros o... papel para escribir.

Miró su llavero. Alejandra se había llevado unas llaves gemelas para entrar en la tienda cuando le pareciera bien.

Una vez en la calle, Blay miró en todas direcciones. Sus pasos no eran ni más rápidos ni más cautelosos que siempre. Continuaba resbalando sobre el asfalto. Le

hicieron levantar los brazos al llegar a la esquina, y mientras le palpaban los bolsillos dijo con voz pausada:

—Papeles, papeles de negocios, simplemente.

CAPÍTULO XI

No hubo demasiadas transformaciones en el hospital, el día que se restableció la paz. Cambiaron la bandera que ondeaba junto a la de la Cruz Roja, y en las salas invadidas de enfermos y heridos, reaparecieron las tocas blancas de algunas religiosas que habían permanecido escondidas en la ciudad, durante los tres años de guerra.

A Eugenio, sentado en el patio junto a uno de los pocos árboles diseminados, la desbordada alegría de los demás le hacía daño. También él había deseado muchas veces el término de un conflicto que le había cogido desprevenido, obligándole a sostenerse durante muchos meses en el angosto hueco de una trinchera, aterido por el frío o achicharrado de calor en el verano, con la nostalgia de un recinto cómodo y limpio defendido del asalto de los parásitos que acribillaban su cuerpo, lejos del tableteo de las ametralladoras. Más de una vez había soñado con el instante en que debería cambiar su fusil por cualquier otra herramienta vulgar y reemprender su antigua vida; pero llegado el momento en que todas aquellas ilusiones parecían ir a realizarse, un hondo desaliento le empujó a huir solo hacia el patio.

Durante todo aquel tiempo había deseado impaciente los cortos permisos que le facultaban para correr en busca de Alejandra. Ella le escribió a menudo; le enviaba ropas de abrigo y alimentos conseguidos tras penosas búsquedas. En aquellas licencias Eugenio se sintió feliz porque Alejandra, ansiosa de confiarse con alguien de su entera amistad, parecía volcarse en él y le acogía con grandes muestras de alegría.

Bajo el sol templado de la primavera Eugenio recordaba aquellos días, con la misma nostalgia que meses antes había deseado el final de la guerra. Ahora temía que, con el silencio de los cañones, callaran también repentinamente los labios de la muchacha, intuyendo que su situación privilegiada junto a ella había sido obra exclusiva de las circunstancias. Saldría del hospital y desaparecería el motivo por el cual ella iba a visitarle tan a menudo. Al normalizarse su existencia, sus vidas tomarían rumbos distintos y ya no volvería a sentir la superioridad que le otorgaba el protegerla cuando iban por la calle y explotaban los proyectiles de los obuses. Ya no sería preciso empujarla hacia un portal y oprimirle las manos tratando de infundirla valor. Fueron las únicas ocasiones en que se sintió fuerte, sin confesarse que era su cercanía lo que le inculcaba falsa serenidad.

Al darse cuenta de que Alejandra, pese a todos los inconvenientes, hacía frente a la situación y adquiría, insensiblemente, día tras día, mayor seguridad en sí misma, Eugenio rechazó la tentación de proponerle que se casaran. Había confiado que al finalizar la guerra le sería más factible consolidar su situación económica y adquirir

también él más firmeza; pero de pronto, aquella mañana desbordada de entusiasmo y exclamaciones ahogadas hasta entonces, vislumbró su porvenir muy confuso y se encontró que, como antes, no sabía desenvolverse concretamente en nada, con la agravante de llevar sobre la espalda el peso de tres años más, el amargor de muchos días perdidos y la desolada situación de un hombre que no tenía donde guarecerse siquiera. Quedaba el recurso de volver a su casa. Su madre se lo había suplicado en diversas cartas, pero reconocía la imposibilidad de amoldarse a una vida monótona después de la experiencia sufrida.

Miró la hora y se animaron algo sus ojos, que no apartó ya de la puerta de entrada.

Alejandra iba camino del hospital y, de cuando en cuando, apretaba la mano donde llevaba el telegrama recibido. A su alegría, histérica casi en un principio, substituyó una impaciencia angustiosa ante las cuarenta y ocho horas que faltaban para el regreso de Elvira y Oscar.

En las calles reinaba una animación extraordinaria y lo que más contrastaba con el ambiente de días atrás era la tranquilidad con que caminaba la gente, libre del miedo a la metralla. También ella se notaba despojada del terror a quedar deshecha en cualquier momento sobre el asfalto, con el oído siempre atento al repentino aullar de las sirenas de alarma. Sin embargo, el sol había brillado de igual modo durante todo aquel tiempo de angustia, la vida siguió su ritmo e incluso, en algunos rincones, latió la felicidad aunque amenazada perennemente por la inesperada aparición de la muerte violenta.

Sufrió un nuevo sobresalto al recordar el telegrama. «Regresaremos el día veinte. Abrazos, Oscar, Elvira». Le parecía mentira, imposible casi, que tras aquel interminable período de espera, una espera lenta, llena de sobresalto, hubiese llegado de sopetón lo que tanto había deseado, y creyó que los meses calificados de interminables habían transcurrido, en realidad, con vertiginosidad inaudita.

En su cerebro se entremezclaba el recuerdo de diversas escenas: sus rápidas visitas a casa de Abelarda, mientras Filo vivió; las breves frases cambiadas con don Juan, con la impresión de que el viejo se mantenía como por milagro; los permisos de Eugenio, enfundado en su uniforme de soldado... La librería, los registros en casa de Oscar; sus esfuerzos por defender el aislamiento del piso... Todo, todo se deslizaba como por una película, en su mente aturdida, mientras enfilaba hacia la Glorieta de Atocha.

En una esquina se cruzó con Isabel. No la había visto y fue ella quien la detuvo, clavándole los dedos en un brazo.

—¿Regresan ya? —preguntó inmediatamente.

Había adelgazado más. Su vestido negro estaba arrugado y el escote permitía ver sus pronunciadas clavículas. Con las mejillas chupadas se le agrandaban los ojos, y el cabello gris, en desorden, destacaba junto al color cetrino de su piel. Llevaba un

saquito de mano colgado del brazo, del que surgía olor a pescado. A su lado, uno de sus hijos, alto y molso, de orejas separadas, contemplaba distraído a Alejandra.

—Hola, Isabel.

—¿Vienen? —repitió sin soltarla del brazo.

—Sí.

—¿Cuándo?

Alejandra oprimió el telegrama.

—Pasado mañana.

Isabel suspiró fuerte, sonriendo de un modo desagradable.

—Ya nos veremos —profetizó en tono amenazador.

Y dando un empujón a su hijo, se alejó con rapidez.

A pesar de sus esfuerzos, Alejandra no había logrado acostumbrarse a las visitas de Isabel, a sus bruscas e inesperadas apariciones en la librería o en su casa. No sabía qué fin perseguía al tratarla unas veces cordial, y otras adustamente, hasta que llegó a la conclusión de que todo aquello era el prelude para pedirle dinero. Se lo había dado siempre e incluso le proporcionó alimentos, soportando con paciencia, durante horas, sus diferentes estados de ánimo. Recordar que era hermana de Oscar le obligaba, pero jamás le dio ocasión para intimar, a pesar de que ella se metía en el piso abandonado por su hermano, con una autoridad que solo empleaba en fisgonear, criticar la colocación de los muebles o el dispendio que suponía un alquiler tan elevado.

Alejandra no podía formarse una idea definida de su situación, porque tan pronto lloraba como reía, sin causa justificada.

«Una termina por acostumbrarse a todo —había dicho en algunas ocasiones—. ¿Crees que hubiera permitido en otros tiempos, que en mi casa no existiera método ni norma para nada? Hubiera puesto el grito en el cielo. Al principio, una se asusta del cariz que toman las cosas y protesta, pero el ambiente te arrastra y llega un momento en que eres la primera en faltar a lo establecido. Cuando me casé, las sábanas de mi cama eran de hilo; ahora, tres de los chicos duermen sin ellas. Se rompen, y se cosen durante una temporada y, a la postre, se vuelven a colocar rotas para acabar despedazándose con los pataleos de los muchachos. Lo veo y rara es la vez que me sofoco como antes. La falta de dinero produce todo esto. Vajilla, cristalería, muebles... Todo en mi hogar está impreso por las huellas de la miseria, esa miseria avariciosa que arrasa un lugar donde existió el desahogo y que ahora se hunde año tras año en un abandono inevitable».

—No será tanto —protestaba Alejandra, violenta por el tono de Isabel; un tono que destilaba amargura y envidia.

—Claro que todo esto se lo ofrezco a Dios —suspiraba teatral—, porque este es mi infierno y si me sublevo, la rebeldía aumenta el tormento. ¿Me prestas cincuenta pesetas?

Era el final. Otras veces Isabel derrochaba un humor dañino, una sátira descarnada, contra todos los suyos, poniéndose a la cabeza de las burlas.

—¡Si es que somos una cuadrilla de locos! Todo el mundo lo sabe. Pregunta a cualquiera del barrio y lo verás. Nos huyen como a la peste porque temen los sablazos. ¡Si mi casa es un manicomio! Te reirías si pudieras vernos por un agujero. Allí también tenemos sillones... —decía con las cejas arqueadas, contemplando los de casa de su hermano—. Cortinajes, lámparas... —estallaba en una risa continua y afectada—; pero los sillones tienen agujeros y las lámparas penden como muñecos de trapo, con las tripas colgando; los cortinajes son de seda, no vayas a creer; seda podrida por el polvo y la pobreza.

Alejandra aceleró el paso, como si pretendiera alejarse cuanto antes de la incómoda sensación que le produjo su encuentro con Isabel. Una vez más hizo esfuerzos por delimitar las fronteras de la realidad y de su imaginación. Había vivido con tal tirantez durante la época de guerra en su empeño por mantenerse firme, que si el haberlo conseguido la ayudó a perder mucha de su timidez, le había deparado, en cambio, un cansancio que en momentos se le hacía insoportable.

Le fue imposible visitar a don Gabriel, ni que él se trasladase a Madrid. Le impidieron la entrada a la capital semisitiada, a causa de sus muchos años, y en cuanto a ella, de haber salido le hubiera sido sumamente difícil volver a entrar. Sus cartas le suponían un gran apoyo, y siempre que tropezaba con algún inconveniente en el negocio le consultaba. Fue don Gabriel quien le aconsejó, a los pocos meses de estar en la librería, «que no se dejase zarandear por Blay». «A través de tu carta me da la impresión de un hombre al que hay que hacer frente sin vacilar. Si te han dejado en el puesto de Oscar, ese y no otro inferior debes ocupar».

Sobreponerse a su cortedad para demostrar a Blay que no estaba dispuesta a que la tratara como a un empleado más, le costó grandes esfuerzos. Un día, de pronto, empezó a dar órdenes, y miró fijamente al socio de Oscar, que se acercaba a ella con leve gesto de extrañeza. Le temblaban las piernas, pero se mantuvo en su puesto recordando a Oscar y los consejos de don Gabriel. Blay se dedicó entonces a zaherirla con ironías que dejaban entrever su sospecha del porqué Oscar la había preferido a cualquier otra persona, y aunque Alejandra se notaba enrojecer, se afianzaba más en su actitud.

Entonces Blay varió de sistema, tras un día de absoluto retraimiento. Su trato se tornó de una amabilidad exagerada, casi empalagosa, con una aparente concesión a todo cuanto ella proponía, que Alejandra no tardó en descubrir. Al darse cuenta de que no se cumplían sus órdenes, y fortalecida por la seguridad que iba adquiriendo en sí misma, salía a su encuentro e indagaba las causas de la contraorden. Si juzgaba justa la rectificación, la admitía, pero en caso contrario no vacilaba en entablar polémica con Blay, que terminaba por ceder con aquella sonrisa indescifrable que tanto la repelía. Hubo un momento en que Blay intentó entablar cierta amistad ajena a los negocios y Alejandra le rehuyó con repugnancia. Él sonrió un poco más, y eso fue todo. Era difícil conocer realmente a Blay. Fuera de la tienda se esfumaba y desaparecía de la órbita de todos. Un día de fiesta, Alejandra precisaba hacerle una

consulta y no hubo manera de saber dónde vivía. Enlutado, blanca la piel, de blancura lechosa, daba la impresión de una sombra deslizándose tras los mostradores sin levantar el menor ruido, sin perder un detalle de cuanto sucedía en la tienda, ni del hueco del fondo, donde estaba el despacho.

Dentro de sus inconvenientes, el trabajo significó para Alejandra un gran alivio; el ruido de la pequeña imprenta en el interior de la trastienda, le ayudaba a rezagar preocupaciones y mitigar en algo el deslizar agobiante de días interminables. A veces pensaba, ya sola en su casa, con los balcones herméticamente cerrados para evitar que se escapase el menor destello de luz, que había cambiado tanto, reaccionado de modo tan violento, que no la reconocerían al regresar. Los primeros tiempos de la ausencia de Oscar sufrió mucho. Su amor avasallaba su sentido del deber originando una sorda lucha entre su conciencia y su sentimiento. Pensaba que de no haber sido por la enajenación que le produjo la bebida y por la soledad, ella hubiese podido esconder su cariño, sufriendo, pero caminando rectamente por la vida. Aunque no podía olvidar lo sucedido, estaba dispuesta a vencerse con la energía que le deparase su manera de ser, consciente del deber y de la importancia de vivir con arreglo a las enseñanzas aprendidas de don Gabriel.

Una mañana recibió la noticia de que Eugenio había sido herido y trasladado a Madrid. Desde entonces ni un solo día dejó de ir a verle, a veces por breves momentos.

Iba tan ensimismada que se sorprendió de hallarse repentinamente en el hospital. Sabía que Eugenio la esperaba en el patio y aceleró el paso, con la necesidad imperiosa de verle, de comentar las sensaciones sufridas en un momento tan esperado.

Quedó ante él, esbozando una sonrisa.

—Parece mentira, ¿verdad? —dijo Eugenio.

—Sí. Tanto aguardar, y cuando llega, casi no se cree.

Se sentó a su lado y contemplaron en silencio a los convalecientes que tomaban el sol. Muchas cabezas, brazos y piernas, estaban vendados. Algunos parecían momias.

—Ahora se presenta el problema de continuar —susurró Eugenio, como si hablara para sí mismo.

—Sí, es un problema.

La miró a los ojos, ávido por descubrir sus pensamientos. Encendió un cigarrillo y lanzó el humo a lo lejos.

—¿Qué intenciones tienes? —preguntó.

Deseaba escuchar una respuesta concreta, y al mismo tiempo esperaba que se encogiera de hombros, dando a entender que se hallaba en sus mismas condiciones.

—Seguiré en la tienda, supongo. «Ellos» regresarán.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

Le mostró el telegrama sin poder reprimir un gesto de alegría.

—¿Tan pronto?

—Es lógico. ¿Por qué te extraña?

—No, no me extraña. Es que... Ya ves, después de tanto desearlo, parece que ahora todo sucede de un modo demasiado brusco. Han ocurrido muchas cosas. Estos años han unido o separado a las personas, como si hubiera sido una época al margen de las anteriores y de las que habrán de venir, y tengo miedo a que el resultado sea igual al de las relaciones entabladas en un viaje: momentáneas, rápidas, que solo tienen valor mientras dura el trayecto.

—No te entiendo —murmuró ella con cierta inquietud.

Él bajó la cabeza y se mordió los labios.

—Espero que continuemos viéndonos.

—¡Pues claro! ¿Por qué no ha de ser así?

—Todo cambiará. Las circunstancias que antes nos unieron, han desaparecido. Las que ahora surjan, nos separarán.

—Parece como si no fueras a habituarte a desprenderte del uniforme ni vivir fuera del hospital. En cuanto te encuentres de nuevo ágil y libre, te darás cuenta de que hay tiempo de sobra para hacer cuanto desees.

—Ya no vendrás todos los días —añadió poseído de una idea fija.

—No será necesario, puesto que estarás fuera.

—De todos modos, ya no habrá motivo para que me necesites.

—¿Y tú a mí?

—Sabes que sí —contestó, sin atreverse a añadir más.

Ella se turbó al reconocer que su vida iba a tomar caminos muy diferentes, y le dolía ver sufrir a Eugenio. Hizo un esfuerzo para ocultarlo y trató de bromear:

—Querido, no te ha sentado demasiado bien el final de la guerra. ¿Es que vas a marcharte de Madrid?

—No es necesaria la distancia para separarnos.

—¿Y qué te hace imaginar todo eso? —preguntó con cierto temor.

El verde de las ramas proyectaba sobre los guijarros espacios de sombra.

—No es un motivo definido —respondió Eugenio—. Analizando, creo que es miedo e inseguridad. Miedo a reemprender la lucha diaria, a encerrarme otra vez en un cafetín de mala muerte y aporrear el piano. Hasta ahora, las zozobras e inquietudes han tenido una causa concreta que las justificaba; incluso llegué a olvidar la incertidumbre del futuro y la mediocridad de mi pasado, sujeto como estaba en la trascendencia del momento.

Miró hacia un árbol buscando el pájaro que cantaba.

—Comprendo —añadió en igual tono— que debería sentirme contento y animoso. Tendría que poseer más energías ahora, de las que derroché al sufrir la herida y las privaciones; sin embargo, reconozco que me faltan cuando se trata de enfrentarme con problemas corrientes...

Fue bajando la voz hasta hacerse ininteligible. Parecía que solo entonces se daba exacta cuenta del significado de cuanto había dicho, y el desaliento se pintó en su cara.

Alejandra le oprimió el brazo con dulzura.

—Son los nervios —dijo intentando calmarle—. Los nervios que estallan, en cada uno, de un modo diferente.

—¿Cómo han estallado en ti? —preguntó sonriendo incrédulo.

—Verás... no sé. Mucha alegría, mucha confusión...

Ella misma ignoraba que ante la ansiedad de encontrarse con Oscar, el resto de sus impresiones se desvanecían. Durante la guerra había visto a seres despedazados por la metralla; miembros mutilados, vientres abiertos con los intestinos colgando y aquella visión le produjo un horror escalofriante. Mas, sin embargo, una despedida, un llanto contenido, el silenciado temor de quien imaginaba decir adiós para siempre, un suspiro de impotencia y desesperación, la conmovieron más que todos los horrores físicos. Así le ocurría ahora con la estridente alegría explotada ante el final de la contienda. La esperanza de ver a Oscar restaba valor, sin que se percatase de ello, a cualquier otra satisfacción.

Uno de los heridos que deambulaban por el patio se había acercado y permanecía junto a ellos con la cabeza vendada y un periódico entre las manos. Iba sin afeitar, con barba de varios días y le relampagueaban impacientes los ojos.

—Hola, Augusto —saludó Eugenio.

El otro sonrió, y su sonrisa rompía, con una línea blanca, el bronceado de su piel. La venda le cubría toda la frente y un mechón de pelo muy negro le sobresalía por una sien. Alejandra le tendió la mano.

—¿Se encuentra mejor ya? —le preguntó.

—Pchis. Estoy aburrido, y encima, esto.

—¿Esto? Se refiere...

—Sí, a la tranquilidad. Ya no más miedo, ya no más explosiones, fuera la tensión que provoca el peligro...

Eugenio y Alejandra cambiaron una mirada de inteligencia. Augusto había sido herido en la cabeza y su salvación fue casi un milagro. Trabaron amistad en el hospital y siempre se unía a ellos durante los últimos momentos de la visita. Eugenio confesó a Alejandra que tenía la impresión de que su compañero había quedado bastante desequilibrado, porque sus charlas le resultaban incomprensibles, cuando no disparatadas. De todos modos le distraía y ayudaba a acortar el tedio de las horas de encierro.

—Yo encuentro, sin embargo, que es un alivio —aclaró Alejandra.

—Para ustedes, sí, naturalmente.

—¿Y por qué no para usted?

Augusto alzó la cabeza y entornó los ojos. Tenía un perfil correcto y las manos largas y finas.

—Los días tranquilos tienen una pastosidad que me ataca los nervios, y ya no podré terminar mi cuadro. Eugenio sabe que lo llevaba bastante adelantado. Olor a pólvora, terror de la gente, sangre y carne desparramada, incrustándose en la tierra, pavor... Todo eso lo veía, lo palpaba. Ahora, ¿qué? Las tragedias escondidas de cada individuo, no me interesan; son idiotas. Poco espectaculares. Un caos individual no tiene brillantez ni puede inspirar a un verdadero artista, amante de lo grandioso.

—Afortunadamente —comentó Alejandra divertida—, hay pocas personas que opinen como usted.

—¡No faltaría más! ¿Cree usted que se prodiga tanto el talento? ¡Oh, no! Espero que me den de alta enseguida, porque no soporto la inmovilidad. Soy un hombre de acción. Fíjese, fíjese en la alegría de la gente. ¿Por qué? Porque no se detienen a pensar. No saben que dentro de un mes, dos... ¡quién sabe!, estarán de nuevo desesperados por lo que fuere. La gente sin imaginación está sentenciada a la nulidad. Se aburren ellos y aburren también a los demás, que es peor.

Alejandra se puso en pie.

—Espero que aún le veré la próxima vez que venga.

—Depende de cuando sea la próxima.

—Pronto.

—Entonces ya estaré fuera, creo.

Mientras Eugenio la acompañaba hasta la salida, Alejandra rompió a reír.

—No me causa lástima, porque es muy divertido. ¿De veras está loco?

Eugenio se encogió de hombros.

—Empiezo a desorientarme, chica. A veces estoy convencido; no lo dudo ni un instante. Pero otras... Cuando se burla sutilmente de los demás, y sobre todo de aquellos por quienes siente antipatía, me hace vacilar. Hay momentos en que calla y parece pensativo, sereno. Hilvana alguna que otra frase sensata, muy pocas, y todavía no puedo afirmar que no finge al decir barbaridades, como si le complaciera hacer creer a todos que no está bien de la cabeza.

Anduvieron un trecho en silencio. De pronto, Alejandra se volvió hacia él y le tendió la mano.

—Quiero que te animes, que no tengas ideas sombrías... Hay que reemprender una nueva vida y ser valiente. Ponte pronto bien e iremos juntos a ver a Abelarda. La última vez que la visité me preguntó por ti. De esto hace mucho tiempo ya. Estaba Ramiro, de permiso, de dueño de la casa. Como la pobre Filo no puede contagiarle ya... Vamos, Eugenio, ¿qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara tan triste?

En la calle reinaba gran animación. Desfilaban profusos grupos de gente con banderas, camiones atestados de soldados que arrojaban a puñados chokolatines, paquetes de cigarrillos y pan. Resonaban gritos distintos a los escuchados tiempo atrás...

—Tengo miedo, Alejandra.

—¿A qué?

—No lo sé... Me siento tan poco firme...

A ella le brillaron los ojos. La visión de la calle, de la vida que rebullía fuera de las salas del hospital, hizo acelerar su corazón. Paladeó su juventud, sus violentos deseos de vivir. El cielo estaba muy azul, la atmósfera muy limpia... Su alegría la empujaba a mostrarse cariñosa con Eugenio.

—No quiero verte con esa cara.

Le abrazó fuerte y le dio una palmada en la mejilla.

—Eres joven, Eugenio. ¿No piensas que la vida puede ser maravillosa si te empeñas? Hay que descubrir el lado bueno de las cosas.

Él agitó la mano mientras Alejandra se alejaba y volvió la cabeza al oír la voz de Augusto.

—Todavía no comprendo por qué me gustan tanto las mujeres. En realidad son torpes, artificiales e incómodas.

Eugenio rio.

—Pero yo sé bien por qué me gusta ella —replicó, alejándose de la entrada.

CAPÍTULO XII

Inclinada sobre la barandilla del balcón, Alejandra miraba hacia la calle donde en aquellos momentos se había detenido un auto. En el atardecer los árboles parecían más verdes en sus copas, y en el cielo, unos haces sonrosados se incrustaban en el azul, dando la impresión de rozar con caricia suave e irreal la azotea de algunas casas lejanas.

Entornó los ojos. Oscar estaba en la acera. Ayudó a Elvira a apearse y desaparecieron en el portal.

Reclinada contra la pared quedó estática, inmovilizada por la emoción. La realidad, sin atuendos ni desfiguraciones, danzaba ante ella con relieves concisos y se dio cuenta de que los momentos pasados junto a él, juzgados desde su verdadero punto de vista, carecían de poesía y encanto. La verdad le resultaba ahora bochornosa y llena de peligros. Llegaban los dos, y este regreso, esperado y sabido, la cohibía. Había pensado siempre en la vuelta del matrimonio, pero recordando exclusivamente a Oscar. Ahora ya estaban ahí, muy cerca, y sabía que no entraría él solo, sino que Elvira, la auténtica dueña de la casa, se apoderaría lógicamente de todo. ¿Cómo la acogería él? ¿Recordaría? Tenía miedo de que así fuera. Quería enfrentarse con él para comprobar hasta qué límite había llegado a domeñar sus impulsos y sentimientos. Para ella el tiempo pasado significó un compás de espera, un «intermezzo» lento e inquietante.

Salía ella del despacho a su encuentro, cuando llegaron. Elvira se arrojó a sus brazos y la retuvo largo tiempo. Por encima de su hombro distinguió Alejandra la figura de Oscar. Le dio vértigo mirar sus ojos y sentir la enorme influencia de su proximidad.

—¡Qué alegría volverte a ver! No sabes lo que hemos padecido por ti. Oscar tenía unos remordimientos horribles por haberte dejado sola.

Alejandra parpadeó y sin demostración alguna, sin desplegar demasiado los labios, estrechó las manos que Oscar le tendía. Se le veía contento, satisfecho de encontrarse otra vez en su casa, y miraba a su alrededor como si todo aquello le pareciera un poco nuevo.

—¡Cómo has cambiado! —le dijo observándola detenidamente.

Alejandra comprobaba en su semblante una naturalidad absoluta. «Ha olvidado», pensó con un suspiro de alivio. Pero al mismo tiempo algo le arañaba interiormente.

La charla se desarrolló de un modo atropellado. Eran demasiados acontecimientos, demasiados días para explicarlos con detalles, en pocas horas. Pasaban de un tema a otro, empujados por la locuacidad poco corriente en Elvira.

—¿Qué sabes de mi padre?

—Está bien. Hace unos días recibí su última carta. Dice que en cuanto se haya normalizado la cuestión de los viajes, vendrá. A quien vi ayer fue a Isabel.

—Ah, ¿pero la tratas? —preguntó Oscar extrañado—. Nos despedimos muy fríamente.

—Se presentó aquí el mismo día que os marchasteis.

—Espero que no le habrás hecho mucho caso.

Se turbaba cada vez que Oscar le dirigía la palabra, y contraía los músculos en su esfuerzo de dominarse.

—No, es decir... Me preocupó durante algún tiempo. No me habías hablado mucho de ella y desconocía... Bueno, creo que lo pasa bastante mal.

—Mi hermana es una de esas personas que se creen con derecho a que todos le ayuden. Jamás hizo nada por sí misma, carece de todo estímulo; no es que tenga mucha importancia ayudar a los otros cuando lo necesitan, pero sí el que ellos se acostumbren y lo conceptúen un deber en el resto de las personas. Supongo que te habrá pedido dinero.

—Algunas veces.

—No sabías nada y, claro, se te hacía violento negarte. Ahora estás advertida. Les he procurado muchas ocasiones para salir adelante y jamás las han aprovechado.

Alejandra bajaba la cabeza y de cuando en cuando, al mirarle, quedaba absorta sin pretenderlo. No existió una mirada, una palabra o un gesto que reviviera la noche aquella. El recuerdo parecía haberse esfumado de él sin dejar la menor huella, e instintivamente se repitió uno de los comentarios de don Gabriel.

«Piensa que tal vez lo que para ti representa algo muy importante, no tiene en los otros sino el valor de la puramente transitorio. No juzgues jamás los sentimientos de los demás por los tuyos propios, y aun cuando, desgraciadamente, en la vida nunca ocurre nada nuevo, son nuevas para uno mismo las reacciones del prójimo».

—¿Y Blay?

Alejandra se agitó en su asiento. Tras sus meditaciones se había entretenido en observar a Elvira, elegantísima, esmerada como nunca en su tocado, rubia y pálida. Le aterró sospechar que pudiera adivinar su estado de ánimo, sus pensamientos... Sería espantoso no poseer la exclusiva de ellos, se dijo. Y, sin embargo, ella hubiese dado todo lo posible por adentrarse en los de Oscar y sintió un profundo malestar tan solo al imaginarlos.

—Blay... ¡Ah!, sí, Blay es...

—Un zorro viejo.

Entonces ella se explayó, un poco vacilante al principio, pero animada luego por el tesón que había puesto en aquel asunto. Refirió las incidencias ocurridas, la lucha callada y sorda llevada durante los primeros meses...

—Por fin pude ganarle la batalla. Ahora se ha marchado el empleado del despacho y... —Se calló, acometida por repentina inspiración—. Tengo un amigo, un

buen muchacho que esta cesante. Me gustaría, cuando saliera del hospital y le licenciasen, hacer algo en su favor. Creo que en la librería estaría bien.

Oscar preguntó interesado:

—¿Puedes responder de él?

—Ya lo creo. Le conocí en casa de Abelarda, y tampoco encajaba allí.

Oscar experimentó cierto alivio. Había tenido miedo en un principio, mas luego, al verla tan sosegada, tan natural, desechó todo temor. La encontraba muy cambiada, no solo físicamente; estaba delgada, y su expresión no era tan infantil, ni sus movimientos tan apresurados. Entonces dejó de esforzarse para que su encuentro estuviese libre de toda turbación, puesto que ya no había motivo para que existiera, y su trato se tornó cordial, casi afectuoso, como si todavía Alejandra fuera la muchacha de los primeros tiempos.

La prestó atención cuando esbozó la conveniencia de una ampliación del local y una sala anexa para exposiciones de pintura. No se lo había dicho todavía a Blay, para evitar que amontonara impedimentos, tan poco amigo como era de realizar cambios.

—Todo eso me parece muy bien, siempre que él lo acepte.

—Blay es poco innovador.

—¿Sigue soltero?

—Que yo sepa, sí.

Temía y deseaba el momento de quedarse a solas con él.

En la media hora que permanecieron uno al lado del otro, ella no dijo nada. Oscar relató sus impresiones del extranjero, de la marcha de la guerra y su sorpresa ante la duración inimaginada. No aludió en absoluto a su partida, ni rozó un tema que pudiera provocar una explicación o un recuerdo del pasado.

La certidumbre de su olvido e indiferencia disgustó inexplicablemente a Alejandra, que logró escucharle atenta, sin manifestar la menor sorpresa o desilusión. Era el propio aturdimiento lo que le hacía aparecer normal, mientras en su interior se iniciaba una lucha que la asustó.

Miró a través de los cristales del balcón. La noche había extendido una capa oscura, y todo parecía estático, con los colores borrados.

Después de la cena, ellos se retiraron a su habitación y Alejandra se arrebujó en su cama. Les tenía cerca, muy cerca. Únicamente les separaba un tabique y no obstante, los percibía extrañamente lejos. El llanto la ahogaba por una pena inlocalizable y apretaba los labios sin querer derramar ni una sola lágrima.

Jamás se había sentido tan abandonada a sí misma. Se levantó, incapaz de permanecer inactiva. Dio unos pasos por la habitación y corrió al fin en busca del fresco de la noche.

Habían surgido algunas estrellas y su brillo semejaba agrandarse, extenderse, cuanto más fijamente las miraba. Se sintió compenetrada con el espacio oscuro, con la vida incógnita que se esparcía silenciosa. Los árboles, contemplados desde el balcón, parecían manchas dilatadas y deformes huyendo en una misma trayectoria.

Alejandra meditó en el enorme esfuerzo de tener que continuar, pese a todo, resistiendo la inmutable continuidad de los días, sin vislumbrar siquiera, un reposo, un momento de calma honda y verdadera. Porque con el regreso del matrimonio se había dado cuenta de que, insensiblemente, se había encariñado demasiado con el recuerdo de Oscar, y que a pesar de su empeño en apartarlo de su corazón, estaba hincado en él con una fuerza invencible.

CAPÍTULO XIII

No había nadie en la librería cuando Alejandra llegó. Se había levantado muy temprano y salió de la casa ante la imposibilidad de continuar más tiempo encerrada en su habitación, aturdida al reconocer que, en pocas horas, el panorama de su vida se había enturbiado rotundamente. No llegó ya a la tienda animada por el deseo de desempeñar un puesto privilegiado, sino con la áspera certidumbre de ir exclusivamente a ganarse el sustento. Después de una noche torturante, se dijo que debería verter su atención en el trabajo o en lo que fuere, con tal de superar su desasosiego, pero una vez entre las paredes atestadas de libros, junto a la mesa donde había transcurrido la mayor parte de los tres años últimos, aceptó que todo aquello carecía de interés.

A pesar de todo intentó distraer su imaginación y decidió ir a ver a Eugenio. Junto a él se vería forzada a disimular y al tiempo tendría el consuelo de estar al lado de una persona querida.

Cuando Blay llegó, fue derecha a su encuentro. No comprendía cómo podía fingir un estado completamente normal, mientras notaba aquellos agudos arañazos en el pecho.

Sin ambages, le propuso que Eugenio entrara a trabajar allí.

—¿Amigo suyo?

—Sí.

—No exigiré demasiado, supongo.

—Se contentará con lo que le asignemos, siempre que no sea una miseria...

Blay jugueteaba con sus dedos largos, de uñas muy pulidas. Le molestaba cambiar de empleados, especialmente cuando eran substituidos por quienes cualquiera de la casa demostrara interés.

—Tiene el peligro de que la confianza... les empuja a faltar, a ser descuidados...

—De Eugenio respondo yo.

Blay hizo una mueca resignada.

—Después de todo —añadió con suavidad—, usted manda.

—De estar segura de ello, no le hubiese preguntado su opinión.

—¿Qué dice don Oscar de todo esto?

Fue la manera de darle a entender que sabía su regreso.

—El accede.

—¡Naturalmente! ¡Después de lo que usted ha hecho por ellos!

—Eso es cuenta aparte, señor Blay.

Dispuesta a alejarse, Blay la retuvo de una mano. Se desasó apresurada.

—Quiero que se dé usted cuenta de mi interés en allanarle todos los caminos. Favor, por favor. Puede que algún día yo necesite también su apoyo.

—Hasta ahora el suyo no me ha servido de mucho —replicó nerviosa.

—En realidad, no lo ha aceptado. Sabe que por usted estaría dispuesto a todo.

—Yo, no.

Nunca se había atrevido a hablarle tan desabridamente. Aquella mañana le impulsaba su excitación, el desasosiego creado por las horas nocturnas.

Blay la contempló alejarse y se mordió los labios. Los empleados quedaron estupefactos al verle propinar, por primera vez, un puntapié a la puerta del despacho.

Alejandra, a los pocos minutos, perdió todos sus arrestos. Quedó aplanada, vencida. Sus pasos eran lentos, descuidados. No le interesaba nada de cuanto sucedía a su alrededor. Su único pensamiento era el conflicto que sentía agrandarse en su alma con el regreso de Oscar. Era inútil negarse sus propios sentimientos. Ahora sabía que una mujer de principios tejía su enmarañada red al abandonarlos, aunque fuera por una sola vez. Todos desconocían que ante sí misma se sentía culpable no solo por lo acontecido, sino por anidar un afecto más potente que su voluntad por rechazarlo. De un golpe, la rapidez con que juzgó que habían transcurrido los años de guerra, se tornó en su auténtica lentitud otra vez. Sus padecimientos los calibraba mayores también, sus luchas más desorbitadas. Todo, a su alrededor, había cambiado, al transformarse todo dentro de sí.

Pensó, con sonrisa débil, que las circunstancias tan temidas por Eugenio iban a unirles más, y por un instante le cruzó la idea de tratarle de modo distinto. Después de todo ellos estaban dentro del mismo círculo y era lógico que sus lazos se estrecharan.

A través de la puerta abierta del patio le descubrió, acompañado de Augusto. El pintor salió a su encuentro dando grandes zancadas. Llevaba un maletín en la mano y se sujetaba los vendajes con la otra, como si temiera que se le desprendiesen.

—Me alegra verla de nuevo. Me marchaba ya, pero esperaré para poder acompañarla.

Ella hubiese preferido quedarse a solas con Eugenio. No tenía ánimos para soportar a ningún extraño.

—Estaba pensando pedir también yo el alta —dijo Eugenio cuando se acercaron.

—Será mejor que aguardes unos días. Tengo un posible trabajo para ti.

—¿Un trabajo?

—Ya hablaremos.

Augusto los observaba con atención. El vendaje empujaba sus cejas contra los párpados. Iba afeitado, con el bigote más largo de un lado que de otro, apuntando a sus mejillas.

—Tendrán tiempo de sobra para tratar de esas puerilidades —les dijo muy serio—. ¿Qué hace la gente por ahí? Diga, ¿qué hacen?

Ella se encogió de hombros.

—No sé; comentar, preparar viajes, o seguir como hasta ahora.

—¡Infelices los que no varían! ¿Cómo se puede pasar por la vida haciendo siempre lo mismo? ¿Cómo pueden soportar la continuidad de los días sin ninguna variante? Es incomprensible. Y, sin embargo, hay personas que se dedican veinte y aun treinta años, a la misma actividad, acudiendo todos los días, a la misma hora, a idéntico sitio. ¿Cómo son capaces?

Movió la cabeza arriba y abajo durante un rato. Alejandra y Eugenio se miraron de soslayo.

—Yo tenía un amigo —prosiguió Augusto—, y digo tenía porque afortunadamente para él murió hace poco, que durante tres lustros no desvirtuó ni un solo día su ocupación diaria. Me contaba que al principio, su descentramiento era tan grande como podía haber sido el mío. Los primeros tiempos de su empleo le hicieron imaginar la imposibilidad de permanecer en él algo más de dos o tres meses. Era horrible encontrarse continuamente con las mismas personas, ver las mismas caras, oír las aburridas voces de sus compañeros. Y era inútil que cantara a media voz para apagarlas, o mirase hacia el techo tratando de pensar en otras cosas. Estaban allí; los sentía respirar, caminar a su lado, vivir a su lado... ¡Espantoso! Eran como marionetas prendidas todas de un mismo hilo. ¡Desolador!, ¿no creen? Cuando quiso darse cuenta ya habían transcurrido cinco años sujeto a aquella plúmbea, atacante rutina. Entre protestas, iras y maldiciones, su trabajo se había convertido al fin, en algo similar a peinarse o tomar un baño, sin el aliciente de que el baño o el afeitado servían de algo... A veces tenía la esperanza de que una circunstancia imprevista, un milagro, le obligaría a dejarlo o al menos a modificar el horario inmutable de sus salidas y entradas en aquel edificio, que le tragaba para triturar sus nervios. Y entonces se sucedieron diez años más. Nada nuevo ocurrió. Allí estaba, sentado en su silla, ante la mesa abarrotada de libretos contables, como si le sujetaran unas argollas gigantescas e irrompibles.

»Una mañana salió de su casa como todas las demás. Iba a cruzar exactamente por el mismo punto que rutinariamente lo hacía todos los días, cuando de golpe, de un modo imprevisto llegó su liberación. Un auto le pasó por encima y mi amigo quedó extendido sobre la calzada, tieso, con los brazos en cruz y los ojos abiertos, como asombrados de que al fin hubiera existido algo capaz de romper su cotidiana labor. Los barrotes de la cárcel se habían abierto. Noches atrás yo pude hablar con él —añadió bajando la voz.

—¿Cómo? —inquirió Alejandra estupefacta.

—Sí; salí al jardín. No podía dormir. El olor del aceite alcanforado que le inyectan al tipo de al lado de mi cama, me asfixiaba. Vine al jardín, burlando la vigilancia del enfermero de guardia. Fue un encanto más, unido al placer de poder escabullirme de mi encierro. Me acomodé precisamente en este banco y al mirar hacia ese árbol jorobado, vi a mi amigo sentado en una rama, con las piernas colgando. Parecía divertirse mucho el masticar unas hojas y le pregunté asombrado:

»—¿Qué haces ahí?

»—Tengo un nuevo empleo.

»—¿Un nuevo empleo?... ¿Estás loco?

»Mi amigo se rio, escupiendo las hojas masticadas.

»—¡Qué voy a estar loco! Cuando abandoné la calle, cuando tuve el ansiado descanso de ver desaparecer a las personas que me rodeaban, un infinito, más infinito que el sospechado desde la tierra, se apoderó de mi espíritu y me arrastró ante un tribunal formado por siluetas confusas. Yo agucé la vista para poder distinguir las con claridad, pero ignoraba que ya no tenía ojos y que era tan solo, otra sombra más.

»—He muerto —les dije— y tengo derecho a seguir adelante. No me entretengáis.

»—Deténgase usted, amigo. Usted ha dejado de ser parte de la tierra, pero todavía existe la forma de su cuerpo.

»Mi amigo había empezado a perder la sinrazón que obstruye el cerebro de los hombres, y comprendió.

»—Está bien, pero ¿tengo que esperar entonces a que “aquello” se convierta en polvo?

»—Tiene que purificarse. Perder todo rastro material.

»El recién muerto se palpó su inexistente cuerpo, con sus inexistentes manos.

»—¡Si ya no soy!

»—Oh, sí; ¡eres! Notas que no eres, pues todavía te falta. Tanto tú como nosotros, necesitamos un espacio impreciso de tiempo hasta poder perder la noción del mismo. Ahora deberás permanecer entre la tierra y lo incógnito, hasta que consigas la total superación.

»—¡Dios Santo! ¿Y qué haré sin estar realmente en un sitio ni otro? Yo creía que no había lugares intermedios entre la tierra y el Más Allá.

»—Para algunos privilegiados, no. Los muy buenos, muy buenos, o los muy perversos, muy perversos, se trasladan de un lugar a otro sin dilaciones.

»Si mi amigo hubiese estado en tales momentos sentado ante su mesa de trabajo, hubiera enloquecido. Afortunadamente la había abandonado ya para siempre.

—¿Y qué le ocurrió? —preguntó Eugenio sonriendo.

—Pues... que le anunciaron que había de hacer más cuentas todavía. Muchas más de las que había hecho en su oficina, y protestó.

»—¡No, no! Ya tracé bastantes números en mi vida. ¡Quince años! ¡Quince años anotando gastos ajenos, pagando facturas por lo que no yo había gastado! Siempre deseé hacer otra cosa.

»—No lo deseaste verdaderamente. Cuando se desea algo, con toda la intensidad y fuerza que llevamos escondida, se llega a realizarlo. Te arrastró la rutina, pudo más que tú. En el fondo era tu auténtico modo de ser.

»—No es cierto. Me rebelé muchas veces.

»—Pero nada hiciste para impedirlo. Además, cada uno hace en la vida lo que quiere; no es cierto que le obliguen las circunstancias.

»Las sombras le mostraron un libro que en la portada tenía incrustada una sonrisa burlona, maliciosa... Era el libro del Destino. Buscaron en el índice y luego le mostraron una página donde él leyó su nombre. El papel de aquella página era de color gris.

»—Tú no hubieras dejado nunca tu empleo, ni la monotonía. Estás en una cuartilla gris, destinada a flanquear y reforzar las de colores brillantes. Estaba escrito. Has sido como debías ser.

»—Entonces... ¿Cómo pueden reprocharme? ¿Cómo pueden reprochar a nadie, ni aplaudir a nadie tampoco, si nadie, excepto el Destino, es el culpable de todo?

»Las sombras no podían suspirar. Ese consuelo lo habían perdido al dejar la tierra. Se compadecían de mi amigo, pero le indicaron el trabajo que debía realizar, como castigo por haber ocupado la página insulsa.

»—Hay que reformar el código de la originalidad. Se está convirtiendo en algo tan corriente y rebuscado, que ahora será original el que no lo sea. Busca, cuenta los seres originales, tráenos las listas y les quitaremos el color de su página.

»Pero aquellas sombras se equivocaron. Mi amigo recorrió el mundo, buscó, hurgó por todos los rincones, no pudo ni llenar una sola carilla de nombres... Encontró maniáticos, excéntricos, pedantes, imbéciles y auto-endiosados: pero originales... pocos, muy pocos. Estaba satisfecho, loco de contento; apenas si trazó algunos números. Solamente en una línea escribió, firme y seguro, un nombre: el mío. Y las sombras no han podido variar el color de mi página, porque se han rendido a la evidencia: el único original, soy yo».

Tras un momento de estupefacción, Eugenio y Alejandra rompieron a reír. Augusto se retorcía el bigote y sonreía bajo su mano con una mueca compleja. Luego miró su reloj y cogió el maletín.

—Es la hora de marcharse. ¿No aclara a su amigo el empleo que le reserva? —preguntó.

Ella sonrió al contestar:

—Cálculos.

—¿Dónde? —inquirió Eugenio animado.

—En la librería.

—¡Sería magnífico! —exclamó cogiéndola las manos.

Augusto volvió a mover la cabeza.

—Incomprensible —susurró.

Eugenio ya no le hacía caso. La noticia le había atolondrado, porque su pensamiento le arrastraba a anticiparse los días al lado de Alejandra.

—Haz todo lo que puedas —suplicó—. No sabes cómo me alegraría.

La vio partir sin la melancolía de otras veces. Era tan impresionable que cualquier detalle, cualquier palabra tenían el poder de hacerle cambiar completamente de

ánimo. Incluso se le antojaba que ya no le era necesaria la muleta. Comió y durmió mejor que nunca. Estaba ansioso de felicidad, de arrojar lejos de sí aquella desazón que en ocasiones desahogaba mascullando mil barbaridades, aunque luego mirase receloso en torno por si alguien las había oído. Su alegría fue desorbitada, como lo eran también sus penas. Empezó a trazar proyectos, planes y fue tan lejos con su imaginación, que se sorprendió de encontrarse todavía allí. Ya no creía en lo que Augusto le había dicho una vez, hablando de amor. «Es pura imaginación; si se desnuda, nos quedamos con un esqueleto recubierto con nuestros propios ropajes».

¡Bah! ¿Qué se podía esperar de un hombre tan desquiciado?

Sonreía, hablaba con todos, iba de un lado para otro incapaz de estarse quieto, y de pronto, quedó inmóvil, suspenso, preguntándose:

—¿Por qué no me ha hablado del regreso del matrimonio? ¿Por qué, a veces, la he sorprendido ensimismada, con la barbilla temblorosa?

Su alegría se disipó como por encanto. Se insultó por no haber pensado antes en aquello, burlándose de su anterior felicidad.

Salvó lo más rápidamente que pudo la distancia que le separaba de su sala y se tumbó en la cama con el ceño fruncido. La de su lado, vacía, había pertenecido a Augusto. Ahora la estaban preparando para otro hombre. Miró indiferente a la religiosa y enfermera que la ordenaban y volvió a hacerse las mismas preguntas. ¿Por qué?... ¿Y por qué?...

CAPÍTULO XIV

Por la tarde, próxima la hora de cerrar, los empleados de la tienda estaban asombrados de que Blay no hubiera comparecido. Eran raras las ocasiones en que faltaba y durante su ausencia, el ambiente transformábase por completo porque las conversaciones se desarrollaran sin necesidad de bajar la voz, y los movimientos de los dependientes adquirían más soltura, más libertad. Sentían predilección por Alejandra, que no ejercía sobre ellos la disciplina, casi tiránica, de Blay, y mucho menos en aquellos días que siempre parecía preocupada.

Tardaba ya en obscurecer; aún penetraba cierta claridad por los escaparates, y a través de sus cristales se veía pasar a la gente, distrayéndoles en las horas de venta.

Alejandra estaba en el despacho empeñada en concentrar su atención en un nuevo catálogo de obras, cuando por la ventanilla de pagos vio a una mujer de edad madura que preguntaba por ella.

—Una señora quiere hablar con usted.

La hizo pasar y le ofreció asiento.

Apenas entrar, la desconocida fiscalizó con una mirada la estancia y fijó después sus ojos oscuros en Alejandra. Peinaba melena larga, recogida tras las orejas. Estaba gruesa y en los dedos, gordiflones, lucía varias sortijas.

—Usted dirá —dijo Alejandra rompiendo el silencio.

El aposento era largo y estrecho. Dos mesas formaban un ángulo recto, y en un extremo de la habitación estaban la caja fuerte y los ficheros. La luz del portátil colocado sobre la mesa ante la que se hallaba Alejandra, esparcía un círculo blanco sobre los papeles amontonados.

La mujer apretaba un bolso de piel contra su vientre y se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Vengo a darle una mala noticia. Blay ha muerto.

Quedó estupefacta Alejandra, y la miró después incrédula.

—¿Qué ha muerto?

—Esta misma tarde.

—Pero... ayer, ayer se encontraba perfectamente.

—Blay nunca se encontró perfectamente. Llevaba muchos años enfermo del corazón. Una angina de pecho y acabó en unos segundos.

Los dependientes se habían marchado y la tienda se hallaba como protegida en la obscuridad. Un silencio compacto, solo interrumpido por el rumor del tráfico lejano, duró varios momentos. Alejandra no sabía cómo romperlo. Le era imposible manifestar condolencia alguna, porque lo único que experimentaba era sorpresa.

—Gracias por avisarme —dijo al fin—. Se lo diré a Oscar.

Quería terminar la visita cuanto antes; suponía que ya no había razón para que estuvieran una frente a la otra, guardando silencio, pero la mujer continuaba inmóvil y como regocijándose en la impresión que había causado. Luego, extrajo del bolso un pañuelo empapado en esencia cuyo olor se desparramó violentamente por la pequeña estancia.

—Usted es la señorita que ocupa el lugar del otro socio, ¿no?

Alejandra asintió con la cabeza.

—Yo... es decir, Blay era el padre de mi hija, por lo tanto las cosas cambiarán. Está reconocida.

—No la entiendo bien —se disculpó confusa.

—Quiero decir, que ahora, parte de la tienda nos pertenece.

Surgió otra pausa en la que la mujer se sonó con fuerza. No demostraba la menor afección por la muerte de su amante; ni se esforzaba siquiera en disimularlo.

—La muerte no aguarda a que los asuntos queden debidamente aclarados —añadió—. Él quería haber hablado de esta cuestión con ustedes para facilitar los trámites, de llegar el caso, como así ha ocurrido, y no sé por qué no lo hizo. Yo no me enteré, hasta muy tarde, que intervenía usted tan directamente en el negocio. Lo supe por casualidad, no por boca de él, y como se enfadó tanto conmigo cuando se lo comenté, deduje que tendría alguna oculta intención. No sé cual, desde luego.

Su tono era suspicaz y Alejandra la miró fijamente.

—¿Puede entregarme todos los documentos que le pertenecían? —preguntó de sopetón.

—Lo siento; no tengo poderes para hacerlo. Tendrá usted que hablar con el otro dueño.

—He venido enseguida para que no se alarmaran por su ausencia —dijo con la mayor naturalidad.

—Más de lo que le ha ocurrido... —replicó Alejandra desconcertada por la aclaración—. El...

—Está en mi casa. Vivíamos juntos desde hace años.

Se levantó, husmeando de nuevo con una mirada todos los rincones. Su tranquilidad hacía sospechar que había pensado y aun acariciado complaciente la idea de aquel fallecimiento. Alejandra la acompañó hasta la puerta y acordaron verse al día siguiente.

—¿Aquí mismo? —preguntó.

—Si no hay contraorden, sí.

Tan solo cuando se trató sobre la cuestión de los derechos de propiedad, había demostrado excitación la mujer. Al nombrar a Blay, su rostro permanecía sosegado, tal vez con ligeros destellos de alivio en los ojos.

Quedó sola Alejandra en el centro de la tienda, envuelta en el clásico olor a papel y polvo que durante tres años le había acompañado en su trabajo; y le pareció ver la

sombra de Blay deslizarse pegada a los estantes, acariciando con su tacto resbaladizo y blando el lomo de los volúmenes enfilados.

Todavía le causaba un raro efecto caminar por las calles brillantes de luces, tras una época en que la obscuridad había barrido toda nota de esplendor.

Una vez más se le antojó casi increíble la brusquedad con que hechos inesperados truncaban en un instante el curso de los acontecimientos. Blay había tenido para ella tan fuerte y desagradable personalidad, con su cuerpo enjuto, su prominente cráneo casi calvo, y aquella sonrisa melosa a veces, hermética otras, que no podía imaginarle de cuerpo presente en una casa regida ahora por una mujer que daba la impresión de haber deseado su muerte. Rechazó la visión y entonces volvió a caer en lo que se había convertido para ella en una pesadilla: la indiferencia de Oscar.

Durante la semana transcurrida desde su regreso, Alejandra no dudó ya de que cuanto para ella había significado, y significaba, lo más trascendental de su vida representaba tan solo para él un accidente sin importancia relegado al pasado. Y lo agotador era su enorme esfuerzo por sepultar los sentimientos que no lograba arrancar de cuajo. Mientras aparentemente les daba la impresión de pasar los días enfrascada en su trabajo, sin un solo detalle que delatara su estado de ánimo, en el fondo la consumía la pena y el remordimiento de aquellas indomables ansias por verse correspondida, pese a todas sus crudas razones.

Sus sentimientos se habían complicado además, al juzgar en su rebeldía, a Elvira, como a una enemiga que le robaba a Oscar; y esta envidia la enconaba contra sí misma cuando, en un rasgo de justicia, reconocía el afecto y sinceridad con que ella la trataba.

Por primera vez en su vida conoció el suplicio de los celos; unos celos rabiosos que durante la noche la obligaban a mantener abiertos los ojos, mientras un hormigueo punzante le recorría todo el cuerpo. Quería no pensar, distraerse, y al tratar de fijar la atención en las páginas de un libro, se declaraba vencida antes de hacerlo.

Solo ante ellos lograba dominarse, pero apenas aislada de nuevo, se dejaba arrastrar por la amargura que en pocos días había acibarado su existencia.

En ocasiones intentaba rememorar fielmente las palabras de Oscar antes de su partida, y se desesperaba por no recordarlas todas. ¿Es posible, se preguntaba con desaliento, que el tiempo pueda desvanecerlas de tal modo, y restar intensidad a lo pasado? Apretaba con fuerza los párpados para reconcentrarse y entonces, incomprensiblemente, el pensamiento se enredaba en cualquier acontecimiento pueril, recreándose en machacarlo.

Tras aquellos momentos quedaba como postrada hasta que, más tarde, volvían a agitarse los sentimientos adormecidos, con nuevo empuje y bríos. ¿Acaso no tiene valor el pasado?, se preguntaba. ¿Es que solo lo posee el presente por su realidad momentánea? ¡Su presente! Allí estaba, detrás de aquella pared hermética y silenciosa, como un espectador indiferente a su ansiedad. Don Gabriel se

avergonzaría de ella si supiera que al primer choque serio de su vida, al primer zarpazo, se tambaleaba tan notoriamente. «No es suficiente que todo quede oculto a los ojos de los demás», le diría. «¿Y tú? ¿Es que no das importancia a tu propio criterio? Sabes que no es noble ni limpio encorajinarse al perder. Hay que seguir, Alejandra, hay que avanzar siempre un paso más, pero no a rastras, sino erguida, valerosa, de cara al cielo, con espíritu capaz de elevarse sobre las propias pasiones».

Desesperada, escondía la cara entre las manos y lloraba a borbotones, con ahogo, sintiéndose incapaz de obrar como le dictaba su conciencia. Era demasiado aguda su pena, y el desconsuelo de saberse relegada al olvido.

Además, tenía miedo a ser nuevamente presa de aquellos repentinos impulsos que imaginara perdidos y que ahora comprendía haber dominado solo algún tiempo, por no haber existido causa para desatarlos. Temía a sus resoluciones rápidas, inmediatas que, obcecándola, le obligaban a obrar sin la menor cordura. Lo reconocía así, porque a lo largo de aquellas noches torturantes de celos y tristeza, pensó huir de la casa, de todo cuanto la recordara su fracaso, huir no sabía donde, o refugiarse para siempre en el cariño de Eugenio.

Al desaparecer la obscuridad, barrida por el nuevo día, juzgaba absurdos sus anteriores proyectos, pero le asaltaban de nuevo apenas comenzaba el martirio de las horas nocturnas.

Decidió rehuir en lo posible el trato de Oscar; separar sus íntimos sentimientos del resto de sus obligaciones cotidianas y en este empeño, difícil de lograr, se complacía en dejar sin respuesta las preguntas o frases de él a lo largo de una conversación corriente. Las oía y, como distraída, seguía hablando con Elvira de cualquier otro tema, sintiéndose un poco resarcida de su continua naturalidad. Entonces creía notarse más segura, pero al menor recuerdo, al más nimio detalle atestiguando la proximidad de Oscar, su ficticia fortaleza se derrumbaba.

Aquella noche, sin embargo, sería preciso afrontarlo, hablarle directamente sin buscar la protección de Elvira y en realidad, esta oportunidad, respaldada por una excusa de peso, la alegraba sin saberlo.

Llegó a casa y sin detenerse entró en la salita. No había nadie. Pasó al despacho y esperó allí sentada, sin encender la luz. Estaba atenta al ruido de la puerta del piso. Monologaba, pergeñando cuanto iba a decir y la imaginación, contenida en un principio, terminó por desatarse furiosa.

... «Comprendo que ahora todo será diferente. Además, en realidad, ya no hago falta en esta casa. Mi misión ha terminado. Buscaré un piso, un piso pequeño y viviré de mi sueldo. Puedo hacerlo. Habéis sido generosos conmigo y tengo más de lo que nunca creí llegar a tener; tengo...».

No, no diría todo aquello. Resultaba demasiado teatral y se burlarían. Ellos no podrían comprender nunca sus razones para expresarse de tal modo. Ellos...

Se levantó de un brinco y salió al pasillo. Les oía avanzar. El taconeo rápido de Elvira; los pasos rítmicos de Oscar...

—Blay ha muerto.

Se detuvieron, estupefactos. Alejandra estaba en el centro del vestíbulo, con las mejillas pálidas, las manos involuntariamente crispadas.

—¡Qué dices! —exclamó Elvira.

—Ha muerto esta tarde. Vino a verme su amiga.

Les contó cuanto había ocurrido. Hablaba precipitada, perpleja de no haberse dirigido exclusivamente a él como tenía pensado, sino generalizando la conversación, instintivamente.

—Tendrás que llamar a Martín —dijo Elvira a Oscar.

—Estoy tan sorprendido en estos momentos que no sé qué podremos hacer. Verdaderamente será cuestión de poner el asunto en manos de Martín, porque tener a una mujer como esa en la tienda...

—Por mí no te preocupes —le interrumpió Alejandra.

—No, si no es solo por ti, es por todos. La incomodidad de tener que contar con ella, tratarla...

—¿Por qué no procuras comprarle su parte? —propuso Elvira.

Oscar caminó despacio hacia el despacho.

—Puede que fuera un acierto.

Hablaban sin fijarse demasiado en Alejandra, que iba tras ellos con los nervios alterados. Fue entonces cuando sufrió una de aquellas sacudidas fuertes, irrefrenables, más tarde lamentadas, y oyó su propia voz sin casi darse cuenta de lo que decía.

—Hay otra cosa también. Yo... Bueno, voy a poner piso, un piso pequeño para mí. Aquí ya no hago falta, he cumplido mi cometido y creo que podré desenvolverme bastante bien con lo que gano. Habéis sido demasiado generosos y en realidad dispongo de cuanto no creí llegar a tener nunca.

Ya estaba. A ella misma le asustó su decisión. La miraron intrigados, mas nada nuevo advirtieron en el semblante de la muchacha que se mostraba como siempre, un poco azorada, un poco pálida.

—Pero... —Intentó decir Elvira, dejándose caer en un sillón—. ¡Cuántas novedades en un día!

Por los ojos de Oscar pasó un ramalazo de inquietud.

—¿No estás a gusto con nosotros? —preguntó.

—Oh, sí, eso no tiene nada que ver. Es... En fin, me gustaría disponer de una casa.

—Aquí estás como en la tuya —añadió él con marcada insistencia—. ¿Te falta algo? ¿Hay algo que te moleste?

Alejandra le miró con fijeza. Le vio tan sereno, tan sincero, que hubo de apartar la vista. Adivinó que lo pasado no influía en sus actos de ahora. Fue Elvira quien rompió el silencio para apoyarla.

—Yo comprendo lo que le pasa a Alejandra. Creo que en su puesto haría lo mismo. Es joven, necesita más independencia, más libertad de movimientos. No es

que le prohibamos nada, pero al fin y al cabo, inconscientemente, ejercemos sobre ella cierta autoridad y control que tienen que cansarla. Además, con franqueza, debe estar harta de los consejos de nuestra familia —rio—. Desde luego puedes quedarte si ese es tu deseo, pero sobre todo, no dejes de hacer lo que creas conveniente, por complacer a los demás.

Estaba tan ofuscada con su problema que en cualquier hecho o palabra veía doble intención. Imaginó que las palabras de Elvira encerraban un oculto deseo de alejarla; creyó que también él experimentaría alivio al verla fuera de allí, aunque de momento se mostrara contrariado. Volvía a cegarse, a dejarse arrastrar por su estado de ánimo.

—Sí, creo que será lo mejor. Elvira tiene razón. Yo os estoy muy agradecida, pero...

—No hablemos de agradecimiento, por favor —pidió Oscar—. Somos nosotros los que estamos obligados a ti.

Durante la cena volvieron a nombrar a Blay. Tragar cada bocado la suponía un gran esfuerzo. Tenía el estómago revuelto, la cabeza cansada. La conversación de momentos antes recorría su cerebro, donde estallaba el eco de las voces con chasquidos casi metálicos.

—Descansa y mañana hablaremos. ¿Ha dicho que irá ella a la tienda?

¡Descansa! ¡Qué fácil de aconsejar!

Oyó hablar al matrimonio durante largo rato. Sus voces llegaban apagadas a través del impenetrable tabique y le era imposible alcanzar algo más que el indescifrable rumor de la conversación.

El cansancio físico la rindió, pero muy de mañana estaba ya despierta, recordando, como entre sueños, su impetuosa decisión de marcharse y la muerte de Blay.

A la hora de costumbre acudió al hospital. Eugenio había logrado que la permitiesen visitarle todos los días y en el patio solo estaban ellos dos. Por las ventanas abiertas veían deslizarse a las religiosas y enfermeras.

—Anímate, Eugenio, pronto estará resuelto lo tuyo. Puedes contar con la colocación.

—Augusto se escandalizaría si supiera la satisfacción que me produce ir a hacer cálculos y facturas.

Ella sonrió. Estaba muy nerviosa y no quería que él lo advirtiese.

—¿Sabes? Voy a poner piso.

—¿Te marchas de allí?

—Sí.

—¿Ha ocurrido algo?

Ella enrojeció visiblemente y miró angustiada hacia otro lado.

—No, no. Es que ya no hay motivo para que continúe con ellos.

Eugenio la contempló con interés, casi con desesperación. No captaba jamás el estado real de Alejandra. No sabía si se hallaba alegre o preocupada. Todo quedaba a

cargo de su imaginación, que nunca se atenía a figuraciones simples. Tan pronto se aclaraba su horizonte, como lo vislumbraba terriblemente obscurecido. Si ella iba a vivir sola... E iban a estar juntos todo el día...

La cogió de las manos con ímpetu inesperado.

—Estoy muy contento —dijo—. Lo único que me molesta es el vendaje de la pierna.

Ella se desasíó con suavidad y la cara de Eugenio se ensombreció.

—También lo estoy yo —mintió Alejandra compadecida. Luego, le refirió la muerte de Blay, lo que había propuesto Elvira...—. Todo saldrá bien —agregó.

Pero ya no fue posible disipar la melancolía de Eugenio y la visita se tornó violenta.

«¿Por qué, por qué?», se preguntaba él.

Por la tarde, a la hora en que Oscar debía de acudir a la tienda con el abogado, Alejandra se escondió en el despacho sin conseguir hacer nada de provecho. Sus ojos no veían cuanto se extendía ante ellos y las siluetas de los empleados aparecían sin relieves firmes, como sombras. Incluso dejó de oír las máquinas en movimiento, las voces de los hombres que trabajaban.

Echó en falta a don Gabriel e intentó escribirle, pero el comienzo de la carta resultó ya tan aplanante, que rasgó el papel en infinidad de pedazos.

«Es mejor que no sospeche nada», pensó. «No obro como a él le gustaría».

Llegaron juntos el abogado y Oscar. El humo de los cigarrillos llenó por entero la pequeña estancia y apenas si podían moverse agrupados cerca de una de las mesas.

José Martín era un hombre joven con cierto aspecto deportivo. De frente despejada y ojos quietos y azules, tenía la expresión quieta pese a su continua jovialidad. Incluso los asuntos serios solía matizarlos siempre de humor, un humor fino y agudo. Había gustado a Oscar por su rápida captación y el dinamismo con que se desenvolvía en su actividad. Estrechó con fuerza la mano de Alejandra y sus ojos parecieron inmovilizados más, al verla.

Frente a los dos hombres, Alejandra aguardaba, y su reserva, su miedo a no saber disimular, le hacía aparecer más grave, más dueña de sí. El abogado continuaba mirándola con atención, un poco inclinado hacia adelante mientras escuchaba a Oscar.

—Creo que lo más acertado sería comprarle la parte que le corresponde. Además...

Miró a Alejandra y ella se sobresaltó. Por primera vez creyó advertir que en sus ojos asomaba la sombra de un destello que les unía, un sutil mensaje de tácita comprensión, que hizo tambalear con brusquedad su fingido aplomo.

—Alejandra ha ocupado mi puesto durante tres años. Ella ha sido quien guardó mis intereses, salvando infinidad de obstáculos, quien se enfrentó con Blay y, poco a poco, dotó de nuevo movimiento a todo esto. Es lógico, pues, que sea ella quien reciba la parte que antes correspondía a mi socio.

—¡No! —exclamó acalorada.

Martín sonrió, y con su sonrisa casi desaparecían sus ojos.

—¿Por qué método? —preguntó sonriente.

—Por ahora —continuó Oscar sin prestar demasiada atención al sonrojo de la muchacha—, yo seré el socio capitalista. Ella podrá ir pagándome, conforme perciba los beneficios.

Volvió a mirarla Oscar, esta vez demostrando que advertía el cambio operado en ella durante aquellos años. Se convenció, con mezcla de alegría y temor, de que no había olvidado como él suponía. El constante recuerdo halagaba su vanidad, pero el miedo a complicarla y complicarse la vida le hacía rehuir todo pensamiento agradable. De nuevo escondió cuanto sentía bajo una máscara de indiferencia, al añadir:

—Es una solución dictada por mi egoísmo. En realidad no puedo ocuparme de este negocio y, sin embargo, lo tengo seguro en manos de Alejandra. Continúo siendo el dueño sin necesidad de preocuparme. No te extrañe, pues, que quiera cederte una parte a cambio de que me pagues. De ese modo te sentirás tan dueña como yo y si de momento todo el capital es mío, piensa que en cambio pondrás tú todo el trabajo.

—Eso contando con que la copropietaria quiera venderlo —comentó Martín.

—Tengo ciertas sospechas de que no será difícil. El dinero contante y sonante para una mujer como esa supone mucho.

—Entonces deja en mis manos que lo resuelva, ¿no? —preguntó Martín.

—No tardará en venir.

—Preferiría, si no les importa, que la envíen a mi despacho. Dentro de una hora estaré allí.

Se levantaron los dos. Martín se despidió de Alejandra y su sonrisa amplia y blanca, dejaba traslucir franca simpatía.

—¿Tienes fiebre? —La preguntó Oscar al presionarle la mano.

—No, en absoluto.

—Parece que tienes las manos calientes.

—Son las tuyas, que están frías.

Les vio alejarse en el auto. Sola en el despacho, estuvo pensando en lo que creía haber vislumbrado en la mirada de Oscar, y le pareció tan maravilloso que terminó por asegurarse que había sido pura imaginación.

«Visiones, visiones nada más», se confesó alterada.

La amiga de Blay no tardó en llegar. Iba de luto y muy maquillada.

Alejandra le dio la dirección del abogado.

—No hemos ido al entierro... —empezó a decir. Y ella le interrumpió rápida:

—Él no quería. Lo tenía advertido. Por eso tampoco insertamos esquelas en los periódicos. Blay rehuyó siempre a la gente y parece ser que deseó seguir la táctica después de muerto. ¿Dice usted que el abogado tiene una proposición para mí?

La tarde había caído por completo. Alejandra estaba sola, allí sentada, frente a la mesa de trabajo. La estancia conservaba el olor a tabaco y también el eco de una voz que nunca acababa de extinguirse en sus oídos. Cogió la pluma y cerró los ojos durante unos momentos. No quería pensar en ello. Su razón le aconsejaba huir, no volver a empezar... Sería más acertado replegarse por completo.

«Querido don Gabriel: —Escribió—. Con la repentina muerte de Blay...».

Alguien golpeaba con fuerza en la puerta metálica. Cruzó la tienda y al abrir la mirilla vio un rostro desfigurado por las sombras.

—¿Quién es?

—Abre, abre. Llamé por teléfono a tu casa y me dijeron que estabas aquí todavía.

—¡Eugenio!

Subió el cierre y le vio apostado en la acera, con la pierna vendada y apoyándose en un bastón.

—No tuve paciencia, me fue imposible resistir ni un día más el encierro. Además, me he enterado de que mi quinta es la primera que van a licenciar.

—Pasa; ten cuidado, no tropieces. ¿Adónde vas a ir esta noche? ¿Tienes dinero?

—No.

—Te anticiparé sobre tu sueldo —bromeó.

—Iré a una pensión cualquiera, y mañana...

—No será a la de Abelarda, ¿verdad?

Eugenio se llevó las manos a la cabeza.

—Gana más con negocios sucios. Es repugnante.

—¡Bárbaro! ¡Cómo la atacas!

—Pero si es verdad, ¿no te habías dado cuenta? Me gusta este despacho: acogedor, amplio...

—No te burles. Algún día será realmente cómodo y ventilado.

Eugenio iba de un lado a otro, cojeando y fisgoneando todo.

—Oye —dijo, de pronto, vuelto de espaldas a ella—, ¿te ocurría algo desagradable esta mañana?

Ella, cogida de improviso, tartamudeó:

—¿A mí? Oh, no... nada. ¿Por qué?

Eugenio se sentó a su lado, en el borde de una mesa.

—No me perdonaría ser yo la causa de tus preocupaciones. Más tranquila ya, Alejandra le palmoteo las manos.

—Tú solo me preocupas cuando estás enfermo. Mira, podemos cenar juntos en cualquier sitio barato. ¿Dónde has dejado el equipaje?

—En el hospital no tenía más que una maleta pequeña. El resto lo guarda Augusto en su pensión.

Oscar y Elvira estaban ya en el comedor cuando les pasaron recado de que Alejandra cenaba fuera. Elvira arqueó las cejas.

—Realmente, está ansiosa de libertad —comentó divertida—. ¿Qué cara puso cuando le propusiste venderle el negocio?

Oscar sonrió.

—No quería —dijo tan solo.

—Supongo que mi padre se sentirá muy satisfecho. A veces creo que Alejandra ha asimilado demasiado sus enseñanzas. ¿No la encuentras un poco rara? Reservada, silenciosa... Reservada desde luego.

Su marido, desasosegado, cambió de tema.

CAPÍTULO XV

Caía la nieve, lenta y persistente. La calle estaba oscura y en la librería todas las luces encendidas. Su anuncio luminoso enrojecía y azulaba a intervalos la fachada, atrayendo a algunas personas que se detenían ante los escaparates para curiosear los «*christmas*» diseminados entre los libros.

Eugenio, con la cabeza inclinada sobre el «Mayor», escribía distraído. Había tenido que luchar para dejar de mirar hacia la tienda, donde Alejandra iba de un lado a otro vigilando la venta, incrementada en aquellas fechas.

«Es curioso —pensaba él con melancolía— cómo los deseos pierden importancia cuando ya se han alcanzado».

Llevaba casi cinco meses al lado de Alejandra; la veía a diario, almorzaban muchos días en su casa. —Un piso pequeño en la calle Leganitos, esquina a la plaza de España— y su amistad se tornaba más firme, aún con la persistencia de aquellas lagunas originadas por los ensimismamientos de la muchacha y los insatisfechos deseos de él.

Cuando salió del hospital estaba convencido de que con aquel programa tenía suficiente para vivir satisfecho, pero fue normalizándose su existencia, en el cauce de una línea vulgar y le pareció que Alejandra, pese a sus asiduas pruebas de amistad, se alejaba inexplicablemente de él. No basó la sospecha en nada concreto, sino en matices que escapaban a todo análisis. Había días que viéndose a su lado no ambicionaba más. Podía acompañarla, cambiar impresiones e incluso creerse parte esencial de su vida, pero en otros juzgaba absurdo aceptar sin más exigencias su estado actual y pasaba la jornada con la fatigosa sensación de tener que realizar algo importante, que continuamente huía de sus manos. Entonces se veía postergado a un plano ridículo y sentíase muy desgraciado. Eran muy escasos sus momentos de sosiego. La mayoría de los días se debatía furioso entre sus propias contradicciones, y el tiempo acumulaba en él ansias y recelos, hundiéndole en el desequilibrio. Se creía con derechos que le eran negados, especialmente el derecho de hablar, aun admitiendo que si no lo hacía era porque él, principalmente, se imponía silencio.

Suspiró. Hubiera dado media vida por cambiar su carácter, su modo de ser. La timidez, que al encararse consigo desaparecía tornándolo crudo y casi soez, agarrotaba los sonidos en su garganta y le enturbiaba el pensamiento. Solo con un choque fuerte sería capaz de sobreponerse a su inactividad para lanzarle a una momentánea y desconocida acción.

Alejandra se acercaba con paso cansino. Estaba algo ojerosa y su mirada había perdido mucha viveza. En su palidez de ahora resaltaban más las diminutas pecas que

salpicaban su piel, y bajo la lanilla gris del vestido los contornos de su figura, más desarrollados de cuando la conociera, se perfilaban acusadamente. Se echó el pelo hacia atrás mientras tomaba asiento a su lado.

—¿Cómo vas?

—Preparando el balance.

Lo ojeó sin mucho interés.

—Elvira me ha invitado a pasar las Navidades con ellos. Eugenio no pudo evitar una exclamación de contrariedad.

—¡Vaya!

—Es natural, estoy sola; no tengo con quién pasarlas.

—Y yo, ¿no soy nadie?

—No seas criatura. Eres un amigo, como ellos.

—Entonces...

—No puedo imponerles que te inviten también y me pareció mal negarme. Además...

Se interrumpió mirando hacia fuera. Había enrojecido súbitamente y desvió apresurada la dirección de sus ojos.

Oscar entró, con el sombrero en la mano. Desde hacía algún tiempo, raro era el día que no pasaba por la tienda para comprobar la marcha de la venta. Insensiblemente adquirió el hábito de conversar unos momentos con Alejandra, y le produjo cierto sobresalto comprobar que tal costumbre le deparaba un agradable sabor a intimidad y confianza, aunque las palabras cambiadas contuvieran escaso interés.

Al cabo de unas semanas observó con satisfacción que la tienda tenía un ambiente distinto al de siempre, como si se extendiera por ella la fresca y juventud de Alejandra. El modo de adornar los escaparates, la modificación de las estanterías, el cambio de los mostradores oscuros por otros más pequeños y claros, variaron por completo su aspecto. Pensaba que ella podría ser feliz con aquello, y esto aligeraba un poco su constante remordimiento.

Elvira y él habían visitado el piso de Alejandra, y la vista de cada rincón, trabajosamente ordenado, aumento su ternura hacia ella, al tiempo que reconocía el gran vacío que con su marcha había dejado en su casa. Lo advirtió la primera noche que Alejandra faltó a cenar, y luego, tiempo después, cuando un día y otro no la encontraba, como antes, al regresar.

—Necesitaba unas felicitaciones y me he acordado de las del escaparate —dijo a modo de saludo.

Alejandra hizo ademán de ir a buscarlas.

—Deja, no tengo prisa.

Eugenio les contemplaba a través del humo de su cigarrillo. «¡Qué tonto! —pensó—. ¿Cómo diablos no lo había visto hasta ahora?».

No tenía pruebas en qué basar su suposición, ni recordaba detalle alguno que la confirmara, pero percibía un «algo» entre ellos difícil de calificar. Tal vez aquellas pausas prolongadas y densas, o sus miradas desvaídas, nunca fijas en ellos mismos... Apretó los dientes con un ramalazo de rabia y quedó después entristecido, con más lástima hacia sí mismo que nunca.

—Le estaba diciendo a Eugenio que pasaré con vosotros la Nochebuena. Lo siento, porque le dejo plantado.

Oscar asintió sin extender la invitación.

—Elvira vendrá a recogernos. Le he dicho que venía aquí.

—Tengo trabajo.

—Mujer, descansa.

¡Descansa! ¡Siempre lo mismo! Como si fuera tan fácil hacerlo.

Un dependiente entró a buscar a Alejandra. Había un hombre que quería hablarla.

—¿Le ha dicho su nombre?

—No; dice que a lo mejor no le recuerda.

—¿Quieres ir a ver? —pidió a Eugenio.

Él se levantó casi de un brinco. Supuso que lo hacía a propósito para quedarse solos, y Alejandra se turbó también al pensar que Oscar pudiera imaginar lo mismo.

Guardaron silencio, no despegaron los labios. Ni él ni ella atinaban a romperlo, agarrotados por íntimas sensaciones.

—Hace frío —susurró él al fin.

«Es estúpido —se dijo después—. ¿Qué me ocurre?». Pensó que estaba envejeciendo y que únicamente junto al calor de la chimenea podría ya transcurrir los atardeceres del invierno. La nieve entorpecía sus músculos y sus palabras. ¿No iba a ser capaz de disipar la atmósfera de violencia que flotaba en torno a ellos?

Alejandra tampoco podía. Rebuscaba en su imaginación una palabra, un comentario adecuado con que demostrar naturalidad, y notaba seco el paladar y el pecho oprimido por la emoción.

Miró angustiada hacia la tienda. Eugenio se despedía del visitante y se acercó a pasos largos. Parecía haberse estirado más en los últimos meses. Sus pómulos salientes le alargaban la cara.

—Era Ramiro —aclaró al entrar.

—¿Ramiro?

—Sí. Ha salido ahora del hospital. Con permiso, no creas. Tuve buen ojo clínico al verla la última vez. Estaba muy delgada, esquelética casi; como su hija antes de morir.

—¿Qué quería?

—En una de las salas está Abelarda.

—¡Qué casualidad!

—Parece un castigo.

Alejandra puso a Oscar en antecedentes de todo. No le miraba, miedosa de interrumpirse en su charla, vencida por sus escondidos pensamientos.

—Era un tipo repugnante.

—Y sigue siéndolo —dijo Eugenio—. Quiere que vayamos a verla.

José Martín irrumpió en la estancia. Se restregaba las manos enguantadas, arrugando la cara.

—¡Felices Pascuas, señores!

—Hombre, no se adelante —contestó Oscar tendiéndole la mano.

—Estoy deseando felicitar a alguien. La proximidad de las fiestas acentúa mi buen humor; y además una buena noticia: ya está completamente terminado el asunto con la amiga de Blay. ¡Dios mío, qué mujer!

Oscar demostró más satisfacción que los demás. Le brillaban los ojos al dirigirse a Alejandra:

—Entonces puedes considerarte ya tan dueña como yo, de todo esto. Martín se encargará de preparar todos los papeles.

—De lo que voy a encargarme, ahora mismo, es de llevarme a Alejandra.

Ella se turbó, mirando a Oscar.

—Estoy ya comprometida. Elvira y Oscar...

—¡Vaya! —protestó Martín—. ¿Es que no la vais a libertar ni un día?

Eugenio rumiaba, pegada casi la cara a los libros. ¿Qué pasaría si se levantara de golpe y empezase a gritar? ¿Qué ocurriría si replicara al abogado?, a ese pelmazo simpático de todos los días... «¡Ni un día, eso es, ni un día! ¡No quiero que se la lleve ninguno! Es lo único que tengo, la única persona donde encontré cobijo. ¿Por qué quieren apartarla de mí, si pueden muy bien vivir sin ella? Ustedes son hombres de posición, inteligentes, fuertes... ¿Qué más quieren? Mírenme, me importa un comino que comprueben el grado de mi imbecilidad, esa imbecilidad que me impide marchar por mí solo como hacen ustedes. No me importa que me sitúen en un grado inferior al resto de los hombres. Hay muchos como yo, pobres idiotas que viven exclusivamente de las migajas, incapaces de apoderarse de lo que desean. ¡Ni un día! Cada uno que transcurre se pierde, se hunde irremisiblemente. ¿Por qué, pues, no me dejan tranquilo? ¡Váyanse y no vuelvan!».

Apretó los dientes, sintiendo que una fuerza desbordada llevaba las palabras a sus labios. Cuanto más pretendía dominarse, más intensamente la notaba. Les miró asustado y precipitadamente volvió los ojos a los números, pero el mandato interior persistía: «... ¡Grita, no seas cobarde, hombre! Después de todo, ¿qué? Con un rasgo de audacia te sentirás más libre, menos agarrotado. ¡Chilla, chilla una vez en tu vida!».

Apretó tanto la pluma sobre el papel que cayó un borrón. La mancha negra le nubló la vista. Oscuridad. Sus ideas eran absurdas. ¿Qué demonios iba a conseguir con ello? Un momento de desahogo, tras las oleadas de ira. Vomitar los improprios y

más tarde, arrepentido y confuso, llorar como una criatura. Casi tenía ya los ojos cubiertos de lágrimas.

Salió del despacho y fingió buscar un volumen en una de las estanterías. Su corazón se aceleraba y un temblor incoercible le atacó las manos.

Cerraban ya. Los dependientes se ponían los abrigos.

—¿Apagará usted? —le preguntaron.

—No, no; apague, apague.

Quedó a oscuras. Tras los cristales de las ventanillas del despacho divisaba las sombras de los dos hombres y de Alejandra. El vértigo cedía poco a poco y de nuevo volvió a caer en su habitual desconsuelo, reflejado en una aparente apatía.

Vio que se disponían a salir. Corrió por detrás de los mostradores, sin saber a dónde dirigirse. Quería esconderse, huir de sus miradas y de su voz. Tropezó con la máquina registradora dándose un fuerte golpe en la barbilla.

«Vaya, lo que me faltaba. Dolor físico, también».

—Eugenio, ¿dónde estás?

Alejandra le llamaba. Salió, como por milagro, de detrás de un mostrador.

—Buscaba un libro —contestó estúpidamente.

—¿A oscuras?

—Es que no atinaba con la luz.

—Cierra bien, no te olvides. Como eres tan distraído...

Les contempló alejarse. Subieron al auto de Oscar, donde les esperaba Elvira arrebujada en un abrigo de pieles.

—¡Canallas! —gritó poseído de una impotencia humillante—. ¡Canallas todos! ¡Los tres!

En su interior se burlaba de sí mismo, mientras de sus ojos caían lágrimas. Se consideraba tan poca cosa, tan poquísima cosa...

Hizo lo que no había hecho en su vida: beber. Había oído decir que de este modo se mitigaban las penas. A él no le hizo más efecto que recrudescérselas y despertar a la mañana siguiente con un formidable dolor de cabeza. Escupía continuamente, pretendiendo aliviarse de la pastosidad de la boca. Tenía sed, una sed implacable. Se miró al espejo. Estaba desencajado. ¿Por qué no poseería inteligencia para conseguir algo importante? Deslumbrar a la gente, destacar, acaparando todo el interés de Alejandra. Cambiar, ser otro...

«No es muy consolador pensar que debería dejar de ser yo, para significarle algo».

Fue a la tienda arrastrando casi los pies. Ella estaba ya allí, distraída, lejana.

—Hola, ¿te divertiste anoche?

—Estuvimos bailando.

—Ya.

Estuvo a punto de confesarle que él se había emborrachado, pero le dio vergüenza.

—Martín, ¿también?

—Claro. Oye, ¿qué te pasa? ¿Parece que traes mala cara?

—Pues... no sé. Me encuentro perfectamente.

Próxima la una, se acercaron al hospital. Por la calle de Sevilla la gente les separaba y Alejandra se colgó de su brazo. Eugenio la veía abstraerse, contestar con monosílabos a sus palabras. Carecía incluso de fuerzas físicas para protestar. ¡Se sentía tan mal, tan mal!...

No se soltó Alejandra hasta llegar a la Glorieta de Atocha. El frío era despiadado. A veces, la nieve helada la hacía resbalar, y Eugenio la sujetaba con fuerza, como si quisiera demostrar que aún la servía de algo.

«Como un bastón», se dijo irónico.

En la sala donde estaba instalada Abelarda había bastantes camas. Sentado a los pies de la suya, Ramiro leía el periódico.

Alejandra se quedó de piedra al verla. De aquella mujer obesa, de cara redonda y ojos vivos, no restaba sino una masa flácida de piel áspera por la roña. El brillo de su mirada era muy distinto al de otros tiempos. Ahora se lo provocaba la fiebre, una fiebre muy alta que había despellejado sus labios carnosos.

No demostró la menor satisfacción al verles. Alargó un brazo y lo dejó caer inanimado sobre el colchón.

Ramiro se puso en pie y contempló con avidez a Alejandra. Estaba grueso, y de no ser por un tono especial de su piel y por los antecedentes que le diera Eugenio un día que se lo había encontrado en un bar, hubiese creído que se hallaba igual siempre. Ya no se recataba lo más mínimo en asaltarla con miradas insistentes, que atravesaban el grueso cristal de sus lentes. Se humedecía los labios al mirar los de Alejandra y ella apenas si le saludó.

Dejó sobre la mesilla los dulces comprados para Abelarda y hubo de mirar hacia otro lado, revuelto el estómago ante los escupitajos que casi continuamente arrojaba su tía en un cacharrito de metal.

—¿Cómo está? —le preguntó al fin.

Ella suspiró. Se restregaba la boca con un pañuelo sucio.

—Esto se lo debemos al cochino de mi marido —contestó sin fuerzas.

Eugenio y Alejandra estaban turbados.

—¿Qué dicen los médicos?

Abelarda hizo una mueca parecida a una sonrisa burlona.

—¡Los médicos! ¿Qué quieres que te digan aquí? Nada. Te desnudan, te pinchan, oyen lo que suena dentro de una, hablan entre sí y se alejan, como si lo que está en la cama fuera un animal, no una mujer. Preguntádselo a él —dijo señalando a Ramiro—. También está aquí por necesidad.

Miraron a Ramiro que paseaba por entre las dos hileras de camas, con las manos en los bolsillos.

—Tanto miedo como tenía usted... —comentó Alejandra sin poder dominarse.

Él la miró cínicamente.

—Sí, tuve miedo. Entonces todo era distinto. Entonces no tenía que esconderme fuera donde fuera, como en la guerra. En casa de Abelarda encontré más tarde el refugio que necesitaba. La ventaja trajo el inconveniente.

La visita se hacía larga e insubstancial. Alejandra recorrió con una mirada la sala, impresionada por los rostros demacrados hundidos en las almohadas. El recuerdo de Filo se hizo más vivo, y dio gracias, a pesar de todo, de que la muchacha no hubiese acabado con tan tétricas compañías.

—Ya veo que has progresado —murmuró Abelarda—. ¿Os habéis casado?

—¿Cómo? —preguntó sin comprender, al pronto.

—Bueno, o lo que sea. No es necesario casarse.

Eugenio se tornó como la grana, sin atreverse a mirar a Alejandra. La sospecha solo, le turbaba hasta marearle. A ella, sin embargo, no le afectó en absoluto.

Aún se esforzaron en continuar allí unos minutos más. Abelarda, después de haberle pedido dinero, que Alejandra dejó junto a la caja de dulces, les dio la espalda y cerró los ojos. Solamente cuando se levantaron de las sillas hizo un leve ademán con la cabeza.

Ramiro les acompañó hasta la escalera. Arrastraba los pies y las suelas de sus zapatillas levantaban un rumor cauteloso. Miró una vez más a Alejandra con descaro y sonrió apenas.

—Abelarda está muy mal, por lo que he visto —dijo Eugenio.

—Un día de estos terminará.

Lo dijo con frialdad glacial.

Estrecharon su mano blanda y muerta, y corrieron casi hacia la salida. Alejandra se sentía mal. La visita la había postrado y se lo confesó a Eugenio.

—Hay cosas peores —contestó él.

—Peores, puede; más desagradables, no.

—¡Puah! Estás en pañales todavía en esa cuestión. Después de todo, existe el consuelo de saber que el dolor físico pasa.

—Y el moral también —replicó ella con mucha convicción.

—Deja poso. Le amarga a uno para toda la vida.

—Estoy pensando que no has tenido nunca un dolor fuerte de muelas o de oído.
—Intentó bromear ella para reponerse de su impresión.

—Sí, claro que lo he sufrido, y estaba dispuesto a arrancarme toda la dentadura con tal de que cediese.

—Entonces...

—Pero no llegué a pensar en quitarme la vida —murmuró serio.

—¡Jesús, qué trágico! —exclamó, sin querer darle importancia.

—He pensado muchas veces —continuó Eugenio mientras se alejaban del hospital— que eso de suicidarse puede ser muy fácil o... casi imposible. Es un instante, un mínimo de tiempo en que el vértigo de desaparecer te arrastra.

—Yo creo que si no es difícil llegar a sentir tal vértigo, sí que lo es dejar de combatirlo, teniendo en cuenta que la vida no te pertenece. Al morir tendrás que dar cuenta de tus actos, no lo olvides.

—Bueno, mira, depende del temperamento, del carácter, de las circunstancias por que se atravesase...

—De las creencias religiosas y de la fuerza de voluntad para seguir adelante... — le interrumpió Alejandra, empleando su mismo tono.

—Dicen que es una cobardía. Yo creo que no.

—Cobardía es no atreverse a afrontar la vida.

—Pero no el salir al encuentro de la muerte.

—Bueno, es idiota esta conversación después de lo que hemos visto en el hospital. Mira, entremos a cualquier sitio para tomar algo. Necesito reconfortarme.

Eugenio tragó saliva. Tan solo el recuerdo del alcohol le producía náuseas. Sin embargo la siguió y entraron en un establecimiento muy concurrido. De pie, junto al mostrador, pidieron un vermut. A los pocos momentos de haberlo ingerido, Eugenio, asombrado, se percató de que se sentía mejor. Pensó beber otro, y otro más... Volver a notar la audacia de la noche anterior. Bueno, ¿y después?

—Verdaderamente —dijo de pronto Alejandra, pensativa—, cuando asistes a un espectáculo como el que hemos visto hoy te das cuenta del poco aprecio que hacemos de lo que disfrutamos. Todo nos parece poco, jamás nos sentimos satisfechos. Pensar que podemos movernos, ir de un lado a otro, respirar, luchar... Habiendo tantos desgraciados.

—Tener salud es algo absolutamente normal, tan normal como tener cejas y nariz, ¡qué demonio! —replicó Eugenio, animado ya por el aperitivo—. ¿A santo de qué debemos congratularnos tanto por ello? En cuanto a respirar e ir de un lado a otro, no tiene nada de maravilloso. Lo extraordinario sería que existiesen muchos más monstruos de los que hay. ¿Qué encanto encuentras, por ejemplo, en ver las calles cubiertas de nieve? Resbalones, roturas de piernas...

—La nieve es bonita, y el que podamos caminar sobre ella sin rompernos la cabeza, cuando hay tantos que se la rompen, también.

—No señor. Ni una cosa ni otra tiene importancia. Lo mismo pecan quienes se la conceden a todo, como los que en todo hallan motivo de desprecio. Nada sucede por casualidad. Todo tiene su explicación.

—Eugenio, la bebida te causa unos efectos desastrosos. Te has alejado de mi punto de vista y te repito que es un crimen no saber apreciar lo que tenemos.

—¡Un cuerno! —exclamó—. Si lo hiciéramos sería engañarnos a nosotros mismos. Dar valor a lo que no lo tiene. ¡Me fastidia ese empeño en no querer ver los hechos!

Alejandra le miró de soslayo. Sabía perfectamente a qué se refería y prefirió cortar la conversación. Hubo un momento en que imaginó que las ventoleras sentimentales de Eugenio, recrudecidas durante los permisos y ante las cuales

siempre se había hecho la desentendida, habían sido completamente liquidadas. Absorta en sus propios sentimientos, se olvidaba de los demás. Supuso que sin darle motivos para ilusionarse podrían continuar siempre manteniendo una buena amistad, y cuando cualquier detalle derrumbaba esta idea tan cómoda, se turbaba.

Salió rápida del establecimiento, cansada de preocuparse por una causa u otra.

—Tú estás cerca de casa —dijo—, y yo voy a coger un taxi.

Le había dejado con la palabra en la boca y la vio perderse a lo lejos, todavía él en la acera, presa de un enjambre de sensaciones. Sospechó que la culpa había sido de él. No podía beber, estaba comprobado.

Se internó por las escaleras del metro. Al menos podía haberle invitado a almorzar, siendo ya tan tarde. Llevaba las suelas impregnadas de hielo, y en el andén resbaló y cayó al suelo. Asustado, se aferró a las piernas de una mujer detenida ante sus narices. El tren se aproximaba a toda marcha y el miedo a rodar a las vías le obligó a hincar más los dedos en aquel endeble asidero.

Suicidarse... ¡Diablo! No, no era tan fácil.

La gente les miraba y reía. Se caló el sombrero y tras disculparse ante la sorprendida mujer a quien se había agarrado, contempló la obscuridad del túnel por donde se deslizaban.

CAPÍTULO XVI

Estaba con la frente pegada en los helados cristales del balcón. La noche era oscura, como un dormir sin pesadillas ni sueños. El griterío de la calle llegaba apagado, y solo de vez en cuando la canción forzada de una garganta irritada rompía el silencio de la casa.

Poco a poco, fue cesando todo murmullo exterior. Se alejó de los cristales y sentada al borde de la cama miró con curiosidad a su alrededor, como si fuera la primera vez que se encontrara allí. Los muebles, los cachivaches y los cortinajes le eran sobradamente conocidos. Había defendido su intimidad furiosamente durante la guerra. Buscó recomendaciones, suplicó, todo con tal de que no avasallaran la casa demasiado grande para ella sola y una criada. Las mentiras que había tenido que urdir para lograrlo, le hacían sonreír ahora infantilmente, pero siempre tuvo la satisfacción de que a su regreso Oscar encontró todo tal como lo había dejado.

Habían cenado tarde y la velada se prolongó hasta muy entrada la noche. El champán borboteó repetidas veces sobre las copas de cristal, y todavía experimentaba un girar delicioso, una elasticidad inhabitual en su cuerpo.

Al otro lado del tabique estaban ellos. Insistieron tanto en que se quedara, que accedió porque, además, no tenía ningún deseo de marcharse sola a su casa. La fiesta de Navidad mantendría cerrado el comercio y podía descansar hasta muy tarde si lo quería.

Sabía que su depresión no era tan intensa como otras veces, porque el curso de los acontecimientos había variado durante unos instantes; pero eran especialmente los vapores del vino lo que le hacía notarse menos pegada al suelo, y a cierta altura le resultaba más fácil juzgar los hechos con optimismo, que estaba convencida de perder al día siguiente.

Al recordar a Eugenio decidió pasar con él la Navidad. Le molestaba que su alegría se enturbiara por el pesar de haberle abandonado en una noche como aquella. Se lo imaginaba triste y solo, y aunque reconocía que nada le obligaba a él, la mera suposición de hacerle sufrir la creaba una responsabilidad incómoda.

La cena resultó deliciosa. En un rincón del cuarto de estar, donde habían comido los tres, el árbol de Navidad picudo y gallardo ofrecía, como ojos de colores, el misterio de sus lucecitas minúsculas. Oscar y Elvira habían colgado sus paquetes y también ella, con disimulada timidez, prendió los suyos insegura.

Sobre la mesa, la luz de los candelabros hacía refulgir el cristal y la plata, desparramando por la pared su propia sombra tronchada en el techo. El ambiente se tornó cálido en la estancia; cálido e íntimo.

Elvira les ofrecía las pequeñas fuentes de entremeses y sus manos se transparentaban rosadas junto a las bujías.

Hacía tiempo que Alejandra no se había sentido tan sosegada. Cada uno de ellos parecía una persona independiente, sin patentes lazos que les unieran, aunque atentos al bienestar general. No existieron detalles que machacasen la intromisión de Alejandra en la familiaridad del matrimonio.

Se deslizó la comida siguiendo los ritos tradicionales y a los postres Alejandra tenía ya la impresión de que su cabeza volaba ágilmente, desprendida de su cuello.

—Espero que no serán las únicas Navidades que pasemos juntos —dijo Oscar.

Y ella, que así lo deseaba, contestó sin vacilar:

—Espero que no.

Don Gabriel había enviado, por primera y única vez, una carta dirigida a los tres. Estaba dispuesto a hacerles una visita cuando pasaran las fiestas. No podía soportar el bullanguero ambiente de las calles, los gritos ni los empujones. Además, odiaba el ronco bramido de las zambombas y la explosión de los cohetes. «¿Hay cosa más monstruosa que esos ruidos ensordecedores y escandalosos para demostrar tan desorbitada alegría?».

Rieron los tres con la lectura de la carta.

—Es un hombre estupendo —aseguró Alejandra.

—Muy quisquilloso —replicó la hija.

—Si solo es eso, se le puede perdonar —añadió Oscar, sonriente.

—Yo no lo juzgo así —dijo Alejandra, sin el tono apagado de otras veces. Su voz resonaba ahora firme y sus ojos, ensombrecidos por las pestañas, miraban abiertamente a los dos—. A mí me gusta su manera de ser. No le veo huraño ni insociable, como dice la gente. Es simpático y comprensivo. Lo que ocurre es que encuentra pocas personas de su agrado ante quienes mostrarse tal cual es.

—Creo que eres la única por quien siente verdadero afecto —contestó Elvira.

—No me extraña.

Fue Oscar quien corroboró con absoluta seriedad. Alejandra le miró durante unos instantes, y él mantuvo la mirada sin parpadear.

—Guardo un recuerdo imborrable —confesó Alejandra.

—De mi suegro, por supuesto.

—Sí, de él —añadió vacilando—. Si no hubiera sido por tu padre —agregó dirigiéndose a Elvira— a estas horas estaría ordeñando vacas.

—Muy tarde es para esa ocupación —bromeó Oscar.

—Sí, un poco tarde, pero no me supone ningún consuelo imaginar que estaría celebrando la Nochebuena entre un grupo de mozos curtidos por el aire y el sol, enrojecidos por el vino y ansiosos de saltar al compás de una guitarra y un acordeón. Tal vez entonces viera las cosas de otra forma o quizá... como ahora, pero sin saber explicármelas.

—Afortunadamente sí te las explicas.

—No todas, no creas —replicó audaz—. Hay algunas que no tienen explicación.

—No os escandalicéis —dijo Elvira—, pero no tengo el menor deseo de estar en casa.

—¿Y a dónde quieres ir a estas horas y en una noche como esta? Supongo que no te interesará pasar frío.

—No, claro que no, pero las habitaciones me aplanan. Estas fiestas familiares sin familia, son deprimentes.

—No pretenderás que avisemos a mi hermana Isabel... Les mandé una cesta. Los chicos me dan pena.

—Habrá que verlos. Lobos hambrientos con la presa entre las manos. No me inspiran lástima, por más que lo intento. Son los únicos responsables de su situación.

—Eso pienso yo; pero, a pesar de todo, su culpabilidad no impide que me acuerde de su estómago. Al menos en una fecha como esta, destinada por una gran mayoría a coger indigestiones. Olvidas que mucha gente vive pendiente de la llegada de este día. Se gastan todos los ahorros, piden si no tienen; parece como si el resto del año no les importara, o creyesen poderlo pasar sin nada. La cuestión es comer y beber esta noche. No todos tienen un árbol de Navidad y champán que verter en copas de Bohemia, y si realmente supone para ellos tanta felicidad, ¿por qué no proporcionarla a quien se pueda? ¿Verdad que también tú lo añorarías si estuvieras ahora ordeñando vacas?

Alejandra rio a carcajadas sin demasiados motivos, y, de pronto, quedó suspensa. Hacía meses que no oía su propia risa y le resonó extraña y agradablemente en sus oídos. Había reído como si su juventud, cansada de tanta tristeza, se hubiera desatado de sus ligaduras de modo imprevisto.

Las campanadas de un reloj sonaron claras y pausadas. Detestaba, cuando era feliz, que cualquier detalle pusiera de relieve la huida del tiempo. No quería pensar en el mañana. Aquel presente le resultaba muy agradable, difuminados todos los recuerdos dolorosos.

Oscar también pensaba lo mismo. Vivir en paz durante unas horas, aunque al día siguiente se topara de nuevo con la indecisión y la lucha. No habrían ya de volver los momentos que transcurrían y era imperdonable no sorber toda la felicidad que escondieran.

Cuando Martín hubo entrado de improviso en la sala, simpático y vivaz, la conversación se concentraba, a veces, por parejas, desviando la atención general.

Así fue como Oscar y Alejandra estuvieron, inesperadamente, sentados muy juntos, abandonados a la voluptuosidad del contacto de sus brazos y piernas que la circunstancia de la fiesta favorecía y disculpaba.

El árbol verde agazapaba su misterio bajo la caricia rojiza y blanca de sus bombillas, sosteniendo en su cúspide una estrella muerta.

—A veces se pasa por la vida sin poseer la suficiente sensibilidad para captar sus más refinados y hondos matices —susurró Oscar con la copa entre los dedos.

Ella levantó de golpe la cabeza y le miró, como asustada. Oscar sonrió al preguntar:

—¿No es así cómo piensas?

No pudo responderle. Sorbió un poco más de champán y aguardó, anhelante, como si no creyera posible lo que acababa de oír.

—Todo pasa, todo muere; pero hay algo que repercute eternamente en el espacio a través de los siglos.

Ya no cabía duda. Le había oído realmente hablar, sin alzar la voz apenas, mientras Elvira y Martín, al fondo, preparaban un «combinado».

—¿Por qué te callas? —le preguntó encarándose abiertamente hacia ella.

Hubiera querido responderle, pero el miedo y una alegría contenida y loca le sellaba los labios y cubría de lágrimas sus ojos.

—¡Por Dios! —suplicó Oscar, tan tenuemente que apenas si pareció exclamarlo—. ¿Todavía consideras que no soy viejo?

Todo en la habitación giraba ante Alejandra. La presión del brazo de él se le antojaba como un apoyo desesperado, obligándole a mantenerse erguida. No atinaba más que a repetirse en silencio que él no había olvidado, y en su fondo rebuscaba, atolondrada, el empuje que la ayudase a cortar la escena, a huir de él, y de ella misma.

—Señores —exclamó de súbito Elvira, mirando consternada una carrera de su media—, no tengo ganas de estar en casa.

—Vámonos —propuso Martín inmediatamente.

—Pero ¿a dónde? ¡Con este frío!

A Alejandra tanto le daba ya estar en cualquier sitio. Dieron una vuelta por la Castellana y a pesar del calor de sus estómagos, pronto empezaron a tiritar. Alejandra tan pronto se notaba sujeta por el brazo de Oscar como por Martín, y ni un solo momento se olvidó de que sus pasos resonaran firmes y seguros sobre la acera resbaladiza.

¡Qué noche tan maravillosa! ¡Y habría de terminar también!...

Finalizó la velada al cabo de una hora y miró con pena a través de los cristales del balcón. Estaba segura de que el día gris volvería a encajarla en una realidad áspera. Sin embargo, él había hablado, había repetido frases dichas hacía ya mucho tiempo... ¿Mucho tiempo o, acaso, no las dijeron nunca antes de aquella noche?

Se metió entre las sábanas. Estaban frías y se acurrucó cuanto pudo. Y entonces volvió a revolcarse en sus conocidas luchas. Los recuerdos danzaban en su cerebro con pasmosa fidelidad. En esos instantes rememoraba todo a la perfección, como si los estuviera viviendo de nuevo. Y así, recordando, se durmió.

Se marchó temprano, a la mañana siguiente; cuando todavía estaban ellos acostados. A veces se detenía en su camino, sin darse cuenta, absorta, no muy segura de que fuera cierto cuanto recorría una y otra vez su cabeza. Se le encendían las mejillas por la vergüenza que alteraba su sangre, e imaginaba ir a gritar, mas llegaban

las meditaciones, razonaba y todo volvía a tambalearse. Llegó a la pensión de Eugenio bastante alegre.

Una criada despeinada, con huellas de cansancio en la cara, la condujo hasta la habitación de Eugenio, advirtiéndole que aún estaría dormido y la dejó con gesto suspicaz junto a la puerta.

Golpeó con los nudillos, y al ver que no le contestaban entreabrió, asomando la cabeza con cautela.

Eugenio dormía enroscado bajo las mantas. Por las hendiduras del balcón entraban hilillos de luz.

—¡Eugenio!, ¿te emborrachaste ayer, o qué? —gritó.

Él no se movió. Entreabrió los ojos tratando de cerciorarse de si había oído su voz o todavía estaba soñando.

—¿No te despiertas?

Con dedos torpes se abrochó la chaqueta del pijama y se incorporó.

—Abre los postigos, ¿quieres?

La claridad inundó el cuarto. Ella se sentó a los pies de la cama y miró a su alrededor.

—No debías de haber entrado. La gente aquí es mal pensada.

—Hombre, en el hospital te vi muchas veces en la cama, y como creía que te alegraría verme apenas abrir los ojos, no me he detenido a pensar en los comentarios —sonrió—. Es gente que no me importa.

—Ni a mí —respondió él.

—¿Siempre tienes tan ordenado el cuarto? —interrogó contemplando el desorden. Él gruñó, avergonzado.

—Perdona, no te esperaba. ¿Ocurre algo?

—Nada. Que te invito a almorzar. Es Navidad.

Estuvo tentado de rechazar. Demostrarle que no había olvidado su abandono en la noche anterior; pero, mientras lo pensaba, ya le brincaba el corazón de gozo.

—Me alegro horrores, chica. Aquí hubo jaleo ayer, ya puedes figurarte. Me vine temprano a la cama, pero fue imposible dormir con el alboroto de cacerolas, canciones y risas. Un horror.

—¿No interviniste?

—No. Estaba... muy apenado. La carta de mi madre, además, acabó por entristecerme.

—Se comprende.

—No era eso todo. Bueno sí —mintió—. ¿A qué negarlo? Me encontraba muy solo.

Hablaba con la cabeza inclinada, frunciendo un poco los labios, como una criatura mimosa. Ella sonrió.

—Te comprendo.

—Y tú, ¿lo pasaste bien?

—Bien. Muy tranquilos. Ya sabes.

Guardaron silencio un rato. Luego ella preguntó, para no dejarse arrastrar por sus propios problemas:

—¿Qué sabes de Augusto?

—Ni siquiera sé si está en Madrid.

—Podríamos ir a su casa.

No acogió con entusiasmo la proposición, pero accedió.

—Bueno. Salte afuera y enseguida estaré a punto.

Alejandra señaló la mesilla.

—Voy a regalarte un cenicero. ¿Por qué aplastas ahí las colillas? Eres un sucio.

—¡Narices! Es de la única forma que la limpian. Si las tiro debajo de la cama, ahí se quedan durante meses.

Ya en la puerta, Alejandra, mirándole pensativa, añadió:

—¿Sabes que has cambiado mucho? ¿Dónde está tu antigua timidez? Llevas una temporada que te desatas fácilmente y te expresas de un modo... Empezaste de golpe, un día, y ya no lo has abandonado.

—Es que voy siendo un hombrecito —replicó con ironía.

—No; es que estás perdiendo la educación.

—¡Pamplinas!

—Realidad... ¿Por qué hablas con ese tono?

Él vaciló. No se atrevía a mirarla de frente.

—Mira, pues... porque me desahogo, eso es. Encuentro alivio si me expreso con brusquedad, si suelto algunas palabras fuertes, sí señor. ¿Hay algo malo en ello?

Alejandra se encogió de hombros.

—De malo, no. Incómodo nada más. Date prisa.

Hacía mucho frío. Iban cogidos del brazo, muy juntos, para procurarse algo de calor. Ella pensaba por qué sería tan distinto ir colgada de un brazo o de otro si, a fin de cuentas, en ambos casos eran brazos y de hombre. Eugenio, era para ella... Eugenio. Es decir, un amigo, casi un niño por el que sentía cariño, cierta ternura... Poco profundo todo. Sin embargo, el brazo de Oscar... Aquel apoyo firme, el ansia de sujetarse a él sin anhelar a nadie más...

La casa donde estaba hospedado Augusto era mucho mejor que la pensión de Eugenio. Estaba limpia, había claridad y se notaba un calorcillo agradable en ella. Augusto estaba ya vestido y su cuarto aseado. Tenía una ventana amplia, las ropas en orden e infinidad de cuadros pendidos y apoyados contra las paredes. La bala le había dejado una cicatriz que le cortaba verticalmente un lado de la frente. Al verles levantó los brazos y ahogó una exclamación. Les ofreció asiento y unas copas de coñac. Los dos las rechazaron y Augusto apuró de un trago la suya.

—Hemos venido a felicitarte las Pascuas.

Sentado al borde de la cama les miraba divertido.

—¿También sois de los que celebran estas fiestas?

Sorprendidos, no supieron qué responder. Alejandra, perdida la tensión del disimulo, aparecía tranquila.

—Somos tan vulgares como todo eso —dijo al fin.

De pronto se quedó mirando una fotografía que había sobre la mesa. Eran dos niños morenos, muy serios, con las cabezas juntas.

—La fotografía no es mala —aclaró Augusto al advertirlo—. Ellos son más agradables.

Eugenio demostró curiosidad.

—Tus... —balbució.

—Mis hijos.

—¡Tus hijos!

Augusto parpadeó, retorciendo las guías de su bigote.

—¿Por qué tanto asombro? Tener hijos es una vulgaridad a la que no he podido sustraerme por la sencilla razón de que quería tenerlos, y me vi obligado a seguir el procedimiento corriente, si quería que realmente fuesen míos.

—No sabía que tuvieras familia... —susurró Eugenio—. Tenía la impresión de que tú...

—Cuando uno está en este mundo, hay que pensar que, lógicamente, ha venido de algún sitio. Ese sitio suele ser normalmente la familia, y lo que demuestra la idiotez humana es que, con la experiencia de saber en qué consiste tan antigua institución y las desventajas que proporciona, uno, independientemente de los demás, se crea otra para seguir demostrando el engorro que supone. En realidad solo sirve para celebrar fiestas como la de ayer y la de hoy. Sin embargo, yo no he podido pasarlas con ellos. He estado bastante tiempo fuera. Regresé hace unos días para vender unos cuantos cuadros.

—¿Pintas mucho?

Miró con desaliento sus cuadros. Alejandra no comprendía qué podían significar aquellas manchas de colores, emborronando los lienzos. No tenían ni pies ni cabeza.

—Sí, pinto. Pero los cuadros que vendo son diferentes a estos —respondió mientras los señalaba—. La gente no entiende, carece de imaginación. —Movié las manos e hizo un gesto de dolor—. Prefiero no hablar de ello.

—¿Piensas estar mucho tiempo aquí?

Augusto miró la fotografía.

—El que pueda. Ellos se han acostumbrado a llamarme papá y les han hecho creer, imbécilmente, que el padre debe llegar cada día a casa. No tendré más remedio que resignarme, porque fui yo quien deseé tener hijos. Un instinto puramente animal de desdoblar un par de veces mi personalidad, pero no mi talento... eso se acabará conmigo, aunque no morirá, porque ahí dejo eso.

«Eso» eran los cuadros que cubrían la pared, como un tapizado grotesco y chillón.

Alejandra contenía la risa, especialmente por los gestos del pintor, gestos que no estaba muy segura de que fueran espontáneos y sí ajenos a su auténtico modo de ser.

—¿Y tú? —preguntó a Eugenio—. ¿Cálculos?

—Cálculos.

—¿Para mucho tiempo?

—Será lo más probable.

—Pero ¿te importa?

—Pchis. A días.

—A días. Menos mal. Tienes algunos, entonces, en que estás conforme. —Luego contempló a los dos indistintamente y añadió—: ¿Intenciones de perpetuar la especie?

Como en el hospital, Eugenio se puso encarnado. Alejandra soltó una carcajada.

—Ninguna —contestó ella.

Entonces Augusto rio también y levantando su copa exclamó:

—¡Felices Pascuas, amigos!

La cicatriz de su frente se profundizaba más al arrugar la cara.

De camino a su casa, Alejandra comentaba las diversas impresiones que le producía el pintor.

—Cada vez estoy más inclinada a creer que este hombre se hace el loco, o quizá siempre está borracho.

—Es que precisamente, si está borracho dice cuanto siente. Te aseguro que la bebida ayuda a sincerarse.

—¿Tú crees? —preguntó con la mirada perdida.

Él tuvo miedo a disparatar demasiado si volvía a beber estando con ella, y suavizó la opinión.

—Bueno, no es concretamente sincerarse... Se pierde el temor y sueltas lo que la razón te obliga a callar y si la razón te obliga a ello es que verdaderamente no se debe decir, y en ese caso...

—Eugenio, no has probado el coñac, que yo sepa. ¿Qué lío estás armando?

Él miró hacia otro lado y se aferró al pensamiento de que iban a pasar juntos el día, sin intromisiones, y de este modo intentaba rechazar cualquier idea pesimista. La oprimió suavemente del brazo y aspiró el aire frío y cortante que les enrojecía la cara.

El piso de Alejandra conservaba siempre un ambiente de ordenado abandono. Los muebles eran muy sencillos, adquiridos poco a poco, en subastas y almonedas, y sus maderas desgastadas, entre las cortinas alegres y baratas, evitaban el peligro de constituir un rincón frío por excesivamente nuevo. Eugenio se encontraba en la gloria encerrado en aquel cuartito que servía de comedor y sala a un tiempo. Imaginaba ser un poco dueño de todo aquello, e incluso la asistenta que acudía diariamente unas horas para la limpieza de la casa, se le antojaba ser la mujer más a propósito para servir a Alejandra, cuando vio que le recibía con grandes muestras de respeto. Entonces se creía alguien importante.

Fue él quien se encargó de hacer los honores al almuerzo. Alejandra apenas probó los platos extraordinarios de aquel día, añorando la presencia de Oscar.

—¿Qué tal el matrimonio? —preguntó Eugenio de sopetón.

La cogió tan de sorpresa que se turbó.

—¿A qué te refieres?

—A nada concretamente. Quiero decir... —añadió contradiciéndose—: ¿Se llevan bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Nada, curiosidad tan solo.

Estaba asombrado de haber sido capaz de decir algo relacionado con sus sutiles dudas y al comprobar el azoramiento de Alejandra, su alegría se nubló.

Por la tarde estuvieron en un cine. Ella se perdía a veces en el laberinto de sus pensamientos, hasta que una escena ágil o bulliciosa llamaba su atención. Todo fue bien para Eugenio hasta que llegó la hora de separarse. Siempre le ocurría igual. Entonces volvía a acometerle el afán de despotricar, sin saber de fijo contra quien. Posiblemente contra sí mismo.

—Vuelta mañana al mismo sitio —refunfuñó—. Augusto tiene razón. La vida así, es de una monotonía inaguantable.

—Augusto está loco, dices.

—¡Una porra!

—Yo repito tus opiniones. Está chiflado.

—¿Y quién no lo está? Cada uno, a nuestra manera, lo estamos un poco. Si te fijas, el equilibrio mental no suele ser muy corriente. Incluso los que se amoldan de un modo total a lo establecido padecen su locura. Es ya bastante haberse amoldado, ¿no crees?

—Tú terminarás mal como sigas por ese camino de desconformidad y falta de control. ¿Te ocurre algo importante? ¿Tienes preocupaciones, remordimientos o deseos de volver a tu antigua vida?

Era la ocasión. Se la brindaba con la mayor espontaneidad, al parecer, y no obstante, enmudeció como si le faltaran las palabras. Empezó a mostrarse inquieto, a balbucir. De súbito repitió rápido.

—No me entiendes, no me entiendes. Me molesta tener que regresar a la pensión —confesó por escudarse en cualquier excusa.

—¿Quieres quedarte en la calle?

—De sobra sabes a qué me refiero. Te lo dije hace años. Necesito percibir calor a mi lado, no sentirme solo.

—Vuelve a tu casa.

—Vete a...

—¡Eugenio!

—Perdona. Sabes que es tonto pensar en un regreso. Allí no encontraría comprensión alguna. Es algo más que un cuidado maternal lo que necesito. Algo más.

—Pides mucho.

—¿No lo tienen otros? —contestó violento.

—¿Quieres decirme...? ¿Qué haces tú para lograrlo? Despotricar, sufrir continuos altibajos de humor, renegar de la felicidad de los demás y presentarte ante ellos, encogido y humilde, sin valor para exponer tus pensamientos como haces conmigo. En el fondo, es envidia.

Pensó chillar al principio, zarandearla incluso, y no hizo más que bajar la cabeza y propinar un puntapié a un montón de nieve sucia acumulada junto a la acera.

—Pues tú... —balbució al fin—, bien triste has estado este tiempo atrás.

—Bueno, pero yo no despotricaba; yo seguía adelante —se defendió turbada.

—¡Qué culpa tengo yo de ir para atrás!

Había poco tránsito. El frío se había intensificado tras la nevada de la tarde, que hacía dificultoso el caminar por las aceras. Los faroles del alumbrado perfilaban sus estrechas siluetas ribeteadas de blanco.

—Estoy cansada, francamente cansada.

Era verdad. Los continuos choques de la esperanza y del temor fueron intensificándose cada vez más a lo largo del día, sin que pudiera afianzarse en ninguna de las dos sensaciones.

—Buenas noches, Eugenio.

—Adiós.

La contempló subir los peldaños del portal y perderse tras la puerta esmerilada. Después, únicamente su sombra; más tarde, nada.

Los escaparates estallaban de luz, iluminando cestas abarrotadas de viandas. Una pandereta destrozada y manchada de barro, estaba arrinconada contra la acera. Creía percibir una alegría melancólica a su alrededor. Como la suya cuando estaba junto a Alejandra.

Vio un coche negro, alargado, que iba hacia él. Sus ocupantes le saludaron por la ventanilla. Maquinalmente se había desprendido del sombrero dibujando una sonrisa estúpida. Oscar y su mujer.

Comenzó a caminar presuroso, haciendo crujir la nieve bajo sus zapatos. Creía que el caminar rápidamente le libraría de pensar, pero era inútil porque en el fondo se complacía en torturarse.

«El amor no es sino pura imaginación. Si se desnuda, nos quedamos con un esqueleto cubierto con nuestros propios ropajes».

«¡Al cuerno, Augusto! ¡Al cuerno el amor! Tenían razón todos aquellos para quienes exclusivamente suponía una mera necesidad fisiológica; lo demás... Lo demás eran lucubraciones, morbosidad y decadencia».

¡Pero se sentía tan atado, tan hundido en el suyo!...

CAPÍTULO XVII

Un gran dolor físico ajeno y espectacular, siempre sobrecoge; las angustias espirituales, por muy certeramente que se imaginen, nunca llaman tanto la atención y Alejandra comprendió que le resultaba ya de todo punto imposible soportar, de modo tan punzante y silencioso, las suyas.

Había enflaquecido. Su rostro estaba marcado por las huellas del cansancio y un desmadejamiento, inútil de combatir, la obligaba a realizar sus obligaciones maquinalmente, como enajenada. Dormía mal; sus insomnios se prolongaban hasta el amanecer en que, agotada, se revolvía en el lecho sin hallar una postura cómoda. La Incertidumbre y las batallas entre su conciencia y su amor, mayores desde la cena de Nochebuena, minaban su organismo sin lograr sobreponerse, teniendo cada día ante los ojos la causa de su desazón. Oscar seguía yendo a la librería y ella a su casa con asiduidad, por no encontrar una excusa palpable para dejar de hacerlo.

Nada habían hablado que aclarara su situación. Todo quedó en el aire, flotando en una atmósfera cargada. Los días no deparaban nada nuevo, como si los pequeños destellos surgidos en una lejana ocasión, se hubieran disuelto en la vasta continuidad de jornadas corrientes.

Eugenio se había apaciguado un poco. Mientras todo se mantuviera como hasta entonces, carecía de motivos justificados para incrementar su recelo, aunque veía enflaquecer a Alejandra y demacrarse sin poder ahondar en los motivos.

—Deberías irte una temporada a descansar —le había aconsejado Elvira.

—Sí, eso tendré que hacer —contestó sin mucho entusiasmo.

Alejandra se mantenía en su puesto con ilógica testarudez, debido quizá a que en el fondo aguardaba inconscientemente el momento que disipara sus vacilaciones; pero llegó al punto en que, bajo su capa de energía, se sintió desmoronar. No debía por más tiempo seguir alimentando ni la más leve esperanza.

Una mañana, tras un sueño corto e inquieto, se decidió.

Desde la cama veía un pedazo de cielo sereno y limpio que invitaba a huir hacia él. Por los intersticios de las ventanas penetraba un soplo fresco y agradable. Con los ojos fijos en el manchón azul que tan lejano vislumbraba, experimentó la necesidad de trasladarse a otro lugar, a un rincón donde el ambiente le ayudara a encontrarse a sí misma. Sería muy distinto recordar, a tener continuamente ante ella a la persona que motivaba sus luchas.

Carecía de energías para levantarse. Le dolían las piernas y la espalda y le rebelaba reconocer la repercusión de su estado de ánimo en su salud. Sin variar de posición, estuvo pensando tiempo y tiempo; a veces, sus pensamientos la retrotraían a

la época en que don Gabriel la animaba a dejar el pueblo, ante su disgusto por verse obligada a acudir en grupo a la Plaza Mayor durante las fiestas. Recordaba su desconsuelo y luego, la indiferencia con que se sentaba en un rincón para ver bailar a la gente sobre la tierra polvorienta. De golpe, sus recuerdos se concentraban en las últimas Navidades y repetía meticulosamente las palabras cambiadas con Oscar.

Entonces procuraba razonar, apoyándose en los consejos de don Gabriel. Recurría a un análisis crudo sobre sí misma, y llegaba a la conclusión de que sería inútil esperar la paz y tranquilidad de conciencia siguiendo los impulsos de su corazón.

Lo razonable sería que procurase vivir sin constituir de este problema la base fundamental de su existencia. ¿Por qué no?

Se desesperaba y echaba por tierra sus anteriores reflexiones.

«Porque lo llevo demasiado hincado; porque sin él, todo pierde interés. Pero si todo llegara a aclararse, ¿qué? No puedo ser su mujer; tendría que conformarme con...». No se atrevía a pronunciar la palabra. Le repugnaba, y sufría con el solo pensamiento de llegar a ser capaz de ello. «Entonces, ¿qué?».

De nada servía su afán por encasillarse definitivamente. En lo más íntimo, aquel conflicto la hacía aferrarse a la vida con ansia. Había rezagado por completo la insubstancialidad de días lejanos e insoportables. Mas ahora, los nervios desatados carcomían su aparente serenidad, cayendo en un estado insostenible. Necesitaba recuperar energías, descansar durante una temporada de la agobiante tensión que, al desaparecer con repentina violencia, la convertía por momentos en un guiñapo.

No fue a la tienda. Pensó que Eugenio estaría preocupado y le telefoneó. Dijo que tenía que resolver unos asuntos, y en realidad sacó las maletas de su escondrijo para preparar el equipaje. No tenía idea de a dónde dirigirse. Por un momento le tentó la idea de acudir a don Gabriel, pero el miedo a descubrirse unido a la pereza de volver a ver a los del pueblo la decidió por algún lugar del Sur. La época era excelente. Trató de aturdirse ordenando las ropas para no arrepentirse de su decisión.

Sus movimientos fueron apresurados, histéricos casi, como si la tranquilidad futura de su vida dependiera del resultado de aquella breve huida. Llegó a sugestionarse atribuyendo al ambiente y a la ilación de un trabajo ininterrumpido, la culpa de su actual situación. Sus manos se agitaban, como si pretendieran desengancharse de los brazos y hubo un momento en que en su cerebro no repercutía más idea que la de partir, mientras toda ella se movía impelida por el dinamismo insistente del pensamiento. Marcharse... Marcharse... Se le antojó que el tiempo se detenía e iba a quedarse para siempre encerrada en su habitación, entre las maletas a medio llenar y con el anhelo de huir.

Casi todo el día estuvo atareada en los preparativos del viaje. Solo cuando el billete del tren cayó en su cartera junto al pequeño espejo, reproduciéndose en la obscuridad del bolso, se aquietaron sus nervios. La convicción de que se marchaba, de que era capaz de marcharse, ejerció el efecto de un freno potente en su excitación.

Acudió a casa de Elvira, deseando encontrarla sola. Se disponía a salir y la invitó a acompañarla. Una vez en el coche, Alejandra comunicó su decisión.

—Me parece magnífico. Precisamente ayer comentaba con Oscar lo desmejorada que estás. Trabajas demasiado. Francamente, te admiro; yo me siento incapaz de hacer nada de provecho. Lo único que me divierte es perder el tiempo.

—A eso voy yo: a perder el tiempo —dijo Alejandra con una intención solo de ella conocida.

—¿Y Martín?

—No le he visto desde hace días.

—Me resulta simpático ese hombre.

—Y lo es, pero...

—¿No te interesaría un marido así?

Alejandra no estaba en situación de sostener la charla. Tras un día de desasosiego físico y moral, no deseaba más que callar, cerrar los ojos y dejarse llevar. Veía a Elvira tan cuidadosa de sí misma, tan superficialmente elegante y atractiva, que la envidió.

La mujer de Oscar hablaba con un cigarrillo entre los dedos y la cabeza erguida, como si se dirigiera a la gente que veía a través de la ventanilla del auto.

—Exiges demasiado, estoy segura, y te advierto que es una grave equivocación porque de ese modo jamás te sentirás satisfecha. Claro es que te faltan años; conforme se cumplen, una va haciéndose, insensiblemente, más tolerante, más comprensiva. Y al renunciar, se suele encontrar la tranquilidad. Esto parece un absurdo, ¿verdad? No, no lo es. Mira, particularmente, tengo motivos para asegurarlo, y aunque lo juzgues estúpido, yo estoy más satisfecha de Oscar ahora que cuando nos casamos. Me costó mucho llegar a comprender el valor de cierta tolerancia dentro del matrimonio, y vivimos mucho mejor desde que aprendí a ceder.

—¿Ceder? —preguntó Alejandra, otra vez con los nervios alerta.

—Sí; él y yo, desde luego. Por regla general, al casarse, se comprueba con temor o con alegría. —Depende de cómo sea el cambio— que la persona con quien te has unido es bastante diferente a la que «creías» que te ibas a unir. Entonces vienen las exigencias, la pretensión de amoldarla a tu manera de ser o a tu concepción sobre la vida. Bueno, esto sucede al principio. Si se razona y se la juzga sin apasionamientos admities que también posee buenas cualidades, detalles agradables como todo ser humano, si no es un monstruo. Si con la experiencia de haber exigido en vano y sufrido mucho persistes en el mismo empeño, la vida matrimonial se convierte en un potro de tortura; mas si renuncias, perdonas y coges lo que hay de bueno en aquella persona, como si se tratara de alguien desconocido hasta ese momento, todo puede seguir un cauce normal. —Sonrió divertida—. Recuerdo que hace años yo ejercía sobre Oscar un control desesperado. Creía de buena fe que debía ser así. Al conocerle más a fondo comprendí la enorme equivocación que estaba cometiendo. Oh, para llegar a este convencimiento hubo de pasar bastante tiempo, no creas, porque

entonces desconocía la importancia de la mutua confianza. Claro es que persisten siempre pequeñas cosas molestas, pero fáciles de llevar. Todos tenemos defectos. De este modo hemos llegado a un punto verdaderamente cómodo. Nos hemos comprendido y somos razonables.

—Entonces a ti no te importaría que Oscar...

—Bueno, bueno, ya sé por dónde vas. Hay hechos que «siempre» importan a una mujer, y no solo por cariño. Saberme postergada no lo admitiría. Yo me refería a las pequeñeces diarias, que se convierten en dramas cuando todavía no se ha aprendido a calibrar el valor de ceder. Oye, ¿y ese muchacho de la tienda? —preguntó de súbito cambiando de tema.

—¿Eugenio?

—Sí, creo que ese es su nombre.

—Nada; tuvo una temporada un poco rara, pero ahora está mejor. Es su modo de ser.

—Me dijiste que era un gran tímido.

—Sí.

—Hay que tener mucho cuidado con las personas excesivamente tímidas. Suelen dar unas sorpresas...

Alejandra miró con angustia a la calle, ansiosa de desaparecer de allí.

A última hora, cuando suponía que no habría nadie, fue a la tienda. Como se marchaba a la mañana siguiente quería dejar todo en orden. Escribió una nota para Eugenio, poniéndole en antecedentes. Elvira se encargaría de dar la noticia a Oscar.

«Te escribiré —decía a Eugenio—, para que me cuentes cómo marcha todo durante mi ausencia. Estoy muy cansada y necesito reposar. Me alegra dejarte más equilibrado que tiempo atrás. Me acordaré de ti cuando me zambulla en el mar y cuando pase las horas sin hacer nada mientras tú te peleas con el “Mayor”».

Eugenio no llegó a tiempo para despedirla. El tren se alejaba al poner él los pies en el andén. Hubiese corrido sin descansar para darle alcance, aunque no sabía el motivo de aquella necesidad, casi angustiada, de volverla a ver. Su marcha le había sorprendido de un modo brusco, como si vislumbrara en ella las raíces de un alejamiento definitivo. «¿Será una huida?», pensó.

Regresaba cabizbajo, sin querer sepultarse en el Metro. En la puerta central de la estación se encontró con el ferroviario de casa de Abelarda. Había envejecido bastante; sus pasos eran pesados y se tambaleaba al andar, como si carecieran de firmeza sus piernas. Le retuvo, tras mirarle fijamente unos instantes, cogiéndole de un brazo. Eugenio le reconoció enseguida por su mirada velada y ademanes cautelosos. Habló el ferroviario largo rato, sin que él le prestara mucha atención y al fin preguntó directamente:

—¿De viaje?

—No, yo no.

—¿Su mujer?

Estuvo a punto de mentir. La tentación le cosquilleaba la lengua, pero se dijo que era una majadería tratar de engañarse a sí mismo y negó con la cabeza.

—¿Qué es de su vida? —preguntó a su vez.

Al ferroviario no le incomodó tener que repetir lo que ya le había dicho mientras Eugenio estaba distraído.

—Igual... Igual que siempre. Me he separado de «ella» definitivamente; esta vez ha sido la última, lo juro. Ahora no deseo más que vivir tranquilo, comer y dormir. He mandado a freír espárragos a los amigos que pretendían embarcarme en conflictos. La verdadera libertad consiste en vivir como a uno le dé la gana sin hacer mal a nadie ni preocuparse por las opiniones de los demás. Trabajé como una mula, puse mi alma en ayudar a la gente y me convertí en un perro sarnoso. Todas las pulgas cayeron sobre mí, y estuve a punto de meterme en un berenjenal. Suerte que hay de aquí —dijo golpeándose la cabeza—. ¿Y Abelarda y su hija? —preguntó después, dispuesto ya a alejarse.

—Filo murió.

—¡Es verdad! ¡Ni me acordaba! ¿Y los otros?

Eugenio no sabía a quien se refería concretamente y se encogió de hombros.

—Vaya, hasta la vista.

Se marchó, y el silbido de una máquina volvió a recordar a Eugenio el viaje de Alejandra. Le enfurecía haberse deprimido tanto y tener que pasar unos días completamente descentrado por no poder verla. Quiso hacer un esfuerzo para demostrarse que aún poseía cierta voluntad, e irguió el busto levantando la cabeza. Una joven iba hacia él. Marchaba rápida, un poco jadeante por la carrera. Podía piropearla, ¿por qué no? No le gustaba requebrar a las chicas, pero como era algo que solían hacer muchos... Por algo debía empezar... Rebuscó en su pensamiento un cumplido, una palabra vulgar, al menos. Con las manos en los bolsillos la vio pasar por su lado, invenciblemente mudo. «Vaya, en estas pequeñas cosas jamás dejaré de ser como soy», se dijo para disculparse.

Esperó con impaciencia la primera carta de Alejandra. Se pasaba las horas con la vista fija en la puerta, aguardando al cartero. Oscar iba todas las tardes, pero se detenía menos tiempo. Cambiaba con él impresiones del negocio, hilvanaba alguna frase forzada y se marchaba.

Martín se presentó una tarde inesperadamente. Oscar estaba también allí.

—¿Dónde está?

—Supongo que te refieres a Alejandra —contestó Oscar sonriendo ante la cara sorprendida del abogado.

—¡Pues, claro! Me han dicho ahí fuera que está de viaje.

—Descansando.

—¿Dónde?

—En Torremolinos.

—Vaya, la esperaré. Mala suerte. No quiero turbar su paz. Tengo entre manos un asunto complicado y me entretendrá hasta su vuelta.

Oscar sabía perfectamente por qué Alejandra rehuía a Martín; por qué no le daba ocasión a concretar sus relaciones, y aunque al principio fue esto causa de sobresalto e inquietud, ahora no podía remediar cierta satisfacción. El inútil empeño del abogado le divertía. Fue la abnegación de Alejandra, su admirable silencio jamás quebrado por las palabras, lo que le impulsó a prestarle más atención aunque le cosquilleaba la conciencia cuando se consideraba culpable del sufrimiento latente en su mirada. Más tarde comprobó que junto a ella paladeaba insensiblemente un descanso desconocido, un bienestar nuevo y ya por fin, al tratarla más íntimamente se confesó, sincero, haber tropezado en su vida con un aliciente más poderoso que todos cuantos antes conociera. Pero tenía miedo; miedo a nublarle el alma y a torturarse también él; a hacer sufrir a Elvira y crear una base de fundados disgustos; miedo a dejarse arrastrar por la pasión, por primera vez y desviarse del sendero trazado.

Cuando supo por su mujer que Alejandra se había marchado, respiró tranquilo considerando suficiente tal prórroga para vencer sus inclinaciones, pero no pudo ir contra sí mismo al comprobar el vacío tan enorme y la absoluta indiferencia que sentía hacia todo, lejos de ella. ¿Qué podía hacer? Era imposible exigir sin entregar nada. Continuar escondiendo su modo de sentir no significaba solución alguna puesto que, cuanto ocultaban incrementaba la fuerza que les empujaba uno al otro. Oscar se enfrascó en sus negocios para apartar la atención de sus asuntos íntimos. Pero a pesar de sus zozobras le satisfacía haber llegado a tiempo de conocer un sentimiento tan absorbente como el amor.

La carta de Alejandra arribó dos días después. Eugenio la arrancó casi de las manos del cartero y muy pegada la cara al papel, leyó con avidez.

«He mejorado bastante en tan poquísimo tiempo. Duermo y pierdo, poco a poco, la tensión nerviosa. Necesitaba un descanso, después de varios años de fatigosa lucha y lo paladeo con sibaritismo. En el hotel apenas hay nadie y solo trato a un viejo matrimonio muy simpático. El sol no molesta; paso el tiempo en la terraza contemplando el mar, que a cada instante parece cambiar de color. Todo me sabe a nuevo; el aire, la playa y este perfume penetrante que invade a todas horas mi cuarto. He pensado que también a ti te convienen unas vacaciones...».

Eugenio se estremeció. ¿Iría a invitarle para hacerle compañía?

«... Cuando regrese podrás venir, si lo deseas, y percartarte mejor de cuanto te digo...».

Nada, no decía nada importante. Dedujo que continuaría igual, que aquello no eran nada más que frases corrientes para llenar el pliego. ¿Por qué habría variado tanto desde que la conoció? A pesar de que ahora se atrevía a hablar más abiertamente con ella, en el fondo le cohibía más que antes, quizá por sentirla más lejana.

Al día siguiente se enteró de que Oscar había salido también de viaje, y el corazón le dio un vuelco. Tenía miedo de preguntar para qué lugar había partido. Al cabo de un rato se decidió:

—¿Hacia el Norte?

—No; a Sevilla. Telefoneó cuando usted se había marchado y dejó el encargo de que se ocupara usted de todo.

No oía nada. Todo a su alrededor parecía esfumarse de súbito. Solo, estaba solo con aquella horrible convicción. Había ido a verla; lo de Sevilla era un pretexto. Pensó presentarse en casa de Elvira e indagar, pero pasó ante el portal sin osar siquiera hacer un ademán para entrar.

«Tenía razón, yo tenía razón de sospechar —se repetía incansable—. Con la excusa del descanso... Hipócritas, embusteros. Pero a él no le engañaban, claro que no. Elvira estaría ciega, la pobre».

La marcha de Oscar se convirtió para él en una obsesión. Le seguía mentalmente en el viaje, en su llegada, el encuentro con Alejandra... La visión le enloquecía de rabia. Quería sobreponerse y lo único que conseguía era cegarse más y más. Pensó tomar también él el tren y presentarse de sopetón. La idea le deslumbraba, pero todo aquello lo vivía sin moverse de su mesa de trabajo, mientras por la ventanilla vigilaba maquinalmente el servicio de la tienda.

CAPÍTULO XVIII

La habitación era muy alegre; muebles y cortinajes claros. Un gran balcón que daba a la terraza, desde donde podía contemplarse el mar y las montañas a su izquierda, rojizas cuando el sol declinaba. El jardín descendía hasta la playa, casi solitaria en aquella época.

Alejandra, medio tumbada en la cama, descansaba con un libro sobre las rodillas. El rumor de las olas, la visión infinita del cielo la distraían, pero invariablemente caía en sus inevitables reproches, aunque sin la desazón angustiada de días anteriores. La playa, como una cinta amarilla, se enlazaba de roca a roca.

Creía que con la soledad había encontrado también la resignación que substituía las explosiones de impotencia y dolor. Don Gabriel diría que aquello era «empezar a enderezarse» y ella pensaba que en parte era el resultado del abatimiento por la derrota.

Llamaron a la puerta y entró la señora Clarís. Llevaba sus sesenta y tantos años con gallardía asombrosa. Menuda, bien vestida, con una cabellera blanca y sedosa, ofrecía aún la viveza de unos ojos azules, pequeños, y una nariz arrugada en sus alillas. Sus labios pálidos formaban una línea firme y enérgica que a veces se fruncía en infinidad de menudos pliegues.

—¿Qué? ¿Se atreve a dar un paseo?

Asintió por no contrariarla y apoyó los pies en el suelo. El sol había puesto un tinte rosado en sus mejillas pálidas y parecía menos decaída ya.

—No lo acepte como una obligación —dijo la simpática mujer. Sus palabras escondían siempre una burla sutil y divertida. Para Alejandra supuso un alivio toparse con aquel raro ejemplar que no se dejaba vencer por el peso de los años ni las vicisitudes que lógicamente habría tenido que sufrir a lo largo de su vida. La veía tan firme que se avergonzó de su escasa fortaleza física y moral. Le gustaba oírle hablar y observar sus gestos y ademanes dinámicos, rechazando el peso del tiempo.

—Mi marido prefiere leer, leer siempre, y lo lamentable es que no ha asimilado nada de cuanto ha leído. Tiene las mismas ideas, idénticos conceptos de cuando nos casamos, y de esto hace ya cuarenta años. Es deprimente. ¡Cuarenta años oyendo las mismas cosas!

Rio agitando graciosamente su cabeza.

—No sé si la he preguntado si es usted casada; de todos modos, creo que en estos momentos está satisfecha de no tener un marido al lado.

Alejandra hizo un gesto de duda.

—¿Le gusta el coñac? Tengo una botella de coñac francés y si mi marido no se lo ha bebido todo, la invito a una copa después del almuerzo.

—Es usted muy amable.

—¡Bah, bah, amable! Es usted la única compañera del hotel. Me gusta conocer nuevas caras. Hace cuarenta años que me casé y ni un solo día he dejado de ver a mi marido. Calcule la poca curiosidad que nos inspiramos, —bromeó—. La verdad es que no sabemos estar separados, pero sin embargo, nos encanta tratar a otras personas. ¿Qué lee usted?

Miró el título, apartando mucho el libro de sus ojos, e hizo una mueca despectiva con los labios.

—Las novelas que llaman de amor podrían ser en realidad de cualquier otra cosa, excepto de lo que pregonan. Yo he leído algunas de autores que estuvieron muy en boga y me hubiese divertido darles unas cuantas opiniones; pero a la gente le enloquece ese frenesí fisiológico, adornado de palabras y frases retumbantes que solo son hipocresías. Les despierta, azuca sus instintos... Y ya sabe usted cómo suelen confundir los instintos con los sentimientos. Les resulta muy cómodo y, además, no hace tan feo.

Volvió a reír y se encaminó hacia el balcón. Miró a lo lejos con expresión grave y serena.

—Desde niña soñaba con surcar mares y mares. Entonces no sabía que el mucho navegar acabaría por reintegrarme al punto de partida. No sé por qué, siempre he tenido afán de huir, huir sin saber hacia donde. Ya de vieja, me di cuenta de que jamás me había movido del mismo sitio, porque no eran millas y kilómetros lo que anhelaba recorrer... Una está balanceándose hasta que con los años logra mantenerse firme y entonces se comprueba la inutilidad de emprender huidas. El Mediterráneo me hace pensar en las penas hondas bajo una superficie apacible, casi insubstancial. ¿Tiene usted penas, niña? —preguntó de golpe, volviéndose hacia ella.

—¡Quién no las tiene!

—De amor, claro.

—¿Por qué tanta seguridad?

—Las penas en una mujer son siempre de amor. Lo demás pueden ser preocupaciones, más trascendentales si usted quiere, más importantes según los distintos puntos de vista, pero las penas... Vaya, no se preocupe, hijita —añadió posando un mano en el hombro de Alejandra—. A la postre se llega a vieja y solo se desea un rincón tranquilo para esperar el gran viaje y recordar; y los recuerdos, sean buenos o malos, graban en el semblante idéntica expresión de melancolía. ¿Nos vamos?

Alejandra se atusó el pelo y con una chaqueta de punto sobre los hombros, siguió a la anciana.

—A mi marido no hay quien le saque de la habitación. Dice que viene a respirar aire puro y no hace más que intoxicarse con el humo de su pipa. Se conoce que le es

suficiente vislumbrarlo a través de los cristales del balcón.

El encargado del hotel les salió al encuentro.

—La esperan en el salón —dijo a Alejandra.

—¿A mí?

Miró sorprendida a la señora Clarís, como si aguardase que le aclarara el misterio.

—Vaya, ¡adiós paseo!

—Espérese; debe ser una equivocación. Estaré lista enseguida.

—La aguardaré junto a un veladorcito de la terraza.

Se marchó, y Alejandra siguió al encargado.

El sol, sin barreras que interceptaran su trayectoria, inundaba los aposentos. Olía a flores recién cortadas y a brisa. El mosaico de los suelos resplandecía y muy cerca, el bramido de las olas, continuo, incesante, era como la música eterna de aquellos parajes, donde las montañas se dejaban acariciar por el agua a lo largo de una costa ondulante.

Alejandra no podía imaginar quién podría preguntar por ella en aquel rincón apartado y la curiosidad le hizo acelerar el paso. Quedó petrificada en el umbral, con el asombro convertido en un nudo que agarrotaba su garganta.

En el centro de la estancia, Oscar esperaba con las manos apoyadas en una mesita. Su sonrisa, desdibujada, pretendía desmentir la inquietud de ser mal acogido.

—Claro, no me esperabas —dijo sin moverse.

Alejandra acortó la distancia que les separaba, no muy segura de lo que veía y se dejó caer en un sofá con la sangre alborotada por complejas sensaciones.

—No; es verdad —balbuceó—. No te esperaba.

Temblaba y trató de iniciar una sonrisa natural. Resultó un gesto ambiguo que igual podía achacarse a la alegría que a la amargura.

—Tuve que ir a Sevilla y al regresar...

Se miraron en silencio. La sorpresa había cedido paso a una dicha condensada y momentánea, demasiado intensa para demostrarla. Parpadeó ella, imaginando que, inopinadamente, Oscar se diluiría y de nuevo habría de quedar abandonada a sus recuerdos. Su turbación se hizo más patente cuando, tras permanecer varios momentos con los ojos cerrados, continuó viéndole al abrirlos, fija la mirada en ella.

—Me alegre y no me alegre —confesó a media voz.

—Espero no haber sido inoportuno.

Alejandra no quería rendirse a la dicha de verle. Pretendió disimularla, mostrarse como ante otra persona cualquiera.

—Me gusta el paisaje —dijo Oscar—. Pensaba que no podrías haber escogido mejor lugar para descansar. ¿Hay mucha gente en el hotel?

—Un matrimonio de edad y yo. Y tú... si es que no te marchas enseguida. —Trató de averiguar—. Aunque comprendo que con la serie de trabajo que tienes...

—Lo más significativo es que he venido, y he venido porque me era imposible pasar más tiempo sin verte.

Alejandra se echó hacia atrás, como si le hubiesen asestado el golpe definitivo. Había pretendido evadirse y él no lo permitía. La opresión en su pecho se intensificó. Notaba como si, lentamente, fueran agarrotándole unas ligaduras poderosas. Intentó desasirse y le sobresaltó la felicidad que asomaba a su alma.

—Ya has mejorado. Tenía una preocupación horrible y no me atrevía a preguntarte si podía hacer algo por ti. Se me antojaba una presunción.

—¿Sigues... pensando igual?

—Ya me atrevo a decir la verdad. Tú y yo sabemos cuál es. Es tonto enfrascarse en explicaciones. Te aseguro que siempre obré pensando en lo mejor para los dos. Me he convencido de que no podía soportarlo más y... aquí estoy. Lo prefiero todo a estar separados, con esa separación falsa que nos destrozaba.

Alejandra estaba como enajenada. Necesitaba estrujarse las manos para convencerse de que, efectivamente, aquellos momentos eran reales. La desoladora naturalidad de Oscar se había trastocado completamente; ya no era punzante. Se mostraba tal como había soñado ella día tras día, enzarzada en la lucha, y la incredulidad se reflejaba en sus ojos ante la evidencia de cuanto ya se disponía a renunciar. No pudo contenerse y se tapó la cara con las manos.

—¡Casi no lo creo! —exclamó.

Su emoción hacía comprender a Oscar todo su dolor anterior.

—Créelo. ¿No me ves?

Durante el almuerzo, Alejandra se acercó a la señora Clarís que pelaba con sumo cuidado una sabrosa naranja. La anciana la miró sonriente y comprensiva.

—No se excuse, no se excuse, querida. La vi con su visita a través de la ventana y me expliqué inmediatamente por qué estaba usted tan excitada. No me dio ninguna pena perder el paseo. ¡Le brillaban tanto los ojos!... Mi marido hará un esfuerzo y me acompañará alguna vez. No se preocupe y disfrute cuanto pueda.

Le dio las gracias Alejandra y le tendió la mano, impulsada por aquella felicidad avariciosa que de un golpe sepultaba momentáneamente todas sus angustias.

—Es una mujer muy simpática y comprensiva —comentó a Oscar mientras se acomodaban en una mesa apartada—. ¿Te das cuenta de cómo encajo con las personas de edad?

—¿Me incluyo también? —preguntó riendo.

Ella le miró largamente. No parecía la misma muchacha reservada y triste de los últimos tiempos. La intensidad del presente la cegaba. Su encuentro, pasada la sorpresa y el temor de los primeros momentos, le pareció natural y lógico. Ni siquiera le chocaba que él hubiera perdido tan absolutamente su empaque severo, como si su jovialidad de ahora fuera congénita de su carácter. Se trataban de un modo tan sencillo y suave que era imposible tropezar con viejos recelos.

—¿Bebemos «champagne»?

—No, todavía no —contestó ella.

Destaparon una botella durante la cena, servida en la habitación de Alejandra junto al balcón y la cercana mancha del mar, cuyo rumor se convirtió en sus oídos en cadencia cómplice y turbadora.

Ella estaba atolondrada.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

—No lo sé. No puedo pensar. Llega un momento en que el cerebro parece quedarse hueco.

Oscar, sonriente, confesó:

—Te aseguro que muy al principio no tuve ni la idea de que nuestra repentina e inesperada intimidad pudiera conducirnos a esto. Te dije que no me gustaban las personas apasionadas, quizá porque hasta entonces yo no lo había sido y ahora, por primera vez en mi vida, la pasión ha cerrado todos los caminos a los razonamientos. Me he enamorado de ti cuando ya estaba convencido de morir sin conocer el amor. Y no me avergüenzo decirlo ni sincerarme, aunque siempre escuché con escepticismo y un poco de burla los exagerados extremos de los enamorados; hoy ya no juzgo que lo fueran, porque si soy incapaz de prometer y hablar como ellos, les comprendo en cambio muy bien.

La besó y Alejandra se encogió entre sus brazos con un llanto contenido y complejo. Levantó la cabeza y apesó la cara de Oscar entre sus manos.

—¡Si no lo creo! —repitió con voz ahogada.

Fuera, en la playa, la arena formaba un manto terso que se internaba en el mar. La perenne asonancia de las olas fue arreciando en el silencio, hasta dar la impresión de absorber la noche.

CAPÍTULO XIX

Eugenio quedó inmóvil junto al buzón, tras introducir la carta por la ranura. Alargaba la mano y la contraía desesperado de no poder recuperarla. ¿Qué había hecho? La tentación que durante horas le aguijoneó terminó por vencerle. Diversas ideas le asaltaron a un tiempo: tomar el tren y llegar antes que la carta; redactar un telegrama, solicitar una conferencia con Torremolinos... Obrar rápido, hacer algo que borrara los desastrosos efectos de su impulso... Un impulso loco, incontenible que le había cegado totalmente. No descansó ni un instante durante todo el día, agarrotado por el remordimiento de su disparate y abatido, se entregó al fin atado de pies y manos a un fatalismo forzado. Cuando recordaba las frases escritas se juzgaba completamente perdido. Jamás se lo perdonaría ella y tampoco él podría librarse jamás de la amarga sensación de haberlo hecho. Había escrito una carta soez, sin ninguna prueba ni derecho para hacerlo. Las palabras quedaron inmóviles, pero vivas, rasgando casi el papel, rezumando dolor, impotencia y envidia. Algunas se le antojaron huecas, de tan retumbantes, y sin embargo era el único modo de expresar cuanto pensaba y sentía. Fue el desahogo tanto tiempo temido, la rebeldía silenciosa y latente que minaba su vida la que condujo su mano a lo largo de los renglones, con los dientes apretados y los dedos tiesos pegados a la pluma; el compendio de todas sus rabias y la pena de su invencible timidez explotaron. Nunca se había sentido tan importante como escribiendo aquella carta. Estaba solo, solo frente al papel que se emborronaba. No había ojos, semblantes que le cohibieran ni consejos o advertencias. Nadie. La luz amarillenta del portátil, la mancha rosa del papel secante y el techo ensombrecido, los rincones oscuros... Un roer infatigable en su pecho y un alud de coraje arrastrándole. Entonces escribió, con una sonrisa de satisfacción de vez en cuando. Conforme los pliegos se llenaban de rasgos desiguales y nerviosos, fue cediendo la tensión de sus músculos y la perdió por completo frente al buzón que se había tragado el sobre. Entonces era ya demasiado tarde. Ya no necesitaba haber escrito aquella carta, pero ya estaba hecho. Pensó arrojar un papel encendido en su interior para que el fuego la destruyera, quiso indagar en Correos para retenerla y como siempre, no hizo nada, sino lamentarse.

No pudo dormir. Se revolvía inquieto en la cama y si el cansancio cerraba sus ojos se incorporaba de golpe, sudoroso, con la impresión de que le sucedía algo anormal sin saber concretamente qué. En el silencio y obscuridad del cuarto oía los golpetazos de su corazón. No sabía qué le pasaba. De pronto, como una bofetada, como un latigazo, le asaltaba el recuerdo. ¡La carta!

Cerraba los ojos, pretendía obscurecer su mente por completo y el esfuerzo acrecentaba más la alteración de sus nervios. No podía soportar aquel peso anidado en su pecho oprimiéndole tan intensamente que llegaba a asfixiarle. ¡La carta, la carta!, se repetía.

Estaban juntas la señora de Clarís y Alejandra cuando llegó el correo. Oscar se hallaba en su habitación y ella le esperaba para dar un paseo por la playa. La anciana rasgó la faja que contenía un periódico.

—No sé para qué me mandan esta revista, si solo me sirve para envolver paquetes. No comprendo por qué editan páginas tan insulsas para la mujer. ¿Es que no merecemos mayor consideración o, en efecto, hay tantas mujeres tontas?

Alejandra sonrió. Le enviaban de la tienda unas copias de cartas comerciales y dos libros que había pedido. Entonces vio el sobre con la letra de Eugenio y lo cogió interesada.

—Las cartas tienen su encanto algunas veces —decía la señora Clarís calándose las gafas—; cuando quien las envía no se molesta si no se contestan. Siempre he sido partidaria de los telegramas; si son afectuosos lo demuestran graciosamente, siempre parece que guardan un significado más profundo del que atestiguan las frases cortadas, y si por el contrario, deben ser secos, suenan tajantes, definitivos. En fin, lo que se pretende por regla general... Pero... ¿qué tiene, usted, querida? ¿Se siente mal?

Alejandra estaba sumamente pálida. Le temblaban los labios y los dedos. Procuró dominarse y sonrió forzada, con una mueca grotesca.

—Perdóneme. No es nada importante. ¿No le incomoda que la deje sola?

La señora Clarís la vio correr por las escaleras, con la carta en la mano, y movió la cabeza compadecida.

—Las cartas —masculó—. Son mejores los telegramas.

En la habitación de Oscar el maletín estaba ya preparado sobre una silla. Él acababa de afeitarse y se asustó al ver a Alejandra, descompuesta, yendo hacia él.

—¿Qué te pasa?

—Lee, ¿quieres? —suplicó sentándose en la cama.

—¿Qué pasa?

—Por favor —insistió.

Él dudó entre consolarla u obedecerla. Cogió el papel y buscó la firma. La leve tirantez de sus músculos desapareció casi inmediatamente al ver el nombre de Eugenio y miró a Alejandra nuevamente antes de dar principio a la lectura.

—Creo que le concedes demasiada importancia.

—Lee primero, Oscar. Es indignante.

Mientras leía, se imaginaba la cara larguirucha del muchacho y su cuerpo enjuto inclinado afanoso sobre la mesa. Era como si su silueta estuviera levemente difuminada en el fondo del papel.

«Piensa, piensa un poco y figúrate a un pobre chico escondiendo año tras año lo que lleva dentro. Sí, ya sé que tú también escondías algo; a todo el mundo le sucede un poco esto, pero si lo que se oculta “debe estar” realmente escondido, porque es mejor que no salga a la superficie, ya no hay sufrimiento; el sufrimiento sería si llegara a surgir. Bueno, pero no hay nada malo en que un hombre “libre” quiera a una mujer, “libre” también. Tú has sabido siempre que yo te quería; has abusado de mi timidez para tenerme al lado con la seguridad de que yo no despegaría los labios hasta tanto no me autorizases... Tú sabías todo esto, pero yo no supe, hasta mucho después, por qué tú no querías realmente que yo hablase. Hace poco solo lo sospechaba; ahora tengo la certidumbre y, sintiéndolo mucho, con harto dolor de mi corazón, debo reconocer ampliamente, rotundamente, que soy un perfecto imbécil y tú una solapada hipócrita».

—Esto es absurdo —dijo Oscar—. No hay motivo para preocuparte.

—Sigue, por favor —pidió ella con la cabeza inclinada.

«Exacto: la espiritual, encantadora e intachable Alejandra no es nada de esto. Supongo que no imaginabas que iba a descubrirlo, mientras me pudría los ojos con tus divertidos libros de contabilidad...».

»Lo chocante es que te ibas a descansar. Estabas agotada, decías; no podías soportar por más tiempo el trabajo ni la continua presencia de las mismas personas. El contenido de tu carta me llegó al alma. “Solo trato a un viejo matrimonio muy simpático. Todo me sabe a nuevo... Duermo y pierdo poco a poco la tensión nerviosa...”. No hablas de ningún forastero. Naturalmente, él no lo es para ti. Un ciego se hubiera dado cuenta antes que yo. Sus visitas diarias a la tienda, tu inexplicable turbación cuando le veías, el brillo de tus ojos, esas repentinas angustias que te hacían llorar sin motivo aparente... Claro, sufrías, necesitabas descansar y te largaste con él. Como en los perfectos líos: primero tú, más tarde, él. Sé que no volveremos a vernos nunca más, después de esta carta. No me importa. Te tengo perdida de antemano y quiero que sepas todo el daño que me has hecho, no ya por haberme obligado a callar, por no permitir que me acercara a ti de distinto modo al amigo que todo lo soporta con tal de no perder la amistad... No; me has hecho daño porque si yo tenía fe en alguien de este mundo, era en ti, en tu valentía, en tu limpieza para obrar cara a cara... Sabes que Martín no me es simpático y, sin embargo, si le hubieras elegido todo sería distinto. Tiene tanto derecho como yo, pero Oscar... ¿Te das cuenta? Aparte de que casi puede ser tu padre, olvidas que su mujer te acogió en su casa y que es hija de tu inolvidable don Gabriel... ¿Acaso encerraba también en sus enseñanzas el modo de dar el mico a los amigos?

»Me has destrozado. Sé que sentirás repugnancia al leer esta carta, sin apiadarte lo más mínimo de mí. Me importa ya un comino todo. Pienso que también tengo derecho a gritar al menos por una vez. ¡No puedo callar más, no puedo verme como

un monigote día tras día, dejando el paso a los demás porque yo no sé hacer nada para salir de mi mediocridad! Te dije una vez que el poso dejado por la tristeza de mi impotencia, se me transformaba en barro y era un alivio vomitarlo aún con la seguridad de que jamás habría de quedarme completamente limpio. Ya lo he hecho y es el único consuelo que tengo, porque es bien amargo tener que decir, después de todo, que te aproveche tu descanso y la compañía de ese portento a quien tanto admiras. ¿Por qué no se lo escribes a don Gabriel?».

Oscar arrojó displicente la carta sobre la cama. Movi6 la cabeza y coment6:

—Nunca se me hubiera ocurrido que ese muchacho fuera capaz de escribir una carta así.

—Y a mí, precisamente.

—Son todo suposiciones. No puede saber nada. No ha visto nada.

La felicidad de Alejandra se había enturbiado. Ella había intentado convencerse de que la sinceridad que la unía a Oscar disculpaba su pecado; pero reconocer que no tenía atenuantes le aterraba.

—Debe haber sufrido mucho para decidirse a hacer una cosa así.

—No tiene disculpa —replic6 Oscar severo.

—Yo, ahora, se la encuentro a todo —contest6 ella.

—Podía, al menos, haber escondido sus celos.

—No siempre se puede disimular, Oscar. Llega un momento en que fallan las fuerzas. Lo mismo nos ha sucedido a nosotros.

—Nosotros no insultamos a nadie ni les hacemos desgraciados.

Ella sonri6 con tristeza.

—Eugenio... Elvira...

—Elvira no sabe nada.

—Pero lo sé yo y es bastante.

Él le estrech6 las manos.

—No hagas que lamentemos haber dado este paso. Tienes que hacerte a la idea de que no se puede complacer a todo el mundo. Si quieres favorecer a unos, te verás obligada a hacer sufrir a otros cuando todos quieren la misma cosa. Por nuestra parte podemos ser felices sin amargar la vida a los demás.

Ella hizo un gesto de duda. Sabía que, al menos para ella, no había felicidad posible reconociéndose culpable. La fuerza de sus creencias parecía haberse incrementado con la carta de Eugenio.

—Pobre chico —susurr6—. Estoy segura de que ya estaré arrepentido de su arrebato. Confío que haya sido un ramalazo, una locura...

—¿Qué piensas hacer?

—Hablar con él.

Luego se levant6 y se abraz6 a Oscar.

—A pesar de todo no puedo lamentar que hayas venido —exclamó con rebeldía—. Por encima de los inconvenientes me vence la felicidad de saberte a mi lado.

Él la acarició con dulzura enturbiada la mirada por un velo de preocupación, un miedo sutil a sufrir y hacer sufrir. Su alegría se empañaba ante la convicción de haber obrado egoístamente.

—La vida guarda sorpresas enormes...

—¿Qué puede esconder aún? —preguntó ella muy pegada a él.

Oscar se marchó aquella misma noche. Habían pasado tres días juntos y Alejandra tenía la certidumbre de haber sido toda una vida. Le gustaba pasear sola, esconderse en un lugar apartado y pensar. Tenía mucho que recordar; siempre existiría algún detalle pasado por alto, una palabra que pudiera contener un significado más hondo del supuesto. La carta de Eugenio era una pincelada oscura en la brillantez de sus recuerdos.

Dio un paseo en barca con el matrimonio Clarís, la víspera de su marcha. Lamentaba dejar aquel lugar que habría de rememorar siempre con intensidad. La barca cortaba afiladamente el agua y las velas se hinchaban como queriendo extenderse hacia la orilla.

Diego Clarís adornaba su cara con una perilla puntiaguda y canosa. Sus bigotes se erizaban hacia los ojos y la nariz aparecía roja por el sol, más roja junto a las canas del bigote. Llevaba un sombrero ancho de paja y pantalón y camiseta claros. Le placía caminar descalzo, con los pantalones arremangados hasta media pierna.

—De modo que se marcha usted mañana —repitió por centésima vez.

—Si mañana te sorprendes al no verla, te tiro al agua —replicó divertida su mujer.

—Es que tengo una memoria horrible.

—¿De veras? No le haga caso, Alejandra; me suele contar todavía las conquistas de sus quince años.

—Quizá es que se las inventa —dijo Alejandra sonriente.

—No crea; hace falta imaginación hasta para cosa tan sencilla. Mire que gaviota tan linda. Es maravilloso volar sin que le espere a una un campo de aterrizaje polvoriento.

—No digas absurdos —protestó su marido—. Mi mujer debiera de haber sido poeta.

—No; hice bien en no perder el tiempo. Además, las obras que quedan tras uno recuerdan toda la vida la propia imbecilidad, mientras que hablar, hablar solo, no tiene peligro. ¿Usted sabe la desesperación que debe suponer tener siempre ante los ojos una frase, un pensamiento que nos pareció sublime y que la experiencia o la razón demuestran más tarde, su idiotez? Me moriría de vergüenza, no por lo que pensarán los demás, eso es tonto, sino por mí misma. Me ocurriría igual que cuando ahora me miro al espejo en plena claridad y observo todos los defectos de mi piel vieja y estropeada.

—Eso no quita para que en un tiempo fuera hermosa.

—Todo lo que no persiste carece de gran valor. Pudo tenerlo, pero muy pequeño, en un tiempo.

La señora Clarís le regaló un pañuelo de seda, cuyo adorno consistía en una frase escrita en francés, todo a su alrededor.

«Il ne faut pas decourager; la vie est brève».

—Si alguna vez se encuentra usted muy desesperada, escíbame. Nosotros no tenemos prisa en dejar este lugar porque nos alivia el reuma, ya ve qué prosaicos. Mi marido se encuentra en la gloria, encerrado en su habitación, haciendo como que respira aire puro, mientras le ahoga el humo de los cigarros. Aquí deja a una amiga vieja, muy distinta de cuando se dice al revés, pero puede estar segura de que en esta ocasión, la alteración del adjetivo no mengua mi aprecio.

Se fue distanciando del mar y de la playa. El cielo aparecía maravillosamente azul. Se perdía el pueblo; se esparcía, más tenue cada vez, la brisa embriagadora y suave. De nuevo de cara a la pendiente sinuosa, con la incertidumbre e inquietud que no habían desaparecido. Pero brillaba extraordinariamente el sol y era prematuro agazaparse, miedosa, ante los posibles obstáculos que surgirían a lo largo del inevitable camino.

CAPÍTULO XX

—Yo la conozco a usted.

Alejandra arqueó las cejas y miró perpleja a su cliente. Esforzó la memoria tratando de recordar dónde había visto antes aquella cara.

—Soy Xaleia, Xaleia hijo, claro.

—¡Es verdad! —exclamó sonriente—. Tiene usted una memoria retentiva que es un prodigio.

—En este caso no es nada extraordinario. Fue usted la única empleada que tuvimos, me refiero a mujeres, claro. ¿Es suyo esto? —preguntó señalando la tienda.

—En parte, sí.

—La felicito.

Lucía un grueso brillante y un reloj de oro pesado y grande arrollado a la muñeca. Ante la puerta se había detenido su coche, un último modelo retumbante y chillón.

—Le van bien los asuntos, por lo que veo.

—La postguerra ayuda a los comerciantes.

—Sobre todo si llevan el comercio en la sangre.

—¿Todavía no nos ha perdonado el sueldo que le asignamos? —rio.

—Sí, desde luego.

Mientras Xaleia escogía algunos libros, Alejandra le preguntó por sus antiguos compañeros sin recordar bien sus nombres. Todos seguían allí, excepto Lara.

—Se marchó a la Guinea.

—¿Con la familia?

—Sí, se había vuelto insoportable. No sé en qué habrá acabado, con aquel clima y sus nervios.

—Tal vez sus nervios estaban alterados por la atmósfera de los Xaleia, ¿no cree?

—Puede —bromeó él.

—¿Lee usted mucho?

—Son para mi mujer. Yo no tengo tiempo y se los escojo.

—¿Le prohíbe algunos?

—¡Oh, no! Únicamente elijo los más baratos —contestó divertido.

Alejandra creyó haber conquistado un buen cliente.

Desde que se entrevistaba con Oscar a espaldas de los demás, Alejandra empezó a vivir con un descontento que únicamente mitigaba estando a su lado. Le suponía un gran esfuerzo dejar de verle muchos días y llevar una existencia aparte, que diese la impresión a los demás de que nadie ejercía sobre ella especial interés o atracción. De vez en cuando, José Martín le acompañaba y ella lamentaba no querer a aquel hombre

libre, en lugar de a Oscar. Martín le resultaba simpático e incluso le agradaba su trato, siempre que no fuera para mucho tiempo.

Aquella tarde estaba citada con él y antes de marcharse de la tienda hizo a Eugenio unas observaciones en tono seco. Él asintió en silencio y la observó de soslayo ponerse los guantes y recoger el bolso. La encontraba más atractiva que nunca, más lejos de él. En su pensamiento saltaba una retahíla impertinente:

«Burro, animal, no se trataba de Oscar, sino de Martín y tú le decías que eso te parecía bien»...

Cerró los ojos y quedó inmóvil.

Eugenio no había tenido coraje para poner en práctica lo anunciado en su carta. «Sé que no volveremos a vernos nunca más...».

No pudo. Continuó acudiendo diariamente a su trabajo, con el estómago contraído ante el temor de no verla como había dicho. A pesar de lo ocurrido, de la desesperación que le producía haber sido capaz de insultarla, en el fondo estaba seguro de conservar intacto su cariño por ella.

El tiempo fuera de la tienda lo pasaba encerrado en su habitación, completamente indiferente a todo cuanto pudiera ocurrir en torno suyo, con la obsesión de lo escrito y el horror de haberlo hecho; y si en algún momento admitía que tal vez Oscar había estado realmente junto a ella, no encontraba tampoco justificación a haberla maltratado de palabra, pero sí para compadecerse y reconocer, sumiso y derrotado, su propia insignificancia. Entonces rememoraba los hechos brillantes en que había intervenido durante su vida, tratando de elevarse. Sí; demostró valentía y arrojo en más de una ocasión. Jamás vaciló en contestar con un puñetazo al ataque de otro puñetazo, pero aquello era distinto. Le provocaban y sus miembros se movían. No tenía nada que ver con aquellas extrañas sensaciones que parecían recorrerle de arriba abajo, sin lograr localizarlas definitivamente para arrojarlas fuera de sí. Este aspecto de la vida le había dado siempre más miedo que todo cuanto se pudiera ver y palpar.

La mañana en que ella se presentó en la tienda de regreso de su viaje, él se levantó a medias de su asiento, sin saber qué hacer. Alejandra le miró severa, altiva, y le tendió la mano indiferente.

Pasaron unos días y Alejandra nada insinuó. Aparentemente parecía ser la de siempre y entonces Eugenio empezó a acariciar la idea de que quizá, la carta se había extraviado... La esperanza iluminaba sus ojos, pero en cuanto observaba el menor detalle en Alejandra marcando notoria distancia entre ellos, o descubría que su trato resultaba excesivamente frío si se comparaba desapasionadamente con el antiguo, se hacía cargo del desastre originado y le daban tentaciones de abrazarse a ella con desesperación. En su presencia se le antojaba imposible haber imaginado tamañas barbaridades. La veía enfrascarse en el trabajo, más animada quizá, más dinámica; pero aquello podía muy bien ser fruto del descanso, del cambio de aires... Únicamente para él restringía sus sonrisas y las frases amables. Para él, solo un trato cortés rayando en la indiferencia.

—¡Dios!

Eugenio se llevaba las manos a la cabeza. Aquello era mucho peor que cualquier otra situación. No podía demostrar sus repentinos y opuestos estados de ánimo, porque ya no conversaban y por eso aparecía siempre como acorralado y sumiso... Así lo veía ella y la pena suavizaba su indignación. Al fin y al cabo, habían sido muy amigos. Los dos empezaban a luchar cuando llegaron a casa de Abelarda... Pero no podía dirigirle la palabra sin recordar las insultantes frases de la carta y, aun sin pretenderlo, su tono resultaba cortante y seco.

Eugenio dio un suspiro y reanudó de mala gana el trabajo.

—Oye, Alejandra —dijo de súbito José Martín, tras contemplarla en silencio—. ¿No te convenzo para marido?

Ella se turbó, y luego rompió a reír. La semipenumbra del local, las notas lentas y lánguidas de la orquesta la habían alejado de allí. La pregunta de Martín la restituyó de un golpe al presente.

—Tienes un gran humor, José.

—Lo sé, desde luego, pero no solo es esa mi buena cualidad —replicó sonriente—. Te aseguro que si nos casáramos, no sería un marido... clásico. Podríamos mantener largas conversaciones, que no trataran exclusivamente de los problemas caseros o de mi profesión. No me incomodaría que siguieras la moda, te tiñeses o cortases el pelo, no sonreiría burlón ante tus opiniones u ocurrencias. Tampoco haría chistes sobre la pesadez inevitable de la esposa, ni exteriorizaría los celos, si llegase a tenerlos. Seríamos unos compañeros perfectos, aunque esta palabra siempre me suena mal, porque la experiencia me asegura que precisamente, son los compañeros quienes suelen hacerse las mil perrerías. Podríamos viajar algo, vivir en paz... ¿No te atrae vivir en paz?

—Mucho.

—Entonces...

Ella le miró con simpatía.

—Creo todo lo que dices, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros Alejandra.

—No preguntes el porqué de lo inexplicable. Mi negativa no se basa en nada concreto —mintió avergonzada.

Martín hizo un gesto de resignación.

—Lo siento. Entonces, como en los grandes desengaños amorosos, me iré a hacer un viajecito y con mucha tranquilidad aparente te diré: «¡Adiós!».

—Y yo te contestaré «¡Hasta la vista!»», segura de volverte a ver.

—¿Es... una débil esperanza?

—Es una contestación a tu adiós.

Martín rio y le estrechó con fuerza una mano.

—Si alguna vez lo inexplicable dejara de serlo...

Alejandra le interrumpió rápida.

—Me casaría contigo.

Aquella misma noche, cuando Oscar fue a su casa, Alejandra le refirió la escena. Él la escuchó en silencio, contemplando cómo se alejaba el humo de su cigarrillo y, persistió en su actitud una vez Alejandra hubo callado.

—¿Qué piensas? —preguntó inquieta.

La miró fijamente y se pasó la mano por los ojos.

—Pensaba que tal vez estoy obrando mal.

—¿Mal? ¿En qué?

—En cerrarte el camino. Martín tiene razón: viviríais en paz. Yo no puedo ofrecerte más de lo que te doy, y comprendo que a veces te subleves sintiéndote defraudada.

—Tú no me defraudas.

—No, yo no, son... las circunstancias. No quiero pecar de egoísta, aunque egoísmo es también pretender para ti la mayor felicidad. Él podría entregarte todo, todo lo que a mí me está vedado. Su nombre, posición, su casa...

Ella le interrumpió, asustada de que hubiese adivinado sus escondidas ambiciones y tristezas.

—Si aceptases a Martín...

—¿Tú lo preferirías?

—No puedo responderte. Eres tú quien debe decidir. Mi deber es advertirte que lo pienses.

Ella movió la cabeza repetidas veces.

—Ya me he decidido hace tiempo. Acepto todo tal cual es.

Mentía. Instintivamente había dejado de ir a casa de Oscar. Sufría al hallarse delante de Elvira, le resultaba penoso afrontar su mirada confiada y, sobre todo, la evidencia de que aquel rincón era el auténtico rincón de Oscar. Allí podía él entrar y salir libremente, sin necesidad de mirar cauteloso a su alrededor antes de penetrar en el portal. Allí estaba libre del agobio de ser sorprendido *in fraganti* y Elvira podía hablar con él sin ambages, sin disimulos, con naturalidad lógica y una tranquilidad de conciencia que Alejandra envidiaba siempre, sin poder enterrar la sensación de culpabilidad, ni superar la causa por la que a ella le estaba vedado.

Era ella misma quien se colocaba en un plano inferior, bochornoso, que la tornaba infeliz; y se rebelaba al pensar que en otros tiempos hubiera sido dichosa únicamente con lo que ahora tenía. ¿Por qué, pues, no estaba satisfecha? El descontento hacia sí misma agrandaba su pecado, sin permitirle paladear los momentos que pudieran ser felices, ni atreverse a confesar que su malestar era producto del remordimiento. Remordimiento por no seguir la línea que le dictaba su conciencia, sujeta a conceptos morales, base de su visión de la vida.

«Esto es impropio —se decía—. Debería resignarme con lo que tengo y rechazar estas vacilaciones».

Era inútil. Cada vez que Oscar se despedía de ella, mirando disgustado el reloj, Alejandra sentía ascender hasta su garganta la rebeldía y el descontento de sí misma.

«¿Por qué nos habremos conocido tan tarde? ¿Por qué no podría ser esta tu casa y yo tu mujer?», se preguntaba en silencio.

A veces no conseguía disimular su pena y brotaba una frase amarga, un suspiro de desaliento.

—¡Siempre igual! «Debo marcharme, Elvira me espera».

—Hay que aceptar los hechos tal cual son —decía él—. No se puede desbaratar en un momento lo creado durante años y años.

—¿Y qué culpa tenemos de no habernos conocido antes?

—¿Y qué culpa tienen los demás de habernos conocido? Solo hay una medida extrema para resolverlo.

Ella protestaba alterada.

—¡No, no! ¡Qué horror! ¿Cómo podríamos hacer una cosa así? Abandonar a Elvira, huir de todos... Me moriría de pena. ¿Cómo podríamos obrar mal a sabiendas?

—Entonces...

Bajaba la cabeza, vencida. La silueta de Oscar se perdía por la escalera y Alejandra cerraba la puerta con la angustiosa sensación de que se habían despedido para mucho tiempo. Y le dolía reconocer que era aquello precisamente lo que debían hacer.

Un anochecer, sentados ante la mesa de un café, creyeron ver que alguien trataba de mirar a través de las cortinillas que cubrían la ventana, pegando la nariz a los cristales. Alejandra se asustó.

—¿Quién era?

—Nadie, cualquiera.

—No; me ha parecido conocerla.

Oscar trató de restarle importancia, pero también se inquietó. Había reconocido, en la sombra larguirucha y enlutada, a su hermana Isabel.

—Es horrible esta situación —dijo ella—. Siempre con miedo, siempre a escondidas; llego a imaginarme que cometo un crimen, tanto es el misterio que rodea nuestras entrevistas. No puedo rechazar la idea de lo que sufriría Elvira si llegase a enterarse.

—Lo sentiría, desde luego, pero no habría más solución que hablar claro.

—Y hablar claro sería...

—Decir la verdad y resolverse a partir.

—Es muy complicada la vida, Oscar. Me gustaría no hacer mal a nadie, pero entonces nosotros... No, no, cualquier sacrificio antes que separarnos, aunque es una situación tan enojosa, tan triste la nuestra...

Oscar sufría al comprender sus remordimientos, sus miedos... Se sentía culpable de haber desvirtuado la existencia de Alejandra hacia derroteros que la privaban de toda tranquilidad. Reconocía que la mejor manera de demostrarle su cariño hubiera sido renunciar a ella, porque a la larga, solo iba a suponerle un escollo cada vez mayor, en todos los aspectos.

Al día siguiente no podían verse. Oscar tenía un compromiso.

—Paciencia —susurró ella sin sentirla.

—No sabes cuanto lo lamento. Créeme que solo a tu lado estoy a gusto.

Eugenio mandó recado a la tienda de que estaba enfermo. Al mediodía, Alejandra, después de mucho vacilar, fue a verle. La criada la recibió con aquel gesto peculiar y malicioso de siempre.

Abrió la puerta de la habitación y asomó la cabeza. Los postigos estaban a medio cerrar y la estancia levemente obscurecida. Eugenio, de cara a la pared, se cubría casi la cabeza con la sábana. Alejandra se aproximó y se sentó a su lado. Como siempre, reinaba un absoluto desorden. Los libros y las ropas se confundían sobre las sillas; en la percha pendían de cualquier modo los trajes, y los zapatos, cada uno en un extremo del suelo, arrastraban los calcetines prendidos a las ligas.

—Hola, ¿qué te ocurre?

Eugenio se volvió con lentitud. Tenía los ojos enrojecidos, la barba crecida y el pelo le caía enmarañado por la frente. No pudo ni demostrar la sorpresa de verla en su cuarto, sin testigo alguno, después de lo ocurrido... La miraba como si no la reconociese.

—¿Has llamado al médico?

—No. ¡Para qué!

—Hay alguno que acierta, no vayas a creer. —Intentó bromear compadecida de su aspecto.

Eugenio pensaba sin orden. «Habrà venido para tener una explicación. No, es idiota imaginarlo; me hubiera dicho algo, antes de ahora. Entonces, ¿por qué está aquí? No puede ser afecto... Debería pedirle perdón, decir una palabra... No, no, será mejor esperar a ver cómo reacciona. Me duele la cabeza, no me encuentro bien. ¿Qué hago, qué debo hacer?». »

Se medio incorporó. Alejandra abrió los postigos y él bajó la cabeza, como si la claridad le hiciese avergonzarse más todavía.

Alguien daba golpes en la puerta. Entró la dueña de la casa, una mujer de mediana edad, pulcra y simpática. Tenía los ojos muy pequeños y las mejillas como inflamadas y casi rojas.

—Ay, señorita, me alegro de verla. ¿Es usted la dueña de la librería, verdad? Ríñale, ríñale. No come nada, absolutamente nada. Lleva una temporada que no prueba bocado y tiene fiebre. No quiere ir al médico, ¿verdad que eso no puede ser? ¿Verdad que puede coger una mala enfermedad? Yo se lo digo continuamente, procuro guisar lo que le gusta porque me da mucha, pero mucha pena verle así. Todos

comentan. No habla con nadie, apaga la luz casi al amanecer y yo estoy asustada, asustada... A veces, no quiero decir nada por temor a que pueda creer... pero tengo miedo. Hay que cuidarle. Fíjese, fíjese qué aspecto tiene. ¿Verdad que debería llamar al médico?

Alejandra asentía, de pie ante la buena mujer, que movía los brazos aparatadamente señalando a Eugenio, encogido, turbado, despotricando en silencio contra la intromisión de su patrona.

—Yo le digo que pueden creer que aquí no se le da de comer...

Cuando se marchó, Eugenio dio un soplido.

—¡Pesada! —Silbó.

—Tiene razón —replicó Alejandra, muy seria.

—¿Qué narices puede importarle que coma o no? Mejor para ella.

Alejandra le miró duramente.

—Te comportas como una criatura. Cuando te conocí imaginé que eras distinto a todos los de casa de Abelarda. Ahora veo que no.

Él levantó la cabeza. Le brillaban los ojos y sin afeitarse parecía mucho más delgado de lo que en realidad estaba. Se notaba indefenso, copado. Toda la pena que acumulaba hacia sí mismo parecía ir a ahogarle de un momento a otro. Desvió la mirada e hizo un esfuerzo desesperado para razonar un instante, solo un instante y, de pronto, se vio sentado en la cama, inclinado hacia ella y suplicando casi con lágrimas en los ojos:

—Perdóname. No sé lo que me pasó. No quería haberla mandado y...

Ella se dio cuenta de que enrojecía. El corazón empezó a golpearle con fuerza y los oídos a zumbarle. ¿Y si no mostrara extrañeza? ¿Y si dijera que no sabía de lo que estaba hablando? Pero se recrudenció su cólera y oyó su voz implacable, irse levantando poco a poco hasta convertirse en un rumor sordo e impetuoso.

—No tenías derecho, fuiste un cobarde, porque esas cosas se dicen cara a cara, así, como estamos ahora; pero tuviste siempre demasiada timidez, demasiado miedo para afrontar las situaciones. Desde que nos conocimos fui tu amiga, soporté tus diferentes y absurdos estados de ánimo con el afán de ayudarte. ¡Naturalmente que sabía que me querías! ¡Creía que me querías! Ahora estoy convencida de que me engañaba, de la perfecta mentira de tu cariño. No se puede querer y causar tanta tristeza a una persona querida. ¡Mentías! Bajo tu capa inofensiva y tu retraimiento, escondes una plaga de envidia. ¿Quién te daba derecho a hablarme así? Yo, no. Yo siempre fui buena amiga tuya y nada más. Absolutamente nada más. Y si sabías que no iba a admitirte de otro modo, si sabías que así no te compensaba, ¿por qué te agarraste a mis faldas como un perrillo faldero?

—Alejandra, ¡por Dios! —suplicó.

—No es venganza, no me estoy vengando. Es indignación, pena al saberte capaz de obrar de un modo tan bajo. ¿No pensabas en el daño que me harías?

Eugenio se agitó. Sus ojos brillaban más. Parecía increíble que fuera el mismo muchacho que llegara a casa de Abelarda cargado con pesado maletón.

—Y tú, ¿sabías el daño que me hacías a mí? —replicó con voz ronca.

—No lo creía, francamente, y si te lo hice fue sin desearlo, puedes estar seguro. Pero, tú, tú, fue a sabiendas, con toda mala intención.

—Me ofusqué. Yo imaginaba... Cuando supe que Oscar se marchaba a Sevilla... Me parecía tan increíble que fueses capaz...

—Te ofuscaste. Bonita explicación.

—Estoy arrepentido.

—Lo supongo —contestó con sequedad.

No podía soportar verla en aquella actitud. Juntó las manos al añadir:

—¿No podrás olvidarlo nunca? Quisiera que me comprendieras. Ahora me doy cuenta de que no he servido jamás para vivir solo, sin el apoyo de otras personas y por eso me cobijé en ti. Me daba fuerza suponer que algún día...

—Ni lo sueñes —le atajó ella—. Nunca lo pensé —dijo sin recordar antiguas vacilaciones—, y ahora, después de aquello, sería imposible.

A Eugenio se le revolvieron dentro todos sus sufrimientos. La hiel le amargaba la boca. Si al menos terminaban tan desastrosamente, hablaría, diría cuánto le pasara por la cabeza.

—Ahora tampoco yo te aceptaría —explotó—. ¿A que no eres capaz de negar que tenía razón? ¿A que no juras que me equivocaba?

Se levantó de un brinco y empezó a pasear de un lado a otro mientras hablaba. Alejandra observaba su figura larga, más encorvada que de ordinario, sus pies desnudos ensanchándose contra las baldosas.

—Jura, anda, jura que Oscar no estaba allí. Llegué a rectificar en un momento, pero ahora es cuando estoy realmente convencido. Jura, anda, jura.

—Bueno, y si fuera así, ¿qué? —contestó ciega de resentimiento—. ¿Quién eres tú para juzgar mis actos o reprochármelos? ¿Quién eres tú? Quedo inmóvil frente a ella. No esperaba aquella respuesta. Se dejó caer a su lado, anonadado, y ocultó la cara entre sus manos.

Alejandra no podía compadecerle. Le causaba repulsión, asco, contemplarle en un estado tan humillante.

—No sabes el daño que me haces —susurró él.

—Y tú a mí. Lo último que debe hacer un hombre es arrastrarse como tú lo estás haciendo. Puedo asegurarte que nunca te creí capaz de descender hasta tal punto. Te falta lo mínimo que se debe tener: estimación propia.

—¿Y qué me importa mí propia estimación? —chilló fuera de sí—. ¿Qué me importa ya nada? He vivido años y años consumiéndome, siempre a la espera de que los demás me ayudasen, haciendo lo que no me gustaba hacer, sin arrestos para echarlo todo a rodar. ¿Y qué culpa tengo yo de haber nacido así? ¿Qué culpa tengo yo de no saber desenvolverme solo? Creí que había vencido, al dejar de un golpe lo que

constituyó mi vida durante años. Ahora comprendo que fue la mayor equivocación y que mi miedo era fundado al huir de mi familia. Mi audacia fue solo un espejismo. Siempre he tenido miedo, aunque no lo haya confesado; miedo a todo, y deseos de todo también. Y ahora que me has fallado tú en este mundo, a quien me agarraba desesperado para marchar un poco seguro, ¿qué puedo esperar aquí?

—Aquí podemos esperar muy poco —confesó con melancolía encaminándose hacia la puerta. Le dañaba espantosamente aquel espectáculo. La pena y el desagrado la hacían vacilar.

—Todos sufrimos en la vida por una causa u otra, y lo menos que se nos puede exigir es soportarlo con cierta entereza.

Se desesperó al darse cuenta de que se marchaba, de que la perdía para siempre. Quería ir tras ella y no podía levantarse de la cama. Se encontraba mal, le ardían las manos y le temblaban las piernas.

—¡Vete, vete! —chilló, sin embargo—. ¡No me restregues más por las narices mi nulidad! ¡Vete a tocarle la barbilla a ese portento de Oscar, a ese superhombre que te ha hecho olvidar todo! ¿Y me hablabas de propia estimación? ¿La tienes aún? ¿Has pensado lo que realmente eres? Una...

—¡Eugenio!

—¡Vete con él!

—Él es un hombre —replicó Alejandra temblando, con voz insegura.

Resonó el portazo con violencia, y Eugenio quedó absorto mirando la puerta cerrada. El silencio que siguió a la disputa parecía hundirle irremisiblemente en su soledad. Creía que todo había sido un sueño, una pesadilla. Dentro de él existía un vacío desolador. Su cabeza carecía de toda estabilidad, funcionaba de un modo raro, absurdo... Ahora contenía las notas de una cancioncilla soez. Tanteó la cama, como si no estuviera seguro de hallarla vacía. Luego se tumbó y durante largo rato oyó, como si fueran, rumores muy lejanos, los gritos de los vendedores del mercado.

«¡Tomates!... ¡Muy baratas las naranjas! ¡Naranjas!».

Algo marchaba inmutable dentro de él, sin embargo. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Maquinalmente se puso la mano sobre el pecho. Algo menudo, redondo, se movía independientemente de sus dedos. De pronto se aclaró su cerebro; vio a Alejandra como si realmente estuviera a su lado, erguida, severa, insensible a sus súplicas...

¡Dios! ¡Y eran los mismos que hablaban tan confiados y unidos en el comedor de casa de Abelarda!... ¿Cómo habían llegado a decirse cosas tan horribles?

En la palma de la mano notaba acelerados los movimientos de su corazón. Engarfió los dedos pretendiendo agarrotarlo, detener sus latidos y cesar de sentir aquel agujijón que parecía taladrarle furiosamente a cada instante, sin que, por ello, se alterara el ritmo incansable guardado en el pecho.

CAPÍTULO XXI

Cuando le anunciaron la visita de su cuñada, Elvira hizo un mohín de contrariedad y terminó tranquilamente su manicura. Sabía que su enemistad no habría de recrudecerse por hacerla esperar más o menos tiempo en la salita, como si se tratara de una extraña.

Le molestaba que cualquier acontecimiento, por muy insignificante que fuera, alterase su fácil existencia una vez superados los inconvenientes que su propio carácter le había deparado. Su paciencia no era mucha e Isabel le atacaba los nervios. Con solo verla se sentía a disgusto y era inútil que tratara de disimularlo, pues, apenas juntas, se recubría instintivamente de una frialdad capaz de violentar a cualquier persona más sensible que Isabel.

Su cuñada, sentada como en vilo, observaba celosa todos los rincones. Cada vez que entraba en aquella casa se removían con violencia sus recuerdos de otras épocas mejores. Se consideraba más injustamente vejada, en el marco cómodo de sus habitaciones confortables, y se mordía los labios mientras hacía crujir los huesos de sus dedos. Conforme fueron transcurriendo los años, se afirmó en el juicio de que Elvira era especialmente culpable del desvío de Oscar, y la regocijaba pensar en la noticia que iba a darle, rechazando escrúpulos de conciencia descargada aquella misma mañana en la reja del confesonario, ante el placer de la sutil venganza de resquebrajar la tranquilidad de Elvira.

—Hola, Isabel. Me estaba haciendo la manicura y por eso te he hecho esperar.

«Al menos hoy no se disculpa con una mentira», pensó Isabel al tiempo de levantarse a besarla.

Contempló sin disimulo alguno el aspecto de Elvira y aspiró con fruición la esencia que despedía.

—¿Y mi hermano?

—Está fuera.

—¿Fuera de Madrid?

—No, mujer. Tenía un compromiso con unos amigos.

—¿Amigos?

Sonrió con ironía, ahuecándose el cabello grasiento. Iba vestida casi pobremente, pero aparentaba no darse cuenta siquiera. Elvira prefirió pasar por alto su tonillo impertinente y le preguntó, sin demasiado interés, por la familia.

—Mi marido está enfermo, pero no te asustes, porque no vengo a pedirte nada.

—¡Mujer!

—Ha resultado con una úlcera de estómago, y sigue bebiendo porque asegura que el vino le aplaca el dolor. Sé que es una barbaridad, pero, después de todo, es el único placer que tiene. Los chicos estudian a trompicones, y el mayor se ha colocado en una oficina.

—Menos mal.

—Sin ayuda de nadie, ya ves. Dios no nos abandona. Claro, en cuanto gane bastante, se casará. Ya sé yo que no debo esperar nada de ninguno. Sin embargo, vosotros que podríais haber educado fantásticamente a los vuestros, si los hubierais tenido... Porque tú podrías tener ya un hijo de veinte años. Ya somos viejas. La juventud avanza y nos aparta.

—Cada uno ocupa su puesto —contestó Elvira, sin poder adivinar a qué conduciría la charla.

—Sí, eso pienso yo. Cada uno ocupa su puesto —repitió con retintín intencionado.

Elvira se puso en guardia. Su paciencia empezaba a flaquear.

—No sé qué pretendes insinuar con ese tono... parece como si...

Isabel se agitó en su asiento y, haciendo crujir una vez más los huesos de sus manos, empezó a hablar muy de prisa y muy animada.

—No quería decirlo, porque sé que te preocuparás, y yo, ¡válgame Dios!, no soy rencorosa. Aunque tengo muchos motivos, pero muchos, para estar dolida con vosotros. No os quiero mal. Por mí, que seáis felices toda vuestra vida, pero... me parece que no. Me parece que también a ti te ha llegado tu cruz, como a todos.

Elvira no quería escucharla. Deseaba interrumpirla y, sin embargo, sus oídos se abrieron y la miró ansiosa.

—No sé a qué viene...

—Te están tomando el pelo. Como siempre, la mujer es la última en enterarse. Yo no quería decirte nada —repitió—, pero, después de todo, se trata de mi hermano y no me gustaría que una mala pécora, una gatita muerta, lo engatusara, porque, atando cabos, he llegado a la conclusión de que así será. Conozco a uno de los dependientes de la tienda. ¡Naturalmente, que te toman el pelo!... A algunas mujeres les ocurre por ser demasiado buenas, confiadas, y a otras... a otras por excesiva seguridad en sí mismas. Eso es vanidad, y la vanidad es un pecado.

—Habla claro, Isabel —replicó Elvira, un poco pálida.

—¿Claro? ¿Más claro aún? La tienda: ¡Cederle parte del negocio!... Ella, en Torremolinos; él, en Sevilla, ¿no? Todas las tardes, como un clavo, a la misma hora, va a charlar con ella, y yo, yo les he visto con mis propios ojos en un café de un barrio apartado, muy juntitos, muy animados...

—¡Calla, Isabel! —exclamó Elvira, sin poderse reprimir...

—Duele, ¿verdad? Las verdades suelen doler siempre.

La razón aconsejaba a Elvira no escuchar, cerrar violentamente la boca a Isabel, aquellos labios que veía moverse de un modo vertiginoso, desfigurando

continuamente sus líneas. Estaba indignada, furiosa, y trató de disimularlo encendiendo un cigarrillo que inmediatamente aplastó contra el cenicero. Su cuñada se recreaba, disfrutaba al verla en aquel estado y sus labios se movían, persistían en moverse para dejar paso a aquellos sonidos, casi misteriosos, que hacían amontonar las dudas y recelos en Elvira.

—Desde que la vi en esta casa, comprendí vuestra equivocación. Era poner la tentación al alcance de las manos, y esas muchachas son ambiciosas, sin la mínima moralidad. Capaces de todo, con tal de alcanzar sus fines. Otra cosa hubiera sido si, en su lugar, hubieseis puesto a mi marido. Al fin y al cabo, padre de vuestros sobrinos, que llevan la misma sangre de Oscar; pero... os ofuscasteis, vuestra posición os cegó siempre.

Elvira se puso en pie de un salto. Hacía muchos años que había eliminado sus vehementes arranques, únicos momentos en que se asemejaba a su padre. Le temblaban las alillas de la nariz.

—¡Vete de esta casa, Isabel, y no vuelvas a poner los pies en ella! Sal de aquí y no abras más la boca para disparatar ciega de envidia, porque lo que tú tienes es envidia, rabia de no haber logrado engatusarnos nunca.

Isabel se quedó de una pieza. La había contemplado tan nerviosa, tan pendiente de sus palabras, que esperaba cualquier reacción excepto aquella despedida. Con movimientos nerviosos recogió su bolso y los guantes. Su cutis obscuro estaba salpicado de manchas rojas.

De súbito, rompió a llorar.

—Así me lo agradeces; algún día te acordarás de mis palabras. Y, aunque no quieras: te están tomando el pelo los dos, delante de tus propias narices.

—¡Cállate!

—Y es un castigo, castigo de Dios, por no habernos dado la mano.

—No seas cínica. Os dimos más de lo que os merecáis.

—Limosnas, como a unos pobres cualquiera.

—Márchate —exigió de nuevo Elvira, más dueña de sí.

—Dios es justo; ya lo pagarás algún día.

Salió rápida del cuarto y Elvira oyó el portazo que dio al marcharse. El pitillo vacilaba entre sus dedos y se arrepentía de no haber acogido las confidencias de Isabel como tantos otros chismes que había llevado en diferentes ocasiones. «Haberles visto juntos en un café, no tiene la menor importancia», pensó.

Cogió un libro. Estaba disgustada consigo misma por su propia alteración. «Es lo que deseaba Isabel», meditaba. «Ha salido con la suya».

No leía. Con los ojos fijos en la página, pensaba involuntariamente en ello. Creía descubrir detalles, que hasta entonces le pasaron inadvertidos o a los que no había concedido ninguna importancia.

«Es absurdo, es una tontería. Precisamente “ellos”».

Conectó la radio y tarareó la canción que transmitía. Los cigarrillos quedaban abandonados apenas encendidos. Hubiera dado algo porque el tiempo retrocediese hasta el instante en que le anunciaron la visita de Isabel. «Digán que no estoy», hubiera dicho, o... «Cállate, Isabel, sabes que no me gustan los chismes y menos de esa clase». Pero los había escuchado y mucho más aún, perdido en absoluto el dominio de sus nervios. ¿Se lo contaría a Oscar? Le daba miedo entablar una conversación que hurgase el poso de escenas pasadas, escenas que ahora, al recordarlas, le hacían enrojecer. Había sido injusta muchas veces con su marido. ¿Iba a serlo también ahora? Oscar la miraría de ese modo tan peculiar suyo, entre burlón y despectivo: «¿De veras le hiciste caso? ¿De veras te inmutaste?».

Elvira cerró los ojos. No, no diría nada. Era absurdo preocuparse por unos comentarios de Isabel. Había sabido por Oscar, «que de regreso a Madrid visitó a Alejandra». El asunto de la librería fue ella misma quien lo sugirió; lo del café... No era extraño ni tenía la menor trascendencia, pero... ¿Por qué la tristeza sorprendida a veces en los ojos de la muchacha? ¿Por que su repentino afán de dejarles?

Pensaba y pensaba sin reprimirse y se dio cuenta de que, ahora, le asustaba más la posibilidad de un hecho de aquel cariz, que en otros tiempos.

«La juventud avanza y nos aparta a nosotras», había dicho Isabel.

—¡Se acabó! —se dijo de pronto poniéndose en pie. Iba de un lado a otro, cambiando los bibelots de su sitio, arreglando las flores, sacudiendo los almohadones del sofá... Pura ficción su tranquilidad. Las dudas persistían. Casi corrió al encuentro de Oscar al oír abrirse la puerta. Le miró, tranquilizada de golpe, serena.

—Hola —saludó él.

—Tenía ganas de que vinieras —confesó.

—¿Te aburrías?

Se colgó de su brazo, y así, juntos, entraron en la sala.

—No, verás. Es que ha estado aquí Isabel y como siempre me ha levantado dolor de cabeza.

Oscar cogía el periódico cuando contestó:

—El otro día la vimos Alejandra y yo. Estábamos tomando un café.

Elvira ahogó un suspiro de satisfacción. Observaba a su marido y no descubría nada en él que confirmase la certidumbre de la hermana.

—No sabes, me ha puesto la cabeza como un bombo.

—Dinero, claro.

—Oh, no. Esta vez se trataba de tu infidelidad.

Él levantó la cabeza y la miró sonriendo. No comprendía cómo era capaz de dominar tan maravillosamente su sobresalto.

—Dijo que tú y Alejandra me engañáis.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó sosteniendo su mirada.

Elvira dudó. Toda su inquietud había desaparecido al hallarse a su lado, al verle tan igual a siempre.

—Yo... yo... pues le mandé callar y no le hice caso; como siempre, ya puedes imaginar.

—Claro —respondió tan solo él.

A Elvira se le antojó que aquello era un modo demasiado breve de acoger el asunto. Otras veces se burlaba de Isabel con largueza. Incluso le había rogado que le refiriera el encuentro. En el fondo persistía su malestar, porque era aquel su auténtico modo de ser, sus instintos que se rebelaban tras muchos años de forzadas ataduras.

—Dijo que vas todos los días a la tienda.

Su tono dolido era demasiado conocido de Oscar, demasiado temido para no inquietarle, con la agravante de que esta vez tenía razón. Sin embargo, replicó con frialdad:

—¿Y qué? Es lo mínimo que puedo hacer: tenderle una mano de cuando en cuando.

—Claro, claro —se apresuró a rectificar Elvira—. Así se lo he dicho yo.

Se asustó ante el gesto taciturno de él. Hizo un esfuerzo para acallar todo deseo de seguir hablando sobre el tema, y preguntó con la mayor naturalidad.

—¿Almorzaste con los americanos?

—Sí. Me han propuesto organizar la fábrica de Buenos Aires.

—¿Y qué contestaste?

—Lo dejé en proyecto. Me da pereza. Estoy un poco cansado.

Elvira sonrió.

—Creo que es una manera de hacerte el interesante. A la postre, siempre terminas por acceder.

Tras una pausa, le brillaron los ojos al añadir:

—Pues, mira, a mí no me importaría irnos allá para un par de años. Empiezo a cansarme de Madrid.

Oscar la miró por encima del periódico. Comprendía muy bien lo que le ocurría y le entristeció pensar en Alejandra.

—Ya veremos —dijo tan solo.

—¿Después de todo, que más te da vivir aquí o allí?

Él se encogió de hombros y durante largo rato miró el periódico sin darse cuenta de lo que leía.

CAPÍTULO XXII

A media tarde y para acortar las horas que se le hacían interminables, Alejandra salió de la librería. Siempre que deseaba adquirir algún grabado o figurilla baratos, acudía a una tienda de la calle Fuencarral, donde ya la conocían. Se hallaba situada hacia el final, y tanto el hueco de la entrada como los dos interiores, estaban colmados de cuadros de escasa calidad, en su mayoría, pero vistosos y discretos, algunos.

Mientras caminaba por la estrecha acera, en dirección contraria, no lograba distraerse al recuerdo de Eugenio. Sus palabras le habían quedado fuertemente hincadas, como brechas resquebrajando brutalmente su paz. Esperaba impaciente su entrevista con Oscar confiando que sus frases de consuelo le ayudarían a expulsar la incómoda sensación de haber obrado con excesiva dureza, no exenta de injusticia. Estaba segura de que Eugenio no comentaría nada y, pese a ello, el temor a que sus relaciones se hicieran del dominio público era cada vez mayor.

Iba de un cuadro a otro, sin atender la propaganda adulatoria del dueño, considerando demasiado elevadas las cantidades que pedía por cada lienzo. Atrajo su atención, especialmente por su tema, un cuadro representando a una muchacha sentada en el suelo junto a un pozo y dos cántaros, y que parecía contemplar, con mirada soñadora, las montañas lejanas que se insinuaban al fondo. Le recordó a don Gabriel y los días en que, huyendo de todos, transcurría el tiempo en un lugar apartado, arrastrada por su imaginación. No quiso desembolsar el dinero que le pedían por él, y terminó llevándose dos grabados sencillos, por no marcharse con las manos vacías.

Le dio lugar a regresar a la librería y permanecer allí bastante tiempo. Aún tardaría más de hora y media en reunirse con Oscar, y fue a pie hasta la Plaza de España. Alguien le propinó un brusco empujón y se revolvió incomodada, pero al reconocer a Augusto lanzó una exclamación de sorpresa y le retuvo de un brazo. Él se turbó visiblemente, incapacitado de tenderle la mano a causa de unos cuadros que sujetaba con trabajo y que estaban envueltos en papel fuerte.

—¿A dónde va por aquí? —le preguntó ella, contenta de verle.

—A la estación. Tengo que facturar esto.

—Yo le suponía ya fuera de Madrid.

—Y lo estuve, pero regresé.

Sin reconocerlo, el afán de Alejandra le empujaba a aferrarse a cualquier posibilidad que acelerara el tiempo, y mirando con interés los lienzos cubiertos de Augusto, dijo:

—¿Son suyos esos cuadros? Hoy estuve tentada de comprar algunos. ¿Por qué no me los muestra?

Miró desconcertado a su alrededor.

—Me molestaría que me confundieran con un vendedor ambulante.

—Venga a casa si no le importa. Vivo muy cerca de aquí.

Él vaciló. Alejandra estaba un poco sorprendida de su aspecto y actitud. Vestía un traje nuevo de confección, de tela barata. Llevaba el nudo de la corbata ancho y bajo, para poder ir con la camisa desabrochada y su gesto, bajo el ala del sombrero, disimulaba su habitual expresión burlona.

—Bien, accedo por tratarse de usted. ¿Y Eugenio?

—Está un poco decaído.

—Efectos de los cálculos, claro. ¿Cómo pueden disfrutar de salud estando todo el día encorvados sobre cuartillas estúpidas?

No quiso que Alejandra le ayudara a transportar su carga. Llegó jadeante al piso y la depositó con sumo cuidado contra los muebles y la pared. Mientras se limpiaba el sudor de la frente, contemplaba con infinito cariño los lienzos ocultos. Ella le preparó coñac y sonriendo bebió una copa. Chasqueó la lengua después, y dijo:

—Estos me los llevo a casa.

—¿No encuentra compradores?

—Oh, no es eso. Es que no quiero venderlos. Sentiría mucho que se encaprichase de alguno, porque no soy eso que llaman un hombre galante. No se lo cedería por todo el oro del mundo, ni por nada. Deseo que los vean mis hijos y especialmente mi suegro. ¿Sabía usted que tenía suegro? Sí, aún vive el padre de mi mujer. Horrible. Es un incrédulo, un suspicaz tendero que no tiene más fe que las monedas ingresadas en su caja registradora. Su asombro será digno de observarse cuando los vea. Estos cuadros son míos, exclusivamente míos, pero sabe que allí no puedo trabajar. ¿Quién puede sentirse inspirado con aquel inmundo olor a queso y vinagre que asciende hasta el piso?

De súbito se arrojó sobre los cuadros como si fuera a aplastarlos y empezó a desempaquetarlos.

—No los cedo, tenga en cuenta que no los cedo.

Al quedar al descubierto, Augusto pisoteó los papeles y sentóse después muy erguido en una silla, con los ojos hipnóticos. La cicatriz de su frente se asemejaba a una rama seca incrustada en tierra blanda.

Alejandra estaba inmóvil, estupefacta. Parpadeó sin creer en lo que veía, y como una sonámbula se acercó lentamente a los lienzos y, en silencio, durante largo rato los estuvo mirando.

—Buenos, ¿verdad? —inquirió Augusto a espaldas de ella.

No pudo responder; las palabras se tronchaban en su garganta. La mujer sentada en la tierra junto al pozo, los dos cántaros, las montañas lejanas... Descubrió la firma. Estaba húmeda todavía, blanda, sobre la mancha chillona que había borrado la

anterior... «Augusto», se leía claramente. Hizo un esfuerzo por recordar con exactitud. La mayoría de los cuadros los reconocía. Hacía pocas horas que habían estado ante sus ojos, colgados en la tienda de la calle Fuencarral... Miró a Augusto de soslayo y pudo decir al fin:

—Este de la muchacha sentada me gusta mucho.

Él los contemplaba embelesado, con las manos enlazadas e inclinado el busto.

—No, no se lo cedo.

—Y... ¿Los que tenía en la pensión?

—Allí continúan —confesó.

—Entonces... ¿cuáles son los que vende?

Dudó antes de responder:

—Algunos... otros...

Ella volvió a llenarle la copa. Su mirada se tornó comprensiva, piadosa, al descubrir profunda melancolía en los ojos del pintor.

—Mañana llegaré allí —dijo él, tras respirar fatigosamente—, y estas pinturas descansarán en mi habitación, constituyendo el encanto de mis días. La imaginación es todopoderosa y no será suficiente la estrechez de mi alcoba para encarcelarme. Se entornan los ojos, se cierran los oídos a todo rumor exterior y el cerebro, abierto por honda brecha, deja escapar impetuosamente las ideas. No hay límites para un hombre de fantasía. Sin moverme, durante los dos o tres meses que deba permanecer allí, estos cuadros me conducirán a regiones inalcanzables para la mayoría. Cada vida encerrada en su marco posee una vida destinada a morir con la mía, porque los demás ya no podrán verla igual que yo. No puedo expresarme con mayor claridad y lamentaría que no me entendiese. Le dije que mi talento perduraría hasta más allá de mi muerte, ¿verdad? Fue una solemne majadería. El talento no puede ser valorado por hombres sujetos a simples y concretas reglas de lógica. No; mi cabeza siempre está abierta, mírela —dijo señalando su cicatriz—, y las ideas jamás dejan de fluir, pero van lejos, tan lejos, que no hay comprensión humana para alcanzarlas. Hay matices que se escurren sutilmente a toda percepción y por eso, a mí no se me comprende, no me comprenderían nunca por muy claro que hablase. Hay una nulidad y utilidad al margen de los juicios humanos.

Alejandra ya no dudaba de la locura de Augusto; locura al pretender alcanzar lo inalcanzable, como muchos otros, como ella misma quizá, aunque en otro orden. Allí estaba su firma todavía blanda, mientras el resto del cuadro, seco, pintado desde hacía tiempo, restregaría ante sus ojos el trabajo que otro hombre podía hacer en tanto él se debatía infatigable por lograrlo. ¿Sería feliz realmente engañándose a sí mismo? ¿Encontraba utilidad o nulidad en ello?

—Siempre me gustó pintar; desde niño. Hice garabatos, garabatos... ¡Garabatos! —chilló poniéndose en pie. Luego movió ágilmente los dedos mientras los contemplaba perplejo—. Llevo los cuadros aquí —añadió golpeándose la frente—, aquí. ¿Le gustan?

—Sí.

—Son garabatos bien hechos.

Empezó a empaquetarlos de nuevo.

—Cuando regrese, haré un esfuerzo para regalarle alguno.

—Me gustaría más —contestó Alejandra sin atreverse a mirarle cara a cara—, uno de aquellos que tenía en la pensión.

Augusto se revolvió como si le hubieran hincado un agujón. Su mirada ensombrecida no se apartaba de ella, hasta que, al cabo de unos segundos, sonrió con una mueca dolorosa.

—¿De veras? —inquirió con ansia.

—De veras.

Sus movimientos eran rápidos ahora, incontenibles. Respiraba fuerte y apretaba los nudos de las ligaduras con frenesí, rabioso casi. Luego ya, se mostró como siempre. Irónico, sosegado.

—No se puede negar que entiende usted de pintura —murmuró entornando los párpados.

Le estrujó la mano al despedirse y la contempló en silencio largo rato. De pronto le dio una palmada en la mejilla y recogió los lienzos.

—Saludos a Eugenio.

Ya en la escalera, se detuvo y volvió la cabeza hacia Alejandra.

—Y gracias —añadió.

—Gracias, ¿por qué?

—Por el coñac —contestó tras un momento de vacilación.

Se perdieron sus pasos, seguidos de un silencio denso. Desde la ventana le vio alejarse por la calle, sosteniendo dificultosamente los paquetes.

La tarde moría entre grises y rojos en el cielo. Su piso, el último de la casa, recogía muy apagado el alboroto de la calle. Cuando se encontraba allí sola, a tales horas, tenía la impresión de residir en una atalaya, desde la cual contemplaba el mundo, como si estuviera en un plano muy lejano a ella, y entonces la quietud y la soledad la atormentaban. Necesitaba hablar, sentir el calor de otra persona, saberse dentro del círculo gigantesco de los demás y tener conciencia de que, como todos, podría desenvolverse también, por muy limitadas que fuesen sus posibilidades.

Había obscurecido por completo cuando llegó Oscar. Se abrazó a él y lloró. Necesitaba llorar. Le era algo tan preciso en esos momentos, como respirar. Había domeñado durante varios días su desazón y tristeza y parecía volcarla de golpe en aquellas lágrimas incontenibles. Él se asustó, imaginando que habrían llegado a sus oídos las dudas y recelos de Elvira, y contuvo un suspiro de descanso al oírle referir su encuentro con Eugenio.

—Fue horrible, horrible. Por él y por mí. Y lo lamentable, lo que verdaderamente me hace daño, es que, en el fondo, reconozco que no obré bien, que no estoy obrando bien.

—Procura calmarte y después hablaremos.

Pero cuando la calma sucedió a aquel momentáneo desahogo, contenido durante horas y horas, los hechos adquirieron perfiles crudos y firmes, más crudos que cuando los veía a través de un juicio apasionado.

Oscar encendió la luz.

—Escúchame: al verte tan impresionada por lo ocurrido con Eugenio, pensé callar, pero como es preciso afianzar de una vez nuestra situación y estar preparados para afrontar los incidentes desagradables, prefiero hablar. Isabel le ha ido con cuentos a Elvira. Ella asegura que no le ha hecho caso, pero por el tono con que me ha hablado estoy convencido de todo lo contrario. Incluso ha insinuado la conveniencia de que nos marchemos. No, no te asustes, no pienso hacerlo. Lo único que te suplico, te ruego, es que te amarres de una vez en el plano que realmente desees. Seguir adelante o dejar de vernos, todo antes que verte destrozada y con la convicción de obrar mal. No puedo ir contra tu conciencia. ¿Estás segura de no comportarte como desees?

Alejandra estaba muy pálida. Un frío interior le obligaba a guardar silencio. Después este frío desapareció, pero continuaron faltándole palabras para expresar sus complejos sentimientos.

—No quisiera llorar —dijo—, y tengo lágrimas en los ojos. No sé qué me pasa. Todo por culpa de Eugenio. —Intentó tranquilizarse—, de tus partidas inevitables, del miedo a perderte. Sí, sí, en el fondo, es producto de la inestabilidad que rodea nuestro trato.

Oscar la cogió entre los brazos, como si pretendiera protegerla contra todo. Al comprenderla, sufría.

—Te lo repito, Alejandra. Adelante o... atrás, pero no te atormentes, no lo resisto.

Se abrazó a él desesperada. Tenía la sensación de que era inminente el peligro de alejamiento e incrustaba las uñas en sus hombros, queriendo retenerlo para toda la vida. Entonces, insensiblemente, olvidó el mundo que a pocos pasos vivía dentro de su misma órbita y la inevitable lucha de días futuros.

—Significas tanto para mí, tanto, que tan solo la sospecha de perderte me desquicia.

—No seas criatura; valora lo que ya tenemos y no pienses en nada más.

Así, entre sus brazos, notando el aliento de él en el suyo, la fue inundando una calma bienhechora, una paz que constituía el intervalo incomparable en la lucha diaria, compensándola sobradamente de todos los momentos de angustia. En aquellos instantes no existía para ellos el mundo ni el tiempo, ni nada fuera de los dos. Un desbordamiento absoluto de la personalidad, con ansia febril de huir más allá de donde se permitía a los humanos.

CAPÍTULO XXIII

El anochecer caía lento. Por el paseo de Rosales, la gente transitaba despacio, y Alejandra buscó un banco apartado con la esperanza de serenarse y despejar su mente. En poco tiempo los acontecimientos habían sufrido brusca convulsión. Ya no se atrevían Oscar y ella a verse en su piso, y las entrevistas se distanciaron, por inconvenientes que, a veces, surgían de su propio estado de ánimo. Elvira ejercía incoercible vigilancia sobre ellos, disimulada por un lógico interés de verse los tres, más a menudo. Se dieron cuenta enseguida y la prudencia les aconsejó replegarse. Y estos contratiempos, si bien azuzaban sus deseos de verse, terminaban también por fatigarles.

No conseguía borrar el amargo recuerdo de Eugenio. Este, sin aparecer ya más por la tienda, se limitó a mandar una carta presentando su dimisión, y aunque el primer impulso fue de alegría, luego se sintió acorralada por una sensación de miedo, que no se basaba en nada definido. Quizá su estado anímico, siempre sobresaltado, y la nueva pérdida de energías, la arrastraron al pesimismo. No tenía sosiego para reflexionar, ni ánimos para acoger con desprecio insinuaciones o detalles que en otros tiempos ni siquiera hubiera captado. Sentada en el banco se encogió, indefensa, de hombros, conteniendo un suspiro y contempló sus zapatos. Se le antojaron ser dos sombras pegadas al suelo por propia voluntad y sintió la necesidad de mover las piernas para convencerse de tener los pies encerrados en ellos. A veces perdía por completo la noción de que a más de su vida interior, poseía otra palpable y visible que la conducía de un lugar a otro, exigente y autoritaria.

No se dio cuenta de que había alguien sentado a su lado, hasta oír la respiración fatigosa y fuerte; una figura de espalda encorvada y perfil afilado, bajo el ala microscópica de un sombrero deforme. A pesar de la temperatura apacible, el hombre llevaba un abrigo cuyas puntas rozaban el suelo. Tenía entre las manos un paquete que horadaba con los dedos y se llevaba algo a la boca que masticaba con trabajo. Sus pies parecían enormes, sin relieves precisos. Le contempló abstraída y de súbito creyó reconocerle. Agudizó la vista, y el desconocido se volvió lentamente hacia ella. Poco a poco, pudo distinguir con claridad sus facciones.

—¡Don Juan!

El aludido detuvo la mano que se llevaba a los labios. Junto a él, en el banco, había un paquete de forma alargada.

—¿No me conoce? Soy Alejandra, la pariente de Abelarda.

La voz del anciano delató cierta alegría al responder.

—Me había preguntado infinidad de veces qué sería de usted. ¿Continúa en su empleo?

—Tengo una librería ahora. ¿Y usted?

Él hizo un ademán con la mano, como rememorando algo remoto.

—Hace años que eso acabó. Cumplí muchos, y me jubilaron. ¡Qué casualidad! ¿Viene usted a menudo por aquí?

—No; apenas. Hoy fue una excepción.

Hablaron por espacio de mucho tiempo recordando a las personas conocidas de ambos. Don Juan tenía que apelar, desesperado, a su memoria para saber a quienes se referían concretamente. Su hablar se había convertido en un lento murmullo, dificultoso en ocasiones, y a veces emitía un silbido por el hueco de los dientes caídos.

—Venga a verme.

Le dio su dirección, y el anciano se lo agradeció. Siempre le había sido simpático y ahora, envejecido hasta lo inverosímil, le inspiraba profunda piedad.

—Es tarde. ¿Nos vamos?

—Yo, no. Me quedo, —contestó él.

—¿No cena temprano?

—Ya he cenado —respondió mostrando el cucurucho de papel.

Alejandra le observó durante una larga pausa. Estaba en los puros huesos.

—Véngase conmigo, le acompañaré.

—Gracias, tendría que volver aquí.

—Pero ¿no duerme?

—Sí, al aire libre. En un banco.

—¿No tiene casa?

—¿Casa? No.

—¿Ni familia?

—Tampoco.

La sensibilidad de Alejandra, aguzada en aquellos días, la obligó a coger de un brazo a don Juan y proponer, impulsiva:

—Vamos, quiero hablar con usted.

Se dejó arrastrar dócilmente. Lo llevaba del brazo con testarudez y ternura maternas, contenta de prestarle ayuda. Suponía un consuelo al menos, rechazar las propias preocupaciones para dedicarse un poco a los demás.

No encontró un «taxi», y subieron al tranvía. La gente enfilaba hacia el centro de la ciudad, tras unas horas de asueto. Con la rápida marcha del vehículo penetraba por las ventanillas un airecillo fresco. Alejandra pudo observar al fin, a plena luz, el rostro apergaminado de su viejo amigo. Se percataba de que el resto de los viajeros les observaban con curiosidad. Don Juan se confundía con un pordiosero de ojillos legañosos, raído por la miseria. Su camisa estaba rasgada del cuello a la cintura, entreviéndose una camiseta amarilla.

Al llegar al piso, estaba muy turbado y sonreía dócil y tímidamente.

—No me gusta molestar —susurró sin atreverse a entrar por completo—. No me gusta.

Ella le empujó con suavidad.

—No me molesta, don Juan; así me hará usted compañía.

—¿Está usted sola también?

Había una melancolía intensa en su pregunta.

—Sí, sola.

Don Juan, obligado por la muchacha, se desprendió del abrigo y del sombrero con vacilación, y ella los sacó del cuarto porque despedían un olor acre, mezcla de polvo y humedad.

La actitud del anciano, de absoluta sumisión y derrota, la empujaban a meditar en sí misma. ¿Quién podía afirmar que estaba ella libre de terminar como él? Don Juan habría tenido familia, juventud como ella, ilusiones, y tal vez, la tranquilizadora visión de un rincón acogedor donde transcurrir sus últimos años... Y, sin embargo, lo tenía ante ella vapuleado, vencido, completamente abandonado de todos. El miedo a llegar a parecido estado se convirtió en una obsesión para ella y el pensamiento, adelantándose al futuro, se complacía en torturarla poniendo ante sus ojos la visión de su posible figura, encorvada por los años. Entonces, y con pena hacia sí misma, acentuó su afectuosidad para con él, y con suavidad le indicó que se quitara los zapatos. Llevaba tan sucios los botines que se confundían con la piel del calzado. Él no se decidía, y solo cuando vio a Alejandra dispuesta a ayudarlo, se agachó con dificultad. Los botines quedaron en el suelo como un montón de polvo seco y luego mostró los pies enfundados en unos calcetines destrozados, que dejaban al descubierto todos sus dedos.

—No tengo hilos ni aguja —se disculpó casi llorando.

—No tiene importancia. ¿Quiere tomar un baño?

—¿Un baño? —Parpadeó con infantil alegría—. ¿De agua caliente?

Le ayudó a ponerse en pie y le condujo a través del pasillo. El viejo entornaba los ojos y caminaba dando traspiés, cohibido y admirado.

Mientras estuvo en el baño, Alejandra buscó alguna ropa limpia y no halló, a propósito, más que un viejo albornoz blanco y unas zapatillas para que se las pusiera como chancletas.

Al poco rato se encontraba otra vez en el cuarto de estar. Parecía una sombra encogida. Cenaron, y él se llevaba, de cuando en cuando, las manos a los ojos o cogía las de Alejandra, agradecido.

—No lo olvidaré, nunca olvidaré lo que ha hecho usted por mí. ¿Qué pensará? —exclamó lloroso—. Usted me conoció hace años y sabe que podía presentarme en cualquier parte, ¿verdad? A veces me parece mentira haber descendido tanto, pero le aseguro que no tengo la culpa. Ocurre de modo involuntario, poco a poco. Cuando uno está fuerte y sano, todo se ve de muy distinta manera. Se piensa en estas

situaciones como en algo remoto, imaginando estar siempre libre de caer en ellas, pero un día se acaba el dinero, se terminan todas las posibilidades de conseguirlo y se rompe un tirante y se hace un nudo para sujetarlo; otro día le echan de casa y busca un acomodo más humilde; se pierde este, y a la postre se termina en un banco. Entonces todo parece natural y lógico y ante el descenso inevitable y definitivo, se repliega uno en la conformidad.

Comía muy poco, aunque con los ojos devoraba todo a un tiempo.

—Se me ha achicado mucho el estómago y, aun así, reclama día tras día su ración. ¿Recuerda cuando se me rompió el pantalón? Lo recuerdo, no muy seguro de haber sido un incidente real sobre todo por la desesperación que me supuso. ¡Quién me iba a decir!... —exclamó sin terminar la frase.

Alejandra le miraba fijamente. Sus pensamientos giraban con vertiginosa rapidez. De pronto, recordaba épocas muy posteriores, revivía sus entrevistas con Oscar, las vacaciones en el Sur... o de nuevo se imaginaba haber llegado a vieja, sola, sin el consuelo de un hogar ni de compañía alguna...

Don Juan se adormecía acurrucado en el sofá, y ella no se atrevía a moverse por miedo a despabilarle. De súbito el anciano se incorporó, y mirando deslumbrado a su alrededor exclamó tratando de ponerse en pie:

—Lo he olvidado, me lo he dejado allí. Debo volver.

—¿A dónde? —preguntó extrañada.

—Al banco.

—No se mueva, yo iré. ¿Qué se le ha olvidado?

—El paquete. La muñeca.

Ella tuvo una idea vaga de que algo había ocurrido una vez, en casa de Abelarda, a causa de una muñeca encontrada en la habitación de don Juan.

—¿Una muñeca?

Asintió él repetidas veces con la cabeza.

—El domingo he de ir a verla y debo llevársela.

Ella parpadeó, perpleja. No le comprendía. No obstante añadió:

—Bien, no se preocupe. Compraremos otra.

Don Juan movió la cabeza lastimosamente y de pronto empezó a llorar.

—Apenas cierro los ojos —confesó—, la veo. Es la eterna imagen que llevé clavada aquí —dijo llevándose las manos a la cabeza—. Usted no sabe nada, nadie lo ha sabido nunca.

—Si puedo ayudarle en algo...

—Nadie puede hacer nada —replicó con profundo desaliento—. Lleva muchos años encerrada, muchísimos, desde bien pequeña. Es lo único que desea: muñecas, muñecas. Es el único momento en que pierde su inalterable inmovilidad. Alarga los brazos, sonrío, pero sus ojos se mantienen muertos, en un vacío que en vano he pretendido desterrar. Su pelo ha encanecido, ya no tiene el cutis terso, y su cuerpo, obeso y deformado, es como una bola hinchada con vida artificial. Usted no puede

darse cuenta de la magnitud de la desgracia. Me vine con ella a Madrid, para ahorrarme las curiosas miradas de los demás y en busca de los mejores especialistas. Se terminaron los ahorros y también mis esperanzas. Mi hija tuvo que ser recluida, y año tras año he vivido para los días en que podía ir a visitarla. Muñecas. Sí, las acoge con alegría, las mima y de pronto le entra una furia espantosa y las destroza a zarpazos, a mordiscos... Es horrible.

Alejandra sintió recorrerle un escalofrío. Jamás había visto expresión tan afligida y desesperada como la del viejo. Se levantó y posó sus manos sobre sus hombros. Él tenía la cabeza inclinada y le temblaban las manos apoyadas contra las piernas.

—Iremos a verla —propuso ella.

—¿Sin muñeca?

—Con todas las que quiera.

—Es tan doloroso, tan deprimente...

Alejandra imaginó arropar a un niño cuando estuvo acostado. Él cerró los ojos, se acurrucó cuanto pudo y sonrió débilmente. Era la primera vez, después de muchísimos años, que alguien le atendía. La almohada se hundía bajo su cabeza, las ropas se amoldaban a su cuerpo, libre de picores ya. El olor a limpieza casi le mareaba. El bienestar, la pulcritud de las sábanas y del cuarto adquirió para él la forma de un ser desconocido que le saludaba amigablemente. Subía de golpe, como la espuma, y se incorporó algo para cerciorarse de que no se hallaba soñando sobre el duro apoyo del banco. Un descanso íntimo le permitió aquella noche conciliar el sueño. Había referido la causa de su escondida amargura, y creía que ahora ya le sería menos difícil encontrar la resignación que jamás tuvo. ¿Se caía de la cama? No, era la cabeza que le daba vueltas. Dormir, su único alivio. ¿Para qué había nacido? ¿Qué falta hacía él en la tierra, si tan solo le persiguieron calamidades? Y la gente moría, morían jóvenes, personas en perfecta salud, borradas del mundo de los vivos por imprevistos accidentes... Y él, él seguía, seguía... ¿Hasta cuándo? Se estremeció. «No, todavía no puedo, todavía no», se dijo. Recordaba a su hija; sus ojos inmóviles clavados en una cara de trapo. Luego, las imágenes fueron palideciendo en su mente, hasta desaparecer por completo. Después una mancha negra y absoluta, sin tiempo y lugar en el espacio.

La noche, que callada y amplia penetraba por su ventana avivó en Alejandra el miedo al futuro, el temor a nuevos sufrimientos. El consuelo de haber favorecido a don Juan desapareció por completo al enfrentarse abiertamente con sus propios problemas. Tenía el pecho oprimido y miró al cielo ansiosamente, como buscando protección. Miró, hasta dolerle los párpados. Era desesperante tropezar con la incógnita tremenda y no poder penetrar más allá de donde se posaban sus ojos. Sin embargo, percibía a su alrededor la atmósfera anunciadora de días próximos envueltos en el misterio. Preguntaba, trataba, de adivinar y únicamente el silencio de la noche, silencio resquebrajado por pequeños y breves chasquidos, respondía a sus

perentorias llamadas, poniendo más de relieve su soledad y su impotencia contra todo cuanto ya estaba escrito.

CAPÍTULO XXIV

Cruzó Elvira la tienda hacia el despacho. Le disgustaba el olor a papel, a tinta todavía húmeda y sobre todo, la escasa ventilación de la trastienda, jamás iluminada por la claridad del día. Alejandra levantó la vista de los papeles y disimuló su sobresalto con una sonrisa.

—Hola, Elvira.

Estaba convencida de que, desde hacía días, Elvira la observaba con nuevo interés difícil de captar a simple vista. Aparentemente, la trataba como de costumbre, pero sus palabras y miradas contenían el sutil intento de adentrarse plenamente en ella. Elvira se había repetido infinidad de veces que las sospechas de Isabel carecían de fundamento, y pese a ello, no podía reprimir un desconcierto nervioso cuando se hallaba ante la muchacha. En realidad, nunca se había fijado en ella con interés. Alejandra había sido tan solo, hasta entonces, la alumna de su padre, una persona de trato cómodo, que se situaba siempre en segundo plano. La había acogido reconociendo que su padre, testarudo y rebelde, era ante todo justo y él afirmó «que merecía la pena ayudarla». Apoyarla, pues, no le supuso ningún esfuerzo; Alejandra se comportó bien con ellos y al verla en su camino, prudente y sencilla, insensiblemente la tomó afecto. Pero de golpe, le habían hecho ver que, a más de lo que representaba para ella, la muchacha poseía su personalidad, su individualidad y un espíritu en el que no había parado, mientes. Y a partir de ese momento dejó de ser, bajo su repentino análisis, la anodina criatura llegada del pueblo, para transformarse en una mujer atractiva, con loable empeño de abrirse camino. El descubrimiento la sorprendió, como si Alejandra hubiese cambiado de súbito, sin admitir que había sido ella misma quien antes le negara importancia. Así observaba ahora sus movimientos un poco lánguidos, el destello confuso de su mirada, la dulzura de su voz y su innegable femineidad. Desde entonces le gustaba sorprenderla en su trabajo y reconocer con desazón que muy bien podía interesar a cualquier hombre.

Cruzó las piernas y le ofreció un cigarrillo.

—Terminaremos por ahogarnos con el humo. ¿Por qué no buscáis una solución? Este despacho es insano.

—Habíamos pensado quedarnos con el entresuelo, y no sé qué pasa con el inquilino. Tu padre viene —añadió con alegría señalando una carta que había sobre la mesa.

—¡Hombre! ¡Ahora que nos vamos nosotros!

Había dicho «nos vamos»... Alejandra advirtió que su sonrisa persistía, mientras en su interior se abría una brecha repentina y dolorosa.

—¿Os marcháis? —preguntó ansiosa.

—¿No te lo ha dicho Oscar? Todavía no es seguro, pero espero convencerle. Me gustaría visitar Buenos Aires. Un par de años allí...

«Un par de años, dos años»... Estuvo a punto de gritar que aquello sería imposible y se intimidó al advertir que Elvira la espiaba con suma atención a través del humo de su cigarrillo. Se admiró de no alterar su semblante, de continuar tranquilamente sentada con un gesto de lógica extrañeza, pero serena, absolutamente serena. Por dentro estallaba, se rompía a pedazos, con el pecho y el estómago brutalmente contraídos.

—Hoy creo que está citado con Martín para decidirse...

«No puede hacerlo sin hablar conmigo —pensaba Alejandra atropelladamente—. No puede irse, no se irá. Dijo que no lo haría...». Pero Elvira se mostraba tan confiada en lo contrario, que hubo de esconder las manos bajo la mesa para ocultar su temblor.

—Lo sentiré, francamente —pudo balbucir al fin—. Ya he cogido bien la marcha de esto, pero siempre resulta cómodo poder consultar con alguien en un momento dado.

—Tienes a Martín. Además... existe el teléfono, los telegramas...

«¿Y eso qué? —exclamó para sí misma—. Peor, mucho peor. No quiero, no puedo consentir que me deje».

—Supongo que Oscar vendrá a recogerme, le he dejado recado. Mira, podemos almorzar todos juntos y así él te contará. ¿Dices que viene mi padre?

Conforme ahondaba en el tono de Elvira, en su aparente indiferencia, un sudor frío se extendía por su piel.

—Telefonaré a casa para que no me esperen —dijo al fin haciendo un esfuerzo—. Tengo un huésped.

—¿Ah, sí?

—Don Juan, un viejo que conocí en casa de Abelarda.

Fue a añadir: «Oscar ya le conoce», pero se mordió a tiempo los labios.

—¿Y dices que está en «tu casa»?

—Sí —respondió nerviosa—. Si viene tu padre y os marcháis —añadió con desaliento—, tendré que habilitarle un rincón.

—Buenas compañías —rio Elvira—. Supongo que no comentarán los vecinos... aunque en realidad, la gente no necesita mucho para comentar. Debe de ser un placer entrometerse en la vida del prójimo. El otro día. —Y me he acordado por los comentarios—, vino Isabel a decirme con mucho misterio que os había visto a Oscar y a ti en un café. Tenía intención de organizar un escándalo.

Pensó Alejandra velozmente en una contestación y al no hallarla optó por sonreír. Su sonrisa le hacía un daño horrible. Frente a Elvira, no podía reprimir ni un instante la idea de su culpabilidad. Se daba cuenta de que cada día se le hacía más difícil admitir los hechos tal cual eran, e incluso en los momentos que se hallaba con Oscar

sufría por idéntica causa, sublevándose contra lo establecido y especialmente contra su falta de resignación. A veces tenía tentaciones imperiosas de proclamar la verdad, confesar altivamente su cariño y sucumbía miedosa, percatándose de que jamás poseería valentía suficiente. Ahora creía que su mutismo la delataba y en vano se esforzaba por hablar.

—Entonces crees que lo del viaje... —pudo decir.

—No hay nada seguro, ya te he dicho, pero yo haré todo lo posible para lograrlo. Me he cansado de Madrid, tengo deseos de viajar un poco... Disipar en algo el aburrimiento de Oscar. ¿No le encuentras un poco raro desde hace algún tiempo?

Enrojeció Alejandra y abrió un cajón para rebuscar algo en su interior. Si no acudía alguien en su auxilio, le sería imposible dominarse por más tiempo. En aquellos momentos odiaba a Elvira; se odiaba a sí misma, también. ¿Es que yo no tengo derechos? ¿Es que no soy yo nadie?

—Oye, ¿y aquel chico? Eugenio.

—Ya no trabaja aquí.

—¿Algún otro empleo?

Vaciló antes de responder.

—Sí, creo que sí.

—¿Pero no te dijo nada?

Ella estaba muy azorada.

—Habló de una buena proposición... Deseos de variar, en realidad.

Oscar y Martín llegaron juntos. Había caído un repentino chaparrón y la calle olía a tierra mojada.

Como Alejandra alegara un trabajo urgente, sin ánimos para marcharse con ellos, Martín insistió en que se reunieran más tarde para pasar todos juntos la velada. Alejandra aceptó con tal de disponer de unas horas por sí sola y librarse de ellos en aquellos momentos. En los ojos de Oscar aleteaba la inquietud. Ella no podía mirarle abiertamente.

Por la tarde fueron a buscarla. Subió al auto procurando disimular su pereza en acompañarles. Le molestaba incluso el perfume de Elvira. Las horas que había permanecido a solas, le sirvieron tan solo para acrecentar sus temerosos celos, al imaginar lo que posiblemente estarían planteando.

—No veo a Oscar muy decidido a marcharse, —dijo Martín—. Alega que se siente viejo.

—No le creas —contestó Elvira—. Es «pose».

—No, no lo es —replicó él, animado—. Supone un cambio repentino de ambiente, de personas... No, no, y luego, cuando ya estuviera un poco habituado, regresar de nuevo. Otra vez a empezar. Creo que no estoy ya para esos trotes.

—Nos quedábamos allá... si eso es lo que te preocupa —replicó Elvira vivaz—. ¿Qué más te da vivir aquí o allí? Tu vida se limita a los negocios y alguna vez que otra dedicas una hora a tu mujer. Vamos, eso es lo que me figuro.

Oscar no contestó y su mujer le miró anhelante.

—Todo puede ser —dijo jovial Martín—. Oscar es uno de esos hombres difíciles de adivinar. Crees haberlo cogido fácilmente y de pronto notas que se te escapa de las manos.

Él rio y cambió presuroso de tema.

La cena transcurrió violenta para Alejandra y Oscar. No era suficiente saberse juntos. Era preciso descansar de la constante tensión del disimulo y, sobre todo, hablar, tranquilizarse mutuamente. No tuvieron ocasión, hasta hallarse sentados ante la mesita de la «*boite*», mientras Martín y Elvira bailaban.

—¿De veras piensas marcharte? —preguntó con angustia.

—No tengo la menor idea de hacerlo. Es Elvira. Se ha empeñado en ello porque no logra disipar sus sospechas. Pasará la nube, seguro.

—No, no pasará nunca —exclamó Alejandra perdiendo en un instante todo su dominio—. ¡Nunca! ¡No podré ocultarlo siempre, como si se tratara de un crimen! Todo esto me hace sentirme espantosamente culpable y ya no puedo más.

—Alejandra, por Dios...

—Y en el fondo son remordimientos; los dos estamos acobardados. Tú también, no lo niegues. No eres feliz, no puedes ser feliz. Nadie lo es si se siente culpable.

—Te repito que si lo deseas, se resuelve inmediatamente la cuestión. Nos marcharemos, pero tú y yo.

Alejandra le miró con insistencia. Le veía sereno, aparentemente tranquilo, y junto a su propia alteración le parecía indiferente casi.

—Lo dices porque sabes que no seríamos capaces de hacerlo.

—Te aseguro que sí —afirmó Oscar con un destello repentino en la mirada—. Puedes tú más que todas mis obligaciones.

—¡Mientes!

—Alejandra, procura calmarte, dominarte. Me es imposible verte sufrir —replicó a media voz—. Tenemos que hablar.

—¿Cuándo?

Había tal ansiedad en su pregunta, que él se compadeció profundamente de ella.

—Te avisaré por teléfono.

Elvira se dejó caer en la silla con gesto cansado.

—Martín rinde. ¡Qué vitalidad!

El abogado cogió las manos de Alejandra.

—Ahora, tú. No quiero dejar en mal lugar a Elvira.

Se sintió arrastrada entre sus brazos. La pista, pequeña y circular, estaba abarrotada. Era imposible dar un paso sin tropezar con alguna pareja. El «*chansonnier*» emitía notas lánguidas, melosas, pegados los labios a la boca metálica y fría del micrófono. Cantaba con los párpados entornados, como si la luz tenue azulada le produjera invencible laxitud.

—Me deprime este ambiente —confesó Alejandra—. Todas las expresiones parecen ser la misma.

—Menos la tuya. Estás triste.

—¿Triste?

La sujetaba con fuerza y su mentón le rozaba la frente.

—¿No te atreves a confiar en mí? No tiene nada que ver el que me hayas rechazado.

—Carezco de confianzas.

—Vamos al bar, tomaremos una copa.

Se abrieron paso con dificultad. El humo de los cigarrillos tornaba casi irrespirable la atmósfera.

—Dos coñacs.

—¿Con seltz?

—Sí.

—Oye —dijo Martín—, si se marcha Oscar continuarás con la tienda, ¿no?

—Claro.

—Sentirás que se vayan, ¿verdad?

—¿Por qué no habría de sentirlo?

Replicó de un modo impetuoso, con recelo. La mirada clara e inexpresiva de Martín le infundió temor.

—Han sido muy buenos para mí —aclaró azorada—. ¿Y tu viaje? —preguntó después para cambiar de tema.

—Espero —respondió él muy serio—. Esperaré siempre.

Alejandra apretó los labios para silenciar lo que pensaba. La esperanza de Martín la dañaba, creyendo que él veía más claro el final de su asunto que ella misma. Estuvo tentada de arrancársela de cuajo y no encontró palabras.

Mientras regresaban hacia la mesa, vio a Oscar y su mujer charlar animadamente. Los dos sonreían, y Alejandra volvió a sentir aquel zarpazo brutal en su interior. Como si le arañaran con puntas de hierro. El dolor le nublabla la vista. ¿Y si huyera de pronto de allí? ¿Y si se marchara para cobijarse en don Gabriel? Pensaba, pensaba y sus piernas se movían como si tuvieran voluntad propia. No pudo ahogar la pregunta que le subió a los labios como una bocanada agria.

—Qué, ¿os decidisteis a emprender el viaje?

Oscar la miró arqueando ligeramente las cejas.

—Hemos decidido marcharnos de aquí, si no os importa.

Salieron del local en busca de aire limpio. Tras ellos quedaba la música voluptuosa y sensual, que apretaba las parejas sobre el suelo encerado, bajo la luz misteriosa de las lámparas azules.

En la puerta, Oscar compró unas rosas y las repartió equitativamente entre Alejandra y su mujer.

CAPÍTULO XXV

—Leganitos, esquina Plaza de España —ordenó don Gabriel al subir al «taxi».

El chófer colocó la maleta en el asiento delantero y arrancó.

Apenas había variado en los últimos años. Su nariz parecía más grande y más escaso su cabello, pero su aspecto, ademanes y mirada, conservaban todavía aquella energía que tanto admiraba Alejandra.

Sin curiosidad alguna, contemplaba las calles por las que pasaba, a través de las ventanillas del auto. Tenía grandes deseos de ver a la muchacha. Ella había sido al principio, para él, un entretenimiento a la par que una experiencia psicológica que a la postre había acabado por despertar sus cuerdas sensibles, rotas desde hacía tiempo a cualquier sentimentalismo. Achacó el resultado a sus años de soledad voluntaria y al trato cariñoso y dulce de ella. Descubrió en Alejandra tan vehementes deseos de vivir, de variar de ambiente, que la ayudó. Le agradaba su inteligencia clara, rápida; un oasis en la adustez del pueblo. Y ahora, al cabo de cinco años casi, sintió la necesidad de verla de nuevo y no dudó en desplazarse cuando creyó intuir, a través de sus últimas cartas, que se hallaba encajonada. Nada en concreto decía ella, nada, fuera de aquellos párrafos sencillos en los cuales dejaba escapar involuntariamente una queja débil por la dificultad del camino a recorrer... «Debo tenderle una mano», pensó mirando con alegría el portal ante el cual se habían detenido.

Refunfuñó por la cantidad que marcaba el contador y dio propina, sin embargo. Cargó con la maleta, descansando varias veces de la fatigosa ascensión, y al fin, pulsó el timbre, jadeante.

—¿No está Alejandra? —preguntó a la sorprendida asistenta.

—No, señor. Vendrá a la hora del almuerzo.

—Coge eso —ordenó señalando su equipaje.

La chica, perpleja, no se atrevió a desobedecerle y cerró la puerta tras él.

—Si quiere usted esperar...

—Yo sé bien lo que tengo que hacer, gracias.

Anduvo fisgoneando por la casa y al asomar la cabeza por la puerta de la salita, miró sorprendido al viejo que sentado en el sofá leía un periódico.

—Buenos días —saludó.

Don Juan alzó la cabeza e intentó ponerse en pie, pero don Gabriel hizo además de que no se molestara y tomó asiento a su lado.

—¿Quién es usted? —preguntó de sopetón.

—Don Juan —contestó tímidamente el otro.

—¿De qué época?

—¿Cómo dice?

—Bah, nada, no me haga caso. ¿Espera usted a Alejandra?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?

—Vivo con ella, desde hace unos días.

—¡Ah, esa noticia es nueva para mí! Soy don Gabriel.

Se caló los lentes y miró el periódico que don Juan tenía entre las manos.

—Atrasado anda usted de noticias —exclamó divertido.

El papel casi se rompía por infinidad de sitios y su color amarillento dificultaba la lectura.

—¿Hace usted colección, acaso?

—No, es el único que me queda. Los otros hube de quemarlos para encender la lumbre.

Don Gabriel se atusó el bigote. Le gustaba la estancia, pero le confundió la presencia de aquel extraño.

—Si le molesto... —susurró don Juan intimidado.

—En absoluto. Es usted huésped de Alejandra y eso basta.

—Acaso usted es...

Le interrumpió vivamente.

—No, no diga su padre o su abuelo, que es lo único que puede imaginar. Soy don Gabriel, ya se lo he dicho. Ella vivió mucho tiempo en el pueblo y yo fui su maestro.

—¡Ah!, ¿del pueblo? —exclamó don Juan, como si con ello se aclarara todo—. Yo la conocí, precisamente, cuando llegó a Madrid. Estaba en casa de Abelarda. —Y el anciano, al hablar de Alejandra, se fue entusiasmando, hasta referir detalladamente su encuentro en Rosales. Don Gabriel se golpeaba las rodillas mientras exclamaba:

—Bien, bien... Eso es clásico en ella. No ha cambiado mucho, entonces, no. Viviremos juntos unos días, don Juan, porque yo no quiero nada con mi yerno, y eso que no se ha portado del todo mal con ella, aunque una librería... ¡a medias! Por algo será.

—Entonces, usted es el suegro de don Oscar.

—¿Le conoce?

—Estuvo un momento el otro día y me trajo una muñeca.

—¡Diablo! —exclamó involuntariamente don Gabriel. Luego carraspeó y se asomó a la ventana. Don Juan había conectado la radio y la música se difundió por el cuarto.

Don Gabriel se volvió presuroso. Parecía mentira que don Juan y él contaran una edad aproximada; solo en los surcos profundos de las mejillas, en las infinitas arrugas que bordeaban sus ojos, tenían algo en común. La vitalidad de don Gabriel hacía aparecer al otro más acabado, más comprimido.

—¿Le molesta oír la radio? —preguntó don Juan, dispuesto a desconectar.

—No, no, déjela, no me incomoda, aunque reconozco que la mayor parte de sus programas son insoportables e inoportunos. Sí, inoportunos. Cuando se necesita música ligera, suelta una sinfonía completa de Beethoven, y si por el contrario sientes el deseo de escuchar buena música, lanzan discos y discos de esos bailables que, bien pensado, no sé cómo se pueden bailar... Hablan siempre de cosas nuevas, no solo en mecánica, sino en arte. ¡Cosas nuevas! ¡Modalidades nuevas, recursos nuevos!... ¡Idioteces! ¿Por fortuna puede admitirse la osadía de pretender una concepción de la música más maravillosamente sublime que la de Bach? Comprendo que hablen de nuevos inventos para tapar herméticamente la basura amontonada en un cubo, de motores con potencia extraordinaria, capaces de arrastrarnos y hacernos ver, entres días, todas las naciones europeas, de mil cosas por el estilo en distintos órdenes, pero... en arte... Mi opinión es que, por mucho que lo deseen los humanos y se machaquen la cabeza, no volverá a surgir el genio que pueda compararse a Beethoven, al Greco o a cualquiera de los grandes maestros de la pintura y de la música. Yo...

Don Juan, muy encogido, muy asombrado, le observaba ir y venir por el cuarto en aquella perorata, que parecía dirigir a sí mismo. De súbito, don Gabriel se detuvo y pasándose la mano por la cabeza se excusó.

—Perdóneme; siempre que estoy nervioso me pongo a hablar sin ton ni son y sin darme cuenta de donde estoy.

—No, no, si me gusta —confesó don Juan—; lo que ocurre es que yo no entiendo nada de nada. Mi única escuela fue el trabajo diario en oficinas, entre libros blancos que yo cubría de números... Yo no sé nada, fuera del esfuerzo que cuesta salir adelante en este mundo, donde sin querer, acabas por valorar, como el sùmmum de todas las cosas, esas monedas que tanto lo facilitan todo. Pero me gusta oír hablar de esas cosas de arte... Apenas he oído música en mi vida. Tenía un viejo gramófono y dos o tres discos que solía escuchar antes de dormirme, como una canción de cuna, pero también los vendí. Casi no quisieron comprármelo. Estaba tan viejo... Y recuerdo también una canción; una canción que cantaba mi mujer cuando estaba embarazada de la niña. Una canción que hablaba de un soldado que se fue a la guerra y siempre estaba muy triste por no sé quién... Pero si yo no hubiese estado tan preocupado siempre, tan triste, hubiese escuchado mucha música, porque las penas parecen calmarse con los gemidos del violín y son como un consuelo esos cantos sin palabras que, sin embargo, dicen tanto. Por eso ahora oigo la radio siempre que puedo y bajo las notas me parece escuchar todavía la canción aquella del soldado... solo que menos triste, menos lejana...

Don Gabriel ladeó la cabeza y palmoteo la espalda de don Juan.

—Los viejos somos como niños, es verdad —dijo sin apagar por completo su sonrisa.

Alejandra, que no le esperaba tan pronto, se quedó paralizada al verle. Luego echó a correr y se colgó de su cuello, abrazándole muy fuerte, tan fuerte que don

Gabriel se quejó entre bromas, para ocultar su emoción. Ella parecía buscar en aquel abrazo impetuoso, un apoyo imprescindible y ansiado.

—Suelta, suelta. ¡Qué fuerza! ¿Estás llorando?

Dijo que no, pero tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

La cogió de las manos y la contempló detenidamente. Don Juan, inmóvil, era testigo de la escena y emocionado se figuraba ser él el actor de un encuentro similar con su propia hija. Se sonó muy fuerte, preguntándose por qué motivo jamás había tenido él una oportunidad como aquella. «¿Por qué sus ojos están siempre estáticos cuando voy a verla?».

—Has cambiado mucho. Realmente eres lo que se llama una mujer atractiva.

Ella sonrió colgada de su brazo.

—Puedo permitirme estas familiaridades —dijo—, porque ya no soy la alumna respetuosa de antes.

—Nos hemos hecho grandes amigos —aclaró indicando a don Juan—. Claro que existen lagunas en mi comprensión sobre el caso...

—Todo es muy sencillo. Ya le contaré. ¿Y usted, qué?

—¿Yo? Nada. ¿Es que puedo contarte algo nuevo de mí? Me deslizo, continuo deslizándome hacia el final.

—Tardará en llegar.

—Cuando quiera. Estoy preparado. ¿Y mi hija?

—Bien, los dos bien —contestó procurando mantenerse serena.

—No he preguntado por los dos. Él, me lo figuro. Te habrá explotado, claro. Te tendrá dominada.

Ella rio ante su tono gruñón.

—No; voy a creer que no conoce a Oscar. Es un hombre admirable.

—¿Admirable porque sabe ganar dinero?

—Y por muchas otras cosas más —añadió—. Me ha confesado en repetidas ocasiones que usted le era simpático.

Aunque en el fondo le halagara la noticia, don Gabriel hizo un gesto despectivo. Al mismo tiempo, continuaba sorprendido del aspecto de la muchacha. Tan desenvuelta... tan mujer...

—Cuando, por regla general, una persona nos es indiferente, solemos decir que nos es simpática. Oscar, además, me llevaba siempre la contraria.

—Le gustaría encorajarle... Sabría cuánto le molesta a usted que le den en todo la razón... Quizá Oscar le conoce a usted mejor que usted a él.

Don Gabriel se irritó al oír en boca de otro lo que él mismo se había confesado repetidas veces.

—Te advierto que he venido por verte exclusivamente a ti. A ellos nunca les he importado mucho.

—No exagere; Elvira insistió en que volviera usted. Lo que ocurre es que no tiene tanto tesón como su padre...

Antes del almuerzo fueron a casa de Elvira. Él quería hacer una visita corta. Alejandra dio orden a la asistenta de que sirviera ya la comida a don Juan, y la muchacha, siempre perpleja, miraba indistintamente a los dos viejos, después a Alejandra, y terminaba moviendo dudosa la cabeza.

Por el camino, Alejandra le explicó la situación de don Juan, su proyecto de buscarle un asilo o el medio de solucionarle el sustento y habló también de la hija encerrada en el Hospital Provincial.

—Bueno, ¿pero tan loca está?

—Lleva ya muchos años encerrada. Él dice que solo quiere muñecas.

—Bueno, pero aunque no es muy lógico querer muñecas a sus años, yo sé de otras mujeres que alardean de hacer colección de ellas o de cachivaches por el estilo, y no las encierran.

—A veces no se la dejan ver. Quizá es que está peor de lo que él imagina.

La mesa estaba ya dispuesta para el almuerzo en casa de Elvira y, naturalmente, tuvieron que compartirlo con ellos. Don Gabriel gruñía a ratos, pero Alejandra se daba cuenta de que, en el fondo, no estaba tan malhumorado como fingía.

—Me ha dicho Alejandra —dijo a Oscar mientras tomaban café en la salita—, que eres mejor de lo que yo imagino, y sigo sin creerlo.

—Hace usted bien —respondió sonriente.

—Al menos eres sincero.

—Siempre.

—¿Siempre?

Había sido Elvira quien lo preguntara con marcada ironía. Alejandra dirigió a Oscar una mirada de sobresalto y él la tranquilizó con una sonrisa. Pasaba por momentos tan violentos, que en tales instantes hubiera sido capaz de renunciar a su felicidad con tal de no vivirlos.

Don Gabriel observó a su hija con interés.

—Nunca se sabe hasta donde quieren llegar las mujeres con sus bromas; ni siquiera, si son bromas realmente. Su madre hacía igual. Suavidad, sonrisas... si lo tomaba en serio, se burlaba de mí «por trágico» y si no le hacía caso, resultaba que entonces lo había dicho en serio. Yo opino que Oscar es sincero, sincero como lo son todos los hombres de su carácter. Claro que esto a las mujeres, acostumbradas a mentir con tanta naturalidad, les parece imposible.

Oscar rio a carcajadas y Alejandra aprovechó aquel momento de broma para escabullirse.

—Espera, me voy contigo —dijo don Gabriel.

—¿Te esperamos a cenar, papá? —preguntó Elvira.

—No, no —se apresuró a decir él—. Yo me quedo en casa de Alejandra. Con franqueza: he venido a verla a ella.

Su hija levantó los hombros, pero las alillas de su nariz se movían nerviosas.

—Oye, Alejandra —dijo antes de que ellos salieran—, ¿quieres explicarme qué haces con los hombres de esta casa, que sienten tanta abnegación por ti?

Con los pies firmes sobre la alfombra, Alejandra se imaginaba, no obstante, correr ya escaleras abajo. Las palabras se atascaban en su garganta, no podía hablar y de nuevo recurrió a la mirada de Oscar. Entonces se sosegó e incluso pudo sonreír jovialmente.

—Lo siento por si te molesta, pero por mi parte no tengo más remedio que sentirme enormemente satisfecha.

Salieron los dos. Ya en la calle, don Gabriel empezó a caminar rápido. De vez en cuando se detenía, miraba a Alejandra pensativo y continuaba su camino. Alejandra le observaba de refilón, suspensa, convencida de que se había dado cuenta de cierta anormalidad en sus relaciones con sus hijos.

—Oye —le dijo de golpe—. ¿Estás enamorada de ese?

—No se referirá usted a don Juan, ¿verdad? —preguntó tratando de echarlo a broma.

—Sabes a quién me refiero.

Estaban parados junto a la boca del «Metro» de Cibeles, bajo un sol que caía de plano abrasándoles las espaldas.

—Alejandra, no me rehuyas, no contestes si así lo deseas, pero he observado... he visto... bueno sí, lo he visto y quisiera ayudarte si es que te encuentras en un conflicto. Sí, ya sé que son cosas muy íntimas, muy de uno, pero a veces, al hablar, se desborda un poco la hiel acumulada, porque tú la tienes, se te nota. Al menos, yo. No me creo tan inteligente como para adivinar todo lo que sientes, eso es absurdo, pero aunque hayas aprendido en estos años a dominarte, a hablar sin timidez y a llevar un negocio sencillo, continúas sin poder disimular la inquietud de tus ojos. Al mirar, no, querida; sigues mirando como antes, con tu primitiva vehemencia y pasión.

—Vamos, vamos, don Gabriel; le va a sentar mal el sol.

En silencio reemprendieron la marcha. Él iba con la cabeza inclinada y las manos tras la espalda. Ella se colgaba de su brazo, con una nube sutil ante los ojos y temblor invencible en su mentón.

Que lo hubiera descubierto don Gabriel no le asustaba, pero sí su afirmación de que, en el fondo, continuaba siendo la misma muchacha acobardada del pueblo, con idénticas ansias de apresar la felicidad, como si se considerara con arranques para ello. Y tuvo miedo de seguir sufriendo y a que le fallara la voluntad.

—¿Se cansa? —preguntó al anciano.

—No. Hay que seguir.

—Pero ¿se cansa?

—Te he dicho que hay que seguir. No hace falta, pues, pensar en el cansancio.

Alejandra, mordiéndose los labios, miró llorosa hacia adelante. El brazo musculoso que notaba entre sus dedos, le causaba admiración. «Hay que seguir».

También él persistía en su trayectoria que comparada con la suya le hacía sentirse insignificante.

Las tiendas abrían sus puertas; los tranvías se deslizaban por las vías, repletas de gente; el personal se dirigía presuroso hacia sus obligaciones y en un árbol, escondidos, piaban dos pájaros. «Hay que seguir».

Pasó un entierro; los hombres se despojaban del sombrero. «Hay que seguir». Hasta el final. Afortunadamente, existía un final. Al menos en la tierra. ¿Lo habría realmente? Seguir, seguir... Aunque la sangre ardiese en las venas por el dolor de horas azuzantes; continuar, aún con la desilusión engarfiada al pecho. Seguir, seguir siempre entre lágrimas, entre risas o estallidos imprevistos del corazón apaleado. Era inútil caer, revolcarse en el lodo, y permitir que los días la arrastraran como un pingajo pestilente hacia la meta inevitable.

Don Gabriel se entretuvo en la librería charlando con los dependientes y figoneando todo. Después se cansó y dijo que se iba a dar una vuelta, pero se encaminó a casa de Alejandra y sentóse junto a don Juan.

—Alejandra me ha contado todo. ¿Iba usted a salir?

—Sí. Voy a ver a mi hija.

—Le acompaño, si no le importa.

—Se lo agradezco mucho, pero... ¿Se atreverá usted? ¡Es tan triste todo!

Alquilaron un auto a pesar de las protestas de don Juan, que llevaba con ternura exagerada un envoltorio del que sobresalían dos pies diminutos calzados con botitas de lana.

La hija de don Juan ocupaba, desde hacía años, una plaza en el Hospital Provincial. Su padre había buscado recomendaciones para que no la trasladaran y facilitar así sus visitas, y, aunque estuvo a punto de fracasar en sus tentativas, uno de los médicos que la habían asistido con anterioridad se compadeció de él y se lo solucionó.

El auto, tras recorrer una calle empinada, flanqueada de árboles, se detuvo ante una tapia donde había una puerta de verjas, sin cesar de sonar el «claxon» Don Gabriel miró inquisitivo hacia el denso grupo de gente que se apretujaba ante la puerta, empujándose, como si cada uno quisiera tener la supremacía de traspasarla primero. Todo alrededor, pululaban infinidad de vendedores cargados con cestas de plátanos, naranjas, caramelos y bollos, y sus gritos se levantaban estentóreos sobre el murmullo producido por el gentío.

—¿Qué ocurre? —preguntó don Gabriel, una vez hubieron descendido del auto.

—Siempre pasa lo mismo en días de visita.

Esperaron, imposibilitados de abrirse camino por entre la aglomeración. No tardaron mucho en franquear la puerta y casi sin aguardar el paso, la gente se abalanzó, todos a una. Mujeres, hombres y chiquillos empezaron entonces a correr hacia los distintos pabellones de ventanas enrejadas. Era una riada de personas

bifurcándose aceleradas, mientras fuera resonaban más agudos todavía los gritos de los vendedores.

Don Gabriel contempló con melancolía la incontenida impaciencia de los visitantes que, formando diferentes grupos, se detenían ante la puerta de cada pabellón.

Don Juan, arrastrando los pies, le condujo a uno de ellos. El guardián le saludó al verle.

—Está arriba —dijo—. Hace días que no baja por estar algo acatarrada.

Los dos viejos ascendieron penosamente la escalera de peldaños de mármol. Un enfermero alto, grueso, de pelo rojizo, saludó con un movimiento de la mano a don Juan y les llevó hacia una sala, cuya entrada estaba defendida por una gran puerta de madera. Don Juan apretaba el envoltorio contra su pecho y penetró vacilante, andando de puntillas.

Había varias camas y a cada lado una mesilla de hierro pintada de blanco. Las ventanas, altas, ostentaban sus barrotes de hierro. En una de las camas estaba la loca incorporada, envuelta en una especie de camisa de manga larga, confeccionada con tela muy burda y un número bordado en su parte delantera. Su pelo crespo y prematuramente encanecido, le caía por las mejillas pálidas. Tenía los labios delgados, como su padre, y unos ojos estáticos, vacíos, más negros junto a la purísima córnea. No hubo el mínimo destello en su semblante, al aproximarse los recién llegados. Daba la sensación de que ni siquiera los veía. Sus manos, afiladas y blancas, descansaban inmóviles sobre la colcha.

Don Juan, con el estropeado sombrero en una mano, se acercó tímidamente.

El enfermero se había quedado fuera y paseaba junto a la puerta, indiferente a todo.

—Hija...

Parecía una estatua. De no ser por su respiración, don Gabriel la hubiese zarandeado por ver si realmente se trataba de un ser humano.

—Hija, ¿no me conoces? Soy yo, tu padre.

Centenares de veces había formulado don Juan aquella misma pregunta, con idéntica ansiedad. Los barrotes de las ventanas fueron inanimados testigos, en el transcurso de los años, de su pena, de aquella pena que blanqueó su cabello y comprimó exageradamente su figura.

—Mira, mira qué muñeca.

Fue un zarpazo brutal lo que arrancó el juguete de las manos del viejo. La loca lo acarició, le tapó luego los ojos con la yema de sus dedos, como si pretendiera hundirlos, mientras su mirada continuaba hueca... vacía... Con una risita desagradable demostró su satisfacción y tras haber contemplado absorta la muñeca, empezó a golpearla de súbito, a morder rabiosamente la cara de trapo, arrancando mechones de su pelo, pedacitos del vestidito transparente que la cubría. Su furia iba

en aumento, y un sonido gutural surgía ronco de su garganta, más potente cuanto mayor era la avidez con que hincaba los dientes en ella.

Don Gabriel miró desasosegado a su alrededor. Don Juan lloraba y, entre hipos, llamó al enfermero. Se alejó, después, más encorvado que nunca, incapaz de soportar la escena, y don Gabriel le siguió heridos los oídos por aquel ronco estertor, casi inhumano.

Con su brazo, enérgico todavía, sobre los hombros de don Juan, descendieron lentamente la escalera. Aún se agrupaba la gente en distintos pabellones.

—Yo lo arreglaré, yo lo arreglaré —prometía sin cesar don Gabriel.

Era el único medio que halló para desbordar su angustia, la pena hacia aquel pobre viejo, que encogido en el interior del auto, ocultaba la cara entre sus manos escondiendo las lágrimas.

Los vendedores chillaban, chillaban incansables... Sus gritos dejaron de oírse cuando el auto dio veloz vuelta a la esquina, como si su conductor quisiera huir también, vertiginosamente, de la miseria encerrada en los pabellones que quedaban atrás.

CAPÍTULO XXVI

Entre la correspondencia, Alejandra encontró una misiva de Eugenio, que la impresionó más de lo que esperaba. Era breve, lacónica.

«Me marchó de Madrid. Perdóname. Eugenio».

Con el papel entre los dedos, dio inconscientemente varios paseos por el despacho. Ahora, debiendo enfrentarse con un problema más trascendental que los insultos de Eugenio, no les daba ya tanta importancia, y el afecto que todavía conservaba hacia él la hizo meditar si no sería necesario e incluso un deber, ir a hablarle por última vez. Reconocía haber estado muy dura, poco comprensiva quizá, pero si querer sin ser correspondida era doloroso, ser causa de un amor que no interesaba resultaba irritante.

Iría, con la excusa de comentar sobre don Juan, y después... Después, con calma, serenamente, trataría de encauzarle por un camino de sensatez. ¿Irse? ¿También Eugenio? ¿A dónde? No, no quería más remordimientos, más responsabilidades.

La misiva tenía fecha del día anterior.

«Me marchó de Madrid».

«¡Pobre muchacho!», se dijo. Y recordó los días transcurridos en casa de Abelarda, cuando solo en él encontraba cierto descanso. No; a fin de cuentas, le era deudora de momentos apacibles.

Esperó la hora del cierre, con la esperanza, además, de que Oscar la telefonease, y llegó a mediodía sin que el teléfono le llevara su voz, siempre alerta el oído mientras iba, de un mostrador a otro, recomendando o buscando libros.

Eugenio vivía en la calle de Don Felipe, que desembocaba en la Corredera. Era estrecha, pina, con adoquines desiguales y picudos y unas aceras minúsculas. Las casas tenían la fachada sucia y los portales parecían bocas alargadas y oscuras con la escalera empotrada al fondo, tras un corredor húmedo y maloliente.

En el mercado recogían ya los puestos de la calle. El olor a pescado ascendía por encima de cualquier otro, y aún bullía el griterío, a pesar de ser escasos los compradores.

Ensimismada, no se percató, hasta pasado un rato, de que la gente corría entre empujones y gritos. Siempre caminaba distraída, ausente del momento que vivía.

Levantó los ojos y contempló indiferente los grupos que corrían hacia la calle de Eugenio. Los guardias pretendían inútilmente interceptarles el paso y Alejandra se detuvo, cortada la respiración, hueco el cerebro, sin un solo pensamiento en él.

De pronto echó a correr. Estuvo a punto de resbalar con una cáscara de plátano, y tras recuperar el equilibrio procuró abrirse paso por entre el gentío. En la calle

estrecha, el pelotón de curiosos se atropellaba entre insultos y protestas. Algunas mujeres chillaban, tapándose la cara con las manos. Los guardias se tornaban afónicos con sus inútiles recomendaciones.

Alejandra, entre un grupo de hombres y mujeres que olían a hortalizas y pescado, se empujó sobre sus pies. Solo vio allí, en el declive, un bulto cubierto con una manta.

—¡Desde el tercero, se ha caído desde el tercero!

—Apártense; vamos, circulen.

—¿Una mujer?

—No, un hombre, un joven. Yo lo he visto. Tenía la cabeza abierta como una sandía. Hecha papilla.

En todos los ojos se veía una curiosidad malsana, ávida, fija en el bulto del que manaba sangre a borbotones, empapando la manta.

Alejandra, por un momento, se sintió totalmente enajenada. También ella miraba sin prestar atención a las recomendaciones del urbano. De súbito, su cerebro comenzó a trabajar con rapidez. Las preguntas se sucedían en él, unas tras otras y no tenía valor para contestarlas. Una angustia indescriptible le agarrotó la garganta, contrayéndole el vientre. Se abrió paso, derrochando una fuerza de la que se creía incapaz.

—Déjeme pasar. Necesito subir a la casa. Creo... creo que es él.

El guardia la miró receloso.

—¿Es usted... de la familia?

—Déjeme verle.

—No puedo.

—Quiero identificarle.

El silencio había caído de golpe sobre la gente. Escuchaban aguzando los oídos, y únicamente los gritos de las personas que acudían al lugar del suceso, rompían con brusquedad la repentina expectación.

Alejandra corrió casi, tropezando con los adoquines salientes. El terror la paralizó y quedó inmóvil junto al bulto que olía a sangre caliente.

Alargó un brazo, por fin, y el guardia se le adelantó. Quedó ligeramente levantada la envoltura. Los curiosos estiraban el cuello para ver algo. Ella abrió mucho los ojos y en su interior resonó un grito espeluznante. Era Eugenio, Eugenio desfigurado, reventado. Tenía la nariz y la frente partidas, el pelo empapado en el líquido viscoso que, chorreando por su cara, no lograba sin embargo, borrar su mueca de terror, ni aquella mirada de asombro e incredulidad.

—¡Cúbrale, cúbrale, por Dios!

Se metió en el portal, sin ver donde ponía los pies. Buscó los escalones a tientas, dando tumbos, con un zumbido sordo en los oídos, y la mente sepultada en tinieblas. De su pecho surgía un gemido ahogado, un lamento de angustia y horror.

La puerta del piso estaba abierta. Había dos guardias más, y todos los huéspedes hablaban a un tiempo con incoherencia nerviosa.

—Se marchaba; estaba como todos los días, tranquilo, sonriente incluso —decía la patrona limpiándose los ojos con un gran pañuelo—. ¡Qué horror! ¡Qué horror! Si llego a saberlo, no le hubiese pedido que colgara la persiana.

—Yo siempre dije —comentó un señor sesudo que temblaba—, que ese chico escondía algo. Su mutismo de este tiempo atrás... Su gesto hosco, preocupado...

Al ver a Alejandra, callaron de golpe. Ella les miró en silencio y corrió después a la habitación que ocupara Eugenio.

—¿La novia? —preguntó alguien con misterio.

—Había venido ya otras veces —aclaró la criada desde un rincón.

Los guardias fueron tras Alejandra. Estaba sentada sobre el lecho contemplando el equipaje esparcido por el cuarto, con mirada ausente. No podía creerlo. No lo creía. Imaginaba estar soñando o haber perdido el juicio. Todo, menos aquello. ¿Era posible? Ya no existía Eugenio. Ya no. Aquel bulto de carne y huesos, reventado contra los adoquines, no podía ser él. No, no lo era. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había sido capaz de hacer algo tan espantoso? «Eso de suicidarse puede ser muy fácil o... casi imposible. Es un instante, un mínimo de tiempo en que el vértigo de desaparecer te arrastra». Sí, eso había dicho él un día y ella, ahora se daba cuenta, no contrarrestó su opinión vigorosamente. ¿Qué parte de culpa tenía ella en su muerte? Podía haberle disculpado antes, ir a verle...

Contempló con detenimiento el cuarto, las paredes entre las cuales había él pasado mucho tiempo, el espejo donde se habría reflejado su semblante... ¡Y no quedaba nada, absolutamente nada de él! Estaba allá abajo, en la calle sucia y pina, sobre un charco de sangre caliente todavía.

La acometió un temblor invencible. Castañeteábanle los dientes y todo se nublaba ante sus ojos.

—Perdón; le conocía usted, ¿verdad? —preguntó el guardia tras un ligero carraspeo.

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para responder.

—Sí, era amigo mío; además... estaba empleado en mi tienda.

—Tendrá que darnos sus señas. Ya sabe usted, las diligencias... los requisitos...

Era un hombretón de cara rojiza, que balbucía, impresionado más que nada del aspecto de la muchacha.

Alejandra se las dio. Entonces, la patrona, que se había acercado, seguida del resto de los hombres, comenzó a recordar a Eugenio sin permitir intervenir a los demás. Lloraba como una Magdalena y sorbía los mocos a cada instante. La criada, cerca del balcón, miraba hacia la calle y, cambiando de color, se echaba presurosa hacia atrás.

—Yo le dije... «Antes de marcharse, Eugenio, ¿quiere colgarme la persiana, que está desprendida de un lado?». Él cogió una silla, se subió y levantó los brazos. Miró

hacia la calle y debió marearse. Entonces... bueno, entonces ¡qué horror! Vi que se tambaleaba, quise sujetarle de los pantalones y se me escapó. Cayó como un fardo, y oí el golpe sin poder gritar siquiera. Como un fardo, sí, con los brazos como alas y el abrigo hueco, hueco... ¡No debí pedirle que arreglara la persiana! ¡No debí hacerlo! —gritaba la buena mujer, desesperada—. Se cayó, así, de pronto, y quise agarrarlo de los pantalones...

—Perdonen, quiero irme —dijo Alejandra, sin poder soportar por más tiempo aquella escena.

—¿La acompañamos?

—No, no, gracias.

Al llegar al portal venían a recogerlo. Sobre las piedras, empapando unos papeles y unas hojas de lechuga, quedaba la sangre que el calor del mediodía secaba con rapidez. Tras lo imprevisto hundióse Alejandra en un estupor absoluto. Cruzaba las calles maquinalmente. Todo lo esperaba, menos aquello. Subió los escalones de su casa con ahogo y no atinaba a abrir la puerta. La llave vacilaba entre sus dedos.

Su habitación le produjo ligero bienestar, sintiéndose un poco amparada entre sus paredes, sentada al borde de la cama, con los ojos fijos en los visillos de la ventana. Notó que el nudo que oprimía su garganta se deshacía y rompió a llorar. Necesitaba hacerlo y pegada la cara a la almohada se entregó por completo durante unos momentos, al llanto incontenible, más furioso cuanto más copiosas eran sus lágrimas.

Don Gabriel llamó a su puerta.

—Pase —dijo ella sin apenas poder hablar.

A él se le nubló el semblante y la miró en silencio.

—No, no es por él —aclaró Alejandra con voz ronca—. Eugenio, Eugenio se ha matado.

—¡Diablo! ¿El chico de la tienda? ¿Aquel de quién me hablabas en tus cartas?

Asintió con la cabeza.

—¿Le has visto?

—Sí, era horrible, espantoso...

—Pero... ¿Suicidio?

—No lo sé. La patrona dice que le pidió colgase una persiana y...

—¿Y tú, qué crees?

—¡Oh, no sé, no sé!

—Uno que no supo seguir —comentó don Gabriel a media voz.

—No supo o no pudo —contestó ella con amargura.

—¡Es que hay que *poder!* Vamos, no llores, ya no hay remedio. Además... ¿qué podías haber hecho tú para evitarlo?

—No me hice cargo de lo que sufría. ¡Y no lo entiendo! Los motivos que yo imagino no eran tan atroces como para suicidarse.

—Para ti. ¡Quién sabe lo qué significarían para él! Para mí, no tiene perdón, desde luego, y tú procura calmarte y consuélate pensando que el tiempo suaviza hasta

las más crudas asperezas. El tiempo aplaca todo, todo, afortunadamente. ¿Quién sería, si no, capaz de seguir?

Alejandra hizo acopio de valor y llamó a Oscar, por teléfono.

—Necesito verte urgentemente. Por favor, no faltes.

Escuchó una pausa que la desanimó. Luego la voz de Oscar.

—Está bien. Donde siempre, a las siete.

A la hora en punto se encontraron en un rincón de una sala de té. Él, que ya estaba sobresaltado, se asustó al verla tan desencajada. Supuso que Isabel había estado en su casa o tal vez Elvira... ¿Quién podía saber!...

Ella, apenas verle, tuvo que contenerse para no abrazarle allí mismo y echarse a llorar. Entre pausas dolorosas le refirió lo ocurrido aquella misma mañana.

Oscar quedó petrificado.

—¡Jesús! ¡Qué me dices!

Todos los problemas de Alejandra se agigantaron, influidos por el horror que escondía. De un asunto pasaba a otro con precipitada angustia, y se interrumpía continuamente para nombrar a Eugenio.

—Estoy deshecha, sí, deshecha. Mi fuerza de voluntad es un mito, no la tengo y sí un miedo invencible a sufrir y a hacer sufrir. Hay que hacer algo, es preciso, yo no resisto esta situación. ¡Qué horror, Eugenio! ¿Verdad que parece mentira? No, Oscar, no; yo debía haberme quedado en el pueblo, junto a tu suegro y hubiera evitado estas calamidades... Elvira me espía, analiza todas mis palabras, siempre con los ojos fijos en mí... ¡No puedo, no puedo! Martín también, tu suegro lo sabe... No, no. Es imposible. ¿Qué hacemos? Y ahora, tú te vas, porque te irás dejándome sola, desconsolada...

—No me voy, y tranquilízate, por favor.

—Después de todo, sería una solución para ti —continuó ella retorciendo la punta de un pañuelo—. Sí, una solución. Yo no puedo obligarte. Y la muerte de Eugenio ha sido un castigo, como diría tu hermana Isabel, esta vez con razón.

—¡No digas disparates!

—¡Que no diga disparates! ¿Crees que puedo ser feliz con esta vida de disimulo, de incertidumbre, esperando siempre a que los demás rechacen las migajas para poder cogerlas? ¿Crees que me acostumbro a ser tu querida...?

—¡Alejandra!

—Sí, hablemos claro. Tu querida. Pregunta a cualquiera, pregunta a Elvira, a Martín... Pregunta, pregunta... ¿Y a ti? ¿Te lo has preguntado a ti? ¿Te has enfrentado contigo mismo? Yo sí. ¿Y sabes lo que pienso? Que no tengo perdón.

Se echó a llorar desconsolada.

No solamente le amargaba toparse con todos los caminos cerrados, sino que su conciencia le acusaba duramente por no haber sido capaz de vencer sus impulsos. Durante la guerra se vio forzada a desatender, en parte, sus prácticas piadosas; mas una vez implantada la normalidad y cada vez que se arrodillaba humilde en el rincón

de una iglesia, las enseñanzas religiosas recibidas en su niñez y arraigadas en ella, ponían de relieve su pecaminosa situación y el alma le dolía. No, no podía ni debía ir contra las leyes de los hombres y mucho menos contra las de Dios. Aunque se destrozara, su deber consistía en renunciar a Oscar y solo así quizá, encontraría más tarde la paz que tan lejos estaba.

Oscar bajó la cabeza y buscó las manos de ella. Estaba desconsolado y triste.

—Hay un medio... Mira, no es la primera vez que te lo he propuesto. Dejamos todo, abandonamos todo y nos establecemos en cualquier otro país.

—No, no. ¿Y ella? ¿Crees que se la puede arrinconar de ese modo? ¿Y tú? Aunque no lo dijeras, aunque no lo confieses, sé que no vivirías en paz. Y te comprendo. No, Oscar, no podríamos hacerlo. Estoy segura de que no seríamos felices.

—Por encima de todo, estás tú.

Alejandra se limpió los ojos.

—Por encima de nosotros hay muchas otras cosas. No pudo añadir más. Estaba llorando. Él no sabía cómo consolarla. La comprendía y sufría por los dos.

—Mira, Oscar; con la muerte tan horrible de Eugenio me he quedado... sí, completamente acorralada. Sé que no podría luchar contra nadie, excepto contra mí misma. Vete, márchate con tu mujer.

—¡No puedo!

—Sí, vete.

Él, ante la certidumbre de que aquello era una despedida, suplicó, con una pasión hasta entonces desconocida para él.

—Recapacita, piensa, no podemos separarnos... Yo haré todo lo que quieras, yo...

—Vete.

—¡Alejandra!

—¡Por Dios, no me atormentes insistiendo! ¡Te lo suplico!

Él bajó la cabeza y guardaron silencio. No podían hablar más. Salieron del local ya de noche. Alejandra tenía las mejillas enrojecidas y resacos los labios.

Al despedirse, Oscar la besó con ansia, desesperado.

—Si tú quisieras... —suplicó una vez más.

Ella echó a correr alocada, con el corazón a punto de estallar. Veía las bombillas aureoladas de pátina dorada y temblorosa...

En su casa, los dos viejos la esperaban jugando a las cartas.

CAPÍTULO XXVII

Empezaba el calor. Todas las persianas estaban echadas y Elvira daba órdenes a diestro y siniestro, mientras embalaban los muebles. En la sala de estar, sentados en distintos puntos, Isabel, don Gabriel y Alejandra guardaban silencio. Entró inopinadamente Elvira y se dejó caer en una butaca.

—¡Estoy rendida! Los traslados me matan. Oye, Alejandra, tú te encargarás de vigilar los trastos que envío al guardamuebles.

—Bueno.

Isabel, aun a sabiendas de que no iba a ser bien recibida, al enterarse de que su hermano se marchaba de España y levantaba el piso, corrió, ansiosa de fisgonear y de acaparar los muebles y ropas que sobraran a causa del traslado. Estaba despechada y colérica porque Elvira, muy seca, sin prestarle la menor atención, había regalado a Alejandra pequeños detalles para adornar su piso e incluso dos butaquitas del cuarto de estar. Cada vez que veía llenar los cajones de madera, dejando medio vacías las habitaciones, se le revolvía el estómago. La ira tornaba su cutis en un tono verdoso y don Gabriel la observaba como si le complaciera descubrir su disimulada envidia.

—¡Y no te preocupes, mujer! —exclamó Elvira súbitamente, mirando a Alejandra—. El tiempo pasa volando, y además podrás venir e incluso nosotros haremos también algún viaje para verte.

«¡El tiempo pasa volando!», repitió en silencio Alejandra. De sobra sabía lo que representaba aguardar, y esta vez sin esperanza alguna. Terminaba todo tal como había empezado. Brusca y tajantemente. Ella lo había querido.

—«Vete —había repetido a Oscar—. ¡Vete y déjame, no hay solución!».

Él arregló el viaje. Estaba aplanado y taciturno. Por muy grande que fuera su empeño en fingir, se le notaba. Martín se había encargado de los pasaportes y ya estaba todo listo. ¡El último día!

—¿Y tus chicos? —preguntó indiferente Elvira a Isabel.

—Bien, gracias. No los he traído, porque como a Oscar le molestan tanto... Mi marido siempre pregunta por él, pero dice que lo encuentra tan seco que no se atreve a incomodarle.

—Es que son distintos...

—¡Distintos! ¿Conoces a algún hombre que se diferencie de otro? Todos son egoístas, vanidosos, piensan únicamente en ellos mismos, en ellos primero y después, si acaso, en alguien que les haga gracia.

—Afortunadamente hay excepciones —comentó Elvira.

—¿Lo dices por mí? —preguntó su padre, irónico.

Oscar regresó pronto. Apenas entrar miró a Alejandra con tal audacia, que a ella se le heló la sangre. Rogaba, suplicaba aún y ella hubiese corrido a refugiarse en sus brazos, arrastrada por sus impulsos. Sin embargo, permaneció inmutable, mientras don Gabriel movía nervioso los pies y daba grandes chupadas a su cigarro deformado.

—Todo está preparado —dijo Oscar.

Encendió un cigarrillo y lanzó distraído el humo. Elvira parpadeaba, pretendiendo negarse una gran inquietud. Estaba satisfecha de poner tierra por medio. Isabel había tenido razón. Estaba segura. No podía definir el porqué de su certidumbre, pero percibía una atmósfera de complicidad entre ellos, en sus miradas ausentes y a veces dolorosas, y con esto ahogaba sus recelos de haber obrado a la ligera. «Es absurdo que me sacrifique por ellos», pensaba.

—Bueno, si no deseáis nada de mí... —dijo Isabel poniéndose en pie.

—Ya lo ves, nada —contestó Elvira—. Todo está listo.

—Bonita idea la de abandonar Madrid. ¿Fue sugerencia de Elvira?

—De los dos.

—Alejandra lo sentirá, claro.

—Mucho —dijo ella sin pestañear.

—Lo sentimos todos menos usted —replicó don Gabriel brusco.

—Comprenderá que para el trato que tenemos, a pesar de ser de la familia, importa poco que nos separe el mar o unas cuantas calles.

Isabel dio dos besos al aire, cerca de Elvira, y abrazó a su hermano sin estrecharse mucho.

—Que os vaya bien. Yo esperaba esto.

—No sé por qué —replicó secamente Oscar.

—Porque veo venir las cosas.

Y miró a Alejandra burlescamente, mientras salía de la sala seguida de Elvira. Oscar volvió a mirar a Alejandra. Aun aguardaba una palabra, una rectificación. Había tal súplica en sus ojos, que la muchacha hubo de aferrarse a su asiento para permanecer en él.

Don Gabriel empezó a pasear de un lado a otro, con las manos tras la espalda.

—Y ahora, ¿qué? ¿Qué haremos con esta pobre chica? ¿Es que no había otra mujer en el mundo? La has destrozado. ¿Es que no lo intuías? Con tu inteligencia, ¿cómo no te diste cuenta de que no podría ser feliz sin entregarle absolutamente todo?

Alejandra y Oscar estaban en vilo. Los pasos de Elvira se acercaban y don Gabriel prosiguió:

—Tenía que haberme marchado hace tiempo, pero no he querido dejarla sola... por ahora.

—Perdona que Isabel sea tu hermana, pero tiene una mala intención sorprendente.

—Espero no tener ningún parecido con ella.

Las habitaciones, sin cortinajes, sin alfombras, casi desnudas, carecían de vida. Era como si fuesen descuartizando un cuerpo, esparciendo sus miembros en todas direcciones. En el cesto de los papeles yacían unas flores todavía lozanas.

—¿A qué hora salís? —preguntó Alejandra con cierto temblor en la voz.

—A las ocho y media. Mira, como vamos a la Estación del Norte, pasaremos muy cerca de tu casa y haremos sonar el *claxon* para que salgas a la ventana.

—Estaré ya camino de la tienda —mintió.

—¿Te vienes? —preguntó don Gabriel a Alejandra.

—Sí.

Don Gabriel abrazó a sus hijos. Elvira estrechó con fuerza a Alejandra y la miró fijamente. Las dos tenían los ojos empañados.

—Adiós, Alejandra. Volveremos a vernos.

—Eso espero.

—Escríbeme. No hace falta que te diga... bueno, ya sabes que te he tomado mucho cariño.

Ahora, triunfante, podía permitirse el lujo de mostrarse generosa.

Alejandra tendió la mano a Oscar. Él se la estrujó hasta hacerla daño. Había un grito desesperado en sus ojos. «¡Recapacita, rectifica! ¡Dime que me quede!».

No podían separarse. La emoción les ahogaba y don Gabriel la cogió del brazo y empezaron a bajar las escaleras. Ella temblaba, no respiraba bien. Se detuvo en el portal y en un hueco amparado por las sombras, escondió la cara.

—¡No puedo, no puedo! —gemía.

Don Gabriel le presionaba un brazo.

—Vamos, Alejandra.

—¡No puedo!

Se desprendió de él y echó a correr hacia las escaleras.

—¿Qué vas a hacer? ¿A dónde vas?

La voz de don Gabriel la detuvo. Desalentada, miró a su alrededor y giró lentamente camino de la calle.

—Nada, ya no puedo hacer nada.

La noche ofrecía una serenidad que sobrecogía. No soplaba el más ligero vientecillo. Como sombras difusas, transparentes casi, se advertía en la claridad esparcida por la luna el humo retorcido de las chimeneas. Los árboles deformaban su silueta nudosa en la oscuridad.

Habían deambulado sin rumbo, en silencio.

—Vamos, Alejandra, hay que seguir.

Don Juan se extrañó de que ninguno probase la cena.

Ella no durmió. Mantuvo abiertos los ojos espionando atormentada la llegada del día. El corazón la golpeaba fuerte. «No me asomaré a la ventana, no. Me taparé los oídos para no escuchar el *claxon*»... Se marchaba. Él se iba lejos...

El silencio parecía penetrar por la ventana abierta. ¡Y para aquello había huido del pueblo! ¿No hubiera sido mejor ordeñar vacas? La vida era una porquería. No, no lo era. La vida podría ser maravillosa; lo era, a pesar de todo. Vivir intensa, profundamente...

El alba rasgaba la obscuridad. ¡Qué silencio! ¡Qué quietud! ¡Y pensar que quizá todavía estaba ella al principio del camino!... ¡Cuánta cuesta todavía!... «Vamos, Alejandra, un paso más, hay que seguir»...

Tras el tabique de al lado sonaban los ronquidos de don Juan. ¡Pobre viejo! ¿Qué haría con él? Tan solo, tan desamparado... A lo mejor a ella le ocurriría igual al llegar a vieja...

¡El sol! ¡Qué horror! Avanzaba el tiempo, y odió la claridad. Se levantó de un brinco y se asomó a la ventana. Los primeros transeúntes parecían puntos insignificantes, vistos desde arriba. La claridad limpiaba las fachadas de sombras.

—¡No puedo, no puedo! —chilló entre sollozos.

Más bullicio en la calle, ruido de puertas que se abrían, cierres metálicos que se levantaban... Eugenio. ¿La vería a ella y podría hacerse cargo de su dolor?

Coches que se deslizaban, rumor de voces, chirridos de tranvías, tráfico...

Cerró con llave la puerta de su habitación. Oía el ir y venir de los dos ancianos por el pasillo. Sentada a los pies de la cama esperó, esperó conteniendo el aliento, con el pecho oprimido y la cara entre las manos sudorosas, vacilantes... Ya se acercaba la hora, ya estarían cerca...

—¡Oscar! —llamó.

Era inútil. No podía oírla.

Más claridad, más bullicio y de pronto, ¡el *claxon*! Sonaba, continuaba sonando como una llamada angustiada, un grito desgarrado y rebelde, como su propia alma.

—¡No puedo, no puedo! —chilló apretando violentamente los párpados—. ¡No puedo!

Desapareció el auto. Cayó sobre la cama y rompió a llorar desesperada. Su cuerpo se retorció en las convulsiones. Estuvo mucho tiempo llorando, sujeta a las ropas de la cama, necesitada de cualquier amarre. Cuando levantó la cabeza miró desorientada en torno suyo. Luego fijó los ojos en la ventana y quedó vacía, hueca por dentro. Como una coraza de carne y huesos amparando una oquedad helada.

Muy despacio se encaminó a la ventana. El cielo azul, era un regazo de infinita comprensión. Entornó los ojos heridos por el resplandor y tragó saliva.

—«Hay que seguir... hay que seguir»...

La calle rebullía. A lo lejos, rasgando el alegre rumor de la ciudad, se levantó el silbido amortiguado de una locomotora. El día avanzaba y el sol ascendía luminoso, calentando con sus rayos los tejados de las casas.

Madrid, 1949.



Cajal Garrigós, Rosa María. María Morgán. Zaragoza, 27/11/1920 – Madrid, 12/12/1990. Escritora.

Nacida en una extensa familia de clase media acomodada —su padre, José Cajal Trulls, era industrial y fue concejal de Zaragoza en 1912—, era la sexta de ocho hermanos, uno de los cuales, Luis, alcanzó fama como pintor. Realizó los primeros estudios en Zaragoza e interna, junto a sus cinco hermanas, en el colegio francés Nôtre-Dame de San Sebastián, de donde paso a hacer el bachillerato al Instituto de Zaragoza.

Cajal dio muestras de un interés literario a una edad temprana, tanto en la lectura como en la escritura, concluyendo su primera novela con apenas diecisiete años.

Los negocios del padre hicieron que la familia se trasladase a Valencia y más tarde a Madrid, y allí Rosa María Cajal se lanzó a la vida literaria, en principio simultaneando la escritura con su trabajo como administrativa en una compañía de seguros, que abandonó por causas de salud: con poco más de veinte años tuvo que ser sometida por el doctor Ernesto Castro-Fariñas a la primera de las tres operaciones de corazón que sufrió en su vida. La grave dolencia cardíaca que padecía condicionó toda su labor, siendo frecuente que escribiese sin poder abandonar la cama.

Pese a ello frecuentó los ambientes literarios madrileños, acudiendo a la tertulia del Café Gijón, donde trabó amistad con escritores como Camilo José Cela, Miguel Delibes o Carmen Laforet. En 1947 quedó finalista del Premio Nadal con Juan Risco, su primera novela. Fue finalista también en 1951 de los premios de novela corta del

Café Gijón y del Ciudad de Barcelona con la que fue su segunda novela, Primero, derecha, relato sobre la vida de un grupo de mujeres de clase media, no publicada hasta 1955, y en 1953 del Premio Elisenda de Montcada con Un paso más, escrita en 1949, pero no publicada hasta 1956. Estos éxitos se vieron acompañados además de un reconocimiento por parte de la crítica, que siempre destacó su estilo sintético y su penetración psicológica de estirpe barojiana, considerándola una de las escritoras de las que más había esperar en la década de 1950.

Sin embargo, a mediados de esa década comenzó a colaborar incansablemente por razones económicas en las colecciones de novela rosa de Bruguera y Garbo, principalmente bajo el seudónimo de María Morgán y ocasionalmente utilizando otros como Mónica Villar o María Martí. Durante las décadas de 1950 y 1960 colaboró también intensamente en la prensa, en publicaciones como Medina, Ventanal, Letras, Lecturas, Destino, Pueblo, Garbo y Miss, con secciones como «Mujeres, Amores imposibles y Consejos a María Morgán», consultorio sentimental firmado con su seudónimo en Vida mundial, o publicando entrevistas y relatos, muchos de ellos fruto de sus viajes. En 1963 apareció su última novela firmada con su nombre, El acecho, relato policíaco lleno de humor. Continuó escribiendo incansablemente en la prensa y colaborando como jurado en Premio Elisenda de Montcada hasta prácticamente el momento de su muerte a causa de su enfermedad cardíaca.